



LA  
FÓRMULA

*Deseada*

MENCHU GARCERÁN

***LA FÓRMULA DESEADA***

*Menchu Garcerán*

*Novela premiada con el V premio Terciopelo*

TÍTULO: LA FÓRMULA DESEADA

© 2019, Carmen Pérez García (Menchu Garcerán)

© Fotografía principal de cubierta: Eva Solano

Modelo de cubierta: Eva Solano

© Diseño cubierta: Joana Castro del Cabo

Mail: [garceran60@gmail.com](mailto:garceran60@gmail.com)

Blog: [Menchu Garcerán](#)

# *ÍNDICE*

PRÓLOGO

LA VISITA DE UN ÁNGEL

EL JEFE

UNA EXTRAÑA CIENTÍFICA

EL LABORATORIO

UN VIAJE EN MOTO

LA INVESTIGACIÓN POLICIAL

LOS PROBLEMAS CRECEN

LA CITA

LA FAMILIA

EL MEJOR AMIGO

UNA VISITA INESPERADA

MUY CERCA

PERSEGUIDA

TENSIÓN

FRUSTRACIÓN

MILÁN

SORPRESA

VENECIA

ALGO QUE SOLUCIONAR

LOS PACIENTES

MALOS PRESAGIOS

[LONDRES](#)

[DESCONFIANZA](#)

[SECUESTRO](#)

[EL JUEGO ACABA DE EMPEZAR](#)

[VUELTA A LONDRES](#)

[SEÑALES](#)

[VUELTA A CASA Y... MARIE CURIE](#)

[LA AUTORA](#)

[SUS OTROS LIBROS](#)

## PRÓLOGO

El chasquido rasgó el silencio, arrancando a Diana del mundo en que se encontraba inmersa. Llevaba desde la mañana temprano repasando los últimos datos del descubrimiento del día anterior. Ese hallazgo bien merecía un repaso exhaustivo. Apartó la cabeza de la pantalla del ordenador y miró hacia la puerta. No había nadie. Se encogió de hombros y volvió al trabajo. Otro crujido, esta vez más fuerte, la hizo soltar el bolígrafo con exasperación.

—¿Alex? —llamó a su colaborador. Como siguiera allí, la iba a oír. Creía que lo había mandado a casa, pero, por lo visto, no lo había conseguido.

Alejandro era el típico científico; las palabras larguirucho, desgarrado y bastante despistado lo describían a la perfección, pero también era de una ayuda inestimable. Él la había asistido en todo el proceso de sintetización del principio activo y posterior estudio preclínico. Aunque no solían experimentar con animales, habían llegado a una fase en la que los necesitaron para probar la efectividad del compuesto, y la asistencia de Alex había sido básica; los trataba con cuidado, era muy meticuloso con sus tareas y no le importaba quedarse hasta tarde para terminar un trabajo. Siempre decía que le gustaba trabajar con ella porque contagiaba su entusiasmo por todo lo que hacía.

—¿Alex? —repitió la pregunta.

Nadie respondió. Si fuera su compañero, ya habría aparecido. Dispuesta a enfrentarse al intruso, abandonó el taburete, dejó los papeles sobre la bancada y se dirigió a la salida. Se detuvo en la puerta y escuchó. Silencio. No podía ser. Había oído con claridad los ruidos y sabía que no estaba sola. Giró a la izquierda y se encaminó a su despacho, donde guardaba toda la documentación relacionada con su investigación. Era posible que después del descubrimiento se hubiera vuelto algo paranoica, pero le había costado mucho llegar hasta allí y no estaba dispuesta a que alguien se aprovechara de todos sus esfuerzos; bastante tenía con su jefe, se dijo. Él no necesitaba robar el material, de hecho, ya lo tenía en sus manos. La luz, que ella había apagado, estaba encendida, lo que provocó que se encendieran en su cerebro un montón de alarmas y otra gran cantidad de cabreo. Detuvo sus pasos y prestó atención. No parecía que hubiese nadie, sin embargo, teniendo en cuenta que había llegado casi como una tromba, era muy posible que el merodeador la hubiese oído.

Reanudó la marcha con más cuidado. Despacio. Los zapatos, con suela de goma, chirriaban un poco sobre el terrazo del suelo, lo que la hizo maldecir en silencio. Asomó la cabeza con cautela y observó un montón de folios dispersados por el suelo. Ahí se acabó la precaución. La furia sustituyó al miedo y entró dispuesta a enfrentar a quien hubiera osado causar aquel destrozo.

Fue lo último que pensó. Nada más entrar en la habitación, un golpe en la parte posterior de la cabeza la transportó a la más absoluta oscuridad.

## LA VISITA DE UN ÁNGEL

Un férreo dolor en la nuca se abrió paso a través de su recién recuperada conciencia. Abrió los ojos despacio, vio lo que tenía delante y volvió a cerrarlos con fuerza. Después, los abrió de nuevo. La figura seguía allí, no se había movido ni un ápice. Su cerebro funcionaba despacio, claro que a lo mejor ni siquiera funcionaba. Eso era; había muerto y estaba en el cielo. La prueba era el ángel que tenía delante. Siempre había oído decir que los ángeles no tienen sexo. Mentira. Ese lo tenía y era masculino. Sin duda. Un ángel negro; pelo oscuro y ojos de un imposible color dorado. Olía a cuero; con toda seguridad provenía de su chaquetón, tan negro como su cabello. Diana pensó que sus labios debían estar adornados por una sonrisa muy tonta, pero aquella visión la hacía sentirse en la gloria. La sonrisa se transformó en un gesto de malestar cuando aquel ser celestial la sacudió. Parecía que le gritaba. Era imposible porque los ángeles ni gritaban ni zarandeaban a los recién llegados al paraíso. Ese, en concreto, debía de tener muy mal genio, se dijo mientras volvía a cerrar los ojos.

—Señorita Manetti, despierte. No se le ocurra dormir. —Adam la movió con una suavidad que contradecía el tono de su voz. No podía permitir que volviera a quedar inconsciente.

Nada más llegar a España, Adam decidió que, antes de ir al hotel, pasaría por la oficina; quería encontrar a Armiñana antes de que éste se fuera a casa, pero no lo había conseguido. El guardia de seguridad le informó de que la única persona que quedaba en el edificio era la señorita Manetti. Puesto que ella era la causa de su viaje, pensó en adelantar trabajo y fue en su busca. Al parecer la había encontrado; en no muy buenas condiciones, pero ahí estaba, tumbada en el suelo en una postura algo forzada. La bata blanca, dos tallas superior a la que necesitaba, contrastaba con los ceñidos vaqueros, que se ajustaban con perfección a sus piernas, en ese momento retorcidas. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al pensar en cual podía ser el resultado de aquella posición. Se arrodilló a su lado y comprobó que estaba viva. Inconsciente pero viva. Un suspiro de alivio salió de sus labios. Paseó las manos por su cuerpo para comprobar los daños; un bulto en la cabeza indicaba el sitio donde se había golpeado. Ya más tranquilo, la observó con detenimiento. Tenía una espesa melena del color del trigo, salpicada de hebras algo más claras. Sabía que era suave porque se había deslizado entre sus dedos mientras le examinaba la cabeza. Durante unos segundos había podido ver de cerca sus ojos, de un profundo azul oscuro, algo nublados por las consecuencias del golpe. Y quería volver a verlos. Debía hacerla volver en sí; si no lo hacía, sería necesario pedir ayuda—. Señorita Manetti, ¿me oye? —Seguía arrodillado a su lado, preguntándose qué habría pasado. ¿Se habría

caído o la habrían atacado? Si era lo segundo, tenían un problema.

Ella se removió y volvió a abrir los ojos, que fijó en él con extrañeza. Intentó incorporarse a la vez que decía algo ininteligible.

—No se mueva —le indicó él mientras apoyaba una mano grande y morena sobre su hombro—. ¿Le duele algo?

Ella se llevó una mano a la nuca e hizo un gesto de desagrado. Él detuvo el movimiento.

—No se toque. Tiene un bonito chichón. ¿Algo más?

Diana se limitó a negar con un breve moviendo de cabeza.

—¿Puede verme bien?

Su mirada se enfocó sobre el atractivo rostro que se inclinaba hacia ella. Lo veía bien. Muy bien. Demasiado bien. ¡Oh, Dios! Seguro que no era real y estaba herida de verdad.

Adam vio la expresión de pánico de la chica y pensó lo peor.

—No se preocupe —habló con voz tranquilizadora—, voy a llamar a una ambulancia. — Hizo intención de sacar el teléfono.

Cuando comprendió lo que iba a hacer, ella lo detuvo sujetándole la mano. Nada más rozar su piel, surgió una especie de descarga eléctrica que, a juzgar por sus expresiones, había alcanzado a ambos. Él decidió ignorarlo y ella consiguió decir:

—Estoy bien.

—Entonces voy a ayudarla a sentarse. Lo haremos despacio. —Ella se estremeció ante el segundo significado que esas palabras podrían tener en otra situación diferente a aquella. ¡Diablos! Estaba peor de lo que creía si su mente se perdía por aquellos derroteros—. No queremos que se maree ¿verdad? —le oyó decir. Sólo esperaba que la aclaración no llegara porque sus pensamientos fueran demasiado transparentes— ¿Qué tal?

Él seguía sujetándola y ella le miró con fijeza.

—¿Quién eres? —preguntó sin demasiada cortesía.

—Soy Adam. De momento, vale con mi nombre.

—Bien, Adam —Diana empezaba a controlar la situación—. ¿Qué haces en mi laboratorio?

Él soltó una carcajada ronca y profunda. La mujer acababa de sufrir un accidente o de ser agredida, eso estaba por descubrir, y ella se preocupaba por su laboratorio.

—Buena pregunta, señorita Manetti —contestó con diversión—, pero siento sacarla de su error. Es “mi” laboratorio.

—¿Cómo que es tu laboratorio?

Vaya conversación extraña. Dos desconocidos, sentados en el suelo, discutiendo por la titularidad del lugar en que se encontraban. Lo cierto era que estaba mejor y que ése no era el sitio más adecuado para hablar.



—¿Nos levantamos y seguimos charlando dentro? Debería contarme cómo ha llegado a esta situación.

—¿Por qué? —espetó ella con cara de pocos amigos, mientras se ponía en pie con su ayuda.

—¿Por qué, qué? —seguía divertido con su actitud belicosa

—¿Por qué te tengo que contar lo que ha pasado? —Tuteó a su salvador— ¿Cómo sé que no has sido tú quien me ha golpeado.

—Así que la han golpeado —aseveró él, poniéndose serio.

Diana levantó la cabeza para mirarlo. ¡Vaya! El ángel, mejor dicho, Adam era bastante alto y eso que ella superaba la media. ¡Qué bien! Encima tenía que mirar hacia arriba, se dijo con fastidio.

—Sí. Oí ruido, salí a ver qué pasaba y...—se encogió de hombros— lo primero que vi al despertarme fue al ángel.

—¿El ángel? —preguntó extrañado. O la científica estaba loca de verdad o el golpe en la cabeza la había trastornado. Pensaría en la segunda opción.

—Perdona, quería decir que eres lo primero que recuerdo desde el golpe.

—Entonces, tendremos que llamar a la policía.

Por segunda vez en esa noche, ella le detuvo con el teléfono en la mano.

—¿Me dirás de una vez quién eres y qué haces aquí?

—Soy Adam Howard, el dueño de Pharmaceutical Industries —La miró y le aclaró lo que parecía no entender—. Soy tu jefe.

—Ya. —Fue lo único que respondió mientras soltaba el aire.

## EL JEFE

Sentada en el cómodo sofá del despacho del director, con una bolsa de hielo apoyada en su nuca, Diana observaba la actividad que se desarrollaba a su alrededor. En su opinión, era innecesaria pero el súper jefe había insistido en llamar a la policía y, al fin y al cabo, él mandaba. También había movilizado a Armiñana, el director, y a Gálvez, el jefe del laboratorio, quienes pululaban por la estancia sin saber muy bien qué se esperaba de ellos. Laura, la secretaria del director, asistía como mera espectadora a todo aquel trajín.

La policía le había hecho todo tipo de preguntas, del derecho y del revés, para ver si sacaban alguna información, cosa del todo inútil porque ella no sabía nada. Repitió una y otra vez que había oído un ruido, había salido a investigar y al llegar a su despacho, lo vio todo revuelto. Recordaba su enfado y nada más.

En ese momento, uno de los dos inspectores de policía hablaba con Armiñana, quien se retorció las manos con nerviosismo. No, él no estaba en el edificio. No. No creía que hubieran robado nada, allí no había nada de valor. «¿Qué no había nada de valor? ¡Venga hombre!» Diana recordó como había empezado todo.

*«Diana cerró la puerta de un golpe y se apoyó contra ella. Estaba furiosa.*

*Sus ojos, de color azul oscuro, en ese momento eran del negro más duro y desprendían chispas que, de haber podido, habrían arrasado todo cuanto la rodeaba. Paseó la mirada por el cuartucho que ella llamaba “su despacho.”*

*Era una habitación diminuta. Un ventanuco, casi pegado al techo, dejaba pasar un haz de luz natural, imprescindible para que la planta, que colgaba de la repisa de la última estantería, sobreviviera. Los muebles eran simples; una sencilla mesa de madera pegada a un lateral y unas librerías que cubrían las paredes libres. En lo único que habían invertido dinero era en el cómodo sillón, donde pasaba muchas horas sentada y en su equipo informático, un ordenador de última generación, necesario para realizar bien su trabajo. Ahí, la empresa no había escatimado en gastos porque si sus investigaciones tenían éxito, las ganancias serían exorbitantes.*

*En días como aquel, se decía a sí misma que no tenía que aguantar que la trataran de forma humillante, por muy superiores que fueran. Siempre que quisiera, podría volver a dar clases en la universidad. Además, sus padres le habían dejado el dinero suficiente para vivir muy bien. Sus padres. Precisamente por eso estaba allí y aguantaba lo que aguantaba. Trabajando en aquel laboratorio tenía la oportunidad de investigar y encontrar un remedio, un medicamento, o varios, que ayudaran a enfermos, que padecían la misma enfermedad que su padre, a tener calidad de vida y, por qué no, a curarse. Durante años lo vio deteriorarse*

*sin poder hacer nada. Aquella enfermedad que había aparecido con un leve temblor en una de sus manos, terminó por acabar con él, si no de forma directa, si con sus secuelas.*

*Diana decidió estudiar farmacia y siempre supo que quería dedicarse a la investigación. Por eso trabajaba en aquel cuchitril y aguantaba a aquellos impresentables, como su compañero, porque aquel laboratorio farmacéutico le proporcionaba todo lo necesario para lograr su objetivo. Durante meses había investigado con los efectos de la nicotina sobre los enfermos de Parkinson y esa tarde había encontrado algo muy interesante. Dejó sus notas sobre el banco en el que trabajaba y literalmente corrió a ver al director. Cuando ambos volvieron, su compañero y jefe inmediato tenía los datos en la mano e informó de ellos al supremo como si el descubrimiento fuera suyo. Aquel majadero engreído se había apuntado el tanto con una cara dura impresionante. «Al infierno», se dijo, que se quedara con los laureles pero que le devolviera sus notas.*

*De pronto, aquel ambiente se hizo agobiante; las paredes parecían avanzar hacia ella como si quisieran tragársela. Tenía que salir de aquel medio oprimente, quería irse a su casa y perder de vista a todo y a todos. Vivía a unos quince kilómetros al sur de allí, junto a la playa, en el hogar que había compartido con sus padres hasta su muerte. Después de quedarse sola, la había reformado por completo y la había convertido en un espacio acogedor, con un estilo moderno, muy diferente de lo que había sido hasta entonces. Aquél era el único sitio donde podía ser ella misma y despojarse de todas las caretas que usaba para protegerse del mundo. Sin esperar un segundo más, antes de que las paredes la aplastaran, agarró su bolso y su abrigo y escapó.*

*Diana condujo hasta su casa, situada en un pequeño pueblo de la costa. Disfrutaba de las ventajas de vivir en un sitio pequeño y a la vez estaba cerca de la ciudad en la que trabajaba. Era un pueblo de pescadores que, en la actualidad, vivía casi de forma íntegra del turismo. Enfiló el camino de acceso y accionó el mando a distancia para que se abriera la puerta del garaje. Bajó del coche y miró alrededor. Había capacidad para otro vehículo pero, desde que su padre dejó de conducir, solo entraba allí el suyo. Sus ojos se detuvieron en una silla de ruedas; aún no se había desecho de ella. Algún día la acercaría al hospital por si alguien la necesitaba. Moviò la cabeza, queriendo espantar recuerdos dolorosos y se dirigió a la puerta de acceso a la cocina. Nada más entrar, sintió que los problemas quedaban fuera. En aquel lugar se sentía a salvo. La estancia era rectangular y bastante grande, con un amplio ventanal y una puerta que daban al jardín. Era una zona agradable, llena de luz y color. Los armarios, color berenjena, contrastaban con las encimeras y los electrodomésticos en blanco. Sonrió. Si su madre la viera, pondría una cara de horror digna de ver; era más una mujer de muebles de roble que de decoraciones vanguardistas. Dejó la cartera sobre la mesa y abrió el frigorífico. Una mueca de disgusto apareció en su rostro. Estaba vacío. Una*

*ensalada y algo de queso tendrían que ser suficientes para cenar. Al día siguiente tocaría compra.*

*El timbre del teléfono rompió la paz que la rodeaba. Con un gesto de impaciencia se dirigió al aparato colgado de la pared.*

*—¿Diana? —La voz del director del laboratorio le recordó el motivo por el que estaba en casa tan temprano.*

*—Soy yo.*

*—¿Estás bien? —era una pregunta amable, hecha por un hombre que no lo era tanto. Luís Armiñana dirigía el laboratorio con mano de hierro, y que él en persona la llamara era, cuanto menos, extraño.*

*Ella contestó con un escueto sí. No se imaginaba qué podría querer de ella tanto como para llamarla a casa.*

*—No me lo has parecido tanto cuando saliste esta tarde del laboratorio.*

*—Luís, no tengo muchas ganas de hablar del asunto.*

*—Antonio no ha tenido nada que ver con el descubrimiento, ¿verdad?*

*La pregunta directa la sorprendió y lo que más llamó su atención fue descubrir que Antonio, su jefe directo, estuviera más calado de lo que él podría suponer. A pesar de todo, debía mostrarse prudente. Aunque fue Armiñana quien se encargó de contratarla, no sabía si le podía decir con toda claridad que su superior era un caradura que se beneficiaba del trabajo de sus empleados.*

*—¿Por qué preguntas eso? ¿Sabes algo? —respondió a su vez con otra pregunta.*

*La impaciencia pareció flotar a través de la línea telefónica.*

*—Diana, no insultes a mi inteligencia. Os conozco a todos y Antonio no sabía explicar qué había descubierto mientras que tú has descrito el proceso paso a paso.*

*—Entonces, ¿por qué has permitido que quedara como una tonta? —preguntó enfadada.*

*—No has quedado como una tonta porque no lo eres —la defendió— pero todavía no quiero enfrentarme a él.*

*Ella guardó silencio. No sabía qué decir.*

*—¿Es verdad lo que nos has explicado esta tarde? ¿Podíamos aprovechar la nicotina en el medicamento?*

*Bueno, parecía que estaba interesado y que tenía la suficiente cabeza para preguntar a la persona adecuada.*

*—Tendría que hacer más pruebas y, sobre todo, puesto que la fase del estudio preclínico ha sido un éxito, me gustaría probarlo en pacientes humanos.*

*Él pareció pensarlo unos segundos.*

—*Está bien. Pediré los permisos necesarios a la AEMPS. En cuanto tenga algo, podrás empezar.*

—*Gracias —se limitó a decir.*

—*Gracias a ti —replicó él—. Si esto funciona, además de mejorar la vida de muchas personas, nos vas a hacer muy ricos.*

*Ella prefería no pensar en el dinero. Sabía que un descubrimiento como aquél despertaría envidias y movería millones, pero ese no era su problema. De eso se encargaban otros.*

—*Mañana hablaremos.*

—*Mañana no voy a ir —dijo sorprendiéndose a sí misma—. Creo que me he ganado un día libre —y no le apetecía ver la cara del idiota de Gálvez. Le dejaría que se explicara él solito.*

—*De acuerdo —aceptó el director—. Un día —y cortó la comunicación.*

*Diana colgó con satisfacción. Se había apuntado un tanto ante el director de su empresa, y tenía un día de vacaciones para hacer lo que le viniera en gana.»*

Un portazo la llevó de vuelta al presente. Por lo visto, y a juzgar por el golpe, alguien había salido del despacho bastante mosqueado. Debía ser Laura porque ya no se encontraba en la estancia. ¡Qué raro! era una chica bastante comedida, se dijo sin dejar de observar con curiosidad lo que allí se desarrollaba. El inspector, ahora, estaba con Gálvez, quien decía no saber nada. «¡Mentiroso!» Lo miró con los ojos entrecerrados. Él no le habría golpeado, pero sabía mucho sobre su investigación y estaba ocultando que le había robado su idea. No soportaba verlo. Se levantó e hizo intención de salir pero Adam le hizo una seña para que volviera al sofá. Ella se volvió a sentar pensando en que el Señor Ángel era un poco mandón. Manejaba a toda aquella gente como si fuera el rey y ellos sus súbditos y lo curioso era que todo el mundo obedecía sin la más mínima vacilación. Lo vio despedir a los dos inspectores con un apretón de manos a la vez que prometía darles toda la información que necesitaran. Después habló unos minutos con sus empleados y literalmente, los mandó a casa.

—*¿Se encuentra bien? —le preguntó con su marcado acento inglés.*

*Diana había empezado a acostumbrarse a esa cadencia, incluso le gustaba.*

—*Sí —contestó manifestando un poco del cansancio que, en realidad, sentía—. Solo quiero irme a casa.*

—*Está bien, recoja sus cosas —casi ordenó— yo la llevaré.*

*Ella se irguió y lo miró de frente.*

—*No es necesario. Puedo ir sola perfectamente.*

*Él levantó las cejas en un gesto interrogante.*

—*No lo dudo, pero voy a llevarla.*

—Señor Howard, solo me duele un poco la cabeza. Soy capaz de llegar a mi casa.

Los ojos dorados lanzaron un destello, no sabía si de impaciencia o de enfado. Mister jefe no debía estar muy acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—Señorita Manetti: usted es mi empleada, la han agredido en mi empresa y me voy a asegurar de que llega a su casa sana y salva. —Su tono no admitía réplica.

Ella lo fulminó con la mirada. ¡Vaya con Don atractivo! Cada vez tenía menos de ángel y más de demonio.

Adam observó todas las emociones que pasaban por el bonito rostro de la investigadora, que, por otra parte, no se ajustaba nada al modelo que uno podía tener de un científico. La verdad es que la mujer era un poco exasperante, parecía que independencia era su segundo nombre. ¡Demonios! Solo quería llevarla a su casa, se sentía responsable de ella. Recordó su conversación con Armiñana y cómo había decidido tomar cartas en el asunto.

*«Adam Howard se detuvo delante del gran ventanal situado tras su sillón. Desde allí podía ver el mítico puente de Londres. Ese medio día, la niebla se había levantado y se podía ver con total nitidez. El sol, que raras veces brillaba en la ciudad, arrancaba destellos de su estructura metálica como si quisiera atraer la atención sobre aquella maravillosa creación de la ingeniería del hombre. A pesar de sus problemas, todavía era capaz de admirar algo bello. Aunque estuviera acostumbrado a verlo, siempre era un placer hacerlo. Su figura se erguía en toda su imponente estatura. Con las manos en los bolsillos y con las mangas de la camisa enrolladas hasta el codo, emanaba fuerza y poder. Así lo encontró su secretaria cuando entró para decirle que su llamada a España estaba lista. Él le dirigió una sonrisa de agradecimiento y se sentó en el sillón antes de levantar el auricular.*

—Buenos días Armiñana —saludó en español con un leve acento extranjero— ¿Cómo va el asunto del Parkinson?

*Sabía que había una doctora en el laboratorio que había hecho un descubrimiento potencialmente importante. Si conseguían fabricar un medicamento contra esa enfermedad, su empresa recibiría un espaldarazo importantísimo en la comunidad científica.*

—La señorita Manetti se ha tomado el día de vacaciones. Mañana volveremos a repasar todo —explicó el director de España.

—¿Vacaciones? ¿Está loca? No le pago para que se vaya de vacaciones en un momento como éste. —Levantó la voz hasta casi gritar por el enfado. No podía creer que la señorita no sé qué estuviera tan tranquila en su casa con la cantidad de trabajo que se les venía encima.

—Verá, señor Howard —el español sonaba algo vacilante—, hemos tenido algunas problemas y Diana ha pasado momentos duros. Necesitaba descansar y, con sinceridad, creo que se lo merecía. Hace meses que no disfruta ni de un día libre, incluso ha trabajado sábados y domingos.

*Armiñana la defendió. Manetti era trabajadora y lista y había hecho mucho por la empresa. Se merecía descansar por mucho que al dueño le sentara mal. Ese era su problema. Pero Adam ya tenía la cabeza en otra cosa.*

*—¿Qué tipo de problemas? —quiso saber.*

*El otro hombre dudó al otro lado de la línea. Al final decidió hablar claro.*

*—Alguien ha intentado que pareciera que él había sido el descubridor y Diana no se lo ha tomado muy bien.*

*—¿Cómo sabe que ha sido ella la descubridora?*

*—Primero, porque los conozco a los dos, y segundo porque era ella quien llevaba el peso de la investigación y la única que ha sabido responder a mis preguntas sin consultar las notas ni una sola vez.*

*Howard se sintió molesto con aquella situación. Si él tuviera una idea y alguien se la robara, haría algo más que tomarse un día de vacaciones.*

*—Si sabe cómo están las cosas, ¿por qué no despide al plagiador? —para él era la solución perfecta.*

*—Porque es el jefe del laboratorio y sabe demasiado. En este momento prefiero que piense que me lo he creído y mantenerlo vigilado. Cualquier filtración sería nefasta para nosotros.*

*Adam asintió en silencio, aunque el otro no pudiera verlo. Era una decisión inteligente. Por eso lo había contratado como director, porque sabía estar a la altura de las circunstancias. Después de un rato más en silencio, tomó una decisión.*

*—Luís, siga con su plan. En un par de días voy a ir a España y hablaremos. También quiero conocer a nuestra doctora.*

*Después de una cortés despedida, volvió a llamar a su secretaria y pidió que le trajera toda la información que tuviera de la señorita Manetti y del jefe del laboratorio de la sucursal española.»*

*Él parecía haberse olvidado de ella así que Diana decidió hacer un último intento.*

*—Mi coche. Lo necesito para venir mañana.*

*—Venga en Taxi, la empresa se hará cargo del gasto.*

*Ya no tenía más excusas ni ganas de pelear con aquel cabezón.*

*—Está bien. —Hizo un gesto de asentimiento. Salió sin dejarle decir una palabra más. Él la siguió hasta su despacho, donde se quitó la bata. Los ojos de Adam se estrecharon un poco, como si así enfocara mejor. La prenda, que acaba de quitarse ocultaba todas sus curvas, ahora marcadas por una camiseta de color negro con detalles de color turquesa y azul oscuro en los hombros, codos y puños. En el centro aparecía una cantante de rock en los mismos tonos, que resaltaban sus ojos hasta hacerlos todavía más claros. Una prenda desenfadada que coordinaba*

de forma perfecta con sus vaqueros. Un punto más para la científica que no lo parecía. Después se quitó los zapatos de suela de goma y se calzó unos botines de piel, que había sacado de un pequeño armario. Se dirigió hacia él y le preguntó con cierta diversión en su expresión.

—¿Me permite?

Él no se había movido de la puerta, seguía observándola con la boca casi abierta. Al darse cuenta de que le hablaba, dio un paso hacia atrás para que ella pudiera descolgar un chaquetón de cuero forrado y una pequeña mochila del mismo material. Se la colgó al hombro y sin terminar de vestirse apagó la luz.

—Cuando quiera, nos vamos.

Sin esperar a ver si se ponía en marcha, se dirigió hacia el ascensor con pasos largos y seguros. Adam pareció salir de su especie de trance y tuvo que correr para alcanzarla.

—¿Se ha traído el coche de casa? —preguntó ella en tono burlón cuando llegaron al aparcamiento.

—No era necesario —decidió ignorar la burla— he alquilado uno en el aeropuerto.

—¿Y se atreve a conducir por el lado contrario al habitual?

Estaba claro que le estaba provocando. La muchacha parecía luchadora, no se rendía con facilidad. Ésta vez, sí sintió deseos de contestarle en el mismo tono y no se reprimió.

—¿Se atreve usted a viajar conmigo cuando no estoy acostumbrado a conducir por la derecha?

Ella abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla sin decir nada. No iba a seguirle el juego. Estaba demasiado cansada y perdería. Y a ella no le gustaba perder, ni siquiera ante el jefe de los ángeles. Se limitó a decir

—Vivo a unos veinticinco minutos de aquí, va a invertir un buen rato en asegurarse de que llego bien. Podría habérselo ahorrado —volvió al tema que la molestaba.

—Déjelo ya Manetti. Dije que la iba a llevar y voy a hacerlo. Indíqueme el camino.

Diana obedeció resignada. De vez en cuando le decía por donde debía ir y se limitó a permanecer callada y a observarlo en silencio.

En los cuatro años que llevaba trabajando para el laboratorio, nunca se había cruzado con él. No sabía si era la primera vez que venía a España o simplemente ella estaba fuera de su radar. Siempre estaba encerrada en su laboratorio y salvo a Laura, la secretaria de Armiñana, con quien se llevaba muy bien y el director mismo, no tenía mucho trato con el resto del personal que no trabajaba en el mismo espacio que ella.

Miró a hurtadillas a su chófer y pensó que era un mandón, pero un mandón muy guapo. Su acento extranjero y su sonrisa tenían un efecto contundente ante las personas que lo trataban, aunque el rasgo más llamativo eran los ojos. Ese color dorado atraía como un imán a una



ralladura de hierro.

—¿Es la primera vez que viene a Vigo?

Él pareció recordar que iba acompañado.

—No —contestó—. Al principio, cuando abrimos aquí la sucursal de la empresa, venía mucho, incluso viví una temporada en la ciudad. —Eso explicaba la facilidad con que se movía en coche—. Después, cuando todo empezó a funcionar, espacié mis viajes.

—No lo había visto nunca —casi era una acusación.

—Ni yo a usted. Rectifico. La he visto una vez en fotografía. Su expediente está en mi oficina.

Así que don mandón había hecho los deberes, pensó sintiéndose algo molesta. Sabía que trabajaba para una empresa extranjera pero siempre trataba con Armiñana y no había tenido conciencia de que su contrato lo había firmado otra persona. La que tenía a su lado en ese momento. Lo miró de reojo. Le gustaría preguntarle muchas cosas, conocerlo mejor. Lo único que sabía de él era que era guapo, tenía dinero y éxito y que le gustaba controlarlo todo.

—¿Se va a quedar mucho tiempo?

Adam le lanzó una mirada y volvió a concentrarse en el camino. En aquella zona las carreteras eran estrechas e intrincadas, lo que, junto con la oscuridad, las volvía peligrosas. Diana Manetti estaba sentada a su lado como si se hubiera tragado un sable. No conseguía que se relajara en su presencia. La había visto con sus compañeros y con ellos no era tan estirada. Solo con él se mostraba esquiva y con la guardia levantada.

—¿Te estorbo? —La tuteó a la vez que la provocaba— ¿Quieres que me vaya ya?

Ella se encogió de hombros.

—Es su empresa. Puede quedarse todo el tiempo que quiera.

La chica era de verdad exasperante. Atractiva, pero exasperante. Una listilla.

Siguió sus indicaciones hasta detenerse ante una casa de planta baja rodeada de una verja. Estaba enclavada en medio de una parcela de unos quinientos metros y rodeada de otras similares. Le pareció adivinar que la parte de delante daba al mar. Se sorprendió de que alguien tan joven viviera en un lugar como aquel.

—Bonito sitio —comentó antes de que ella descendiera.

—Sí. Es bonito y tranquilo y el trabajo no llega hasta aquí.

Solo le faltó decir, «*hasta este momento.*»

Él entendía ese deseo de separar una cosa de la otra. Si el trabajo se metía en el hogar, no había manera de desconectar nunca. Él también procuraba mantenerlos separados y respetaba a quien quería hacerlo, pero con la señorita independiente iba a ser muy difícil porque esperaba mantenerla bajo una estrecha vigilancia. Era guapa, inteligente y al parecer bastante complicada. Un reto al que no iba a rendirse. Durante el tiempo que estuviera en España, iba a intentar

conocerla muy bien.

—Bueno —desplegó una agradable sonrisa— lo de hoy no es trabajo, ha sido un acto de buen jefe.

—Se puede ser un buen jefe sin prestar a los empleados un servicio personal de transporte.

Seguro. Él nunca había acompañado a un trabajador de la empresa a su casa pero aquel era un caso diferente. Nunca había encontrado a ninguno tumbado en el suelo y desde luego ninguno tenía el aspecto de la señorita científica.

—¿Vives sola? —el cambio brusco de tema pilló desprevenida a Diana, quien en un primer momento estuvo a punto de mentir. Luego pensó que él se enteraría más bien antes que después y quedaría como una tonta.

—Sí —fue su lacónica respuesta.

Él se puso en movimiento a la vez que decía.

—Bien. Vamos —y salió del coche.

Diana lo miraba con una mezcla de alarma y asombro.

¿Dónde pensaba aquel desconsiderado que iba? Parecía dispuesto a meterse en su casa sin el más mínimo atisbo de timidez o delicadeza. Seguía actuando como el amo y señor del universo.

—¿No piensas salir del coche?

Había abierto la puerta del acompañante y esperaba a que ella abandonara el vehículo. Lo miró con cara de pocos amigos, salió y se irguió en toda su estatura.

Adam observó la postura de la investigadora. No había que saber mucho sobre lenguaje corporal para saber que estaba enfadada y que estaba a punto de volver a desafiarle. Aunque aquella actitud fuera algo irritante, le otorgaba cierto atractivo que no podía pasar por alto.

—Y ahora querrá pasar —su tono combativo evidenciaba que como se le ocurriera decir que sí era capaz de mandarlo a paseo.

—¡Por supuesto!

Ella le lanzó una mirada incendiaria y se dio la vuelta para ir hacia la casa.

—¡Espera! —requirió él a la vez que la seguía— ¿Has pensado que la persona que te ha atacado podría estar dentro esperando para completar su trabajo?

Diana se detuvo de golpe y se giró. El encontronazo fue inevitable. Ella no sabía que estaba tan cerca y él no sabía que la mujer se iba a parar en seco. Ambos se tambalearon. Adam estiró los brazos para sujetarla, dejándolos a una distancia mínima. Él observó cómo las mejillas de ella se coloreaban, quizá debido a la excitación provocada por su proximidad y ella vio como las pupilas de él se dilataban hasta cubrir una buena porción del dorado de sus iris. Se mantuvieron la mirada durante unos instantes y después, como movidos por un resorte, se

separaron a la vez.

—Lo siento —se disculpó ella—. No sabía que estaba tan cerca —Después, sin darle opción a nada más preguntó con desconfianza— ¿Usted cree que estará dentro?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo antes de que entres. —Estaba resuelto a protegerla. No entendía muy bien los sentimientos que provocaba en él, pero el de protección era uno de ellos. Quizá por las circunstancias en las que la había conocido.

Ella le dio la llave y le dejó el paso libre sin protestar. Sus hombros se inclinaron un poco hacia delante en señal de abatimiento. No le gustaba perder las batallas pero aquella estaba perdida de antemano y tenía miedo de que él tuviera razón. Un golpe en la cabeza por noche era suficiente.

## UNA EXTRAÑA CIENTÍFICA

Adam fue el primero en entrar en la casa. La luz, procedente de la ventana, le permitió distinguir que entraban por la cocina. Ella entró después de él y le dio al interruptor de la luz. La estancia quedó iluminada. La decoración en blanco y berenjena llamó la atención del hombre, quien, sin saber por qué, esperaba algo más clásico. Un ventanal, justo frente a la puerta, atrajo su atención. Se dirigió hacia él para comprobar que estaba bien cerrado. No había dado dos pasos cuando un agudo pitido le dejó desconcertado durante algunos segundos. Con una sonrisa de suficiencia bailando en su boca, Diana marcó unos números sobre un teclado fijado a los azulejos, junto a la entrada y el ruido cesó. Él se giró con un gesto socarrón y la miró de arriba abajo. Ella no se había movido casi nada desde el momento en que habían entrado.

—Así que tienes alarma. Muy buena idea. Sí, señora.

La mujer cambió el peso de una pierna a la otra en señal de inquietud. No le apetecía nada tener a aquel hombre en su cocina. Desestabilizaba por completo el equilibrio conseguido con mucho esfuerzo. Su seguridad y su encanto la afectaban demasiado. Aun así, consiguió mostrarse sarcástica.

—Soy científica. No tonta. La alarma fue lo primero que instalé cuando arreglé la casa.

Él seguía curioseando. Le contestó a la vez que se dirigía hacia una puerta cerrada

—Nunca he insinuado que lo fueras señorita Manetti. Y veo que eres previsor.

Abrió la puerta y asomó la cabeza para ver que al otro lado había un salón. Esta vez fue él quien encendió la luz. No había duda de que aquella casa pertenecía a una mujer joven y moderna. Las paredes estaban pintadas de blanco, excepto una, que lo estaba de un subido color granate. El decorador había jugado con esos dos colores en los cojines, estores y tapicerías. Su recorrido visual se detuvo en un enorme sofá tapizado en esos mismos tonos. Nada más verlo sintió un deseo irrefrenable de acomodarse en él. Un alfombra, lámparas de rincón, un par de jarrones con flores, pequeños detalles que habían conformado un conjunto perfecto. La señorita Manetti había creado allí su verdadero refugio. Porque estaba seguro que había sido ella quien había logrado aquel resultado.

—Es un lugar muy acogedor —comentó.

Ella contestó con unas palabras de agradecimiento bastante secas. Podría ser su jefe, podría estar muy bueno y podría estar muy seguro de sí mismo, Pero se estaba pasando. Aquella era su casa y no recordaba haberle invitado a llegar hasta allí. Se estaba tomando muchas libertades y no sabía cómo cortar aquello sin ofenderlo.

Adam se sentía bien en aquel lugar. No le apetecía nada ir a la habitación impersonal de

cualquier hotel. Le gustaría quedarse y compartir la velada con aquella mujer un tanto extraña. Rompía todos los estereotipos que existían sobre los científicos. Era guapa, inteligente, moderna e independiente y le gustaría mucho conocerla mejor, aunque ella no pareciera muy dispuesta a colaborar. Desde que habían llegado, se había mirado el reloj varias veces y parecía impaciente. Actuaba como si quisiera deshacerse de él lo antes posible. Luchó durante unos segundos consigo mismo para ver si le daba el gusto a ella o se lo concedía él. Al final su propia causa salió ganadora. Se sentó en el sofá y apoyó la cabeza en el respaldo. Entonces fue cuando se dio cuenta de lo cansado que estaba.

—Diana —pronunció en tono agotado— ¿Puedo abusar de tu hospitalidad?

Ella estuvo tentada de mandarlo a la porra, pero se veía fatigado de verdad.

—Usted dirá.

—Llevo dando vueltas desde las seis de esta mañana y no he comido nada en todo el día. ¿Podría tomar un café o algo caliente?

Ella se sintió un poco culpable, al fin y al cabo era por su culpa que todavía no estuviera en su hotel y que no hubiese cenado.

—No se preocupe. Espere aquí.

Se quitó el abrigo, que aún llevaba puesto y volvió a la cocina acompañada por un remolino de sensaciones. Parecía que el súper hombre tenía su límite como cualquier humano y le debía, por lo menos un bocadillo.

Cuando volvió a los diez minutos con una bandeja, un par de bocadillos y dos cervezas, lo encontró profundamente dormido. Y ahora ¿qué? ¿Lo despertaba? ¿Le dejaba dormir un rato? ¡Vaya situación! Dejó la bandeja sobre una mesita baja y lo observó. Era un hombre grande y bien proporcionado. Sus rasgos eran duros y atractivos, sobre todo cuando sonreía y sospechaba que sabía utilizar esas ventajas en beneficio propio. Aunque la ropa era deportiva, revelaba poder y dinero. Alguien con quien mantener las distancias, pero de quien no podía despegar los ojos.

Quizá debido a la intensidad de su escrutinio, él abrió los ojos un tanto desconcertado. Al momento se dio cuenta de lo ocurrido. Se sentó derecho y se disculpó.

—Lo siento. Estoy rendido —sonrió de forma encantadora— y el sofá es una maravilla.

Ella le devolvió la sonrisa sin darse cuenta. Con toda seguridad, se dijo Adam, era la primera dirigida a él de forma genuina y le pareció maravillosa. Bueno, por lo menos no estaba enfadada porque se hubiera dormido en su sofá.

Diana le puso delante la comida.

—Es lo único que tengo en casa para comer —señaló el bocadillo de fiambre frío que había preparado.

—Estoy seguro de que estará buenísimo. —Dio un primer mordisco y le preguntó— ¿Por

qué no tienes comida? ¿No comes aquí?

Ella mordió el suyo a la vez que se encogía de hombros.

—La mayoría de las veces salgo muy tarde del trabajo y compro algo por el camino.

—¿Por qué sales tan tarde? ¿Soy un jefe exigente?

—No. Yo soy la que exige. —Él la miró esperando que añadiera algo más y no tuvo más remedio que continuar— Me gusta mi trabajo y me gusta hacerlo bien y hasta que no están a mi gusto, no salgo.

Con un gesto de aceptación y comprensión, Adam dio un largo trago a la botella de cerveza. Los ojos de Diana siguieron el movimiento de manera casi hipnótica. Por un momento olvidó la conversación y se deleitó con el movimiento de su garganta al tragar el líquido. En cuanto fue consciente de lo que hacía, bebió precipitadamente de la suya. Solo le faltó abanicarse con la mano. El golpe la había afectado más de lo que suponía. «*No le echas la culpa al golpe Manetti. Tienes un problema con este jefe que te ha caído del cielo*» se dijo mientras intentaba recordar qué le estaba diciendo.

—Diana —él había terminado su comida y la miraba con preocupación— ¿Estás bien?

Ella asintió e intentó explicar su extraña actitud diciendo que estaba muy cansada. En esa ocasión, además de captar la indirecta, decidió que ya era suficiente, que por poca gana que tuviera de irse, debía dejarla descansar. Ya habría más ocasiones para disfrutar de su compañía y si no era así, las crearía. No tenía ninguna intención de perderla de vista sin más.

A la mañana siguiente, Adam estaba preparado para afrontar el día desde muy temprano. Llegó a la oficina cuando todavía estaba oscuro y el edificio estaba tan vacío como la tarde anterior cuando había llegado. Se metió en el pequeño despacho, que tenía reservado para cuando trabajaba allí y desplegó sobre la mesa los informes que había traído consigo desde Londres.

El de Diana ya lo conocía, pero ahora, que sabía cómo era personalmente, quería mirarlo desde otra perspectiva. La foto no le hacía justicia. En realidad, la imagen tomada de frente, en la que solo se mostraba su rostro, no reflejaba ni su personalidad ni, por supuesto, el resto de su físico. En el expediente aparecía un extenso e interesante currículum profesional. Había sido profesora en la facultad de farmacia, trabajo que compaginaba con el de investigadora en la misma universidad. Según constaba, lo había dejado todo para ir a trabajar a su empresa cuando Armiñana se lo había propuesto. De sus datos personales no se desprendía nada. Treinta y cuatro años y soltera. No hablaba de familiares ni de nada que pudiera servirle para conocerla mejor.

Pasó al siguiente documento. Laura Garrido. Secretaria del director desde hacía siete años. Tenía estudios de formación profesional en la especialidad de administrativo y su sueldo era de mil quinientos euros. No tenía información directa de lo que pasaba en el laboratorio

pero sí conocía ciertos datos confidenciales. Era soltera y figuraba una dirección de la que más tarde se informaría. Quería hablar con ella esa misma mañana.

Antonio Gálvez. Licenciado en farmacia y jefe de todo el departamento de investigación. Por lo que sabía de él no era un tipo muy de fiar, por lo menos había robado a Diana su idea o lo estaba intentando. Él sí tenía acceso a todos y cada uno de los detalles de cualquier investigación que allí se llevara a cabo. Llevaba unos diez años en la empresa. Era soltero y tenía cincuenta años.

Por lo visto la investigación y el matrimonio estaban reñidos, se dijo mientras pasaba al siguiente.

Alejandro Torres. El colaborador más cercano a Diana. Hacía tres años que se había licenciado y llevaba ese mismo tiempo como su ayudante. Ella misma lo había reclutado de entre sus alumnos.

Esas eran las personas más cercanas al trabajo de Diana Manetti. Había muchas más trabajando en aquel edificio pero, por el momento, hablaría con las que tenían un contacto directo con el nuevo descubrimiento. Había que extremar las precauciones. El ataque de la noche anterior no tenía pinta de ser una casualidad.

Dejó las carpetas apiladas en un lado y se acercó al ventanal. Todavía faltaba un rato para que empezara la jornada laboral. La empresa estaba instalada en el polígono, a las afueras de la ciudad y el despacho daba al aparcamiento, a esas horas casi vacío. El coche del vigilante, el suyo y algún otro desperdigado por la explanada. Una moto atravesó las puertas de la verja atrayendo su atención. Sus ojos se entrecerraron para enfocar su visión y adivinar de qué marca era. Las motos eran una de sus aficiones. Aquella era negra, con las llantas de aluminio fundido del mismo color. Era un modelo nuevo, estaba seguro. Cuando quedó de perfil, pudo distinguir el logotipo archiconocido de Harley Davidson. Pensó que era una pena no poder oír el sonido del motor desde detrás de los cristales. Ese ronroneo podía ser música para los oídos de un aficionado. Esperó con curiosidad. ¿Quién de sus empleados podía permitirse un vehículo como aquel?

El motorista se detuvo y durante unos instantes permaneció inmóvil. Sus largas piernas le sujetaban apoyadas a ambos lados sin ninguna dificultad. El casco, también negro y un chaquetón de piel gordo ocultaban por completo su identidad.

Un coche más pequeño aparcó justo a su lado y el recién llegado se puso en movimiento. Se deshizo de los guantes y tiró del casco hacia arriba. Una larga cabellera rubia cayó en cascada por los hombros. La boca de Adam se abrió de forma involuntaria debido al asombro. No se equivocaba si decía que esa melena pertenecía a Diana Manetti, la científica más atípica y sorprendente que había conocido en su vida. Del coche bajó un hombre alto y delgado. Ella le hizo un gesto con las manos y bajó de la moto. El hombre se inclinó un poco

hacia adelante, le apoyó las manos en los hombros y le dijo algo. Ella le obsequió con una sonrisa tranquilizadora a la vez que le daba un beso en la mejilla. El estómago de Adam se contrajo ante ese gesto de cariño y confianza. ¿Celos? No. No podía tener ese sentimiento por alguien a quien apenas conocía. Sin embargo, le molestaba que sonriera a todos menos a él, a quien trataba con cierta distancia e impaciencia. Por primera vez, tras leer en el informe que era soltera, se preguntó si tendría alguna relación. Había dado por sentado que no, pero eso había sido suponer demasiado. En caso de que así fuera, esa posibilidad no le gustaba en absoluto.

Diana aseguró el casco a la moto y le puso a ésta una especie de barra para dejarla a buen recaudo. Dentro del recinto no había robos, pero era mejor no dar facilidades. Si a él le robaran una joya como aquella, le daría algo. Al pensar en eso, se dio cuenta de que la mujer también era una joya y no quería que se la robasen. Molesto por esa sensación de propiedad hacia ella se retiró de la ventana a la vez que la puerta del despacho se abrió.

Abajo, en el aparcamiento y ajenos al escrutinio de unos profundos ojos dorados, Diana y Alex hablaban sobre lo ocurrido el día anterior.

—¿Diana! ¿Estás bien?

Alex había bajado del coche como una exhalación en cuanto la había visto sobre su moto. Su expresión asustada la enterneció.

—Estoy bien. ¿No lo ves? —se señaló a sí misma para que lo comprobara.

Él le apoyó las manos en los hombros y se agachó para que los ojos quedaran a la misma altura y poder examinarla de cerca.

—Me dijo Laura que te habían atacado.

Ella respondió posando las manos en su pecho en un gesto tranquilizador. Ambos hablaban y se tocaban con la naturalidad que proporcionaban la costumbre y la confianza.

—Solo fue un golpe en la cabeza —se llevó la mano al chichón recuerdo de la agresión.

—¿Sabes qué ocurrió? —La curiosidad casi igualaba a la preocupación.

Se pusieron en marcha y entraron en el edificio.

—Te fuiste y me quedé sola. Oí un ruido y creí que no me habías hecho caso y seguías por aquí. Salí a buscarte y al llegar a mi despacho vi todos mis papeles por el suelo. Lo siguiente que recuerdo es un ángel gritándome.

—¿Qué? —Alex pensó que su jefa estaba un poco desorientada.

Ella movió la mano espantando el pensamiento.

—No me hagas caso. Es que al despertar oía y veía cosas raras, pero me recuperé enseguida.

—¿Quién fue?

—No lo sé, pero la policía se hizo cargo de todo. Supongo que te llamarán a declarar.



Ayer estuvieron en la empresa hasta tarde. Hablaron con los jefes, Laura y conmigo.

Ya habían llegado a la oficina de Diana. Ésta se deshizo del chaquetón y de sus botas y se puso su ropa de trabajo.

—Vamos a trabajar —señaló— ya se ocuparán ellos de encontrar al culpable.

Alex la siguió sin decir nada más. Solo faltaba en escena la policía haciendo preguntas a todo el mundo.

## EL LABORATORIO

—Perdón —Laura Garrido se detuvo en seco y su boca se abrió por la sorpresa—. No sabía que estuviera aquí —se disculpó.

Era evidente. La mujer había irrumpido en la estancia pensando que no había nadie. La pregunta era: ¿qué había ido a hacer allí?

—Yo...el caso es que... —balbuceó con torpeza.

Adam decidió no presionarla, le interesaba más mantener una conversación con ella y ese era un buen momento para hacerlo.

—Señorita Garrido ¿puede pasar un momento, ya que está aquí? Me gustaría hablar con usted.

Ella asintió, todavía aturdida y avanzó hacia el escritorio. Aquel despacho no se parecía en nada al de Don Luís. Éste era una pequeña habitación bien iluminada pero con muebles de oficina baratos. Un escritorio, unas estanterías, un ordenador y un par de sillas para recibir visitas. Solo se usaba para emergencias como cuando iba el Señor Howard, que prefería instalarse allí y no molestar a nadie cuando venía a España. Y si no recordaba mal, hacía más de tres años que aquella habitación no se había usado.

Adam le señaló una de las sillas sin dejar de observarla. Una chica guapa, que gastaba mucho dinero en ropa, y de eso entendía porque tenía una hermana que invertía una fortuna en vestirse. Una primera duda surgió en su mente. Con su sueldo de secretaria no se podían comprar muchos trajes como el que llevaba.

Laura estaba nerviosa. Se sentó muy derecha con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Se retiró el pelo de la cara en un gesto inconsciente y lo miró con expectación.

—Usted dirá — Su voz salió temerosa.

—¿Hace mucho que conoce a la doctora Manetti?

Ella relajó un poco la postura. Esa pregunta podía responderla.

—Desde que empezó a trabajar aquí.

—¿Y a Alejandro Torres?

—Lo mismo. Desde el día que llegó, aunque con él tengo menos trato.

—¿Por qué?

Laura no entendía que importancia podían tener esas preguntas, pero contestó.

—Él es muy reservado. Con Diana fue distinto. Enseguida congeniamos. A veces salimos juntas, al cine, a comer, de compras,... Somos amigas.

Por lo visto la científica tenía amigos y salía por ahí. Siempre se había imaginado que los científicos eran gente retraída que prefería el trabajo a las relaciones sociales, pero estaba

viendo que iba a tener que empezar a romper muchos clichés.

—Entonces ¿usted tiene acceso a lo que la doctora hace?

—Un poco. Algunas veces comentamos cosas sobre el trabajo.

El asintió pensativo. La miró fijamente, con los ojos un poco entornados y preguntó.

—Señorita Garrido ¿le gusta a usted su trabajo?

Ella levantó la cara y volvió a juguetear con el pelo, se mordió los labios y al final contestó.

—¡Claro que me gusta! Es muy interesante.

«*Seguro*», pensó él. Pasar llamadas de teléfono, archivar papeles, escribir cartas y organizar la agenda de Armiñana. Interesantísimo. La secretaria ocultaba algo y estaba decidido a averiguarlo.

Laura se removió inquieta en la silla y él pensó que antes de presionar más, debía informarse de algunas cosas más sobre ella.

—Eso es todo. ¿Me buscaba para algo? —preguntó haciendo alusión a su presencia en su despacho.

—¿Eh? No. No. Buscaba a Don Luís.

Una excusa muy rara, teniendo en cuenta que su oficina estaba al otro lado del pasillo.

—¿Puedo irme?

—Sí, claro.

Ella soltó un suspiro de alivio y salió prácticamente corriendo. Cuando vio que estaba lejos de los ojos inquisidores de su jefe, respiró hondo y redujo la velocidad de sus pasos. Menos mal que el señor Howard no había insistido en el motivo por el que se había colado en su despacho.

Había llegado la hora de volver a hablar con la doctora y esta vez lo harían en un sitio bastante menos personal que su hogar. Ella elegiría el lugar porque quería que estuviera cómoda. Necesitaba saber todo lo referente al fármaco y a sus proyectos más inmediatos. Abandonó su despacho y bajó en ascensor hasta el primer piso. Esa planta estaba destinada exclusivamente a pequeños despachos de los investigadores y a los laboratorios, amplias y luminosas salas dotadas con los avances tecnológicos más sofisticados. Costaban una fortuna pero valían cada uno de los euros invertidos en ellos. Avanzó por el pasillo hasta llegar a la tercera puerta. A través de los cristales la descubrió inclinada sobre el hombro de un joven. Ambos miraban la pantalla del ordenador y comentaban algo. Él, parecía el mismo hombre que había hablado con ella en el aparcamiento. Decidido a averiguar su identidad, empujó la puerta y entró.

Los dos ocupantes de la habitación se giraron a la vez para descubrir quien entraba en su

santuario con esas formas tan bruscas. La cara de la mujer mostró sorpresa y la de él, curiosidad.

Por fin lo identificó. Era Alejandro Torres, el ayudante. Eso no lo tranquilizó en absoluto porque aquel individuo pasaba muchas horas con Diana y con total seguridad, la conocía muy bien. Casi tanto como él deseaba.

La actitud de Diana cambió de forma radical ante su presencia. Como de costumbre, desde que se habían conocido, se puso a la defensiva. Cruzó los brazos sobre el pecho y esperó a que fuera él quien comenzará la conversación. La observó durante unos segundos. Volvía a llevar esa antiestética bata blanca y de inmediato se preguntó si ese día vería qué llevaba debajo. Casi sacudió la cabeza para alejar el derrotero de sus pensamientos personales y poder centrarse en los profesionales. ¿Por qué tenía ese efecto en él? Se preguntó extrañado. No le gustaba ni un pelo distraerse de esa manera y tampoco le gustaba no poder manejar sus propias reacciones.

—¿Podríamos hablar? —al final tuvo que iniciar la conversación bastante contrariado por tener que ceder. Él era quien marcaba su propio ritmo y le molestaba que alguien ajeno, aunque fuera alguien como ella, intentara siquiera sugerírselo.

—Claro, pero estamos ocupados.

Él tomó aire despacio y profundo para mantener la calma.

Diana sabía que estaba a punto de perder la paciencia pero encontraba cierta satisfacción en provocar a Don Mandón.

Él decidió demostrar quién era el jefe, se irguió en toda su estatura y clavó en ella sus ojos dorados con aire intimidatorio.

—Quiero que me explique todo lo que tenga que ver con el nuevo medicamento y la enfermedad que va a atacar.

Ella asintió con un gesto y señaló a su ayudante.

—De acuerdo. Pero Alex vendrá con nosotros. Él ha estado en la investigación desde el principio. «*Yo no soy como mi jefe*» le faltó añadir. Ella reconocía el trabajo de los demás.

Adam la fulminó con la mirada. ¡Maldita mujer! ¿Siempre se salía con la suya?

Alejandro miraba a uno y a otro expectante, No sabía quién era el recién llegado y percibía una tensión entre él y su jefe que podía haber generado toda la energía necesaria para mantener el laboratorio.

—¿Dónde podemos hablar sin que nos molesten?

No le importaba que el joven les acompañara. Si sabía de qué iba el tema, aportaría conocimientos y ayudaría, además de servir de “colchón”. El pobre, sin saberlo, iba a amortiguar todos los golpes entre ambos.

—Vamos a mi despacho.

Salió primero, después le siguió Adam y Alex se quedó parado unos segundos sin saber qué hacer. La idea de asistir a aquella reunión no le entusiasmaba nada. No era muy bueno con las relaciones humanas, prefería la soledad de los estudios y las investigaciones, pero sospechaba que Diana había requerido su presencia para disolver un poco la rigidez del ambiente.

—Alex —oyó decir a Diana— no te quedes ahí parado. Tenemos que informar al jefe de nuestros progresos.

«¿Jefe? ¿Qué jefe?» se preguntó mientras los seguía. Ellos ya tenían un jefe. Un impresentable ladrón de ideas y un aprovechado, pero jefe al fin y al cabo. Caminó en silencio y entró en el diminuto despacho de Diana. Ésta se arrepintió de inmediato de haberlo elegido para su reunión. En su afán por llevarlo a su territorio, había olvidado las dimensiones de aquel cuchitril. Quizá aprovechara para quejarse a su superior y decirle que aquellas no eran condiciones para trabajar. Estar en un sitio tan reducido con dos hombres tan grandes le impedía respirar. Parecía que ellos absorbían toda la energía. Entonces se dio cuenta de que no solo no había espacio, sino que tampoco había asientos.

Volvió a levantarse.

—Creo que será mejor que nos vayamos a la sala de reuniones.

—Prefiero quedarme aquí —miró a Alex y le preguntó— ¿Es posible encontrar dos sillas?

El ayudante asintió y salió de la habitación. Al cabo de unos minutos, que ellos aprovecharon para observarse en silencio, volvió a aparecer con dos sillas de oficina. No parecían muy cómodas pero servirían.

Adam le agradeció el gesto y aprovechó para presentarse.

—Soy Adam Howard —extendió su mano—, dueño de esta empresa.

La mano de Alex quedó a medio camino, detenida por la sorpresa. Enseguida reaccionó y devolvió el apretón de manos. Ese sí que era “El jefe” y no el vampiro chupasangre o chupa ideas de Gálvez. Y Diana no dejaba de provocarle.

—¿Fue usted quien la encontró? —se atrevió a preguntar.

—Sí —Adam desplegó una sonrisa encantadora—. Fue lo primero que vi al llegar. Una buena sorpresa.

Ella carraspeó atrayendo la atención de los dos hombres. Como se atreviera a hacer algún chiste sobre su forma de conocerse, apretó la mandíbula, se iba a enterar de lo que era una científica cabreada.

—¿Podemos empezar? —preguntó con impaciencia.

Adam recuperó la seriedad y se dirigió a ella.

—Me gustaría saber en qué habéis estado trabajando y qué planes tenéis para el futuro.

Ella olvidó su animosidad y se sumergió en la pasión de su vida. Su trabajo. Fue como si se transformara ante los ojos de los dos hombres. Eso era lo que siempre le había gustado a Alex, que se entregaba en cuerpo y alma al trabajo y lo transmitía a quien la rodeaba.

—¿Cuánto sabe sobre el Parkinson?

Él se detuvo a hacer memoria y repasar lo que sabía sobre esa dolencia, que era bien poco.

—Sé que es una enfermedad que provoca temblores y que es degenerativa. También sé que no tiene cura.

Ella lo miró pensativa. Era evidente que Adam Howard no se había licenciado en ninguna carrera que tuviera que ver con la biología o la salud. Tendría que contarle lo que había con palabras accesibles. Miró a Alex de reojo y comenzó a hablar.

—Eso es así, pero hay mucho más —le dijo— El Parkinson es una enfermedad neurodegenerativa crónica. Aparece porque las neuronas que fabrican la dopamina, mueren. Esta sustancia es un neurotransmisor. Sin ella, digamos que las neuronas no pueden pasar información de una a otra. Es como si se rompiera el circuito. Como consecuencia, aparecen alteraciones en los movimientos. Usted habla de temblores, pero quizá sea peor la rigidez de los músculos.

»Suele darse en personas mayores, pero también aparece en adultos jóvenes. No es tan frecuente pero es, incluso, más agresivo. No conocemos las causas que lo originan. Se barajan varias posibilidades como la herencia, el estar expuestos a ciertos pesticidas que contienen toxinas perjudiciales para las células e incluso la acción de los radicales libres. Se han encontrado altas cantidades de hierro en el cerebro de los afectados, quizá provoque un envejecimiento acelerado.

Al no conocer las causas es muy difícil buscar una solución.

Adam la escuchaba con atención. Si no conocían las causas ¿qué había encontrado ella?

—Entonces, ¿qué es lo que tenemos?

Diana miró a Alex y éste continuó la explicación

—Hasta ahora lo que se ha hecho es administrar levodopa. Con esta sustancia el organismo fabrica dopamina. Al principio suele ser bastante efectivo pero solo sirve para retrasar el deterioro.

»Se han utilizado muchos métodos, como la estimulación profunda del cerebro e incluso la hipnosis. El fin principal es frenar la degeneración de las células. Hasta ahora todos los tratamientos que hay solo sirven para paliar los síntomas.

—Hay miles de estudios —intervino Diana— Una de las cosas que se han descubierto es que en las personas que consumían cafeína y nicotina, la enfermedad tenía menos incidencia. Empezamos a investigar por ahí. Si conseguíamos algo, podíamos retrasar la enfermedad.

Sabemos que la enfermedad se origina porque el transporte de proteínas entre dos partes cruciales de las células se interrumpe —aquí se detuvo en su explicación. Miró otra vez a su ayudante y después a Adam que permanecía atento a todo lo que decía, sin perder ni un dato. Ahora venía lo interesante—. Pues bien, lo que hemos descubierto es una proteína que restablece la interrupción del tráfico. Ese no sería un tratamiento paliativo sino curativo. Esperamos combinar las dos investigaciones. Una nos llevó a la otra y al final podríamos sacar dos medicamentos, uno preventivo y otro que recuperaría a los enfermos existentes.

Adam la escuchaba con interés. La mujer había dejado paso a la científica y ésta también se lo había ganado por completo. Alex y ella hacían un buen equipo y sabían lo que se traían entre manos. Habían hecho una exposición clara y concisa para que él se hiciera una idea del tema. Parecía como si una luz se hubiera abierto paso aclarando todas sus dudas, aunque aún le quedaba una.

—¿Y ahora? ¿Cuál es el siguiente paso?

—El director iba a pedir los permisos correspondientes para empezar a probar la sustancia en humanos. Al principio seleccionaremos unas veinte personas en distintas fases de la enfermedad. Tenemos que ajustar la dosis y la frecuencia además de averiguar su seguridad. La dosis se irá aumentando de forma gradual. También tenemos que averiguar cuál es la mejor forma de administrarla. Por vía oral o intravenosa... queda todavía mucho trabajo por hacer. Este proceso puede llevarnos un año.

Adam asintió, con esa parte ya estaba más familiarizado. Cuando todo estuviera demostrado, él se encargaba de los controles de calidad, el envasado, almacenajes y otros asuntos que ya escapaban a los investigadores.

—¿Cuándo empezará?

—Pronto. Ya tengo algunos posibles pacientes.

El volvió a quedar en silencio. Observó al hombre joven y a la mujer con otros ojos. Habían trabajado mucho y muy bien y parecían dispuestos a seguir adelante. Se levantó y extendió la mano, primero a Alex

—Felicidades. Habéis hecho un trabajo magnífico.

El joven respondió con un escueto gracias. Después estrechó la mano de Diana. La retuvo un poco más de la cuenta, pero la miraba con tal interés e intensidad que casi se había olvidado de que la estaba sujetando. Era una mujer físicamente espectacular y con un cerebro brillante. No iba a dejar de felicitarse por contarla entre sus empleados. Solo le quedaba protegerla, porque era evidente que había alguien que quería lo que ella tenía.

Adam pasó todo el día con Armiñana. Invirtieron el tiempo en resolver todos los asuntos pendientes acumulados. Desde hacía unos años, era el director quien viajaba a Londres una vez

por mes.

Durante todo el tiempo que estuvieron trabajando, su mente había volado al piso de abajo varias veces, incluso había intentado comer con ella.

Cuando le dijo a Armiñana que iba a invitarla, éste soltó una risita divertida.

—Diana no come.

Adam se volvió a él con la sorpresa pintada en su rostro.

—¿Cómo que no come?

El hombre se encogió de hombros.

—No sale a comer. Tampoco va a la cafetería. Muchas veces la he visto tomar un bocadillo o un yogurt sobre la marcha para no perder tiempo.

—Bueno, compraré dos bocadillos y la invitaré.

Armiñana lo observó pensativo y con cierta guasa en su expresión. Parecía que el gran hombre, siempre inaccesible emocionalmente, a nivel laboral no tenía quejas, estaba más interesado en la mujer que en la empleada. Llevaba toda la mañana bastante distraído y apostaba a que era ella el motivo de la distracción. Iba a ser muy entretenido ver al inglés perseguir a Diana. Ésta tenía un carácter muy peculiar. ¡Ja! Iba a volverlo loco y él iba a estar sentado en primera fila.

—Adam... —lo retuvo cuando éste se ponía en marcha—, no te recomiendo que la interrumpas. No le va a gustar.

Sí, pensó, desinflado un poco su entusiasmo; quizá fuera muy precipitado aparecer dos veces en el mismo día en sus dominios. Aunque a lo mejor merecía la pena, solo por ver sus ojos echar chispas. Al final hizo caso al director y se fue con él a la cafetería. Cuando entraron, paseó la mirada por el local. A aquella hora estaba lleno. La mayoría de los empleados aprovechaban su tiempo de descanso para almorzar. Constató que ni Alex ni Diana estaban allí y deseó poder sustituir al joven.

—¡Adam! —La voz del director, más elevada de lo habitual, le indicó que había vuelto a despistarse y ni había oído lo que el otro le decía— Hoy estás muy distraído.

Sí. Y le fastidiaba sobremanera. Desde que había encontrado el cuerpo de una mujer inconsciente la tarde anterior, estaba totalmente descentrado.

—Lo siento —se disculpó—. Nunca había encontrado un empleado sin sentido, sin mencionar que ese empleado ha hecho un gran descubrimiento.

Bueno, se dijo Armiñana, si esa era la excusa, por él valía. La aceptaría.

—Sí —contestó siguiendo el hilo de la conversación—, estamos en un lío. La fase que vamos a empezar ahora es decisiva. Diana tiene muy claro lo que quiere y cómo va a hacerlo. Va a ser un proceso laborioso y lento además de intenso. Tenemos que fabricar las dosis suficientes del medicamento para empezar a suministrarlo y no podemos permitir que alguien



consiga la información de cómo se sintetiza la proteína.

Adam asintió.

—Tenemos que doblar la vigilancia. No podemos permitir que nos roben o que vuelvan a atacar a Diana o a alguien más de los que trabaja en el proyecto.

Luís le comentó que la policía seguía interrogando a los empleados y que pronto tendrían un informe, pero de momento, no tenían mucho que decir.

—Si es necesario —anunció Adam— contrataremos más seguridad privada.

Diana, por su parte, invirtió todo el tiempo en revisar los expedientes seleccionados por Alex para, de entre ellos, elegir las personas que probarían el nuevo tratamiento. Todas ellas eran voluntarias y sus edades variaban. Uno de los elegidos era un hombre de unos 40 años, quien estaba dispuesto a probar cualquier cosa. No era muy común que afectara a personas tan jóvenes pero tampoco era un hecho aislado. No le extrañaba que quisiera probar todo lo que estuviera a su alcance puesto que las consecuencias psicológicas en enfermos tan jóvenes eran bastante serias. Lo normal era la negación para después pasar a la ira o la depresión. El apoyo psicológico en esos casos era necesario, tanto para los pacientes como para sus familiares. Además de él, había elegido a otras diecinueve personas. Esperaba sinceramente poder ayudarlas. Ella sabía por experiencia propia el sufrimiento que traía esa dolencia y lo milagroso que sería poder reintegrarlos a una vida normal.

A las siete de la tarde cerró la última carpeta y decidió que era hora de irse a casa. Estaba cansada y enfadada porque no había podido apartar de su mente la imagen de Adam Howard. Era un hombre autoritario y arrogante, por eso no sabía por qué la afectaba tanto. Cada vez que lo veía aparecer, su estómago se encogía un poco y volvía a aparecer la imagen de un ángel oscuro, aunque no tuviera nada de criatura celeste. De lo que sí estaba segura era de que en esos momentos no podía dedicarle mucho tiempo. Estaba demasiado ocupada.

Cerró con llave la puerta de su despacho y se dirigió al ascensor. Alex se había ido una media hora antes y otra vez estaba sola. Le pareció oír un ruido al final del pasillo y se giró con rapidez con un estremecimiento. El recuerdo del ataque estaba muy fresco. Volvió a apretar el botón de llamada con impaciencia. Podría haber usado las escaleras pero ahí se sentía más vulnerable. Por fin las puertas se abrieron y Diana se metió en el interior del aparato con rapidez. Su respiración estaba un poco acelerada por el miedo. Tenía que superarlo, se dijo mientras se apoyaba en la pared. Las luces del ascensor parpadearon deteniendo el latido del corazón durante unos segundos. Otra vez no podía ocurrir.

Cuando se detuvo en la planta baja y pudo salir, lo hizo como una exhalación. Tras el mostrador estaba el vigilante de seguridad, quien la saludó cuando pasó frente a él.

—Hasta mañana señorita Manetti.

—Hasta mañana —respondió a la vez que reducía un poco el paso.

Salió a la calle y se dirigió hacia el aparcamiento. Tenía sus dos vehículos aparcados juntos. Tendría que buscar a alguien que le llevara el coche a casa. Era de noche y hacía buen tiempo. Estaban a primeros de noviembre pero por uno de esos caprichos de la climatología, Galicia gozaba de una ola de calor tardío. Hacía más de una semana que no caía ni una gota y aprovechaba cualquier oportunidad para desplazarse con la moto. Volvió a oír el ruido. Se estaba volviendo paranoica. Aun así y por si acaso, agarró las llaves y se preparó para usarlas como arma. Ya estaba junto a la motocicleta. Solo tenía que ponerse el casco y salir pitando. Lo estaba soltando de su cierre de seguridad sobre el asiento cuando una mano se posó en su hombro. El grito que soltó podía haber perforado el tímpano de cualquiera. Se volvió con la llave en la mano dispuesta a clavársela al agresor. Unas manos grandes y fuertes la sujetaron con firmeza.

—¡Diana! —gritó poniéndose frente a ella—. Soy yo.

Cuando se aclaró un poco su visión y la bruma de su cerebro se deshizo, Diana reconoció a la persona que había frente a ella.

—¡Joder, Adam! —chilló a la vez que le propinaba un empujón con ambas manos—  
¿Cómo se te ocurre acercarte así? ¿No recuerdas que ayer me atacaron por la espalda?

Ni señor Howard, ni tratamiento de usted, ni nada. Aquel imbécil le había dado un susto de muerte. ¿De dónde había salido? Había aparecido de entre las sombras sin emitir ni un solo sonido.

Él pareció darse cuenta de lo que acababa de hacer. Ella estaba pálida y respiraba un poco agitada. Cuando había esperado en la acera, no se le había ocurrido que iba a asustarla de esa manera.

—Lo siento —se disculpó— no era mi intención...

—¡Claro que no era tu intención! —Le empujó otra vez— Si sospechara que lo era, serías hombre muerto. —Lo miró con furia, apenas conteniéndose.

Adam la sujetó con fuerza, no le apetecía otro empujón o algo peor, dada la cólera que había dentro de ella.

—Tranquila, Diana —su voz era casi un susurro, pero a la vez firme. Sin darse cuenta, había hablado en inglés pero ella le entendió a la perfección.

—Vete al diablo —dijo soltándose y empezando a dar la vuelta.

—Espera —la agarró por el brazo—, no he pensado que podía asustarte. Lo siento. Solo te esperaba.

—¿Para qué?

Desde luego esa actitud beligerante no ayudaba, pero, por lo menos, parecía dispuesta a escucharle.

—Quería saber si necesitabas algo, por ejemplo, ayuda con alguno de tus vehículos — señaló a los dos con la mano—. Veo que tienes buen gusto.

—No necesito ayuda. Mañana alguien me acercará el coche. La moto no se la dejo a nadie.

Adam miró la Harley con interés.

—Te entiendo. Yo tampoco le dejo la mía a nadie.

La curiosidad pudo con el enfado.

—¿Tienes una Harley?

—No. La mía es una BMW, pero me gusta mucho la tuya. ¿Es un modelo nuevo?

Diana miró su último capricho con orgullo.

—Sí. La compré este verano. Aquí se puede usar poco tiempo y lo aprovecho al máximo.

—Pues en Londres no es mucho mejor.

Tras el enfrentamiento, ahí estaban hablando de motos tranquilamente. El silencio cayó sobre ellos al darse cuenta del nuevo vínculo que habían establecido.

—¿Te ayudo con el coche? —señaló un Audi A3 de color rojo.

Ella lo pensó durante unos segundos.

—No. Gracias. —Declinó al fin la oferta—. Tendría que traerte de vuelta y estoy cansada.

—No te preocupes. Te lo llevo mañana a primera hora y me traes cuando vengas a trabajar.

Bueno, se dijo, era una buena idea y, ya que parecía tan decidido a ayudarla, no podía encontrar otra excusa.

—Vale —cedió. Sacó las llaves de la pequeña mochila y se las entregó—. Mañana nos vemos.

Adam aceptó las llaves y esperó hasta que se puso el casco y arrancó. Ella le hizo un gesto con la mano y aceleró. Él contempló pensativo cómo se alejaba. Después miró las llaves y pensó que su propietaria le iba a dar muchos problemas.

## UN VIAJE EN MOTO

Recostado en la cama de la habitación del hotel, Adam cambiaba los canales de televisión sin ver ninguno. Estaba sumido en el más absoluto de los aburrimientos. No le apetecía leer, ni trabajar. Llevaba años viajando y viviendo en hoteles pero parecía que había llegado el momento de cambiar de vida y asentarse. Recordó la casa de Diana. Aunque viviera sola, se había construido un verdadero hogar. Su apartamento en Londres era grande y casi lujoso pero impersonal. Solo se sentía verdaderamente cómodo cuando iba a la casa de sus padres. La casa que había compartido con ellos y sus hermanos. La recordó con nostalgia. Allí había pasado los mejores momentos de su vida. Su hermano Ryan y él se habían independizado pero su hermana aún vivía con ellos.

Ryan se había establecido por su cuenta con el dinero que él le había pagado por su parte de la empresa farmacéutica familiar. Ahora era el dueño de una pequeña compañía floreciente, en el mismo ramo de la investigación. Estaba muy orgulloso de sus logros.

Victoria, su hermana, trabajaba con él como subdirectora y sabía lo que se traía entre manos.

Las notas de la banda sonora de “Misión imposible” en el móvil, le indicaron que acababa de recibir un mensaje. Alargó el brazo para alcanzarlo. Sonrió nada más ver quien lo mandaba. Siempre pasaba lo mismo. Parecía que existía un hilo invisible que lo unía a Victoria. Él pensaba en ella y sin duda, ella lo hacía en él.

*«Espero que estés vigilando el fuerte español. ¿Todo bien?»*

Él le contestó con otro.

*«Han surgido problemas. Investigadora agredida»*

Le dio a la tecla de enviar. No habían pasado más de unos segundos cuando sonó el teléfono. No le dio tiempo ni a contestar.

—¿Cómo que han agredido a la investigadora? —la voz de su hermana se oyó como si la tuviera sentada a su lado. La imaginó sentada en el sillón de su habitación, rodeada de papeles y con todos los sentidos alerta.

Le hizo un resumen de lo sucedido la tarde anterior.

—¿Y la acompañaste a casa?

Adam se puso a la defensiva. Victoria era muy intuitiva y propensa a meterse en su vida.

—Sí. —Aceptó con desgana.

Un silencio al otro lado de la línea y una nueva pregunta, como al descuido, le indicaron que tenía que poner fin a la conversación.

—Y esa doctora ¿qué edad tiene?

—Unos treinta y tantos. —Contestó de forma esquivada.

—Ajá —podía ver el cerebro de su hermana procesar información—. Y...¿es guapa?

—Victoria... —su tono de advertencia no amilanó a la chica.

—Venga, Adam, contesta.

—Sí. Es guapa —Era más que eso pero no tenía gana de dar explicaciones y Diana era difícil de definir—. Victoria, tengo que colgar, aún me queda mucho que hacer esta noche.

Su hermana no se creyó para nada la excusa, no obstante, dejó de presionar. De cualquier manera, se enteraría de todo.

—Te dejo entonces. Prométeme que tendrás cuidado.

—Prometido.

—Y cuida a la doctora —añadió justo antes de colgar.

Adam le dio a la tecla roja y puso el aparato sobre la mesilla de noche. Sabía que el interrogatorio no había terminado. Aun así, le quedaba algo de tiempo para que volviera al ataque. Tiempo que aprovecharía para aclarar sus ideas.

A las siete y media de la mañana su atractivo entrometido estaba en la puerta de la cocina con una bolsa de cruasanes en la mano. Diana, que todavía andaba medio dormida, con una taza de café en la mano, se despertó de golpe. El carisma y poder irradiados por aquel macho alfa la hacían levantar en torno a ella todo tipo de barreras defensivas. Se hizo a un lado y le dejó entrar.

Adam le tendió las llaves del coche y dejó la bolsa con los dulces sobre el mostrador.

—Buenos días, doctora —saludó con su típico atrevimiento y su seductor acento extranjero— veo que llego a tiempo con el desayuno.

Ella le lanzó una mirada especulativa. No sabía si venía en son de paz o buscaba pelea. No tardaría en averiguarlo. Mientras tanto, la educación que le habían inculcado la obligaba a ofrecerle una taza de café.

—¿Te apetece un café? Si, como buen inglés, prefieres té, puedo prepararte uno.

No perdía ocasión para meterse con él. En cuanto lo tenía delante, salía su lado más malvado.

—¿Podría ser café con leche? —él también sabía provocar y, cuando no le fastidiaba lo que tenía en mente, hasta le divertía esa actitud descarada. Cualquier otro empleado, se habría lanzado a cumplir sus deseos sin emitir un solo sonido de protesta y sobre todo, no se habría atrevido a desafiarle.

—¡Claro! Lo que el señor desee.

Se volvió hacia el frigorífico en busca de una caja de leche y eso evitó que viera la sonrisa que se dibujó en los labios del hombre. Él se dedicó a observarla mientras le preparaba

lo que le había pedido. Llevaba un pantalón de tela suave en cuadros grises y granates con la cinturilla por las caderas y una camiseta granate bastante corta, lo que le permitía ver un trozo de piel tersa y morena. Iba descalza y su pelo rubio estaba suelto y algo despeinado. Apostaba a que había dormido con esa ropa. Un calorcillo, no esperado, se repartió por su cuerpo al pensar en ella en la cama.

—Café con leche —le plantó la jarra en la mano sin muchos miramientos.

—¿No te apetece un cruasán?

Diana los había olvidado. Echó un vistazo a la bolsa. Un aroma delicioso salía de ella y no pudo resistirse. Le encantaban los dulces. Los sirvió en un plato y los puso encima de la mesa. Después lo invitó a sentarse.

—¿Tú no quieres?

—Si prometes no morderme...

Ella dio un mordisco a uno de ellos y cerró los ojos con expresión extasiada. Después le mostró una de sus raras sonrisas, recuperado el buen humor.

—No, mientras quede uno de éstos.

—Entonces no hay problema. Llevaré siempre una bolsa encima.

Parecía que al final, eran capaces de bromear y no tirarse los trastos a la cabeza.

Comentaron alguna cosa sin importancia y Adam le preguntó hasta qué punto conocía a Laura Garrido.

—La conocí cuando vine a trabajar. Hacía mucho tiempo que no vivía en Vigo y no tenía muchos amigos. Comemos juntas de vez en cuando, salimos de compras, ya sabes, ese tipo de cosas.

Más qué saber, se las imaginaba. Él tenía un par de amigos a los que veía de vez en cuando. Lo demás eran relaciones laborales. Tenía muchos conocidos, pero los amigos de verdad eran dos. Robert y Joe, compañeros de estudios desde que eran pequeños. Sus familias se conocían desde siempre y ellos habían conservado su amistad con el paso del tiempo. Los dos estaban casados y tenían hijos. Eso les había distanciado un poco porque sus intereses no eran los mismos. Aun así seguía viéndolos, a ellos y a sus familias. Eso era lo que nunca había echado de menos y ahora empezaba a añorar, pensó echando una mirada a Diana.

El timbre del teléfono de la cocina interrumpió una nueva pregunta sobre la secretaria de Armiñana. Diana se disculpó y se levantó para atender la llamada. La oyó contestar y al segundo lanzar una exclamación de alegría. Desde ese momento empezó a hablar en italiano con la persona que estaba al otro lado. Esa mujer era una caja de sorpresas y le gustaría descubrirlas todas.

—Ci vediamo presto, caro —dijo antes de colgar.

Eso sí lo entendió. Nos vemos pronto, querido. «¿Querido?» Esa palabra cariñosa

disparó algunas alarmas. A lo mejor no estaba tan sola como él quería.

Diana volvió a la mesa y cogió otro trozo de croissant.

—Hablas italiano muy bien —comentó Adam intentando que no se notara su curiosidad.

—Es algo que ocurre cuando tu padre es italiano —le contestó divertida.

—¿Tu padre es italiano?

—Era —puntualizó con tristeza—. Era italiano. Murió el año pasado. Los dos murieron el año pasado.

—¿Los dos?

Ella asintió recordando.

—Iban al médico a Santiago. Un camión se atravesó en la carretera y se estrellaron contra él.

—Lo siento —dijo él. Ahora comprendía por qué vivía sola. Diana dio un último trago de café y se levantó.

—Voy a vestirme. Vuelvo enseguida.

Adam se dispuso a esperar un buen rato. Pensó en todas las cosas de las que se había enterado en la última media hora y fue consciente de lo poco que la conocía. No sabía nada de ella como persona. Había leído un informe, sí, pero en él solo aparecía la profesional.

Diana apareció en la cocina pasados quince minutos. Otra sorpresa. Llevaba unos pantalones negros y una camiseta con el cuello en forma de uve en la que predominaba el color morado combinado con unos rombos en negro de un material parecido a la pana. Tuvo que reconocer que tenía buen gusto. Le gustaba como le sentaba y como marcaba en los sitios donde tenía que marcar.

Ajena a su estudio, ella agarró su chaquetón y las llaves del coche.

—¿No vamos en moto?

El tono de desilusión empleado, la hizo fijarse en su indumentaria. Por lo visto, venía preparado. No llevaba traje sino un pantalón vaquero grueso, unas botas color cámel y el chaquetón de cuero con que lo había conocido.

Lo pensó durante unos segundos y decidió concederle el capricho. Dejó las llaves del coche y cogió las de la moto.

—Una cosa —se detuvo y le apuntó con el dedo— no pienses que la vas a conducir.

¿Había decepción en el rostro del gran hombre? Le daba lo mismo. Era su juguete y él no lo iba a tocar. Que se acostumbrara a no tener todo lo que se deseaba. Le hizo una seña para que la siguiera, abrió una pequeña puerta camuflada y aparecieron en el garaje. Sobre una estantería, pegada a la pared, había un casco igual al de ella. Se lo tendió y él se lo puso sin decir nada. El asiento de la moto era bastante estrecho. Cerró los ojos maldiciendo el momento en el que había hecho la pregunta. Ella pasó una de sus largas piernas sobre el vehículo y le indicó que subiera.

Después abrió la puerta con el mando y salieron a la luz tenue de las primeras horas de la mañana.

La calzada estaba húmeda debido al rocío del amanecer, el camino era bastante sinuoso, por lo tanto también era peligroso. En cada curva se pegaba a la carretera desafiando a la ley de la gravedad, pero con su pericia y la de Adam, era difícil que cayeran. Ella se dio cuenta enseguida de que él no había mentido al decir que subía en moto de forma habitual. Se adaptaba al vehículo y a sus giros con total confianza. Si hubiera intentado enderezar la máquina en alguna de las curvas, habrían terminado rodando por la cuneta o el precipicio.

Adam intentaba disfrutar de la sensación aunque no estaba muy acostumbrado a ir de paquete. Siempre era él quien dirigía pero con Diana tendría que hacerse a la idea y acostumbrarse a que no era así. El casco impedía que el aire le diera en la cara y gracias al chaquetón, el frío no penetraba en su cuerpo. Iba un poco incómodo porque el diseño del asiento le obligaba a deslizarse hacia ella. Sus intentos de mantenerse alejado habían sido vanos. Al principio había apoyado las manos en sus propias piernas pero en el primer vuelco, sus brazos habían subido de forma involuntaria hasta rodear, con cierta timidez, su cintura. Entonces se dio cuenta de lo estrecha que era. Prácticamente tocaba sus caderas con la mano contraria. Si hubieran tenido algo más de confianza, habría disfrutado de la situación pero no quería que pensara que se quería proparar.

Por fin salieron a la autovía y Diana pudo relajarse un poco. Sentía los brazos de su jefe como un cinturón de fuego alrededor de su cuerpo. Era tan grande que parecía envolverla por completo. De pronto, una de las manos que tenía apoyadas en el vientre, empezó a subir y a bajar en una suave caricia. Estaba segura de que el movimiento era involuntario, pero los efectos eran los mismos. Calor. Un pequeño reguero de fuego por donde iba pasando. Los músculos del estómago se contrajeron y tomó aire. Tenía que recordar que iban en una moto a ciento veinte kilómetros por hora y que no podía distraerse, no obstante sus pensamientos volvían una y otra vez a la mano que trazaba círculos sobre su tripa.

Al principio, Adam no se había dado cuenta de lo que hacía. Sus manos parecían tener voluntad propia y sin saber cómo, se habían puesto en movimiento. ¿Sin saber cómo? Pues estaba claro, su subconsciente había actuado por él porque era justo lo que había imaginado hacer cuando la vio el día anterior encaramada en aquel artefacto negro. Agradeció haber olvidado los guantes porque, por lo menos, tenía algo de sensibilidad sobre aquella prenda tan gruesa. Por unos momentos sopesó la idea de deslizar las manos por debajo ¿por qué no? Pues porque aquella amazona pararía el vehículo y lo dejaría tirado en medio de la carretera. Sin embargo, sus dedos siguieron con su exploración lenta y tentativa. Su pequeño viaje de reconocimiento confirmó la estrechez de su cintura y lo largo del talle. Se prometió a sí mismo que, algún día, comprobaría cada detalle de la textura de la piel que se escondía bajo aquellas



capas de cuero negro. Nada más que imaginarlo le hizo sudar bajo el casco y desear poder quitárselo. Era frustrante tener a una bella mujer entre sus brazos y no poder hacer nada más que agarrarse. Estaba tan cerca de su cuello que podía aspirar su perfume y le hubiera gustado depositar algún pequeño beso en la curva del cuello, oculto por aquel maldito trasto. Estaba prácticamente atado de pies y manos pero su imaginación viajaba libre por todo su cuerpo acariciando cada rincón y disfrutando de su tacto.

Las fantasías de Diana, viajaban casi a la misma velocidad que su motocicleta. El hombre se apretaba contra ella y, si juzgaba cierta presión sobre sus riñones, podría asegurar que él estaba en un apuro. A pesar de lo grueso de su chaquetón, las manos de Adam quemaban por donde pasaban «*¿Qué demonios estaba haciendo?*» Parecía como si quisiera reconocer cada uno de los pormenores de su anatomía. Sus dedos bajaban y subían con una lentitud desesperante en una suave e inconsciente caricia. De vez en cuando, y dada su posición inclinada, se acercaban demasiado a la redondez de sus senos. Respiró ruidosamente haciendo que la visera del casco se empañara. «*¡Jesús!*» Iba a conseguir que terminaran por los suelos. No sabía si parar y terminar lo que quiera que fuera que había empezado, si dejarlo solo en mitad del camino o seguir soñando mientras durara el viaje.

A lo lejos divisó el desvío para el polígono, redujo la marcha y suspiró con alivio. El viaje estaba llegando a su fin.

Adam también respiró. Si el viaje hubiera durado un poco más, habría terminado echando humo. Aun así, iba a tener un serio problema para ponerse en pie y que no se notara el efecto de la cercanía de Diana sobre su anatomía.

Diana entró en el aparcamiento un poco más rápido de lo aconsejado. Tenía prisa por llegar y dejar de sentir todo lo que había sentido durante el viaje, incluido el calor, que no solo se extendía por la espalda donde el cuerpo de su pasajero hacía contacto con el suyo, sino que inundaba todo el resto como si se hubiera colocado un calefactor dentro de la ropa de abrigo.

A la vez que se acercaba a su plaza, una figura llegó corriendo hasta ellos. Le pareció Alex. Éste se detuvo durante un instante, seguramente desconcertado por verla llegar acompañada, enseguida se volvió a poner en marcha. Detuvo el vehículo, esperó a que Adam bajara primero y después lo hizo ella. Alex empezó a hablar sin darle tiempo a que se quitaran los cascos.

—¡Diana! No te lo vas a creer —se cortó bruscamente al reconocer a su acompañante. En medio de la agitación se preguntó por la causa de que aquellos dos llegaran juntos y en la moto, un juguetito que Diana no dejaba a nadie—. Señor Howard, buenos días yo... —no sabía si contar a su jefa lo que pasaba o esperar a que estuvieran solos. Ella no le dio opción.

—¿Qué pasa Alex? ¿Por qué has salido corriendo?

Él dudó, volvió a mirar a los recién llegados y soltó la bomba.

—El laboratorio y tu despacho están revueltos. Han vuelto a entrar.

El furor se abrió paso a través de la conciencia de Diana. No iba a permitir que arruinaran el trabajo de un montón de tiempo. No solo pretendían quitarle lo que había encontrado sino que tampoco la dejaban avanzar. Dirigió la mirada hacia su jefe, quien se había quedado muy quieto. Desde luego la mejor manera de olvidar su accidentado viaje era un recibimiento como aquel. Alguien estaba boicoteando su empresa y le estaba empezando a cabrear de verdad. Lo que había empezado como una agresión fortuita se estaba convirtiendo en algo más serio, sobre todo, en un ataque a su empresa y por lo tanto a su persona.

Sin ser muy consciente de sus movimientos, agarró a Diana por el codo y, con delicadeza, la guió hacia el edificio. A tenor de cómo se tomaba él el asalto, imaginaba su estado de ánimo. Él se jugaba mucho dinero, pero ella veía evaporarse años de esfuerzo y trabajo. Una vez más se preguntó qué habría detrás de todas aquellas incursiones al lugar donde se guardaban los datos de la investigación. ¿Habrían encontrado algo? Era evidente que la primera vez no lo habían hecho porque si no, no habría existido esa segunda.

—Vamos a comprobar los daños —dijo con voz tranquila—. Lo primero que tenemos que saber es si han conseguido algo.

Ella asintió con un gesto y siguió pensando en las cosas que tenía guardadas y donde. Estaba demasiado nerviosa para pensar con claridad.

—Alex ¿Cuándo has llegado?

—Pues hace poco. Pensaba que ya estarías aquí porque siempre llegas la primera.

Diana lanzó una mirada rápida a la causa de su retraso. Era cierto que siempre llegaba la primera, no obstante, ese día, debido al desayuno imprevisto, había llegado más tarde de lo habitual.

—Cuando he llegado y he visto todo revuelto, he pensado que te podían haber atacado otra vez —explicó.

—Anoche cerré todo con llave. Lo recuerdo perfectamente —Hacía memoria en voz alta—. El registro pudo haber sido ayer o esta mañana —sacudió la cabeza, como si así pudiera aclarar sus ideas. Después miró directamente a Adam— ¿Qué está pasando Adam? ¿Lo sabes?

Por supuesto, él sabía lo mismo que ella, pero el pequeño signo de debilidad o impotencia que vio en sus ojos le llamó la atención. Estaba perdida y abatida. En su mente de científica no había sitio para la traición y la delincuencia.

—No lo sé, pero lo voy a descubrir —echó un vistazo a Alex. Éste no había vuelto a decir nada— Vamos a hacer primero un control de los daños y después volveremos a llamar a la policía. Señor Torres, vaya a llamar a Armiñana y dígame que venga. Diana y yo empezaremos el reconocimiento —quería quedarse un momento solo con ella y darle tiempo a que se recuperara.

Alex se marchó y ellos entraron al laboratorio. Se detuvieron en la puerta e

inspeccionaron el lugar desde allí. Lógicamente, él no tenía ni idea de si faltaba algo. Lo único que veía era cosas fuera de lugar, algunas jaulas tiradas, papeles por los suelos...

—¿Estás bien? —preguntó a Diana poniendo una mano en su hombro.

No. No estaba bien. Lo único que le apetecía era acurrucarse contra él y llorar. Gran parte de su trabajo estaba destruido. Por otro lado, sentía la imperiosa necesidad de liarse a golpes con todo. Bonita forma de empezar el día, se dijo. Hacía poco que él había aparecido en su puerta con una bolsa de croissants y parecía que habían transcurrido horas.

—Puedo arreglarme —contestó a pesar de sus pensamientos. Y era cierto. Podía arreglarse. Se puso en movimiento y empezó a recoger cosas del suelo. Si hacía algo, no se sentiría tan inútil.

Volvió a colocar las jaulas en su sitio. Las cobayas parecían encontrarse bien. Más tarde tendría que hacer una serie de pruebas para comprobarlo. Adam le dio un montón de papeles, que apiló con los que había recogido ella. También tendría que ordenarlos. Iba a perder un montón de tiempo, se dijo todavía algo aturdida por tener que hacer ese trabajo extra, que la retrasaría sobre el plan previsto. Ordenar todo era una tarea que podía hacer Alex, pero prefería hacerlo ella misma para constatar que todo estuviera en orden. Trabajaron en silencio, cada uno sumido en sus cavilaciones, reflexionando sobre los sucesos recientes e intentando buscar una solución.

Adam la miraba de vez en cuando para asegurarse de su estado. Parecía tranquila, aunque él sabía que no lo estaba. Un ligero temblor en las manos la delataba. Tras haber colocado las cosas del laboratorio fueron al despacho. Allí el panorama era parecido al de hacía unas noches. Papeles por el suelo.

—No sé qué habrán encontrado —comentó Diana al fin—. Los ordenadores tienen una clave que solo sabemos Gálvez, Alex y yo.

—Diana, una clave no es un impedimento para un espía industrial.

Ella lo miró un poco asustada.

—¿Espía? —era una palabra muy seria. Aquello no era una película de James Bond.

—Es lo que, supongo, está pasando —explicó—. Alguien conoce tu descubrimiento y está intentando venderlo a otro laboratorio o quizá estuviera aquí desde el principio. Muchas veces hay topos contratados por otras empresas esperando su oportunidad y si aquí hay uno, le ha tocado la lotería.

En ese momento aparecieron en la puerta Armiñana, Gálvez, Laura, Alex y los inspectores de policía encargados de la agresión. Por supuesto no cabían en aquel cuchitril y en unos segundos aquello se convirtió en una verdadera algarabía de personas que hablaban a la vez pidiendo explicaciones o preguntando si había alguien herido.

Adam volvió a hacerse cargo de la situación. Sacó a todo el mundo de allí y dejó sola a

Diana para que pudiera recomponerse. Ella se lo agradeció con un gesto.

Finalmente decidieron volver al despacho del director. Aparecieron un par de policías más que se dedicaron a tomar huellas dactilares. «*Lo que faltaba*», pensó Diana malhumorada, «*ahora, además, todo estaría sucio de esos polvitos*». Ya le habían dicho que no deberían haber tocado nada. Como si fueran a encontrar algo. Quien había hecho aquello no era tan tonto como para ir dejando cualquier rastro que lo pudiera identificar.

Los policías no parecían muy contentos con que hubieran recogido el destrozo, pero Adam estaba seguro de que no habrían encontrado nada. No obstante, se disculpó y se echó toda la culpa por no haber caído en ese detalle. Diana estaba demasiado alterada y él solo había querido serle útil. A pesar de ese pequeño desliz, les indicó que se habían limitado a coger las cosas del suelo y que no habían tocado nada más, ni siquiera los teclados de los ordenadores. Ese dato ayudó para reducir el malhumor de los inspectores, que ya no defendían su primera teoría, la del ataque fortuito. Tras el segundo incidente, la hipótesis del espionaje industrial empezaba a tomar fuerza.

## LA INVESTIGACIÓN POLICIAL

—Veamos lo que tenemos.

El inspector encargado del caso, Manuel Portillo, estaba reunido con todos en el despacho del director. Su compañero permanecía en un segundo plano mientras él se dirigía a los implicados más allegados.

—La doctora Manetti ha descubierto un medicamento que puede curar una enfermedad, hasta ahora, incurable —miró los rostros de los asistentes esperando la confirmación de sus palabras—. Bien. Unos días después de conocerse el hallazgo, la doctora aparece sin sentido tirada en el suelo de su despacho y éste está revuelto. No faltaba nada, de lo que dedujimos que el asaltante no había conseguido sus propósitos. Ahora es también el laboratorio el que ha sido registrado. Sin duda están buscando algo y si sumamos dos más dos, tiene que ser la fórmula de dicho medicamento.

»No tengo que decirles que vamos a investigar a todos y cada uno de los empleados de esta empresa. El único que se libra es el señor Howard, no creo que se quiera robar a sí mismo. Tenemos que tomar las huellas a todos los que normalmente tocan las cosas de las estancias asaltadas para poder descartarles. Así mismo, necesito saber quién tiene acceso a esa documentación —miró a Diana— también quiero que examine todo por si le falta algún papel o algo que indique que han conseguido robar lo que se proponían —ella asintió, aunque le explicó que le iba a llevar un tiempo—. En cuanto tenga la información, por favor, hágamela llegar. Y ahora, antes de marcharnos, quiero hablar con ustedes por separado.

Así dio fin a la reunión. Había hecho un resumen de los sucesos y había manifestado sus acciones inmediatas. Algo había cambiado en la implicación policial, lo que demostraba que el caso era más serio que hacía unos días.

Diana y Alex pidieron permiso para volver al laboratorio y empezar a comprobar si se había perdido algo. El inspector les permitió marcharse avisándoles de que serían los últimos en ser interrogados.

—¿Por qué te van a interrogar a ti? —le preguntó Alex cuando estuvieron solos.

—Supongo que soy sospechosa.

—¿De qué? ¿De golpearte a ti misma? Si no fuera tan serio, me daría la risa.

—Alex, tienen que investigar. No te mosquees —estaba demasiado cansada para discutir.

—Lo que tienen que hacer es no perder el tiempo investigando a los inocentes —sentenció con tono enfadado antes de empezar con su labor.

Tres horas más tarde, Diana y Adam estaban sentados en una de las mesas de la cafetería. Por fin había podido arrancarla del caos para llevarla a tomar un café y poder hablar. La policía había hablado también con ella. Para él era absurdo porque estaba seguro de que no tenía nada que ver con los incidentes, pero Portillo no la conocía y para él todo el mundo era sospechoso.

Antes de ir en su busca, había tenido una reunión con los dos inspectores, quienes le habían puesto al corriente de sus primeras impresiones. Aunque la policía por lo general, no daba mucho tipo de información, le habían contado lo básico para que se diera una idea del punto en que se encontraban.

—¿Cómo estás? —le preguntó cuándo tuvieron sus cafés delante.

Ella lo miró cuidadosamente, sopesando la posibilidad de sincerarse, al fin y al cabo era el jefe y ella era sospechosa de estar robándole. Tras unos segundos, pensó que lo mejor era hablar claro y defender su inocencia.

—Cabreada. Mucho —él no dijo nada y continuó—. Llevo varios años trabajando en ese fármaco, lo he hecho en esta empresa y ahora resulta que me tratan como si yo me quisiera robar a mí misma, porque no dudes que ese medicamento es mío. Tú habrás puesto el dinero, pero yo he puesto muchas horas y mucho sacrificio. Han sido mi esfuerzo y mi trabajo los que lo han conseguido.

»Por si fuera poco, tengo que invertir un tiempo, que no tengo, en valorar o descubrir pérdidas y además tengo que proteger lo que he descubierto y a mi persona de un aprovechado que quiere sacar partido de mi labor. ¿Crees que tengo derecho a enfadarme o tengo que poner buena cara y sonreír?

Bueno, la doctora tenía genio. El tono empleado le indicaba que no solo estaba algo molesta sino que estaba indignada. Y con razón. Aunque él disimulaba mejor, su rabia podía igualarse a la de ella. Nunca le había pasado nada parecido y se sentía manipulado y estafado porque alguien a quien pagaba se estaba aprovechando de su posición en la compañía. Por eso estaba allí y quería hablar, porque él mismo estaba dispuesto a investigar para encontrar al culpable. No entorpecería a los policías pero pensaba iniciar una investigación personal y paralela y necesitaba a Diana.

Adam puso su mano sobre la de ella en un gesto tranquilizador.

—Diana, yo sé que tú no has sido y todo el mundo lo sabe. No te preocupes por eso. Lo que tenemos que conseguir es estrechar el cerco para pillar al sinvergüenza que nos está haciendo esto.

Un cosquilleo inesperado le recorrió el brazo hasta expandirse por su cuerpo en forma de escalofrío. La mano morena y elegante del hombre seguía sobre la suya. Si con el gesto quería reconfortarla, había fracasado. A la agitación producida por los últimos sucesos, ahora

añadía la provocada por su contacto. «*Concéntrate Diana*», se dijo, «*tienes problemas más importantes que resolver*»

—¿Y qué propones que hagamos?

—Primero, me tienes que contar todo lo que sepas de tus compañeros. Después, quiero hablar con ellos y contrastar las informaciones.

—Podemos aprovechar la hora de la comida, esta tarde la tengo que invertir en preparar las entrevistas de mañana.

Le pareció bien y por añadidura no tenía que buscar excusas para invitarla a comer.

—Bien. Yo aprovecharé para hablar con Gálvez y así adelantaremos trabajo.

Diana volvió a su tarea y él fue en busca de del encargado del laboratorio. Era la persona que supervisaba todas las investigaciones en curso y suponía que debía ser competente porque si no Luis Armiñana no lo habría contratado. Lo que ya no conocía era su valía personal. Alguien que era capaz de robar una idea o apuntarse el mérito de un trabajo realizado por otro, no hablaba muy bien de sí mismo. No obstante, tampoco indicaba que estuviera vendiendo información a otras empresas farmacéuticas. Claro que, si no tenía muchos escrúpulos, era posible que lo hiciera. En fin, estaba especulando y lo que tenía que hacer era ponerse frente a él y comprobar en persona cómo era.

Lo encontró en su despacho de la primera planta. De forma casi inconsciente lo comparó con el de Diana y lo primero que pensó fue que aquel tío no tenía vergüenza. La estancia era amplia y soleada en contraposición con el de la investigadora. ¿Cómo había consentido que ella trabajara en aquel antro mientras que él disfrutaba de todas las comodidades. Eso ya le puso de mal humor. Gálvez rondaría los cincuenta y cinco años, su rostro era bastante anodino y su aspecto poco aseado hacía contener una mueca de desagrado. En cuanto aquello terminara, tanto si era culpable como si no, tenía los días contados en su compañía. No quería a nadie tan egoísta y egocéntrico trabajando, o lo que quiera que hiciera, para él.

—¿Podría hablar con usted? —le preguntó conteniendo la irritación.

El sobresalto le hizo dar un pequeño salto sobre su sillón anatómico. Estaba tan distraído en la pantalla del ordenador, que no había detectado su presencia.

—¡Señor Howard! —exclamó a la vez que dejaba la pantalla en negro y se levantaba— no le había visto.

Era evidente, no tenía que jurarlo.

—¿Podemos hablar? —requirió de nuevo.

—Claro. Pase. Siéntese. —señaló un par de cómodos sillones instalados frente a un ventanal. A Adam le dieron ganas de engancharlo de la pechera y sacarlo de allí para que Diana pudiera ocupar su lugar. Seguro que el trabajo sería más grato, sin mencionar que se lo merecía mucho más que aquel espécimen.

Se sentó e hizo de tripas corazón para hablar con él y poder conseguir la mayor cantidad de información posible.

Media hora después salía no muy contento con su charla. Gálvez era un tipo escurridizo con muchas tablas. Era muy difícil pillarlo en algún renuncio y, no podía demostrarlo pero, su intuición le decía que mentía. Por supuesto no decía la verdad sobre quién era el responsable máximo del descubrimiento, que él se seguía apuntando con cierta condescendencia, había también ciertos aspectos que pasaba por alto y en los que no terminaba de concretar. Escondía algo. Seguro.

Con cierto mal humor miró el reloj. Aún quedaba media hora para su cita con Diana así que decidió volver a la tercera planta y reunirse con Armiñana. Nada más salir del ascensor, una figura menuda y peripuesta apareció al final del pasillo. ¿Aquella chica nunca estaba en su puesto? Se preguntó con irritación y algo de curiosidad. Parecía que siempre andaba en medio.

—Señorita Garrido —llamó— ¿Puede dedicarme unos minutos?

Ella caminaba con la cabeza baja, fija en algo que llevaba en la mano y hasta que no oyó su voz, no advirtió su presencia. Frenó en seco y lo miró sobresaltada.

—¿Qué? ¡Ah! Sí. Sí. Lo que usted quiera.

¿Se había sonrojado? Juraría que sí. Le pareció ver una sombra por el mismo lugar donde había salido la secretaria. Adam miró en aquella dirección con interés. Intentó identificar a la persona que había pasado pero solo alcanzó a distinguir una bata blanca. Frunció el ceño y pensó que allí pasaban cosas muy raras.

Mientras él cavilaba, Laura esperaba cambiando su peso de una pierna a la otra con impaciencia. No imaginaba qué quería ahora el gran jefe, pero no le gustaba nada que apareciera siempre en los sitios más insospechados y sin previo aviso.

—¿Señor Howard? —preguntó atrayendo su atención.

—Perdone Laura, es que me ha parecido ver a alguien al fondo. ¿Estaba usted sola?

—Sí señor —se llevó la mano a la ceja izquierda en un gesto inconsciente. Adam observó que siempre tenía las manos en movimiento, por lo menos cuando hablaba con él—. Estaba yo sola.

Él asintió sin creer nada. La chica mentía descaradamente, solo tenía que descubrir el porqué. Tenía mucho trabajo por delante porque allí todo el mundo ocultaba algo. Parecía un complot.

—Bueno. No importa. ¿Me acompaña un momento a mi despacho?

Sin dejarla contestar se dirigió hacia allí y ella no tuvo más remedio que seguirlo sin protestar.



Cuando Diana apareció en la cafetería, Adam ya llevaba un rato esperándola.

—Lo siento —se disculpó al llegar a su altura—me he distraído y no me había dado cuenta de la hora.

—No importa. Lo entiendo —Y era cierto. A él le pasaba lo mismo cuando trabajaba. Perdía la noción de todo, incluso se olvidaba de comer. Aun así, esa imagen ya le cuadraba más con la de científico despistado, que él suponía tenían éstos. Hasta ese momento, ella había roto todos los estereotipos. —Yo también he estado ocupado, aunque con otras cosas.

—¿Qué cosas? —quiso saber.

Él se puso en pie.

—Si no te importa, vamos primero a por la comida, después hablaremos.

Se acercaron al autoservicio y escogieron. Con todo dispuesto en una bandeja de acero inoxidable, volvieron a la mesa. Adam pensó que la siguiente vez que la invitara, comerían en un sitio menos ruidoso y más lujoso. ¿Habría una próxima invitación? Por él, desde luego, que sí. Solo esperaba que aceptara alguna cita que no tuviera nada que ver con el trabajo. Le apetecía estar con ella en otro ambiente y olvidar que eran jefe y empleada.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Diana. En unos pocos días y con unas pocas conversaciones, habían logrado que su relación fuera de confianza. Se trataban como si se conocieran desde hacía tiempo, aunque ella no quisiera perder de vista que, al fin y al cabo, él mandaba. Lo miró mientras se llevaba a la boca su jarra de cerveza. Era un hombre guapo, seguro de sí mismo y con mucho poder. Tendría que andarse con mucho, no, con muchísimo cuidado si no quería terminar envuelta con su encanto.

—He hablado con Gálvez —vio que ella hacía una mueca de desagrado. La comprendía muy bien. El hombre era desagradable.

—¿Y...?

—No me gusta —sentenció.

—Vaya novedad. Te podría nombrar a un montón de personas a las que no les gusta.

—¿Te incluyes?

—Por supuesto —No pensaba disimular ante él. Gálvez era una persona deshonesto y un aprovechado. Lo tenía que aguantar porque era su jefe, pero nadie la podía obligar a que le gustara. Así se lo dijo —. ¿Y a ti? ¿Por qué no te gusta?

—Además de lo que ya sabemos, pienso que miente. Oculta algo. Y, si lo piensas, tiene una posición idónea para vender todos nuestros secretos. Dispone de la oportunidad para robar lo que quiera y venderlo al mejor postor —ella empezó a hablar, pero continuó— ¿No pudo ser él quien te golpeará? A lo mejor lo sorprendiste cuando estaba en tu despacho y no quiso que lo vieras.

Ella sopesó aquella información.

—No creo que sea su estilo. Él es más sibilino. No me lo imagino golpeándome. Claro que, si se hubiera visto amenazado...

Aquello era un poco demencial. Que tu propio jefe te golpee en la cabeza porque lo has sorprendido a horas intempestivas en un sitio donde no debía estar, era, por lo menos, raro. Pero no imposible, se corrigió.

—Entonces, piensas que pudo ser él.

—Pudo ser, pero no termino de creerlo.

Él asintió y prosiguió.

—Bien. Seguiremos con la secretaria.

Ahora sí que Diana se sorprendió.

—¿Laura? ¡Por favor!

—No me fío de ella. Siempre anda pululando por ahí. Nunca está en su sitio. Tiene acceso a todo, es tu amiga y viste muy bien.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Qué tiene que ver la forma en la que viste?

—¿Tú has visto el modelito que lleva hoy?

«Pues no», pensó ella. La mayoría de las veces no sabía qué llevaba nadie. No se fijaba en esas cosas, sobre todo en el trabajo. Recordó que a Laura le gustaba mucho ir de compras. Aun así no entendía qué relación podía tener.

Al ver su cara de desconcierto, él se dio cuenta de que no tenía ni idea. ¡Señor! Una mujer que no se fijaba en la ropa de las demás mujeres. Otro punto para la doctora.

—Pues lleva un vestido y una chaqueta a juego que vale una pequeña fortuna. Te lo digo yo, que entiendo algo.

—Ah, ¿Si? ¿Y cómo es eso? —Así que Don jefe entendía de ropa femenina. Ya decía ella que el señor Ángel debía tener mucho éxito con las mujeres. Había vuelto a llamarle igual que la noche en que lo conoció, lo que indicaba que estaba molesta con él y en esa ocasión se debía a que acababa de constatar que tenía experiencia en cosas del sexo opuesto. No pensaba reconocerlo, pero así era.

—Tengo una hermana —lo dijo como si aquello lo explicara todo.

—Muy bien —cada vez estaba más desconcertada. Y luego decían que las mujeres hablaban en clave. Pues a aquel hombre no había quien lo entendiera.

Por fin, Adam se dio cuenta de que ella no sabía por dónde iba y que se le estaba poniendo un rictus de mosqueo que no le gustaba nada.

—Mi hermana es una experta en trapos. Puede gastarse el sueldo de un mes en unas cuantas chucherías y puedo asegurarte que la señorita Garrido lleva ropa muy cara.

—Bueno, ¿y qué? Tiene buen gusto y puede permitírselo.

—Ahí voy —intervino él— ¿Puede hacerlo? ¿De dónde saca el dinero?

El desconcierto de Diana era evidente. No cabía duda de que nunca se había planteado aquella cuestión.

—Pues no tengo ni idea. A lo mejor sus padres le pasan un sueldo extra —apuntó.

—O a lo mejor vende información para conseguirlo —sugirió— ¿Tú los conoces?

—No. Ella vive sola en el centro. Sus padres, creo que están en Santiago.

Diana se quedó reflexionando sobre lo que había dicho. Como siguiera hablando con él, terminaría dudando de todo el mundo.

Adam le concedió unos segundos más y soltó la pregunta más comprometida.

—¿Y qué me dices de tu querido ayudante?

«¡Ah no! Eso sí que no» Don jefazo estaba perdiendo el juicio. Le estaba cuestionando a sus compañeros de trabajo y sus argumentos tenían cierta lógica, pero que también dudara de Alex era demasiado.

—No me irás a decir que fue Alex quien me golpeó —levantó la barbilla y se cruzó de brazos. Esa actitud defensiva indicó a Adam algo que ya sabía: tocar al ayudante era adentrarse en terrenos pantanosos.

—No digo que fuera él. Solo te he preguntado tu opinión sobre él.

Ella se relajó un poco en el incómodo asiento de la cafetería y se dispuso a explicar las excelencias de su colaborador.

—Yo lo recluté de entre mis alumnos de último curso cuando daba clase en la universidad de Santiago. Era el más brillante. Algo tímido y poco social, tiene muy pocos amigos. Es trabajador y da la cara por las personas que aprecia. Siempre que lo necesito está.

Al escuchar la vehemencia con la que lo defendía, Adam sintió celos del muchacho. Era mucho más joven que ella, no obstante y por segunda vez desde que los conocía, se preguntó si no habría algo entre ellos. Diana solo veía sus virtudes, lo que no quitaba que el chico tuviera defectos. Seguro que los tenía. No le hacía ni pizca de gracia pensar en la posibilidad de que mantuvieran una relación. Durante la comida, había sorprendido a Diana mirándolo de forma furtiva y pensó que quizá pudiera tener algún interés en él. Si era así, seguramente no tenía pareja.

—Seguro que el señor Torres no es un santo. Algo tiene que hacer mal —planteó esa cuestión como algo personal. Le cargaba que fuera tan perfecto, por lo menos, para ella.

—Pues claro que hace cosas mal, pero no vende tus secretos y mucho menos me golpea a mí.

—Diana —habló con un tono tranquilo. Tenía que hacerla entrar en razón— tienes que reconocer que sabe mucho de lo que estás haciendo, por no decir todo y está en una posición

privilegiada para poder sacar información.

Ella negó con fuerza con la cabeza, después se puso en pie y apoyó la mano sobre la mesa para inclinarse sobre él.

—Esta conversación ha terminado. No quiero oír más tonterías.

Él la agarró por la muñeca, evitando así que se incorporara.

—Voy a hablar con él —dijo con seriedad, sin despegar sus ojos de los de ella.

—Estás en tu derecho. Eres el jefe —le mantuvo la mirada sin intimidarse.

Adam admiró su lealtad, su seguridad en sí misma y en su amigo y le fastidió que diera la cara por él aún a riesgo de enfrentarse a la persona que le pagaba el sueldo. Por fin liberó su brazo.

Diana se puso derecha y se dirigió a la salida.

—¡Doctora! —La llamó. Ella se detuvo y se giró a medias, esperando—. ¿Ha salido el señor Torres esta mañana del laboratorio?

Ella estuvo a punto de mandarlo a la porra, pero se contuvo.

—No tengo ni idea. No soy su vigilante —y se marchó sin esperar más.

Una cosa era cierta. No era su vigilante, sin embargo, la primera afirmación era del todo falsa. Ella sí tenía idea de dónde había estado el ayudante esa mañana y sabía perfectamente si había salido o no. Diana también mentía.

## LOS PROBLEMAS CRECEN

Perfecto. Había metido la pata con ella. Le había tocado a su querido colaborador y había saltado como una leona defendiendo a sus cachorros. Le parecía muy bien que lo hiciera, pero eso no iba a impedir que cruzara unas cuantas palabras con él.

Adam estaba en su despacho provisional dando vueltas a cómo arreglar la situación. Toda posibilidad de cita se había ido al garete. Si en esos momentos la invitara a salir una noche, su orgullo sufriría un duro revés porque lo más seguro es que ella lo mandara a paseo. Le gustaba Diana, pero ese tira y afloja lo dejaba agotado. Nunca había conocido a alguien que le cuestionara tanto y, desde luego, ninguna mujer lo hacía. Las que conocía, menos su hermana, se desvivían por agradarle. Sacudió la cabeza. La doctora no era así, ese era parte de su encanto, además del evidente. Era guapa e inteligente. Y le gustaban las motos. Tenía que quedar con ella. Levantó el teléfono para llamarla. Maldijo entre dientes al darse cuenta de que ni siquiera conocía su extensión. Antes tenía una hoja con toda esa información, pero no tenía ni idea de dónde estaba.

Seguía regañándose a sí mismo cuando el aparato produjo un pitido arrancándole un brinco involuntario sobre su asiento. La voz de la señorita Garrido se abrió paso a través de la línea.

—Señor Howard, tiene una llamada desde Londres.

—Gracias, pásemela. ¡Laura! —Llamó antes de que colgara— ¿Puede localizar a la doctora Manetti y decirle que suba a mi despacho en cuanto pueda?

—Sí, señor. —Daba la impresión de que le tenía miedo y quería cortar cuanto antes.

Adam contestó a la llamada. Era su hermana.

—¿Cómo van las cosas por ahí? —preguntó ella.

—Pues podría decir que peor. Esta mañana hemos encontrado todo el laboratorio revuelto y el despacho de Diana también.

—¿Diana? ¿Ya la llamas por su nombre?

—Victoria, no te pongas pesada. No estoy de humor.

—Pobrecito —se burló—, ¿no te hace caso?

—Ninguno —reconoció— y además, defiende a capa y espada a uno de los sospechosos.

—¿Un hombre?

—Su ayudante.

—¿Tiene como ayudante a un hombre? ¿Es guapo?

Adam tuvo que morderse la lengua. Victoria sabía dónde pincharle y disfrutaba con ello.

Y si sospechaba que había un pequeño resquicio, entraba por él. No lo hacía por maldad, era así desde pequeños.

—Victoria, ¿qué querías? Seguro que no era preguntar si el ayudante de Diana es guapo —después con una pequeña sonrisa perversa añadió— creo que te gustaría, es guapo y listo. — Él también sabía provocarla.

—Adam, no me pinches que me presento mañana allí.

Él contestó con rapidez, alarmado. Solo le faltaba que se confabulara con Diana en su contra. No podría resistirlo.

—Ni se te ocurra. Uno de los dos tiene que estar en la central.

—Por eso te llamo —El tono de voz perdió todo indicio de broma—. Ha surgido un problema y creo que debes saberlo.

Diana recibió la “invitación” de Adam con poco entusiasmo. Si se pasaba el día paseando con él, no avanzaría nada. Sin embargo, dejó lo que estaba haciendo y fue en su busca. No quería que bajara al laboratorio y se enfrentara a Alex. No entendía por qué sospechaba de él y no sabía por qué tenía ese interés en saber dónde había estado esa mañana. Había faltado de la sala cerca de una hora, pero no pensaba decírselo para que lo utilizara en su contra.

Cuando llegó ante la puerta, ésta estaba entreabierta. Hablaba por teléfono y lo hacía en inglés. Parecía bastante alterado. No sabía si delatar su presencia o esperar a que terminara. Optó por lo primero. No le apetecía esconderse tras un panel de madera. Él la vio y le hizo un gesto para que entrara sin dejar de discutir, aunque más bien daba órdenes. Tenía un aura de poder que lo hacía casi tan atractivo como su sonrisa o sus ojos. Era un hombre imponente y parecía un poco interesado en ella. Si no fuera así ¿por qué andaba siempre a su alrededor? Su actitud no era la de un jefe, aunque siempre le estuviera mandando. Un jefe no llevaba croissants a sus empleados por la mañana temprano ni les llevaban el coche a casa. Al final le oyó decir.

—Si no se soluciona, llámame. Sí, ya sé que eres perfectamente capaz de resolverlo, pero no me gusta que me boicoteen en mi propia casa —Un silencio indicó que escuchaba a su interlocutor, después se despidió con unas palabras que la dejaron helada y la hicieron olvidar el motivo de su enfado—. Adiós, yo también te quiero. Cuídate.

Una ola de furia subió desde los pies hasta la cabeza haciéndole apretar los dientes. Así que el señor Howard había dejado a alguien en casa y, por lo visto, mientras estaba lejos, no le importaba acariciar a otra, pensó recordando su recorrido en moto esa misma mañana. Era demasiado interesante para andar solo, lo que no le impedía ser también un fresco que no sabía dejar las manos quietas.

Ajeno a la excelente opinión que ella se había formado de su persona por las últimas palabras cruzadas con Victoria, Adam intentó buscar algo que decirle. Estaba demasiado

alterado con el problema surgido en Londres. Parecía una tontería pero no le gustaba estar lejos cuando algo se salía de lo normal y en esos últimos días, las cosas se habían salido de su cauce en dos puntos diferentes. Era como si las meigas, como decían en la tierra donde se encontraba, se hubieran puesto de acuerdo para lanzarle un mal sortilegio. Miró a Diana y pensó que los últimos problemas no eran el único hechizo bajo el que se encontraba. La mujer que tenía delante lo había embrujado por completo. No podía quitársela de la cabeza ni un solo segundo y ahora la tenía delante esperando que le explicara para qué la había hecho subir hasta allí.

—¿Problemas?

Diana empezó la conversación sin esperar a que él pronunciara la primera palabra. Quería aparentar una tranquilidad que no sentía en absoluto. Temblaba por dentro tanto por la rabia como por la desilusión. Lo vio pasarse la mano por el oscuro cabello con un gesto de cansancio. El día no había sido bueno para nadie en la empresa.

—Sí. En Londres. Parece que el sistema operativo de nuestros ordenadores se ha vuelto loco —explicó en tono derrotado—. Es como si nos estuvieran atacando desde varios frentes.

—¿Piensas que todo está relacionado?

No creía que fuera así, pero después de los últimos acontecimientos, todo era posible.

—Mi hermana dice que está controlado y que no tiene nada que ver con lo que sucede aquí —manifestó con duda.

Si dijo algo más, Diana no lo oyó. Solo había quedado una palabra en su cerebro.

—¿Hermana? —la pregunta surgió de sus labios antes de que ella se decidiera a preguntar.

Él la miró con extrañeza, después pensó que ella no sabía que Victoria era una de las ejecutivas de la compañía.

—Cuando has entrado hablaba con ella. Se ha quedado al mando y ha llamado para contarme lo que pasa.

«*Hermana. Ja. Hermana*» No oía nada más. La ira abandonó su cuerpo como el aire que sale de un globo y a cambio apareció el alivio. No debería experimentar nada de lo que estaba sintiendo, pero era lo que había. No la había utilizado y eso era muy importante para ella, casi más que los malditos ordenadores.

—¿Diana! —Él se levantó y se le acercó hasta quedar muy próximo a ella—. ¿Te encuentras bien? —Era muy raro que se hubiera quedado tan quieta y sin hablar. Su perfume llegó hasta él recordándole que la había llamado y que quería pedirle una cita.

—Sí. Claro que estoy bien. ¿Para qué querías verme?

Él sonrió de forma ladina. «*No querías saberlo*» se dijo a sí mismo, aunque ni se le ocurriría decirlo en voz alta.

—¿Te importa que mañana te acompañe a ver a los enfermos? Me gustaría ver como se

hace.

La petición la sorprendió, pero no podía negarse. Además, aunque fuera un poco mandón, le gustaba su compañía.

—¿Sigues teniendo a Alex entre los sospechosos?

Oh no. Que no volviera al tema. No quería discutir.

—Todavía tengo una conversación pendiente con él. ¿Puedo ir? —cambió de tema lo antes que pudo.

—Puedes. Mañana a primera hora nos vemos aquí.

—¿Tú pensabas pasar primero por aquí?

—No, iba a ir derecha al hospital y a los domicilios de los afectados. Su enfermedad no es muy adecuada para tenerlos de aquí para allá.

Él tomó una rápida decisión.

—Entonces voy yo a buscarte.

Ella puso cara de contrariedad.

—Prefiero disponer de mi propio vehículo. Podemos vernos en la puerta del hospital de la Cruz Roja.

Nada más decirlo se dio cuenta de que él no era de allí y no sabía donde se encontraba.

—Será mejor que te recoja yo a ti. —¿Había dicho ella eso? Esa mañana, después de bajar de la moto, se había dicho que no iba a ir con él a ningún sitio más. Desde luego, no en moto —¿En qué hotel te alojas? —solo faltaba que tuviera que dar la vuelta a la ciudad para llegar hasta él.

—En el Bahía de Vigo. Siempre que vengo, me quedo ahí.

Una sonrisa iluminó la expresión de Diana. No podía creer en su buena suerte.

—Está junto al hospital. Puedes ir andando —explicó con satisfacción.

Adam observó que parecía contenta de no tener que ir a buscarlo. No sabía si molestarse por el alivio que mostraba. Era una criatura contradictoria, unas veces sorprendía en ella una mirada apreciativa y otras se alegraba de librarse de él. De todas formas, ahí vio una pequeña oportunidad para pasar unas horas más con ella.

—De acuerdo. Tú me recoges y yo te invito a comer en el Mercado de la Piedra.

Diana lo miró con verdadero asombro. Su semblante lo decía todo.

Él esbozó una amplia sonrisa de satisfacción.

—Hace años que vengo a Vigo. No soy un novato ¿sabes?

Claro. Se había pasado de lista. Había dado por sensato que era un extranjero perdido. Había olvidado que el señor Howard parecía de todo menos perdido.

—Ya veremos —no quiso comprometerse—. No vemos a las nueve en la puerta del hospital.



Dio por concluida la conversación Quería marcharse. El hombre la ponía nerviosa y pensaba que si seguía un poco más, terminaría yendo a cenar con él. Lo que ella no sabía es que esa idea era la que rondaba en la cabeza de su jefe.

Cinco minutos antes de la hora convenida, Adam se encontraba ante el feo edificio gris del hospital. Había pasado una noche intranquila. Los problemas que estaban apareciendo en el trabajo le preocupaban demasiado ya que nunca se había enfrentado a algo parecido. Había tenido épocas buenas y menos buenas, pero boicots, atentados contra su personal, posibles robos... A ese tipo de cosas no se había enfrentado jamás. Si a eso añadía la aparición de una mujer encantadora e inteligente que, en cuanto podía, le rehuía aunque su mirada decía otra cosa, el resultado era un estado de nerviosismo que no le permitía dormir. Harto de dar vueltas en la cama se había levantado temprano y se había marchado a dar una vuelta. Había paseado a lo largo del puerto, disfrutando de la soledad y la calma de las primeras horas de la mañana. Le gustaba andar y pensar. No había solucionado nada, aunque sí se había tranquilizado lo suficiente para enfrentarse a la esquivia científica. Tenía que encontrar la manera de que aceptara una cita.

A las nueve en punto, la vio caminar en su dirección con paso rápido y seguro. Vestía, como siempre desde que la conocía, pantalón y su inseparable chaquetón de cuero. Como si fuera un adolescente, su estómago se encogió de forma casi imperceptible, pero lo suficiente para darse cuenta de que estaba nervioso. ¡Demonios! Le gustaba y parecía un novato. No tenía ni idea de cómo actuar con ella.

—Buenos días —saludó ella cuando estuvo a su altura.

—Hola. Eres muy puntual. —Era un comentario tonto. Claro que era puntual. Todo en ella parecía ser metódico.

—Tengo que aprovechar el tiempo y si quedo a una hora, no me gusta hacer esperar ni que me esperen.

Lógico, pensó. Así tenía que ser. Ella no podía actuar de otra manera. Le gustaría romper esa seguridad y hacerla dudar, le encantaría ser él quien hiciera tambalear tanta confianza.

Diana entró en el edificio sin comprobar si él la seguía. Se dirigió al mostrador de información, situado a la izquierda y preguntó por la dirección. La mujer le indicó la quinta planta y ella reanudó la marcha hacia el ascensor. Ya había hablado con el director para pedir los permisos y él se había mostrado muy colaborador. Esa mañana tenían una cita para que le pusiera al corriente de las normas del centro y le presentara a las personas que iban a trabajar con ella.

Dentro del aparato permanecieron en silencio. A pesar de su actitud, Diana era consciente de la presencia de Adam. Olía a algo fresco y suave, quizá la crema para después del

afeitado y ese aroma se metía de forma insistente en su nariz, impidiéndole olvidar que estaba junto a ella. Ese día se había puesto un traje oscuro combinado con una camisa azul claro. Su aspecto era serio y profesional, no por ello, menos atractivo que cuando fue a recogerla el día anterior, preparado para subir en moto. Cuando llegaron a su piso, él se apartó para dejarla salir y ella pudo respirar un poco mejor.

Encontraron al director en su despacho. Diana presentó a Adam como el dueño de los laboratorios que estaban fabricando el nuevo fármaco y el hombre le felicitó por los logros conseguidos. Tras las presentaciones, les explicó que el hospital estaba destinado a enfermos de larga estancia. Allí los atendían de forma continuada e intentaban prevenir el deterioro progresivo de algunas enfermedades. Por eso había elegido Diana aquel lugar.

Después de algunos trámites, les acompañó a la segunda planta, donde se encontraba la sala de rehabilitación. En ese momento, uno de los enfermos que quería ver Diana, el que tenía un estado más avanzado, estaba allí realizando sus ejercicios. La gimnasia dedicada a la rehabilitación motora era imprescindible para mejorar la rigidez y la estabilidad en los desplazamientos, evitando así uno de los mayores peligros, las caídas.

Cuando entraron, el paciente estaba sentado en una silla, con una pierna extendida y apoyada en un taburete situado frente a él. Con esfuerzo, se inclinaba e intentaba tocar la rodilla con ambas manos. Adam observó que la expresión de Diana cambiaba de forma visible. Su semblante serio y concentrado, dio paso a la ternura, la simpatía y el afecto. Esa actitud dejaba de manifiesto la implicación personal que ella tenía en aquel caso. Quizá por ese detalle, aumentó su respeto por ella. Más tarde le preguntaría el motivo de aquel interés, por el momento, se limitaría a estar pendiente de la manera en que se desenvolvía en el trabajo.

El señor Santos terminó sus ejercicios con ayuda de la terapeuta y se incorporó con dificultad. Su rostro hizo una mueca parecida a una sonrisa cuando vio a Diana. Sin duda la conocía. ¿Cuántos secretos guardaba aquella bella mujer? Su dificultad al andar quedó patente al acercarse a ella. La inestabilidad y sus pasos cortos ocuparon todo su corto trayecto.

—¡Pedro! ¡Cómo me alegro de verle! Parece que está bastante bien.

Él hizo un gesto de resignación.

—Me he mantenido durante los últimos meses. Eso es mucho para mí.

A Diana le entristecía esa actitud a pesar de que era lo único que se podía hacer, mantenerse en condiciones aceptables el mayor tiempo posible. Por fortuna, aquello iba a cambiar, al menos eso esperaba.

—Tengo buenas noticias —sonrió mientras lo decía— vamos a empezar a experimentar con el medicamento nuevo del que le hablé. ¿Está seguro que quiere hacerlo?

—Seguro —dijo el hombre con total convencimiento— cualquier posibilidad para mejorar es bienvenida.

Diana apoyó la mano sobre su brazo en señal tanto tranquilizadora como de ánimo.

—Ahora pondré las pautas que debe seguir. Empezaremos por poco e iremos aumentando la dosis. Teniendo en cuenta su estado avanzado, tardará un poco más, pero creo que tendremos suerte.

Adam siguió como mero testigo durante la siguiente hora en la que Diana se dedicó a hablar con el personal sanitario y dar indicaciones sobre cómo administrar la medicación. Pedro Santos no iba a ser el único enfermo que probara el fármaco en aquel hospital. La forma de administración sería diferente, mientras que a uno se lo administrarían por medio de inyecciones, el otro lo tomaría como un jarabe. De esa manera se vería qué vía era más efectiva.

Era media mañana cuando ambos se despedían del director y salían del centro. Estaba claro que la idea de comer en el Mercado de la Piedra no iba a prosperar, pensó malhumorado.

—¿Tomamos un café? —propuso.

Diana quería volver al trabajo pero llevaba toda la mañana sin tomar nada y empezaba a pasarle factura. Necesitaba cafeína con urgencia y si para tomarla tenía que hacerlo en compañía de un hombre sexy y poderoso, lo haría, aún a riesgo de cometer cualquier imprudencia que la pusiera en una situación complicada.

Adam Howard había permanecido toda la mañana a su lado sin hacerse notar. Le dejó a ella todo el protagonismo. En ningún momento “ejerció” de jefe y la dejó hacer. Ese era un comportamiento admirable para alguien que era dueño y señor de todo lo que ella había movido ese día. Alzó un poco la cabeza y lo miró con detenimiento, como si sopesara la respuesta.

—Vamos, aquí cerca hay una cafetería. Tengo hambre —aceptó, sorprendiéndolo un poco. Él había creído que tendría que discutir hasta por un café.

Adam apoyó la mano en la espalda de Diana para guiarla al interior del local. Un pequeño escalofrío recorrió la columna de la chica al notar el calor de su tacto. No estaba muy acostumbrada a que la tocaran y ese gesto le resultó un poco extraño e inesperado. Aun así, se dejó llevar con una sensación agradable y reconfortante hasta una de las mesas del fondo.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso? —preguntó él, una vez acomodados.

—El tuyo no lo sé. Yo vuelvo al laboratorio.

—¿No te diviertes nunca? —preguntó Adam.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Sí que me divierto, lo que pasa es que siempre nos vemos en el trabajo. Al fin y al cabo eres mi jefe. ¿No? ¿No te sentirías estafado si me pagaras mientras yo me divierto?

La cuestión tenía su lógica. Lo que pasaba era que él ya no tenía muy claro donde empezaba el trabajo y donde terminaba la relación personal. Eso solo debía pasarle a él porque ella parecía tenerlo muy claro. Cada vez que intentaba acercarse, lo esquivaba con mucha

pericia y lo ponía en su lugar. Aquello empezaba a impacientarle y ese era un buen momento para ponerle remedio.

—Demuéstramelo —dijo en tono bajo y provocador.

—¿Qué te tengo que demostrar? —Veía acercarse algo que no podía controlar y no sabía cómo escaparse.

—Que sabes divertirte. Sal conmigo esta noche.

—¿Qué? —Su asombro era auténtico— ¿Salir contigo? ¿Dónde?

—A cenar.

—Pero... —No sabía qué decir. No se imaginaba cenando con aquel hombre tan atractivo y que además era el dueño de la empresa para la que trabajaba. No sabía cómo manejarlo. Una conversación, un pequeño rifi-rafe, podía controlarlos, pero una velada con él... Se ponía nerviosa con solo pensarlo.

—Vamos —la tentó con su suave acento— Atrévete.

—¿Por qué no? —concedió tras pensarlo unos segundos.

Adam no podía creer en su buena suerte. Había aceptado una cita con él. Se sentía tan excitado como un jovencuelo en su primera salida. Le dirigió una sonrisa de triunfo y tomó su taza de café.

## LA CITA

Diana se había arrepentido de aceptar esa loca cita unas mil veces en el transcurso de la tarde. ¿En qué estaba pensando? Bueno era evidente que no pensaba, solo se había dejado llevar por un seductor acento y una bonita sonrisa. Ella, que se creía a salvo de esas trampas, había caído de lleno en una de ellas.

En ese momento se encontraba sentada en su cama, vestida únicamente con la ropa interior y tratando de decidir qué vestido, del montón que había sobre la cama, se iba a poner. Nunca le había preocupado mucho acertar. Ella tenía un estilo y le gustaban las cosas bonitas, pero no tenía ni idea de dónde iba a ir. Adam la había llamado esa tarde y le había dicho que se pusiera elegante. Perfecto. Eso lo arreglaba todo, se dijo con ironía. Faltaba una hora para que fuera a recogerla, otra cosa en la que se había mostrado inflexible, y seguía allí como una tonta, dudando de todo.

El timbre del teléfono la hizo olvidar por un momento su preocupación. Fantástico, no tenía tiempo y ahora una llamada la retrasaría aún más. Contestó a la llamada con algo de brusquedad.

—Hola prima, veo que no es el mejor momento. —La voz sonaba cantarina y hablaba italiano. Al momento reconoció a su prima Julia y el mal humor desapareció. Una amplia sonrisa iluminó su cara.

—¡Julia! Tú nunca llamas en mal momento.

Julia era lo más parecido a una hermana que se podía tener. Aunque vivía en Milán, se veían varias veces al año y mantenían una continua comunicación. Lo mismo le ocurría con su tío Marco. Eran la única familia que le quedaba y se sentía muy apegada a ellos.

—Pues detecto un tono poco habitual en ti. ¿Sucede algo? —La voz de su familiar sonaba preocupada. Era cierto que ella nunca se enfadaba o por lo menos, no lo demostraba. Estaba visto que el señor Howard sacaba lo peor de su personalidad.

—No pasa nada. Es que tengo una cita —explicó.

Al otro lado sonó un murmullo de expectación.

—¡Una cita! ¿Tú? ¿Quién es?

Diana sonrió ante la agitación de Julia.

—Es mi jefe —una respuesta escueta, que no satisfizo nada a la otra mujer, más bien aumentó su curiosidad.

—¿No es ese el señor mayor de barba blanca?

—Noooo. Ese es el jefe de España. Me refiero al “Gran” jefe. Al de Londres —Creyó que aclaraba algo, pero lo que hizo fue confundir más a Julia, quien pensó que le iba a dar algo.

—¿Vas a salir con el todopoderoso? No me extraña que estés nerviosa. ¿Y por qué? ¿Cómo ha sido? ¿Qué tal es? ¿Viejo?

—¡Para! —Diana soltó una carcajada— si contesto a todo eso, llegaré tarde. Solo te diré, para darte envidia —dijo con maldad— que tiene algo menos de cuarenta y que es muy guapo. La primera vez que lo vi, creí estar ante una visión. Lo malo es que es un poco mandón, le gusta hacer las cosas a su manera y siempre se sale con la suya.

—Más o menos como tú —se mofó su prima— veo que va a ser divertido veros juntos.

—Yo no lo encuentro tan divertido —protestó— y encima, me voy a volver loca intentando encontrar algo apropiado que ponerme.

—Algo negro. Con el negro siempre se acierta —aconsejó Julia, quien parecía dominar mejor el tema de la moda.

—Vale. Te haré caso. Ahora tengo que colgar

—Llámame para contarme el resultado.

Diana le dijo que lo haría en persona, cuando fuera a Milán en Navidad. Quedaba poco y tenía intención de pasarla en Italia con la familia.

A las ocho y media en punto, Adam apareció en su puerta. Si una quedó sorprendida, al otro, literalmente, se le desencajó la mandíbula. Permanecieron durante unos segundos inmóviles, observándose, sin ser capaces de reaccionar. Él iba con un traje gris oscuro y un largo abrigo negro. Ni siquiera se preguntó de dónde había salido aquel atuendo que le hacía resaltar sus ojos dorados. Ella había optado por un vestido corto, negro, de corte sencillo. Llevaba su melena rubia, normalmente suelta, recogida en un moño. Nada más verla, sintió el impulso de quitarle todas esas horquillas que la mantenían retirada de su rostro.

—Hola —consiguió decir ella a la vez que le permitía el paso— tú también eres puntual —comentó haciendo alusión a lo que él había dicho esa mañana.

—Sé que no te gusta esperar —salió, por fin, de su embobamiento.

—Pasa —se le veía un poco cohibido, cosa que no cuadraba mucho con el hombre que el día de antes había aparecido arrasando con una bolsa de dulces —tengo que ir un momento al garaje a poner la calefacción.

Adam la acompañó en silencio, absorbiendo todos los detalles. Ya había visto que era grande y que cabían dos coches. En ese momento, solo estaba el Audi de Diana y su fantástica moto. En su anterior visita no había reparado en la silla de ruedas plegada contra la pared. Su presencia en aquel lugar despertó su curiosidad.

—¿De quién es la silla? —preguntó antes de pensar que lo hacía.

La espalda de Diana se enderezó imperceptiblemente aunque enseguida se relajó.

—Era de mi padre. La utilizaba cuando los desplazamientos eran algo largos.

Adam se percató de que aquel tema era doloroso para ella. Sintió la necesidad de consolarla pero se contuvo. Quería saber, así que en vez de reconfortarla, como quería, añadió una nueva pregunta comprometedora.

—¿Qué le pasaba a tu padre?

Ella se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos. Los suyos estaban un poco nublados.

—Tenía Parkinson. La enfermedad había avanzado bastante y cuando tenía que andar mucho, era preferible trasladarlo en una silla.

A Diana todavía le dolía aquel tema, supuso que siempre le dolería y no le gustaba mucho hablar sobre él.

Ahora sí que él puso una mano sobre su hombro desnudo como signo de ánimo.

—Por eso el interés en esta investigación ¿verdad? —su tono de voz se había vuelto más profundo.

Ella asintió en silencio. Notaba el roce de su mano con un calor reconfortante. Desde que sus padres murieran, se había encontrado sola. Sus tíos vivían lejos y ella se había envuelto en una concha protectora para evitar el sufrimiento. Así había sobrevivido. No obstante, de repente, aparecía un hombre con pinta de ángel, que raspaba esa concha y amenazaba con hacer aflorar sus verdaderos sentimientos.

—¿Nos vamos? —preguntó a la vez que se dirigía otra vez a la cocina.

Adam consideró que había tenido bastante agitación emocional por esa noche y la siguió sin insistir.

El restaurante era un italiano bastante conocido en la ciudad. Situado cerca del puerto, su ambiente era íntimo y discreto. Los propietarios habían logrado un entorno muy agradable para pasar una buena velada en compañía de amigos, como Diana ya había comprobado en alguna ocasión, o, como aquella noche, junto a un hombre atractivo. Aquella vez, ya no estaba tan segura de que fuera a resultar un éxito, pero el sitio era una buena elección.

—¿Conocías este sitio? —preguntó con curiosidad. El inglés había conseguido sorprenderla.

—No. Pregunté en el hotel y me lo recomendaron. ¿Te gusta?

Estaba un poco nervioso. Quería impresionarla y que todo saliera perfecto aquella noche.

—¡Claro! —lo miró con los ojos entrecerrados. ¿Qué le pasaba a Adam? No parecía el de siempre, era como si no estuviera muy seguro de lo que estaba haciendo. ¿Se habría arrepentido de invitarla? Ella no tenía muy claro que aquella cita no fuera un error, pero que él lo pensara, la molestaba. Uf, estaba hecha un verdadero lío.

Por fin se sentaron en la mesa que les habían reservado. Tras unos minutos, ambos lograron relajarse. Comenzaron hablando de temas triviales. El trabajo parecía un campo seguro, pero, poco a poco Adam empezó a interesarse por temas más personales.

—Me dijiste que tus padres habían muerto en un accidente. ¿Qué pasó?

Bueno, se dijo ella, antes o después tendría que contarle algo de su vida y aquel era un momento tan apropiado como cualquier otro. Con una copa de vino en la mano parecía más fácil.

—Iban a una revisión a Santiago. El neurólogo de mi padre pasaba consulta allí. Era un antiguo colega suyo. Cuando estaban llegando, un camión se cruzó en la autopista, había llovido mucho y el asfalto parecía una pista de patinaje. Cuando mi madre pisó el freno, el coche patinó y perdió el control. Terminaron empotrándose contra el camión.

Terminó la narración de lo ocurrido con los ojos llenos de lágrimas. Nunca terminaría de asumir lo ocurrido.

—Siento haberte hecho recordar.

¿Cómo podía haber sido tan desconsiderado? Se rió a sí mismo por su falta de sensibilidad. Limpió una lágrima solitaria con la yema del pulgar. Lo hizo sin darse cuenta, pero una vez que sintió el tacto suave de su piel mezclado con la humedad del llanto, deseó dejar la mano allí para siempre.

—No importa —con un gesto inconsciente apoyó la cara sobre la mano apoyada en su mejilla. Se sentía reconfortada. Muy pocas veces se permitía liberar sus emociones y aquella había sido una de las ocasiones en que lo había hecho. El señor Howard tenía algo que le hacía bajar la guardia una y otra vez— hacía mucho que no lo revivía. ¿Tus padres viven?

Era la primera pregunta personal que se atrevía a hacerle y no sabía cómo se lo tomaría. Enseguida tuvo su respuesta. Adam le mostró una amplia sonrisa en la que se vislumbraba el orgullo y el cariño.

—Sí. Gracias a Dios están vivos y disfrutando de la vida de jubilados. Mi padre dejó la empresa hace pocos años en mis manos y se ha dedicado a viajar con mi madre y a hacer todo lo que no pudo mientras trabajaba. Se les ve felices. Victoria vive con ellos y eso no les permite relajarse del todo.

Como si hubiera hecho un conjuro, su teléfono móvil empezó a sonar. En la pantalla apareció el nombre de su hermana. Se disculpó con Diana y respondió.

—Hola Victoria, más vale que sea importante.

En vez de la respuesta sarcástica que esperaba, la voz de Victoria sonó muy seria y preocupada.

—Lo siento Adam, no quería interrumpirte, pero es urgente.

Diana vio cómo su compañero de mesa fruncía el ceño. Mantenía la conversación en



inglés y ella dedujo que hablaba con su hermana. Conforme avanzaba el tiempo se dio cuenta que el tema era grave. El rostro de su jefe se transformó en una máscara impenetrable y al final le oyó decir que iba a tomar el avión al día siguiente.

—¿Te vas? —le preguntó en cuanto cortó la comunicación.

Él la miró con sorpresa.

—Mañana. ¿Cómo lo sabes?

—Te he oído —señaló el aparato.

La había oído hablar un italiano perfecto.

—¿También hablas inglés?

Ella sonrió. Hablaba cuatro idiomas perfectamente pero no creyó que fuera asunto suyo. Los hablaba y los leía porque ayudaba mucho en su trabajo y porque eran las lenguas de su padre y su madre.

—Me defiende —fue lo único que le respondió— ¿Por qué te vas?

El volvió al contenido de la llamada y volvió a ponerse serio.

—Esta tarde, Victoria ha encontrado revuelto su despacho cuando ha vuelto de comer. Después, al volver a casa, la han seguido. No me gusta lo que está pasando. Alguien está intentando boicotear nuestro trabajo y no me gusta nada. Lo que no sabe el que lo esté intentando es que yo no me rindo y que cuando tocan lo que es mío puedo ser muy peligroso.

Diana no lo dudó ni por un segundo. Ella lo había visto como un ángel vengativo y tenía mucha intuición para esas cosas. Tras esa fachada de hombre guapo había un hombre comprometido con su gente y que arriesgaba lo que fuera por defenderlos. Lo había hecho con ella cuando la encontró inconsciente y lo haría con su hermana y con su empresa.

Durante el resto de la cena, la preocupación de Adam estuvo patente. Si no fuera porque la cosa era seria, habría mandado a Victoria a la porra por su oportunismo ya que a causa de la llamada resultaba evidente que su cita se había arruinado. Aunque apreciaba la compañía de Diana y no quería que se notara su zozobra, su mente estaba en otro sitio. Ella parecía igual de intranquila, al fin y al cabo era su proyecto el que estaba provocando todos aquellos altercados. Terminaron hablando de trabajo y de la identidad de la persona o personas que andaban detrás de todo aquello. Lo que sí tuvieron claro era que, quien fuera, estaba empeñado y decidido a encontrar la fórmula del nuevo tratamiento.

—¿Nos vamos? —Fue Diana quien hizo la propuesta—. Mañana tendrás que madrugar si quieres irte en el primer avión que salga para Londres.

Él hizo una seña al camarero para que les trajera la cuenta. Lo invadía una sensación de desasosiego e impotencia. No era la velada que había imaginado, aun así tendría que conformarse con haber logrado una cena con ella fuera del ambiente de trabajo que siempre les rodeaba.

Volvieron a su casa en silencio. Ella luchaba contra sí misma, más bien contra los sentimientos que experimentaba al saber que su inseparable jefe volvía a su hogar. Era normal que fuera a ayudar a su hermana, pero después de unos días en los que prácticamente lo había llevado pegado a su espalda, se había acostumbrado a su presencia. No le gustaba depender de nadie de esa manera y era lo que había intentado evitar. Por lo visto, no lo había conseguido muy bien. La desazón que le producía su ausencia era un claro indicador de ello.

Adam aparcó el coche alquilado en la entrada del camino y antes de que ella consiguiera bajar, ya estaba sujetando la puerta para ayudarla. No sabía muy bien qué decirle, su relación era un poco precaria e incierta. Necesitaba tiempo y eso era, precisamente, lo que no tenía. Caminó a su lado hasta llegar a la entrada.

—¿Quieres pasar? —lo invitó sin mucha convicción. Era un hombre que al día siguiente desaparecería de su vida, quizá para siempre, y no le apetecía comprometerse más de lo que ya lo había hecho.

Él negó con un gesto. No había hablado casi nada desde que habían salido del restaurante y Diana empezaba a ponerse nerviosa.

—Será mejor que me vaya —dijo al fin.

Sí, posiblemente era lo más indicado.

—Bueno... —titubeó a la vez que lo miraba de frente— entonces ya nos veremos en alguna ocasión.

Empezaba a dar la vuelta cuando una mano férrea la agarró por el brazo.

—Espera —sonó más a orden que a petición— mañana te llamaré para que me cuentes como van las cosas. No quiero que nos despedamos aquí.

Ella lo miró sin decir nada, esperando que continuara.

—Esto no es una despedida —era como si se lo dijera a sí mismo para convencerse.

Al final y en vista de que ella no manifestaba nada en contra de sus palabras, se inclinó lo suficiente para quedar a la altura de su boca y sin añadir nada más le dio un beso de despedida. Bueno, eso creía él, que un ligero y controlado roce, serviría para decir hasta pronto. Nada más tocarla, sintió una especie de chisporroteo que le produjo un sobresalto inesperado. Después de eso, fue incapaz de separarse sin saber qué podía venir después. Dejó los labios sobre los de ella durante unos segundos disfrutando de su textura suave y aterciopelada.

Diana no esperaba nada parecido así que la sorpresa al ver que se acercaba demasiado, la hizo bajar la guardia. La ligera presión sobre sus labios le produjo un hormigueo que la hizo desear más. Sin ser muy consciente de sus actos profundizó el beso. No se tocaban, solo sus bocas permanecían en contacto.

Cuando Adam se apartó con desgana, su inseguridad era comparable a la de ella. La miró por un espacio de tiempo indeterminado e inició la retirada.

—Volveré —Tanto podía haber sido una amenaza como una promesa.

Todavía desconcertada por su despedida, Diana contempló como él volvía al coche con paso lento. A mitad de camino lo vio detenerse, girar y regresar hacia donde estaba ella con pasos largos y decididos. Al llegar a su altura la enlazó por la cintura y sin mediar palabra volvió a besarla.

En esa ocasión no hubo chisporroteo ni hormigueo, más bien fue un huracán lo que les golpeó sin previo aviso. De súbito se vieron inmersos en una vorágine de sensaciones que les envolvían sin darles tregua, levantándoles los pies del suelo, como si flotaran. Las manos de Adam se movían por la espalda de Diana dejando un rastro de calor abrasador en todas sus terminaciones nerviosas. De forma automática ella le agarró por los brazos en un intento de sujetarse para contrarrestar el mareo que aquel ataque sensual le provocaba. Los labios que la besaban eran abrasadores, el calorcillo del primer beso se había transformado en un verdadero incendio, entre ellos parecían saltar chispas incandescentes, que podían producir una verdadera deflagración entre ellos. Diana nunca se había sentido tan ansiosa por recibir y devolver a la vez. Sin poderlo evitar, sus manos ciñeron el cuello de él como si se tratara de un salvavidas.

Las manos de Diana sobre su nuca provocaron en Adam un escalofrío que contrastaba con su piel ardiente. Había empezado aquello como una provocación hacia ella y había terminado quemándose en la misma hoguera que él había encendido. La idea de lo que un simple beso podía provocarle le turbaba tanto, que hubiera querido tener la fuerza de voluntad necesaria para apartarse. En vez de eso, la estrechó con más fuerza mientras la apoyaba contra la puerta de la entrada y presionó sus caderas contra las de ella, prolongando la caricia. Abandonó su boca y rozó la mandíbula y el cuello con pequeños besos que volvieron a estremecer a Diana. Todos sus sentidos estaban saturados y la cabeza le daba vueltas. No podía luchar contra aquella invasión y si hubiera podido, probablemente no lo habría hecho. Era demasiado bueno.

Aquel pequeño respiro trajo al dormido cerebro de Adam un poco de lucidez, la suficiente para saber que si seguían así, terminarían tumbados en los escalones del porche, a la vista de todo el mundo.

Con un esfuerzo extraordinario, digno del caballero más abnegado, volvió a depositar un beso tenue y controlado sobre los labios hinchados de Diana y se separó.

Los ojos de la mujer lo miraban algo desenfocados, como si siguiera aún inmersa en su nube.

—Piensa en mí mientras estoy fuera —murmuró con una voz apenas reconocible mientras le tocaba los labios ligeramente con un dedo. Después volvió a deshacer el camino en dirección al coche.

Diana observó, estupefacta, como se alejaba del camino y de su vida el hombre más

increíble que había conocido nunca.

## LA FAMILIA

Adam tenía problemas para concentrarse en el trabajo. La imagen de Diana vestida de negro y con un montón de mechones rubios fuera del estricto recogido, se le aparecían una y otra vez, sin mencionar la cara de asombro y la mirada tentadora con que lo había despedido después de su beso. Claro que, la sorpresa no había sido solo para ella, él también se había llevado una buena impresión. No había esperado esa reacción vehemente por su parte. Sabía que le gustaría besarla pero no esperaba la explosión que había producido, no solo a sus sentidos sino también a su mente. No podía apartar sus pensamientos de ella y eso que apenas hacía dos días que la había dejado en la puerta de su casa.

—Señor Howard —se oyó la voz por el intercomunicador— su padre quiere hablar con usted.

Adam hizo un esfuerzo por alejar sus desconcertantes pensamientos y atendió la llamada de su padre.

—Hola, papá ¿qué tal estás? —procuró que su voz sonara seria y profesional.

—Bien. Me enteré por Victoria que habías vuelto ayer de España. ¿No podías haber venido por casa a dar una vuelta?

—Estaba cansado —Era una disculpa pobre pero no quería ver a sus padres hasta que no supiera algo más sobre los últimos sucesos.

—Por eso te pasaste todo el día en la oficina. ¿No tienes nada que contarme?

Pues claro. ¡Qué iluso era! Su padre estaba al corriente de todo. Se pasó una mano por la cara con gesto de cansancio.

—¿Qué sabes? —preguntó para ganar tiempo.

—Lo que Victoria me contó. Que hay problemas en España y que hace un par de días le pusieron el despacho patas arriba —se hizo un silencio y después añadió—. ¿Por qué no vienes a cenar esta noche y hablamos?

Sí. Quizá era lo mejor. Hablar con su padre siempre le había ayudado a poner las cosas en perspectiva y de paso, alejaría de su mente por una noche a la rubia científica que había dejado a miles de kilómetros.

—De acuerdo —aceptó—. Esta noche nos vemos.

Eso pareció tranquilizar a su padre, quien se despidió con unas palabras cariñosas y un

—Hasta la noche, hijo.

Adam colgó, pensando en cómo plantearía el problema para no preocuparles más de lo que, por lo visto, ya estaban. Se levantó y salió en busca de Victoria para que le contara qué sabían. Conociéndola, suponía que no les habría dicho mucho. Habría esperado su regreso para

tomar una decisión.

Después de una pesada tarde, cargada de trabajo, condujo hacia el barrio de Portobello, donde sus padres vivían. Le encantaba aquella zona desde que se habían trasladado a vivir allí siendo todavía, un niño. Las amplias calles con las fachadas de las casas pintadas de colores mostraban un aspecto elegante y divertido a la vez. La casa de sus padres estaba situada en una esquina, era de color granate oscuro y llamaba la atención debido a sus dos torres de pizarra en forma piramidal. Era una antigua construcción victoriana con las suficientes habitaciones para una familia numerosa y muy propicia para que unos niños traviesos jugaran al escondite y no se les pudiera encontrar durante horas.

Adam sonrió al recordar las tardes lluviosas que habían dedicado a esconderse y perseguirse sus hermanos y él.

Aparcó el coche y se dirigió a la puerta de entrada, escoltada por dos columnas clásicas de color blanco. Entró con su propia llave. Todos los hermanos conservaban la suya. Su madre insistía en que aquel seguía siendo su hogar y así lo sentía. El silencio lo envolvió en el amplio vestíbulo. Ya no había carreras de niños. Seguramente su padre estaría en el salón y su madre en la cocina ultimando la cena. Cuando eran pequeños, habían tenido sirvientes fijos, incluso una cocinera, pero desde que se fueron de casa y su madre se jubiló, los criados se habían sustituido por una asistenta por horas, su padre siempre había dicho que lo le gustaban los extraños en casa y los había mantenido mientras que fueron necesarios.

Decidió buscar a su madre y la encontró donde suponía, rodeada de cacharros de cocina y con el delantal puesto.

—Hola, mamá —saludó desde la puerta— ¿Por qué te empeñas en cocinar? Nunca te ha gustado.

La mujer levantó la cabeza y una amplia sonrisa iluminó un rostro muy parecido al suyo.

—Sí me gusta, lo que pasa es que no tenía tiempo. —Se limpió las manos en un paño de cocina y se dirigió hacia él para darle un beso. Adam se apartó de la puerta y correspondió con cariño—. ¿Por qué has tardado tanto tiempo en venir?

—Estaba liado —fue su escueta respuesta.

Su madre lo miró de esa manera que él conocía tan bien y que decía que no se lo creía. Era una mujer alta, delgada y atractiva. El pelo, al contrario que el suyo, era rubio, pero sus facciones eran muy parecidas. Cuando Victoria quería tomarle el pelo, le decía que era guapo como su madre.

—¿Seguro? —preguntó ella enarcando una ceja.

Él dudó unos instantes.

—Bueno, también estoy confuso y preocupado. No quería preocuparos a vosotros.

Ella volvió a lo que estaba haciendo mientras hablaba.

—Eso es una tontería. Si hay un problema, cuantos más seamos pensando, más posibilidades de resolverlo tendremos.

Esa era su madre, una persona lógica y luchadora que nunca se rendía.

Un portazo anunció que alguien había entrado en la casa.

—Es Victoria —aclaró ella— no va a aprender a cerrar la puerta nunca.

No había pronunciado las últimas palabras cuando la aludida apareció también en la cocina.

—Hola mamá —saludó— ¡Adam! He visto tu coche fuera.

Sin previo aviso se arrojó a sus brazos. Si hubiera sido un hombre menos fuerte, lo habría hecho tambalear pero él se limitó a levantarla y darle dos sonoros besos.

—Hola, preciosa. Veo que has terminado a tiempo —aludió a un problema que tenía que resolver antes de salir del trabajo.

Ella volvió a apoyar los pies en el suelo y le contestó con desenfado.

—Por supuesto. Esta cena es muy interesante para perdersela. — ¿Y Ryan? ¿Viene también?

—No —contestó su madre—. Está en Nueva York. Hace tiempo que no le vemos pero está muy ocupado con el lío de la nueva sucursal.

Adam asintió. Su hermano siempre había sido muy inquieto y ambicioso. No le extrañaba que estuviera inmerso en el trabajo hasta las cejas.

—Eso quiere decir que solo tendré que luchar contra tres —murmuró como si fuera la víctima de un interrogatorio de la Inquisición.

Paula le hizo una mueca, plantó una fuente de comida en las manos de su hijo y le ordenó.

—Lleva eso a la mesa y no te pongas trágico.

Adam puso los ojos en blanco y se apresuró a cumplir el mandato.

—¿Qué piensas hacer? —Fue su padre quien sacó el tema de los asaltos durante la cena. Adam se encogió de hombros a la vez que pinchaba un trozo de carne del estofado.

—Por el momento, observar. Hemos endurecido las medidas de seguridad tanto aquí como en España. Los informáticos están revisando todo el sistema en busca de troyanos y nadie, salvo los investigadores, tiene acceso a ningún tipo de información —aclaró.

—Pero, habéis empezado a fabricar muestras ¿No es así?

Viendo a donde quería llegar su padre, asintió.

—Nadie sabe la composición completa y están vigilados constantemente. Como el ataque se produjo antes de comenzar la elaboración —hizo alusión al día que recogió a Diana del suelo— pudimos tomar medidas desde el principio.

Paula asistía a la conversación en silencio. Estaba preocupada por sus hijos y por la empresa que había fundado junto a su marido. Los comienzos habían sido difíciles, como casi todos los comienzos, pero con mucho esfuerzo y capacidad de trabajo, habían conseguido unos laboratorios poderosos y competitivos. Ahora, alguien estaba poniendo todo aquello en peligro y no le hacía ninguna gracia.

—Sabes que podemos ayudaros en lo que necesitéis —se dirigió a los dos. Victoria no había dicho nada todavía pero la conocía muy bien. Era testaruda y trabajadora como su hermano y no iba a permitir que le arrebataran lo que era suyo.

—Lo sabemos mamá —contestó Adam— pero ahora podemos hacer muy poco, solo extremar las precauciones y estar atentos.

—Y ahora —continuó Victoria, que quería dejar el tema a un lado para no alarmar más a sus padres— queremos que nos hables de la científica guapa.

A Adam casi se le cayó el tenedor de la mano. Por unos minutos su mente había estado distraída en otros asuntos menos personales y su hermana volvía a poner ante sus narices uno que no quería tocar ni analizar.

—No tengo nada que contar —habló en tono molesto.

Lo único que logró con ello fue atraer la atención de sus progenitores, que lo miraron con curiosidad.

—¿Qué es eso de una científica guapa? —inquirió su madre.

Victoria se adelantó a cualquier explicación. Disfrutaba de ver a su hermano metido en el atolladero de responder preguntas comprometidas.

—Es la persona que descubrió el nuevo fármaco, la misma a quien atacaron —dio todo tipo de explicaciones— y parece que no le es muy indiferente a mi hermanito.

El aludido le lanzó una mirada asesina pensando en que se tomaría la revancha.

—No hables de lo que no sabes.

Victoria esbozó una sonrisa torcida ante la mirada observadora de Richard y Paula.

—Pero es guapa ¿no?

Él puso los ojos en blanco simulando paciencia. Iba a tener que contar algo porque no iban a soltar la presa.

—Sí. Es guapa.

Su madre lo miró fijamente con gesto interrogatorio. Como vio que no añadía nada más le animó a que continuara y preguntó.

—¿Y...?

—Y fueron a cenar juntos —interrumpió Victoria otra vez con diversión.

Adam sentía ganas de estranglarla. Desde pequeña se había inmiscuido en su vida sin ningún pudor y ahora, que eran adultos, seguía haciéndolo con total descaro. Solo esperaba



poder devolverle la pelota algún día.

—Fuimos a cenar juntos —admitió—. Me preocupo por ella.

Lo que no mencionó fue la despedida que habían tenido. Eso era íntimo y no se lo iban a sacar de ninguna manera. Por el momento era un recuerdo solo para él. Alucinante, pero nada más que un recuerdo.

—¿Cómo es? —su madre quería saberlo todo y como sabía que las preguntas no habían hecho más que comenzar, decidió dar una versión resumida.

—Se llama Diana y es la persona que ha hecho el descubrimiento de la proteína, principio básico del nuevo medicamento. La conocí el mismo día que llegué, en realidad la encontré tirada en el suelo de su despacho y me dio un susto de muerte.

—¿Está bien? —esa vez fue su padre el que intervino.

—Tenía un chichón. A parte de eso, nada más. Está un poco asustada porque al día siguiente el laboratorio estaba revuelto, como si hubieran buscado algo, pero sobre todo está enfadada. Es una mujer con carácter.

—Justo lo que alguien como tú necesita —dijo su hermana con satisfacción—. Tengo que conocerla.

—La dejarás en paz —le advirtió— y no la molestarás.

Madre e hija intercambiaron una mirada de complicidad mientras que el padre dirigía a su hijo una de lástima. El chico, iba a pasar por momentos duros si aquellas dos se aliaban.

## EL MEJOR AMIGO

Diana apagó la luz de su despacho y se dirigió al ascensor. Estaba de mal humor, nada nuevo en los últimos días. Cada paso que daba, cada cosa que hacía, le recordaba al hombre moreno de ojos dorados que la había besado en la puerta de su casa. Estaba enfadada con él por haberse hecho imprescindible en pocos días y lo estaba consigo misma por permitirlo.

Antes de atravesar las puertas, saludó con la mano al guardia de seguridad a modo de despedida. Lo más probable era que fuera la última en salir porque si antes del encuentro con Adam trabajaba diez horas, después lo hacía doce. ¿Por qué? Muy simple, para olvidar. Quería apartarlo de su mente todo cuanto fuera posible. Desde muy joven se había trazado un plan: estudiar y trabajar en investigación. Siempre había querido llegar a ser una de las investigadoras más prestigiosas en su campo y no depender de nadie, ni física ni emocionalmente. Quería ser libre e independiente y allí estaba, conduciendo hacia un hogar vacío y recordando una y otra vez a su jefe. “*Fantástico*” se dijo con fastidio. Ahora que había conseguido un gran éxito en la comunidad científica, en vez de disfrutar, andaba de acá para allá, añorando a un hombre que casi no conocía pero que besaba como un demonio. Se llevó los dedos a los labios y los tocó con cuidado. Con muy poco esfuerzo, todavía podía sentir la presión y el cosquilleo de su contacto. Enfadada, los retiró con precipitación y la expresión soñadora se evaporó sustituida por otra de disgusto. Agarró el volante con fuerza y se ordenó olvidarlo. No tenía sentido estar tan colgada. En su despedida él había dicho que volvería pero no era muy probable que lo hiciera, después de todo, ella no lo había visto en todos los años que llevaba trabajando allí. Además, se recordó, no le había hecho ni una llamada, aunque fuera para decirle que había llegado a casa y que estaba bien. Nada. Solo el silencio más insultante. Era como si nunca hubiera estado allí. ¿Y el nuevo proyecto? Tampoco debía interesarle demasiado porque no sabía cómo le iba. “*Maldita fuera*” dio un portazo al coche, ¿por qué no la llamaba?

Cuando entró en casa oyó el timbre del teléfono. Perfecto. En ese momento no quería hablar con nadie así que lo dejó sonar. Fue a su habitación y se deshizo de los zapatos, después se quitó el chaquetón de cuero, que arrojó sobre la cama y se dirigió al baño. Desde allí oyó saltar el contestador automático seguido de una voz ronca con marcado acento extranjero. Era él. Por un momento se quedó paralizada. Había llamado. Reaccionó como si le hubieran puesto un resorte y salió corriendo, en el camino se golpeó el pie desnudo con la pata de una silla, lo que la obligó a seguir su camino cojeando y se arrojó sobre el aparato como si hiciera un placaje.

—¿Adam? —pronunció con tono algo chillón. Pero al otro lado ya no se oía nada. Había

colgado.

Diana maldijo en todos los idiomas que sabía. Por unos segundos había llegado tarde. ¿Por qué la llamaba a casa? ¿Por qué no al móvil? Si de verdad hubiera querido hablar con ella, la habría llamado ahí. Sacó su teléfono del bolso y pulsó la tecla para desbloquear. Otra maldición brotó de sus labios. Estaba apagado, muerto, Kaput. Por eso la había llamado al fijo. Y ahora ¿qué? ¿Devolvía la llamada? Una vocecita ansiosa le decía una y otra vez que sí. Quería oír su voz, sentía curiosidad y tenía la excusa perfecta.

Adam colgó el teléfono con frustración. No había manera de localizarla. Tras la cena con su familia y posterior interrogatorio, sintió la necesidad de hablar con ella, aunque solo fuera para preguntarle por el trabajo. Esa información podía sacarla de Armiñana, incluso del tal Gálvez, pero quería hablar con Diana, no con un jefe de laboratorio. Y ahí estaba, sentado en el coche, todavía aparcado en la puerta de la casa de su niñez y sintiéndose un tonto por haber seguido un impulso. ¡Claro que no estaba! Una mujer como ella tendría compromisos y saldría a cenar con algún amigo. Él solo era una anécdota en su vida, alguien que había surgido de la nada y que había vuelto a desaparecer. ¿Dónde estaría? Con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados, intentaba recrear su rostro e imaginar qué estaba haciendo. Tenía el móvil apagado, lo que indicaba que no quería que la molestaran, fue el primer pensamiento celoso que tuvo. ¿Celosos de quién? Se pasó una mano por la cara y se incorporó. ¡Madre mía! Se estaba volviendo loco. Enfadado consigo mismo por el rumbo de sus pensamientos, y sus sentimientos, desconectó el teléfono y lo arrojó al asiento del acompañante.

Diana levantó el auricular y vio reflejado en la pantalla en número de quien había llamado. Con dedos temblorosos, marcó la rellamada. Ahora, él respondería con esa voz sexy y sugerente y ella no sabría qué decir. Al cuarto pitido salió una voz nada sexy que anunciaba, casi con saña, que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Despacio, dominando las ganas de arrojarlo contra la pared y con las mandíbulas apretadas, volvió a dejar el auricular en su sitio.

A la mañana siguiente y tras una noche de vueltas en la cama, Diana se encontró las ruedas de su coche pinchadas. Si no hubiera ido tan distraída, se habría dado cuenta de que alguien la había seguido. Y si no hubiera estado tan enfadada, habría metido el coche en el garaje en vez de dejarlo en la calle. Bonita manera de empezar el día. El anterior lo había terminado maldiciendo a su jefe o a ella misma y ahora se encontraba con ese panorama desolador del chasis de su coche casi tocando el suelo porque algún gamberro había decidido divertirse a su costa. Llamó a Armiñana para contarle lo que ocurría y después llamó a un amigo, que era Guardia Civil. Sabía que se iba a mosquear porque no le había dicho nada, pero

había llegado el momento de contar con su ayuda.

Unos quince minutos más tarde, un coche todo terreno con el emblema del cuerpo en las puertas y sirenas azules en el techo, apareció por la esquina de la calle. En un segundo estuvo parado ante su puerta. De él bajó un hombre alto, vestido de uniforme, que se dirigió hacia donde ella se encontraba.

—¡Diana! ¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se inclinaba hacia ella.

Ella señaló su vehículo con impotencia.

—No lo sé. Lo acabo de encontrar así.

—¿No has oído ni visto nada raro?

Volvió a negar. No podía recordar nada del día anterior, salvo su enfado y durante la noche no había oído nada.

—Alberto, todo esto es muy raro. Aquí no pasan estas cosas. Es un pueblo muy pacífico. El hombre la miró pensativo.

—Tienes razón. No tenemos delincuentes de este tipo y tampoco estamos en época de vacaciones, que aparece gente de fuera.

Diana no quería pensar que aquel hecho, aparentemente casual, estuviera relacionado con todo lo pasado la semana anterior, pero, según su lógica, era lo más probable.

—¿Dispones de unos minutos? Tengo que contarte algo.

Y así terminaron sentados en la mesa de su cocina delante de un café y contándole todo. Su ataque, el intento de robo y sus sospechas.

Alberto escuchó en silencio mientras su amiga de la infancia hablaba. Mientras lo hacía la observó con atención y se dio cuenta de que, aunque quería aparentar una total indiferencia, estaba preocupada. Para alguien que no la conociera tan bien como él, parecería que estaba relatando algo que había ocurrido a otra persona. Contaba hechos sin mencionar o demostrar cómo le afectaban, pero él la conocía y sabía que esa postura rígida y controlada escondía cierto temor.

Ya en el instituto, Diana se autoprotegía así cuando algo la inquietaba. Recordó el día en que se enteró de que su mejor amiga se había liado con su novio. Se paseó por todo el pueblo como si le importara un comino. Él sabía que se sentía traicionada por dos de las personas que más quería porque en un momento de debilidad le había contado todo. Alberto siempre había sido un hombro en el que llorar. No era precisamente lo que deseaba pero, al final, se había conformado con ese papel. Por lo visto era su destino. Ahí estaba, sentado en su cocina, escuchando los últimos acontecimientos que, por cierto, le estaban consiguiendo alarmar.

La voz de ella se había extinguido con las últimas palabras de su relato.

—Vamos a ver —habló aprovechando el silencio— ¿Me estás contando que te han atacado y amenazado?

Diana asintió en silencio, parecía que toda su energía se había agotado.

Alberto sintió ganas de sacudirla. Dichosa independencia y dichosa manía de guardarlo todo para ella.

—¿Y no pensabas contarme nada? —Su voz se había alterado un poco— Ya sé que no te gusta pedir ayuda pero, narices, Diana, esto es serio.

—Lo siento —se disculpó— no quería molestar.

El hombre se levantó y se movió por la estancia con impaciencia.

—No querías molestar —repitió— ¿Y si te llega a pasar algo? ¿Cómo crees que me sentiría? Diana, hay gente en este pueblo que te quiere. No sé por qué te empeñas en demostrarnos que no te interesamos.

Ella también se levantó y se puso junto a él. Sabía que su actitud le molestaría y aun así había mantenido todo aquel asunto en secreto.

—Lo siento Alberto — apoyó la mano sobre su brazo—. No quería que pensaras eso. Ya sé que os preocupáis por mí, tanto tus padres como tú sois como mi segunda familia y sabes que sí me interesáis, lo que pasa es que me cuesta mucho hacer a los demás partícipes de mis problemas.

Él dio unas palmaditas tranquilizadoras sobre su mano. La conocía de sobra y sabía lo que le pasaba, pero eso no hacía que le doliera menos su ostracismo. Se conocían desde pequeños, incluso había intentado tener con ella una relación más allá de la amistad, la cual no tuvo ningún éxito. Tras aquella tentativa amorosa había surgido una camaradería, que había perdurado a través del tiempo. Ella había ido a estudiar a Santiago y él a Úbeda, pero seguían viéndose en vacaciones. Al final, ambos habían vuelto a vivir en su pueblo natal y habían seguido compartiendo sus inquietudes y secretos. Al parecer, no todos, se dijo el joven guardia.

—Bueno —concluyó— intentaré enterarme de algo y mientras tanto, tendrás mucho cuidado. Es más, no pienso perderte de vista —le avisó— me voy a convertir en tu sombra.

Diana sonrió sin mucha gana. Veía a su amigo pegado a ella las veinticuatro horas del día y le daba la risa.

—Tendrás que trabajar, y dormir, y ducharte, y...

Él levantó una mano para detener las palabras y el sarcasmo que destilaban.

—Vale. Comprendido. Te dejaré en paz de vez en cuando, pero quiero saber dónde estás en todo momento. Y no te quedes sola.

Ella asintió. Había destapado la caja de los truenos. A partir de ese momento, suponía, tendría un guardaespaldas, pero por alguna extraña razón aquella idea, en vez de molestarla, le hacía sentirse más tranquila.

—¿Tienes medios para ir al trabajo?

Diana se encogió de hombros.

—Supongo que puedo utilizar la moto.

—Ahora hace mucho frío —se quedó pensando unos segundos—. Mi hermana está libre hoy. La llamaré y ella te llevará. Esta tarde iré yo a recogerte.

Estupendo, pensó ella. Ya había involucrado a toda la familia.

Armiñana colgó el teléfono, se reclinó en el sillón y apoyó las manos en el estómago con un gesto de satisfacción. Allí había algo más que una mera preocupación por el negocio. El señor Howard le había dicho que quería saber cualquier cosa que pasara fuera de lo normal, por nimia que fuera. Así que después de la llamada de Diana diciendo que iba a llegar tarde porque tenía las cuatro ruedas en el suelo, él había llamado al jefe para comunicárselo. La reacción del hombre había sido de preocupación. Lo primero que le había preguntado había sido si ella estaba bien. Tanto interés por una empleada le hacía gracia, mucha gracia, porque Diana era una persona que sabía cuidarse sola y no muy dada a dejar que nadie se inmiscuyera en su vida. Ser espectador de aquel enfrentamiento iba a ser de lo más divertido.

Alrededor de las once de la mañana, Diana llegó al trabajo. Para ser tan temprano, ya estaba cansada. Al final, Alberto se había hecho cargo del coche y su hermana la había llevado al Polígono. Por la tarde, él se encargaría de devolverla a casa. Una vez que lo había implicado, sabía que no la iba a dejar sola hasta que no descubriera si el pinchazo era obra de gamberros o algo mucho más serio. Llamó a Armiñana para decirle que había llegado y se dispuso a trabajar. Una hora después se rindió a la evidencia. Era imposible concentrarse. A su mente venía una y otra vez la voz de Adam diciéndole al contestador que solo llamaba para ver si todo iba bien. Pues no. Nada iba bien. Él no estaba y aunque ella no quería que estuviera, deseaba verlo. A ver cómo se entendía eso. Y después, lo sucedido con su coche. Ya no era solo la impotencia de ver lo que le habían hecho con total impunidad sino que la habían dejado sin medio de transporte. Solo esperaba que lo arreglaran para el día siguiente. Viendo que no iba a sacar nada, decidió salir a visitar a los enfermos que estaban tomando la nueva medicación. No había pasado el tiempo suficiente pero tampoco vendría mal echar un vistazo.

A las seis y media de la tarde, Alberto ya estaba esperando a que saliera. Había cambiado el uniforme verde por unos gastados vaqueros y un chaquetón negro. La humedad del ambiente hacía que el frío penetrara en los huesos. Diana se cerró la cremallera de su chaquetón hasta arriba y observó a su amigo pasear por el aparcamiento con las manos en los bolsillos. Era una pena que lo prefiriera solo como amigo porque era un hombre de lo más atractivo. Con toda seguridad habría más de una curiosa mirada femenina tras los cristales del edificio. La mayoría de las mujeres que lo conocían se sentían encandiladas por él. Suspiró. Menos ella, que parecía inmune. Con lo fácil que habría sido dejarse llevar a una relación con él y sin embargo

su cerebro se mantenía ocupado por un par de ojos dorados que se negaban a desaparecer.

Su improvisado taxista la vio acercarse y le sonrió con alivio.

—Pensaba que tendría que subir a buscarte. Ya sé cómo las gastas.

Ella le dio un empujón cariñoso y se dirigió al lado del acompañante.

—¡Tú qué sabrás de trabajar tantas horas seguidas!

—Oye —protestó mientras entraba en el coche— que yo también echo unas cuantas en mi trabajo.

Había conseguido picarlo. Siempre lo conseguía. De sobra sabía que su ocupación era complicada y que necesitaba mucha atención, pero le gustaba ver con qué facilidad saltaba.

Durante el trayecto bromearon sobre sus trabajos y hablaron de sus amigos. Un ambiente de camaradería y complicidad se estableció entre ellos. Aún se reían del último comentario cuando abandonaron el coche.

En los escalones de la puerta de la cocina de su casa había una pareja sentada. Parecía que llevaban un rato esperando. Cuando vieron a los recién llegados, ambos se pusieron en pie. Ella era alta, delgada y rubia. La figura de él no dejaba lugar a dudas. Detuvo sus pasos en seco. Alberto, que había rodeado sus hombros con el brazo mientras avanzaban, notó su rigidez. Se inclinó hacia ella y le preguntó en voz baja, muy cerca de su oído.

—¿Sabes quiénes son? —Su condición de fuerza del orden lo puso en guardia, dispuesto a intervenir en cualquier momento.

Ella asintió con la cabeza porque la voz se negaba a salir por su boca. Por fin reaccionó y se puso en marcha. Alberto continuó protegiéndola con su brazo.

—Adam ¿Qué haces aquí? —preguntó con total extrañeza.

## UNA VISITA INESPERADA

Adam y Victoria llegaron a Vigo temprano, alquilaron un coche y, suponiendo que Diana ya no estaría en el trabajo, se dirigieron directamente a su casa. Al comprobar que no estaba, decidieron esperarla allí. Lo que Adam no esperaba era verla llegar con un hombre joven y atractivo, riendo como nunca lo había hecho con él y con ese aire de confianza que había entre los dos. Se puso en pie y esperó a que llegaran a su altura. Supo el instante justo en que ella lo reconoció. Se detuvo y el hombre que la acompañaba la sujetó con más fuerza contra su cuerpo. Una oleada de furia lo recorrió desde sus largas piernas a la cabeza. Le pareció oír la voz de Diana pero en lo único que él podía pensar era en quitar ese brazo que rodeaba a la mujer causante de sus últimas noches de insomnio.

Una mano se posó sobre su brazo y lo sacudió. Victoria, ajena a todo el tumulto de pensamientos y sensaciones que invadían a su hermano, atrajo su atención y lo devolvió a la realidad.

—Señorita Manetti —saludó de manera formal— siento esta invasión. Hemos venido directamente desde el aeropuerto.

Tras el impacto inicial, Diana se había centrado en la mujer que lo acompañaba. ¿Cómo tenía la desfachatez de presentarse en su casa, justo en el lugar donde la había besado, con una mujer, la cual parecía tener cierta familiaridad con él? Se había dado cuenta por la forma que había tenido de agarrarse a su brazo.

Por su parte, Alberto había olvidado a su amiga y no podía apartar la mirada de la rubia de pelo corto que aguardaba en la puerta. Era alta y delgada y tenía unos preciosos ojos azules que mantenía fijos en los suyos.

Victoria pensaba que el recién llegado era el hombre más guapo que había visto en su vida. Alto, casi como su hermano y con unos ojos verdes que invitaban a dejarse llevar por su dueño. Nada más que por eso, había merecido la pena el viaje.

Parecía cuatro estatuas. Aunque en sus respectivos interiores bulleran todo tipo de emociones y pensamientos, el exterior era de total inmovilidad.

Un ligero carraspeo por parte de Adam, quien esperaba algún tipo de respuesta por parte de Diana, hizo recuperar a los presentes su voluntad y capacidad de reacción.

—¿Ha pasado algo? —preguntó la científica con curiosidad.

—Eso tendrás que contárnoslo tú —respondió observando su reacción— creo que esta mañana te ha ocurrido algo.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Iba a decir que no pasaba nada hasta que recordó el percance con su coche, lo que también le trajo a la memoria la presencia de Alberto, quien



permanecía bajo el influjo de algún extraño shock.

—¿Cómo te has...? —Sus palabras murieron antes de salir— Armiñana.

—Exacto —confirmó él—. Le dije que me avisara de cualquier cambio. Estaba muy preocupado.

“*Si*” se dijo ella “*por eso me has llamado*” Lo miró con cara de malas pulgas y pensó que había llegado la hora de las presentaciones.

—Alberto —agarró a su amigo del brazo sacándolo de su ensoñación— te presento al señor Howard. Es mi jefe. —Después se dirigió a éste— Alberto es un amigo.

Y por lo que se veía, muy amigo, se dijo Adam molesto. Después él presentó a su hermana.

Bueno, por lo menos era su hermana y esperaba que no tuviera compromiso porque por la forma en que se miraban ella y Alberto, iban a saltar chispas.

Decidida a poner fin a aquella molesta situación, les invitó a pasar.

Alberto se dirigió a la cafetera mientras decía de forma casi inaudible que él se ocupaba de preparar café. Le dio al interruptor y abrió un armario de dónde sacó un paquete. Se manejaba en aquella cocina como si estuviera acostumbrado a estar en ella. Adam siguió sus movimientos con los ojos entornados y una buena dosis de mala leche. ¿Quién era ese tío que había aparecido de pronto y que parecía pasearse como Perico por su casa? Diana le había dicho que no salía con nadie pero la actitud del “macho man” le decía que allí había algo, casi más serio que lo que él mismo pretendía. Estaba celoso, lo reconocía, él preocupado por lo que podría haber pasado y ella pasándolo en grande con aquel hombre, al que, por cierto, no sabía que le veían porque no solo era Diana, su hermana lo miraba como una idiota, también había caído bajo su hechizo.

Diana estaba nerviosa, su intención era pasar a sus invitados al salón pero parecía que ninguno tenía interés en moverse de la cocina. Victoria miraba a Alberto como si hubiera descubierto una nueva especia digna de estudio y Adam lo hacía como si quisiera desintegrarlo con los ojos. Él, por su parte, permanecía tan tranquilo preparando el café.

Alberto no estaba tan tranquilo como aparentaba. Sentía la mirada del inglés clavada en su espalda y presentía que su actitud hacia él no era muy positiva. No había que ser un mago para adivinar el motivo. La manera en que se movía alrededor de su amiga hablaba por sí sola. Ella, por su parte, aún no se había recuperado de la impresión de su aparición. ¿Es que al final la pequeña Diana había encontrado la horma de su zapato? se preguntó con diversión. Si todo aquel lío traía algo bueno para ella, se daría por satisfecho, aunque tuviera que regalarle las ruedas del coche. Por el momento, lo mismo le decía al dueño del taller que atrasara un poquito el arreglo.

Por fin, consiguió llevar a sus invitados al salón y, con la excusa de ayudar a Alberto, desapareció en dirección a la cocina.

Victoria miró a su hermano y sonrió con diversión.

—Si no quitas esa cara de enfurruñado que se te ha opuesto, vas a espantar a la señorita Manetti y no es eso lo que buscas ¿verdad?

Adam le lanzó una mirada de advertencia y trató de disimular su estado de ánimo. Desde que Diana y su amigo habían aparecido, todas sus expectativas se habían desmoronado. Ahora se sentía como un tonto.

—No estoy enfadado —protestó.

—Hermanito, pareces un ogro que quiere comerse para la cena a ese hombretón tan guapo que acompaña a tu empleada. Digo bien lo de empleada ¿no?

Pareció detectar cierto tono malvado en la voz de Victoria, no obstante decidió ignorarlo.

—Claro —contestó con excesiva rapidez—es alguien que trabaja para nosotros y que necesita nuestra ayuda.

La chica sonrió con suficiencia.

—La pobre no tiene quien le eche una mano. Por eso estamos aquí.

Adam se levantó del sofá en el que días antes se había quedado dormido.

—Yo sí estoy aquí por eso. ¿Y tú? ¿Por qué has venido?

Ella se puso cómoda. Se acomodó en el sillón y cruzó las piernas.

—Pues está claro. A conocer a tu científica.

—No es mi científica —apuntó.

Victoria soltó una pequeña carcajada.

—Lo que tú digas hermanito. Lo que tú digas.

En la cocina se desarrollaba una conversación parecida.

—Tu jefe es poco sociable ¿verdad? —comentó Alberto mientras colocaba el azucarero en la bandeja.

—No sé por qué dices eso.

Ella sí que no sabía por qué le respondía así, Adam se había comportado como un imbécil.

—Si pudiera hacerme desaparecer, no lo dudaría ni un segundo.

Era verdad, Adam se había puesto a la defensiva con Alberto. ¿Cuál era la causa? A parte de ese beso compartido, el “señor” Howard no había hecho ni dicho nada que indicara que tenía algún interés en su persona. A parte de lo profesional, claro. Él protegía sus intereses que no eran otros que el nuevo medicamento, el cual, le iba a proporcionar un montón de millones.

Por otra parte, ella no quería que fuera de otra manera. No quería relaciones sentimentales, y mucho menos con su jefe. Era atractivo, muy atractivo, se corrigió, era poderoso, tenía dinero, vamos, el príncipe azul, pero... era mandón, algo arrogante y controlador y sobre todo, pagaba su nómina.

—¿Te gusta?

La pregunta de su amigo de la infancia la obligaba a enfrentarse a un tema que llevaba esquivando desde que el ángel apareció a su lado sacudiéndola e instándola que se despertara.

—No quiero hablar de eso ahora. Nos están esperando.

Agarró la bandeja y se dirigió al salón.

Alberto corrió delante de ella y abrió la puerta para facilitarle el paso. A la vez que lo hacía, comentó en voz baja.

—Será un estirado pero tiene una hermana de lo más potente.

Diana le metió el codo en el costado cuando pasó por su lado y le lanzó una mirada de advertencia. Él hizo un gesto cómico de dolor y la siguió.

Al entrar, se notaba que la pareja había tenido una conversación de esas que tienen los hermanos. Él estaba de pie, con los brazos cruzados y expresión contrariada. Ella permanecía en un sillón con sus largas piernas cruzadas y expresión satisfecha. No había ninguna duda de quién había ganado la contienda verbal. De ese detalle solo se dio cuenta Diana porque Alberto estaba demasiado ocupado admirando las extremidades de la extranjera.

El traidor se sentó junto a la rubia y empezó a hablar de cosas insustanciales mientras ella servía el café a la vez que miraba de reojo a su jefe.

Seguía pareciendo un ángel vengador, no obstante, en el poco tiempo que hacía que no lo veía, había perdido un poco de color y unas bonitas ojeras decoraban su rostro. Casi se alegró. No era ella la única que no dormía. Solo le gustaría saber cuál era el motivo de su insomnio.

Él también la observaba. Olvidado de su hermana y del otro hombre, quienes parecían entenderse muy bien, absorbía los cambios operados en Diana. Sus manos temblaban un poco al sujetar el platillo y parecía algo perdida. Se había sorprendido al verlo, de eso estaba seguro e intentaba recuperar la normalidad.

—¿Y bien? ¿Qué hacéis aquí?

La pregunta sonó un poco brusca. Eran dueños de una empresa que estaba sufriendo extraños accidentes, era normal que fueran al lugar al que ocurrían, pero aquella era su casa. Desde el principio había sabido que enseñarle el lugar donde vivía no era buena idea.

—Adam estaba preocupado por ti.

Con esa frase Victoria se adelantó a todo tipo de excusas tontas que Adam pudiera inventar. Diana la miró. Vio a una mujer guapa, que vestía muy bien y que tenía un peluquero

muy habilidoso, pero bajo esa pátina sofisticada había una persona educada y competente, si no, no sería vicepresidente de una compañía. También dejaba traslucir a la niña que disfrutaba haciendo rabiar a su hermano. Lo que quedaba claro era que esa actitud era prerrogativa solo de ella. Todos sus movimientos y la manera de mirarlo indicaban que su cariño era incondicional. Por todo eso o quizá por nada en especial, le cayó bien.

—También lo estaba por ti —puntualizó— por eso salió corriendo para Londres.

Victoria sonrió ampliamente.

—Ese es mi hermanito, un caballero andante dispuesto a rescatar damiselas en apuros.

—Solo que estas damiselas, saben defenderse muy bien ellas solitas —sentenció.

La inglesa soltó una carcajada, se puso de pie y dio un pequeño apretón a una sorprendida Diana.

—Me gustas. Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

Conforme hablaban las dos mujeres, el mosqueo de Adam iba en aumento. Hablaban como si él no estuviera presente y no supiera expresarse. Ya sabía que no debía llevar a su hermana, pero no habría habido fuerza humana que la detuviera. Estaba decidida a conocer a la científica y no habría dejado que nadie estropeará sus planes. Y, por si fuera poco, parecían entenderse a las mil maravillas. Si unían fuerzas, para lo que fuera, era hombre muerto.

Miró al amigo de Diana. Estaba tomando su café con total tranquilidad, como si aquello le pareciera de lo más normal. Aquel hombre lo desconcertaba. No terminaba de encasillarlo y lo ponía nervioso.

—Victoria, tu mejor que nadie, sabes que esto es muy serio —le riñó, después miró a su empleada— ¿Qué ha pasado con tus ruedas?

Tomaron asiento. Había llegado el momento de las explicaciones. Diana explicó como había encontrado las cuatro ruedas pinchadas.

—Alberto se ha hecho cargo de todo.

La actitud de éste había cambiado sutilmente. Sus sentidos estaban alerta, cualquier detalle, cualquier palabra, podía ser de utilidad.

—¿Y qué ha hecho Alberto al respecto? —preguntó Adam con su aire de jefe impregnado de sarcasmo.

—Alberto —habló éste poniéndose en pie, mostrando que él también tenía autoridad y no era un simple niño— ha verificado y comprobado a todos los turistas del pueblo, ha tomado huellas y las ha comparado en su base de datos, descartando así a todos los raterillos y camorristas de la zona. Quien lo ha hecho, iba a por el coche de Diana en concreto, probablemente para asustarla.

El rostro de Adam se iba transformando a medida que el otro hablaba. Pasó del aire de suficiencia al asombro.

—Por cierto —prosiguió el guardia— Alberto también se ha encargado de llevar el coche al taller y de asegurarse que su amiga estaba a salvo. ¿Le parece bien, señor?

Un par de bocas femeninas intentaron disimular una sonrisa. Al final, alguien había conseguido callar al “gran hombre”

El inglés asimiló todas y cada una de las palabras. La forma de hablar y el aire de seguridad del hombre le indicaron que, cegado por los celos, sí, celos, había pasado por alto muchas cosas que empezaban a aparecer. Se maldijo en silencio. Nunca había juzgado tan mal a alguien y en esa ocasión había ocurrido porque no había usado el cerebro sino el corazón. Como resultado, lo había confundido todo.

Entrecerró los ojos y cambió a una postura menos agresiva.

—¿Y cómo es que ha hecho todo eso?

Ahí intervino Diana, quien cruzó una mirada divertida con Victoria. Por fin se estaba divirtiendo.

—Alberto es el sargento de la Guardia Civil del cuartel más próximo. Vela por la seguridad de un montón de municipios cercanos y es mi amigo desde que éramos pequeños.

Le faltó añadir “chúpate esa listillo”

Adam asintió sin dejar de mirar al que consideraba su contrincante, después alargó la mano para felicitarlo y dijo.

—Buen trabajo. Gracias por cuidar de Diana.

Ese gesto conciliador y de aceptación de igualdad sorprendió tanto a Alberto, quien estrechó su mano sin reparos, como a Diana. Victoria conocía de sobra la naturaleza noble de su hermano. A veces era un borde, pero siempre era justo.

—Bien —dijo rompiendo la tensión y sacando a la mujer práctica que había dentro de ella— y ahora ¿Qué vamos a hacer al respecto?

La velada se alargó. Manejaron varias posibilidades, unas parecían viables, otras se descartaban sin más. La prioridad era mantener a salvo al personal y después vigilar la planta donde se fabricaba el medicamento, situada junto al edificio de oficinas de la compañía dentro del mismo polígono. Alberto mantendría vigilada la casa de Diana y la policía de Vigo seguiría con los ordenadores de la empresa. Ampliarían la seguridad privada, que actuaría sobre todo en el lugar de fabricación.

No se podía hacer mucho más, salvo mantenerse alerta.

Diana miró su reloj con disimulo. Estaba cansada y quería acostarse. La hora de la cena había pasado y sus invitados no parecían tener intención de irse.

Fue Victoria quien advirtió el gesto. La doctora parecía agotada y ellos no estaban siendo nada considerados. Se puso en pie y dijo.

—Ya hemos abusado demasiado de tu hospitalidad, —después se dirigió a su hermano,

quien no parecía tener ninguna prisa— sería mejor que buscáramos un hotel, es muy tarde.

Diana le dedicó una mirada de agradecimiento. Había juzgado bien a su jefa. No era nada superficial aunque disfrutara mostrando esa imagen.

El aludido miró a su hermana y después a la dueña de la casa. No quería dejarla sola. Si la noche anterior habían destrozado su coche, ¿Quién le aseguraba que no volverían a por ella?

A Alberto no le pasó desapercibido el semblante pensativo del inglés y comprendió al instante lo que pasaba por su cabeza.

—Esta noche me quedaré aquí —anunció. No sabía por qué se había ofrecido, pero, una vez hecha la oferta, se dijo que no era ninguna locura.

—No es necesario —protestó Diana, sin dejar que continuara hablando.

—Sí que lo es —sentenció Adam, quien había visto la posibilidad de quedarse cerca de ella— yo me quedaré.

Entre los hombres se estableció una discusión sobre la necesidad de quedarse y de sobre quién era el más adecuado para el puesto de guardaespaldas. El guardia civil decía que él era el indicado puesto que tenía formación para hacerlo, el empresario aducía que él estaba de vacaciones y no tenía que preocuparse el día siguiente si no dormía bien. Diana intentaba decir algo al respecto metiendo alguna palabra suelta en la discusión. Su boca se abría y se volvía a cerrar sin conseguir que se la oyera y Victoria asistía a aquella especie de bodeville con una diversión que se veía reflejada en su rostro. Al final se metió los dedos pulgar e índice bajo la lengua y sopló con fuerza produciendo un agudo silbido. La avalancha de palabras, que brotaba de las bocas masculinas, se detuvo de golpe.

—¡Victoria! —tras la inicial sorpresa, Adam reaccionó como hermano mayor y, olvidando donde estaban cambió a su idioma materno para amonestarla— esa no es la educación que te dio mamá.

—Pues tu comportamiento tampoco está muy de acuerdo con la que te dio a ti— contestó ella sin amilanarse. Era evidente que estaban acostumbrados a discutir.

Tras un breve silencio de expectación, fue Victoria la que continuó hablando, por lo visto era ella la que ganaba la mayoría de las discusiones.

—Diana, cariño —volvió a hablar en castellano— ¿tendrías un par de habitaciones para alojarnos al impresentable de mi hermano y a mí?

Ésta sacudió la cabeza a modo de afirmación. No se atrevía a pronunciar ni una palabra.

—Entonces, todo arreglado. Llevamos el equipaje en el coche. Ya sé que no es muy educado invitarnos así pero es la única manera que veo de arreglar esta situación. Tú no estarás sola, mi hermano se quedará tranquilo, Alberto podrá dormir cómodamente en su casa y yo no tendré que volver a la ciudad y ponerme a buscar hotel a estas horas. —Esa última apreciación era un poco exagerada puesto que Adam siempre iba al mismo sitio pero no le quedaba mucho

más que añadir en contra de ese argumento.— ¿Todos de acuerdo? —preguntó mirando uno a uno a todos los presentes.

Nadie se atrevió a contradecirla así que la resuelta inglesa resumió el estado de las cosas con una sola palabra.

—Arreglado.

Sí, se dijo la investigadora. ¡Fantástico! Estaba todo arreglado. Habían tomado una decisión en la que ella se veía involucrada hasta las cejas y en la que no había tenido la más mínima posibilidad de opinar. Su madre solía decir un refrán muy ilustrativo para esa situación “¿No querías caldo? Pues toma tres tazas” Y así se veía ella, rodeada de tres tazones enormes de caldo en forma de Guardia Civil, de un demonio de ojos dorados y de una rubia angelical, que para nada se correspondía con su perverso sentido del humor. Sería interesante conocer al resto de la familia, cosa que, si de ella dependía, no sucedería jamás. Llevaba una semana intentando olvidar a aquel hombre y no solo no lo había conseguido sino que se acababa de instalar en su propia casa ayudado por el descaró de su hermana, quien presentaba una expresión de lo más satisfecha.

## MUY CERCA

Adam dio otra vuelta en la cama. La habitación, que Diana le había asignado, daba al mar y el estrépito de las olas al estrellarse contra las rocas, le arrancaba del sueño una y otra vez. En la ciudad no se oían ese tipo de ruidos y, aunque algunas personas lo consideraban relajante, a él iba a volverle loco. El viento había empezado a levantarse con fuerza y agitaba los árboles, los faroles, atornillados a la fachada de la casa chirriaban con un sonido lastimero y continuo, pidiendo a gritos unas gotitas de aceite. Debía tener uno justo en la cabecera de la cama porque su quejido traspasaba la pared de la misma manera que un lápiz podía atravesar un papel.

Toda aquella situación parecía una venganza orquestada por una mujer que trabajaba para él y que no parecía haberse alegrado mucho con su presencia. Le huía la mirada una y otra vez y cuando se acercaba a ella, su postura se tornaba rígida. La tensión que transmitía su cuerpo era evidente y su incomodidad, palpable. No ocurría lo mismo cuando estaba cerca de su hermana o de su amigo, lo que le llevaba a deducir sin mucho esfuerzo, que el problema era él. ¿Dónde estaba la mujer que había besado unas noches atrás? Esa mujer había sido apasionada, ardiente e incluso entusiasta. La que lo había recibido esa tarde era reservada y distante.

Cansado de dar vueltas, tanto a su cabeza como a su cuerpo, encendió la luz de la mesilla. El dormitorio quedó iluminado de manera tenue, mostrando algo difuminado, su entorno. La decoración era sobria pero estaba realizada con gusto. Las mesillas y la cómoda, de madera oscura, contrastaban con las tapicerías y las alfombras de color marfil. Era una estancia aséptica, en la que no había reflejado nada de la personalidad de Diana. Se había hecho para un invitado y él lo era. Echó de menos los colores cálidos del salón y se dijo que le gustaría ver el dormitorio de ella. Seguro que allí si se veían reflejados todos aquellos rasgos que escondía a los demás.

Se incorporó en la cama y apoyó los pies en la mullida alfombra. Ya que no podía dormir, haría una excursión a la cocina para tomar un vaso de leche. No conocía el lugar tan bien como el Guardia civil, pensó celoso, sin poder evitarlo, pero seguro que encontraba lo que necesitaba.

Diana tampoco podía dormir. Solo con pensar que su fascinante jefe, con su personalidad arrolladora y su encantadora sonrisa, dormía a unos metros de ella, ponía todos sus sentidos alerta. Si seguía pensando en él, no descansaría en toda la noche. Con mal humor, apartó las sábanas y salió de la cama. Descalza y sin encender la luz, salió de la habitación en busca de un vaso de leche caliente. Solo había dado unos pasos cuando oyó un ruido que



procedía de abajo. ¿Y si habían vuelto los mismos de la noche anterior? ¿Qué querían de ella? ¿Por qué no la dejaban en paz? Se pegó a la pared y bajó despacio. Como encontrara a alguien en su cocina, iba a tener que dar unas explicaciones muy convincentes si no quería acabar con un buen chichón en su cabeza. El ruido se repitió más fuerte. Un golpe en la puerta de un armario, una silla que se arrastraba con cuidado... De puntillas, se acercó a la chimenea y cogió el atizador. Comprendió el motivo de que en las novelas de misterio, siempre aparecía uno ensangrentado. Estaba a mano. Con el corazón latiéndole a mil por hora, se acercó a la puerta. Por debajo se filtraba una línea de luz. Una oleada de indignación la recorrió al imaginar que había alguien paseando tranquilamente dentro de su casa. No le gustaba sentirse vulnerable. Si el destrozo de su coche la había mosqueado, aquella invasión la estaba poniendo de muy mala leche. Abrió con cuidado y miró al interior. Solo había una persona, un hombre y bebía tranquilamente de un vaso. Enseguida lo reconoció. Su mano empezó a temblar y abandonó por completo la cautela. La puerta dio un golpe al cerrarse y Adam se giró hacia ella. Su expresión pasó de una sonrisa de bienvenida a otra de asombro al verla rígida y con el atizador en la mano. Reaccionó de inmediato. Se levantó pero no se movió de donde estaba.

—¿Diana! ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

Ella se sentía fatal. Había hecho o iba a hacer el ridículo delante de su jefe y ahora tenía que decirle algo. Al fin y al cabo había estado a punto de “atizarle” nunca mejor dicho, con un hierro.

—Todo está bien —Se sentía menos segura que cuando bajaba las escaleras. Ahora sabía que estaba a salvo. Se enfrentaba a otro tipo de amenaza. Un tipo de un metro noventa, armado con una preciosa sonrisa y una marcada masculinidad.

—¿Y ese atizador? —preguntó a la vez que señalaba el instrumento que aún conservaba en la mano.

Ella se encogió de hombros, como si ese hecho no tuviera importancia.

—Pensé que habían vuelto los gamberros de anoche.

—Y pensando que había alguien en casa, apareces con eso para defenderte. ¿Estás loca? Ante ese calificativo, ella volvió a enderezarse.

—Nadie entra en mi casa sin mi permiso.

¿Era una advertencia? ¿Un aviso de que podía ponerlo de patitas en la calle?

Adam tenía sentimientos encontrados. Por un lado había surgido el enfado. No entendía como una mujer inteligente pensaba hacer frente a unos ladrones, dispuestos a todo, con una simple barra de hierro. Por otro lado, se abría paso la admiración. Diana estaba dispuesta a defender lo suyo. No se amilanaba. De todas formas la imagen que mostraba con el pelo revuelto, descalza y en pijama podía ser sexy y seductora, pero, desde luego, nada peligrosa.

Ella se apercibió del cambio operado en el hombre. Ya no la miraba con exasperación,

ni como si fuera tonta por haber bajado sin protección. Su mirada se deslizaba desde sus pies desnudos a su cabeza con otro tipo de interés más apreciativo e íntimo.

Una especie de conexión eléctrica pareció establecerse entre ellos. Diana olvidó la causa de su presencia allí. Por primera vez, desde que había llegado, se fijó en que él también iba descalzo y en pijama, una prenda que no habría imaginado que llevaría. Le pegaba más algo de seda y no esa camiseta holgada en color negro, que combinaba con un pantalón de algodón a cuadros blancos y negros. Él si mostraba un aspecto peligroso.

Adam se dio cuenta del examen al que era sometido y le dedicó una de sus mejores sonrisas. Ella se preguntó si lo haría de manera espontánea o las usaba a su antojo.

No fue consciente de que se había acercado demasiado, hasta que le rozó la mano. Lo miró con sorpresa pero no se separó. Se limitó a mantenerle la mirada, aunque lo que más le apeteciera era correr y no parar hasta encontrarse a salvo en su habitación. No, se corrigió. Lo que de verdad le apetecía era estrecharse contra ese cuerpo grande y lleno de músculos que prometía ser cálido y confortable. Le apetecía borrarle esa sonrisa de suficiencia con un beso que lo dejara fuera de juego, le apetecía...

La voz suave de Adam le devolvió la cordura.

—Creo que no vamos a necesitar esto —dijo él mientras arrancaba el atizador de sus dedos agarrotados. Había visto en sus ojos una expresión indefinible y no quería arriesgarse a que, al final, le diera con su improvisada arma.

El contacto con su piel fue leve pero le trajo los recuerdos de la última vez que habían estado juntos. La camiseta corta dejaba ver un trozo de la piel de su estómago. Dichosas camisetas. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no deslizar los dedos para comprobar si era tan sedosa como parecía. Sabía que no debía tocarla porque si lo hacía, no podría parar y su hermana dormía en el piso de arriba. Solo le faltaba que lo pillara abrazando y besando a su empleada. Entonces, sí que no tendría salvación ante ella y su madre. No volverían a dejarlo en paz.

Esa sola idea lo enfrió lo suficiente como para separarse y ofrecer a su anfitriona un vaso de leche.

—No podía dormir y me he tomado la libertad de invadir tu cocina y calentar un vaso de leche ¿Te apetece uno?

Ella asintió con una cabezada y se dejó caer sobre una silla. Lo contempló mientras le preparaba la bebida. Se movía por la estancia con la misma seguridad con que lo hacía en la empresa. Era un hombre que se adaptaba con asombrosa facilidad y que tomaba las riendas de las situaciones sin darse cuenta de que lo hacía.

—He encontrado chocolate instantáneo —dijo colocando dos tazas sobre la mesa y sentándose.

—¿Por qué no podías dormir? —preguntó ella con voz tenue, sin apartar sus ojos de los de él— ¿No estás cómodo en tu habitación?

—¿Me has asignado esa por algún motivo en particular? —“¿O por uno oculto de venganza?” esa pregunta no la formuló en voz alta.

—Es la más grande. Pensé que te gustaría —Su expresión inocente no lo engañó, pero sabía que no iba a reconocer nada. Empezaba a conocerla y era muy testaruda.

—Está bien. Lo que pasa es que no estoy acostumbrado al ruido del mar. Yo vivo en un apartamento en el centro de Londres y allí los ruidos son diferentes.

—Supongo que yo allí tampoco podría dormir —Un pequeño escalofrío recorrió a Adam al imaginar a Diana en su apartamento, en su dormitorio. Era algo que deseaba con intensidad.

Sus ojos seguían prendidos. Diana no quería pensar en ella en su casa de Londres. Ya tenía algunos problemas con que él estuviera instalado en la suya. Se llevó la taza a los labios y dio un trago al chocolate. El líquido denso y caliente se deslizó por su lengua y después por su garganta. Estaba buenísimo y tenía propiedades calmantes. Sus nervios parecieron evaporarse. Tomaron el contenido de sus tazas en silencio, cada uno consciente de la presencia del otro, sabiendo lo que eso les provocaba.

Fue Diana quien terminó con la tensión. Se puso en pie y cogió su taza. La mano de él cayó sobre la suya para detener el movimiento y ella volvió a sentirse débil.

—Ya recojo yo —dijo Adam—. Voy a quedarme un poco más aquí.

Ella aceptó con gusto pero él parecía haber olvidado que sujetaba su mano y no la dejaba marchar.

—Adam...—su nombre salió titubeante— mi mano.

—Ah, sí. Perdona. —Él la soltó como si quemara.

Diana se encaminó a la puerta.

—Buenas noches —murmuró antes de cerrar.

—Buenas noches —contestó él entre dientes a la vez que apoyaba la cabeza sobre la superficie lisa de la mesa.

La mañana llegó cargada de agua. El aire silbaba y movía el único árbol que había en el jardín, un roble que su padre había cuidado durante años con todo el mimo del mundo. A través de la cristalera de la cocina, Diana pudo observar lo despacible del día. El ambiente cálido del interior contrastaba con el frío y la humedad que se adivinaban fuera. Las gotas de lluvia se deslizaban por los cristales formando dibujos efímeros, que ella observó absorta. Todavía era noche cerrada, faltaba, por lo menos, una hora para que amaneciera y la casa permanecía bajo un balsámico silencio.

Se preparó un zumo de naranja mientras pensaba en sus invitados, quienes debían estar durmiendo. Paseó la mirada por la estancia y advirtió que Adam había recogido todo. No había ni rastro de su excursión nocturna. Con el vaso en la mano, se acercó a la ventana, contempló la negrura exterior y sopesó la idea de salir a correr. Estaba preparada para hacerlo, incluso le gustaba sentir el golpeteo del agua en su rostro a la vez que avanzaba con rapidez. No lo pensó más. Terminó su zumo y salió al garaje. Allí, en un armario blanco, tenía la ropa para correr, una especie de chándal impermeable y sus zapatillas. Se cambió en un minuto y salió a la calle dispuesta a comenzar el día con una carrera renovadora.

Después de una noche algo movida, finalmente, Adam había conseguido conciliar el sueño. Nada más despertar, recordó el encuentro en la cocina con su anfitriona y el estómago se le tensó durante unos instantes al pensar en lo que podía haber pasado. ¿Cómo actuaría ella esa mañana al volver a verlo? ¿Cómo lo haría él? Era evidente que existía una fuerza invisible que les atraía, pero también lo era que Diana pensaba en él como en su jefe y que no quería saber nada de relaciones complicadas. Como si no tuviera suficiente con sus problemas en la empresa, ahora, una científica independiente y muy atractiva, se sumaba a las complicaciones.

El agua resbalaba por su rostro y los pies chapoteaban en el barro con pasos seguros. Diana avanzaba con un ritmo constante. Su respiración era agitada pero estable. Debido al clima, se había dirigido hacia la zona boscosa en vez de ir hacia la playa. Esa ruta resultaba más larga y, tampoco era cuestión de machacarse corriendo contra el viento. Los árboles la protegían un poco y, en esas condiciones, era más fácil correr así que en campo abierto. Iba sumida en sus pensamientos, pero le pareció ver una sombra un poco más atrás. Volvió la cabeza para asegurarse y oyó una especie de chasquido, como si alguien hubiera pisado una rama seca.

En otras circunstancias no le habría concedido mayor importancia pero, dados los acontecimientos recientes, aquel sonido le produjo cierta inquietud. Siguió corriendo pero giraba la cabeza cada segundo. Ya no era divertido correr. El relax del ejercicio se había convertido en tensión. Otro chasquido la alertó de nuevo. Ya estaba segura de que aquello no era una casualidad. Las casualidades, cuando a una la han atacado varias veces, no existían. Apretó el paso. Tenía que salir cuanto antes del bosque. Su casa estaba cerca. Los árboles pasaban con rapidez junto a ella y alguna rama le arañó la cara. Oyó una tela rasgarse, supuso que era alguna parte de su impermeable. ¿Eran pasos lo que oía detrás? El corazón le latía desbocado, su ritmo ya no era constante, le había desestabilizado el correr más rápido. Una vez dejó atrás el bosque, aceleró más. La capucha cayó hacia atrás y su melena se pegó al cráneo bajo el peso del agua cubriéndole los ojos. Se retiró el pelo de un manotazo para evitar tropezar. Si se caía, le darían

alcance. Veía su casa a lo lejos, volvió a mirar atrás y le pareció distinguir una figura masculina oculta tras la vegetación. Por si acaso cambiaba de opinión, no aminoró la marcha. Cuando llegó a la entrada, pasó como una tromba, cerró los ojos y se apoyó en la puerta con la respiración agitada. El agua se deslizaba por su cuerpo hasta formar un charco a sus pies. Cuando levantó la vista, encontró dos pares de ojos, unos azules y otros dorados, que la miraban entre asombrados y espantados.

## PERSEGUIDA

Victoria bajó a la cocina, donde encontró a su hermano. De la dueña no había ni rastro. La puerta de su dormitorio estaba abierta y había supuesto que ya estaría levantada.

Adam, quien parecía tener un dominio perfecto del lugar, le preparó un café con leche y le puso un trozo de bizcocho de chocolate delante. Por lo visto la científica era golosa. Estaban los dos sentados, charlando sobre donde se habría metido, cuando la puerta se abrió de golpe dando paso a una mujer empapada, con un aspecto físico bastante deteriorado y una mirada asustada que les hizo reaccionar.

Ambos se pusieron en pie de un salto, pero Adam llegó junto a ella en una milésima de segundo. No sabía que un hombre tan grande pudiera moverse tan rápido.

—¡Diana! —Su tono de voz, bastante alto, la hizo dar un respingo— ¿Qué ha pasado?

Ella casi había recuperado la normalidad en su respiración.

—He salido a correr —respondió como única explicación.

—Eso es evidente. ¿Cómo se te ha ocurrido salir con este tiempo? —estaba alterado y no lograba disimularlo.

Ella se movió en dirección al garaje y contestó a la defensiva.

—Lo hago muchas veces.

Aquel hombre la exasperaba. Ya había adoptado su aire de jefe mandón y lo odiaba. Estaba cansada, asustada y mojada y encima iba a tener que soportar una bronca. Miró a Victoria que se había acercado sin decir nada y ésta comprendió. Eran muchos años junto al insensible su hermano para darse cuenta de que él no tenía ni idea del estado de ánimo de la chica.

—Me parece que lo mejor es que se quite toda esa ropa ¿no crees? —intervino a la vez que se situaba a su lado.

Diana se lo agradeció en silencio. Empezaba a tiritar.

—¿Me puedes traer un albornoz que hay colgado en mi baño, por favor —le pidió con voz temblorosa por el frío.

—Claro —respondió a la vez que salía corriendo.

Se quedaron solos, se miraron a los ojos se cruzaron palabras airadas y reproches sin pronunciar una palabra.

—Voy a dejar esto en el garaje —aclaró ella señalando su indumentaria. Cuando él hizo ademán de acompañarla, le detuvo con una palabra—.Sola.

Él asintió y la dejó salir.

Victoria apareció casi de inmediato con un albornoz color fucsia y una toalla a juego en

el brazo. Interrogó su hermano con la mirada sobre el paradero de Diana y él le señaló la entrada a la habitación contigua.

Se acercó y llamó.

—¿Puedo entrar?

La puerta se abrió y ella también desapareció.

Al cabo de unos minutos, las dos mujeres reaparecieron. Diana llevaba puesto el albornoz y se había liado el pelo con la toalla. En sus pies habían aparecido unas zapatillas secas. En su mejilla se podían apreciar unos pequeños arañazos que le hicieron volver a preguntarse qué había sucedido ahí fuera.

Sin decir nada, se dirigió a la cafetera y preparó otro café con leche. Si seguía así, en poco tiempo estaría capacitado para hacer cualquier tipo de bebida reconfortante.

Una vez frente a ella, volvió a preguntar.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien me ha seguido.

Con cuatro palabras resumió todo el miedo que había sentido.

La alarma brilló en los expresivos ojos del hombre.

—¿Te han hecho algo?

Su mirada resbaló por las heridas del rostro y la piel del cuello, que quedaba expuesta. No quería pararse a pensar en lo que había debajo de la vistosa prenda. Se distrajo durante unos segundos y volvió la atención a su cara otra vez.

Ella hizo un gesto negativo.

Él no pensó mucho en lo que hacía, cuando pasó con suavidad la yema de los dedos sobre los arañazos.

—¿Y esto?

Ella se llevó la mano a la mejilla de manera instantánea. La rapidez del gesto hizo que a él no le diera tiempo a retirar la suya, de manera que la mano femenina quedó posada sobre la masculina.

Entre ambos se estableció un diálogo que iba mucho más allá del que mantenían en voz alta.

Victoria pensó que se habían olvidado de ella por completo. Sonrió para sí misma. Aquella visita le estaba resultando de lo más esclarecedora porque nunca había visto a su hermano mayor tan “colado” por alguien desde que había salido de su adolescencia, cuando su vecina y él parecían vivir en las nubes. Tenía que contárselo a su madre en cuanto tuviera unos minutos libres. Uno de sus encargos había sido que la mantuviera informada. Por otro lado, le preocupaba que la doctora hubiera estado otra vez en peligro. La cosa se ponía seria.

—No es nada —la oyó contestar con voz ronca—. Me los he hecho con las ramas bajas

de los árboles.

—Creo que deberíamos llamar a tu amigo el policía —apuntó Victoria. No le importaría volver a ver al hombre.

Diana iba a protestar pero lo pensó mejor. La habían perseguido, seguro, y ese hecho no era ninguna tontería, así que se limitó a comentar

—No es policía, es Guardia civil. —Como si un extranjero notara la diferencia, se dijo, pero tenía que decir algo.

Adam pensaba en la lógica de su hermana. Ella había mantenido el sentido común que él había perdido desde el momento en que había visto aparecer a Diana herida y agotada. Se levantó y se dirigió al teléfono.

—Será mejor que me des su número.

Ella se lo dio de forma automática. Él pulsó las teclas que le había ido dictando y esperó la respuesta al otro lado.

Diana le oía hablar pero no sabía qué decía. Estaba cansada y no terminaba de entrar en calor. Sobre todo, no quería pensar en que había alguien que quería hacerle daño.

Se levantó y le dijo a Victoria.

—Voy a vestirme.

La otra mujer hizo un gesto de comprensión y asintió.

Cuando volvió a bajar, ataviada con un pantalón de pana gruesa en color negro y un jersey de cuello vuelto del mismo color, Alberto ya había llegado. Llevaba su uniforme de faena, pantalones verdes metidos por la caña de las botas de militar y sus ojos casi reflejaban el color del chaquetón del mismo tono que los pantalones. A pesar de la situación sonrió porque la inglesa parecía no poder apartar los ojos de él.

Diana la comprendía. Que Alberto atraía a las mujeres era un hecho. Siempre que le acompañaba, sentía sus miradas, unas discretas y otras descaradas, sobre él. Su pelo castaño claro y sus ojos verdes iban acordes con un rostro atractivo. Esas cualidades, unidas a su elevada estatura, mostraban a un hombre cautivador. Había ocasiones en las que se preguntaba por qué su relación no había ido más allá de una profunda amistad. Pues muy sencillo, se contestó a sí misma, porque entre ellos había mucho cariño pero ninguna química. Cuando estaba con él no sentía ni la expectación ni la emoción que experimentaba cuando se acercaba a su jefe.

Nada más verla aparecer, Alberto se acercó a ella, le puso las manos sobre los hombros y se inclinó para mirarla de cerca.

—¿Estás bien? —preguntó observándola con atención.

Ella asintió con un gesto cansado.

Él la acercó un poco más y la besó en la frente.



La tensión nerviosa abandonó a Diana por completo dando paso a una debilidad que casi le impedía mantenerse en pie. Con gesto confiado, se dejó caer y apoyó la cabeza sobre su pecho. Su amigo la rodeó con el brazo proporcionándole seguridad y calor. Se habría quedado en aquel círculo para siempre.

Los hermanos asistían a la escena con actitudes diferentes. Adam solo quería apartar aquellos brazos fuertes del cuerpo de Diana. Quería ser él quien la confortara, sin embargo se había limitado a decirle que no debía haber salido y habían terminado casi discutiendo. No sabía por qué actuaba de forma tan tonta en todo lo que a ella se refería. Ahora, lo único que deseaba era apartar a aquel hombre de un empujón.

Victoria, por su parte, miraba a su asalariada con envidia. Había salido con algunos hombres, a su edad era normal, pero en ninguno había visto la fuerza y el afecto que veía en español.

—Esto se está volviendo demasiado peligroso —anunció el Guardia Civil dirigiéndose a ambos—. Ya son muchas veces las que Diana se ha visto expuesta de una u otra forma.

Eso no admitía discusión pero se sentían impotentes.

—Deberíamos apartarla durante un tiempo de aquí —propuso Adam. Miró a su hermana—. Podríamos trasladarla a la central en Londres.

Victoria asintió pero la aludida, que pareció recuperar todas sus fuerzas, se apartó de su amigo y dejó claro su punto de vista.

—No pienso irme ahora. Mis pacientes me necesitan y tengo que supervisar personalmente su evolución. No voy a dejarlos en mano de un desconocido para ellos.

—Tu ayudante —insinuó— ¿Alex? Él podría hacerse cargo.

—Podría, pero quiero estar presente en la evolución. Es mi proyecto personal y voy a seguirlo de cerca.

Era una razón muy poderosa contra la que luchar. Y si no quería irse, se temía que no podría hacer nada.

—Tendrás que buscarte una manera de protegerte. No podemos marcharnos y dejarte a merced de esos locos que te persiguen.

Al día siguiente Victoria y él volverían a Londres y no le hacía ninguna gracia dejarla allí. Miró a Alberto.

—Yo me encargaré de protegerla —anunció—. Por el momento, voy a ir al bosque a ver si encuentro algo que nos sirva para identificar al perseguidor.

La aludida extendió la mano y la apoyó sobre el brazo de su amigo.

—Ten cuidado.

Él le dio un apretón cariñoso.

—Es mi trabajo. Luego te llamo —concluyó. Después saludó con un gesto a los

invitados y salió.

La estancia quedó silenciosa y Diana se sintió desprotegida. La presencia de Alberto le daba seguridad. Él era la cuerda que la unía a la normalidad, le proporcionaba protección, confianza y tranquilidad. Se volvió a su jefe casi con miedo y se encontró con unos ojos tormentosos que no vaticinaban nada bueno. Alberto era el sosiego, él, por el contrario, era la agitación y la inquietud. Nunca sabía qué iba a encontrar a su lado. Victoria, la pobre, parecía fuera de juego, como si un ciclón la hubiera arrollado. Ni siquiera tenía el más mínimo interés en provocar a su hermano.

—Creo que deberías venirte con nosotros —fueron las primeras palabras que salieron de su boca. El hombre era insistente, no se rendía con facilidad y debía pensar que, sin el apoyo de su amigo, iba a claudicar con mayor facilidad. No la conocía.

Ella se enderezó y lo miró desafiante. Entre ellos se había establecido una batalla de voluntades que no estaba dispuesta a perder.

—Señor Howard, no insista. Me quedo en mi casa y en mí laboratorio y voy a hacer mi trabajo.

Adam sabía cuándo tenía que abandonar la lucha. Asintió con un gesto reconociendo su derrota, algo a lo que no estaba acostumbrado. Su hermana asistía a la conversación con incredulidad. Adam Howard había cedido en una cuestión en la que, pensaba, tenía razón. Miró a Diana y le hizo un simpático guiño, que se podía interpretar como “chica, apúntate un tanto”

—¿Podemos irnos ya? —inquirió Diana con impaciencia— tengo mucho trabajo.

En unos segundos, todos se pusieron en marcha y unos minutos más tarde, los tres abandonaban la casa.

Como había terminado cenando otra vez a solas con su patrón era algo que aún no se explicaba. No quería quedarse a solas con él, y se había ocupado de ello. Durante todo el día había esquivado su presencia con la excusa de trabajar con Alex en el laboratorio. Había conseguido cierto éxito hasta que, aún no sabía cómo, había caído en la trampa y allí estaban, de nuevo, juntos y solos, sentados, en un tenso silencio, en el coche alquilado camino de su casa. El traidor de su amigo había invitado a Victoria a cenar y a tomar unas copas. Él se encargaría de llevarla más tarde. Así que en medio de una tensa calma, miradas discretas y cierta expectación se dirigieron a la entrada.

Adam fue el primero en acceder a la vivienda. Terminó de abrir la puerta para que Diana pasara y cerró. Un fogonazo al otro lado de la cristalera de la cocina puso todos sus músculos en tensión e intuyendo una posible explosión, aplastó a la mujer contra la puerta y la cubrió con su cuerpo. Se quedaron muy cerca, pegados en la oscuridad, oyendo uno la respiración del otro.

Adam sentía la redondez de los pechos de Diana comprimidos contra su tórax y ella notaba un bulto presionando su vientre que daba lugar a pocas interpretaciones. El ángel tenía sexo y, al parecer quería liberarse de su nube. Ella se removió incómoda y él se alejó unos centímetros. Poco a poco descubrieron que el resplandor que los había llevado a aquella situación no respondía a ningún ataque externo sino a la bombilla de una farola que debía haber explotado por el excesivo calor y el paso del tiempo. Aun así, la luz que entraba por la ventana era suficiente para que pudieran ver sus ojos entre asombrados y ansiosos, como ansiosas eran las manos que se mantenían apoyadas con firmeza en los brazos femeninos. Esas manos querían volar, deslizarse y acariciar cada centímetro de piel del largo cuerpo, que permanecía pegado al suyo. Diana se mordió el labio inferior con nerviosismo atrayendo hacia él la mirada codiciosa del hombre, que se contenía a duras penas. ¿Qué pasaría si fuera él quien lo mordiera? Lo haría con suavidad y dulzura, deleitándose en su sabor, provocándola hasta obtener una respuesta apasionada.

Diana siguió la dirección de los ojos de Adam y de forma instintiva entreabrió la boca. Su cerebro, ahora entumecido, no debía dar las órdenes adecuadas porque lo único que hacía en ese momento era sentir. No había sitio para los pensamientos. Sentía el calor de las manos de Adam en sus brazos y los ojos fijos en sus labios, como si quisiera devorarlos.

Ninguno se movía. Parecía que habían pasado siglos desde que entraran en la casa cuando en realidad solo eran unos segundos. De forma imperceptible sus cabezas se fueron acercando. La boca de Adam acarició de forma dura y breve la de Diana. Un beso corto que no dejaba de ser un mera presión pero que sirvió para que quisiera llegar un poco más lejos. Y así lo hizo, probó de nuevo, esta vez de manera más lenta. Durante unos segundos solo existieron los labios de ambos, aplastados los unos contra los otros. Adam volvió a retirarse y observó que Diana mantenía la cabeza apoyada en la puerta y que lo miraba con intensidad. Ahí terminaron los ensayos. Sujetó su cabeza con ambas manos y su boca cubrió por completo la de Diana que lo recibió con alivio y ansia. Sus labios eran cálidos y firmes y la besaban empleándose a fondo, con la misma convicción que usaba en el resto de sus acciones.

La casa seguía a oscuras salvo por la luz de alguna farola que había en el jardín y esa penumbra acentuaba las sensaciones. Adam no entendía qué le había sucedido ni por qué había empezado el beso. Un extraño hilo había tirado de él hacia ella acercándolos de manera inexorable. Por primera vez en su vida, no estaba seguro de que lo que estaba haciendo fuera lo más conveniente, pero ella sabía tan bien y él estaba tan a gusto, que no pensaba dejar de hacerlo.

Diana no sabía si empujarle o acercarse más, si es que eso era posible. ¡Dios! Se había vuelto loca. Solo hacía unas horas lo había evitado por todos los medios a su alcance y ahora se estaba preguntando si debía seguir con aquella especie de experimento, que nada tenía que ver

con los que hacía habitualmente. Fuera del laboratorio se sentía en desventaja.

Adam la deseaba casi desde el momento en que sus ojos se entreabrieron desenfocados por el golpe y con toda seguridad, lo hacía desde que se había despojado de aquella absurda bata blanca. A lo largo de la semana había ido alimentando el fuego que había surgido en su primer encuentro y en ese momento se estaba consumiendo sin remisión. Sus manos se pusieron en movimiento. Tenía intención de deslizarlas por todo su cuerpo para comprobar si su piel era tan suave como parecía, pero antes tenía que persuadirla de que le dejara. Para ello iba a provocarla hasta que le deseara tanto como él a ella. Quería llevarla a la luna y volar con ella en el mismo cohete.

Diana no necesitaba ningún tipo de persuasión, simplemente se concedió el capricho de disfrutar de sus caricias. Las manos de Adam eran cálidas y exigentes y encendían las zonas por las que pasaban provocando un inmenso calor por todo su cuerpo, que en unos segundos parecía estar envuelto en una bola de fuego. Llevada por un renovado entusiasmo, mordisqueó los labios de su ángel particular, quien emitió un leve gemido. No parecía una queja porque su respuesta fue apoyar los labios abiertos sobre el cuello. La punta de la lengua rozando esa zona tan sensible, erizó el vello de su dolorida nuca. Sus hábiles manos se detuvieron durante un rato sobre la tersa piel de su vientre antes de desplazarse con desesperante lentitud hacia arriba. Por un momento, contuvo la respiración, que exhaló de golpe cuando las sintió sobre sus senos. Adam se movía por la necesidad básica de gozar de su cuerpo y ella no se resistía. Parecía estar poseída por las mismas necesidades. Un leve jadeo surgió de sus labios cuando la boca sustituyó una de sus manos repartiendo regueros húmedos sobre la piel. Cuando la lengua se deslizó sobre uno de sus pezones, una descarga eléctrica la recorrió de arriba a abajo provocando un pequeño escalofrío. Los dedos de Diana se aferraron con fuerza al pelo de Adam quien con seguridad, no sintió el tirón. Animado por su respuesta, le sacó por la cabeza el jersey, que se había puesto esa mañana, y con algo más de dificultad se deshizo del sujetador. Ella, a su vez, deslizó el chaquetón de cuero por los brazos de él. Al caer hizo un ruido sordo que ninguno de los dos oyó. Después, con un poco de timidez al principio, introdujo las manos bajo el jersey. Sintió la piel, todavía caliente y olvidó todo indicio de vergüenza. Lo acarició con frenesí, buscando y aprendiendo cada músculo de su torso.

El cuerpo de Adam se estremeció de placer. Con impaciencia tironeó de los pantalones, que tan bien se ajustaban a sus caderas. Ella los pateó sin abandonar su boca hasta que consiguió sacarlos. Su mente estaba llena de él y de las sensaciones que le provocaba. No era consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor. Podría aparecer la persona que la había perseguido esa mañana y no se habrían enterado. Solo quería estar más cerca. Quería más, así que enredó las piernas en su cintura. Adam explotó, poseído casi por la desesperación, se hundió en ella mientras la sujetaba contra la puerta. Las duras embestidas producían un suave

golpeteo contra la madera. Cuando ambos alcanzaron el clímax más intenso que jamás hubieran sentido, sintieron que habían conquistado la luna.

Compañera inseparable de la luna es la noche y, como tal, la oscuridad se cernió sobre el cerebro de Diana. Mientras su cuerpo aún se agitaba, su cabeza ya empezaba a arrepentirse de aquel arrebato. Acababa de cometer la estupidez más grande de su vida, llevaba más de una semana diciéndose que no era una buena idea involucrarse con el jefe y no lo podía haber hecho con más empeño. Si no fuera porque él aún la sujetaba, se golpearía la cabeza contra la puerta, que a partir de ese momento tendría un montón de connotaciones para ella. Cada vez que la tocara o viera, recordaría el momento más sublime y más insensato de su existencia.

Adam tardó unas décimas de segundo más en recuperarse. Mantenía abrazado el cálido cuerpo de una mujer que lo había estado volviendo loco durante los últimos días y aquel episodio en vez de tranquilizarlo, lo había alterado todavía más. Notó que se ponía rígida y, antes de ver su rostro, supo que se había arrepentido. Se había dejado llevar por las emociones y ella no se permitía esos lujos. Le gustaba mantenerlo todo bajo control, como él, y habían terminado descontrolados por completo. Habían hecho el amor contra una puerta, como dos adolescentes sin pensar en los peligros que les acechaban ni en que Victoria y Alberto podrían volver en cualquier momento. Volvió a cerrar los ojos y a tomar aire. Si su hermana los descubría así, sería su final y no quería ni pensar en la reacción del protector amigo de Diana.

Con cuidado, la soltó. Ella deslizó sus piernas hasta afirmarlas sobre el suelo. Durante unos instantes, se permitió apoyarse en él. Después lo miró a los ojos. Un velo de inseguridad cubría los suyos azules. Pensó que iba a echarle algo en cara pero no fue así. Se limitó a decir.

—Esto no debería haber sucedido. Es más —corrigió— no ha sucedido.

Lo miró con fijeza, esperando una respuesta. Percibía un ligero temblor en ella pero no se atrevió a volver a tocarla. Tampoco pensaba ceder terreno.

—Habla por ti —susurró con la voz ronca— yo no tengo intención de olvidar ni un solo segundo. Ha sido demasiado bueno.

Ella abrió la boca para decir algo pero después lo pensó mejor y se limitó a asentir con una sacudida de su cabeza. Se agachó para recoger su ropa y salió de la cocina dejándolo solo.

Diana subió corriendo la escalera y se dirigió, directa, al cuarto de baño. Necesitaba meterse bajo el chorro de agua caliente para aclarar su mente y devolver un poco de energía a su debilitado cuerpo. Se debatía entre dos mundos opuestos. La sensatez, que le avisaba de los riesgos que corría si seguía adelante con lo que había iniciado en la cocina y el atrevimiento de dejarse llevar por los sentimientos y disfrutar cuanto pudiera y le brindara la nueva situación. Aún estaba aturdida y temblorosa, seguía sintiendo las manos de Adam sobre su piel y los labios le latían como si aún tuviera su boca ardiente sobre ellos. Se frotó con energía y dejó que el agua resbalara y arrastrara, junto con el jabón, cualquier rastro de la presencia del hombre.

Finalmente tomó una decisión: actuaría como si nunca la hubiera besado, como si no hubiera probado su sabor y como si todo hubiera sido un sueño. A la mañana siguiente él se marcharía otra vez y no estaba dispuesta a sacrificar su independencia y su trabajo por algo tan efímero.

## TENSIÓN

Adam la vio salir como un torbellino, dejándolo atrás e ignorando o negando lo que habían compartido. Ella diría lo que quisiera, pero su unión había sido algo muy especial. Con lentitud, hizo el mismo recorrido que ella había realizado minutos antes. Su cabeza trabajaba a un ritmo considerable mientras su cuerpo seguía con las secuelas de lo sucedido. No podía dejar de pensar. Diana era una mujer sensual y apasionada, acababa de demostrarlo, pero escurridiza como una anguila y ya le había dejado bien claro que no quería saber nada de él, que lo ocurrido había sido un mero accidente. Aquello le dolía, no entendía cómo podía haberle dicho con pasmosa tranquilidad que iba a olvidar todo lo ocurrido. Una cierta furia empezó a apoderarse de él. ¿Por qué negaba la evidencia? No debía haberla dejado marchar. Al pasar por delante de su habitación, oyó el agua de la ducha. Se detuvo y se aproximó a la puerta. ¿Y si entraba y le demostraba lo equivocada que estaba? Después lo pensó mejor. Su ego, no admitiría otro rechazo. Tendría que buscarse otro plan de ataque, para derribar sus defensas.

A la mañana siguiente, el ambiente en la cocina era tan tenso que se podía cortar. Victoria observó a la pareja. No había que ser un lince para darse cuenta de que entre ellos había sucedido algo. Parecían estar conectados por un cable en el que chisporroteaba la corriente eléctrica. Los ojos de Adam tenía ese color que indicaba que estaba muy enfadado y su postura rígida corroboraba ese hecho. Diana intentaba mostrar normalidad pero no lo conseguía en absoluto, estaba ausente y pálida y no había dirigido la palabra a su hermano desde que había llegado.

Las maletas aguardaban junto a la puerta y todo estaba preparado para salir hacia el aeropuerto. El coche de Diana estaba aparcado en la puerta, ya arreglado y no era necesario que la llevaran al trabajo. Así que lo único que quedaba por hacer era agradecerle su hospitalidad y despedirse.

—Adam —dijo a su hermano—, tenemos que irnos.

El aludido asintió y se puso en pie mientras que Victoria se despedía de su anfitriona.

—Quiero saber todo lo que te sucede —le dijo él en tono seco— manténme informado y no quiero que sea Armiñana quien me de las novedades.

Diana estuvo a punto de mandarlo a paseo, no pensaba aceptar ese tipo de orden, pero se limitó a hacer un gesto ambiguo.

Victoria le dio un beso en la mejilla antes de salir y él se limitó a dirigirle una larga mirada que no habría podido definir.

Cuando la puerta se cerró, Diana se dejó caer en una silla y enterró la cabeza en sus

manos con abatimiento.

—Dime, mamá —era la tercera vez que su madre lo llamaba esa tarde y, como no podría ignorarla toda la vida, optó por contestar.

—¿Qué le has hecho a la pobre chica?

—¿¿Qué?! —contestó con sorpresa— ¿A qué viene esa pregunta?

—Algo le has hecho a la chica española, lo sé y yo no te he educado así.

Se avecinaba bronca materna. Ese tono para pedir explicaciones lo conocía demasiado bien. Suspiró con resignación.

—¿Qué te hace pensar que le he hecho algo? —En realidad era ella quien lo había hecho. No quería ni verlo.

—Victoria me ha dicho que esta mañana, cuando os habéis despedido, ni os habéis dirigido la palabra y que ella tenía una expresión desconsolada cuando la habéis dejado en casa.

—¿Desconsolada? No es eso lo que yo he visto. Más bien estaba deseando perderme de vista. Es ella quien me ha rechazado.

Al otro lado se oyó un sonido ahogado. Se maldijo en silencio. Por lo visto, acababa de expresar sus pensamientos en voz alta. Hasta ese punto estaba alterado.

—Adam, Adam... —oyó el tono pesaroso de su madre— ¿Qué has hecho?

—Mamá —habló con impaciencia— Diana y yo somos adultos y tomamos nuestras propias decisiones.

—Victoria me ha dicho que es encantadora y muy guapa. Se ha venido preocupada por ella.

—No te inquietes, estaré pendiente. No voy a perderla de vista.

—Eso es lo que más me alarma, que no te separes de ella y terminéis heridos los dos. Reconoce que en algunos temas eres bastante torpe.

—Gracias por tu fe en mí —contestó molesto.

—La tengo hijo, la tengo —apuntó con seguridad— Espero que vengas pronto por casa.

—Lo haré. Un beso —se despidió con aire pensativo.

Una vez había puesto distancia entre ellos y después de haber enfriado el ambiente, se daba cuenta de que había sido un borrico desconsiderado. Se había portado como un jovencito incapaz de controlarse. Él sabía de sobra que Diana no quería a ningún tipo de relación con él, pero, una vez que la tuvo apretada contra su cuerpo y descubrió que no se detenía tras su primer beso, todo se había salido de control. Solo podía sentir y habían terminado haciendo el amor contra una puerta. ¡Por Dios! Se daría de bofetadas. No había sido considerado y encima, era su jefe. Ella se lo había dicho varias veces pero estaba tan acostumbrado a salirse con la suya que ni se había planteado las posibles consecuencias de sus acciones. No le extrañaba que lo



hubiera mandado a paseo y ni le hablara. Solo había pensado en él y en ningún momento se había planteado lo que ella podía sentir más allá del deseo evidente. Aun así, no iba a darse por vencido. Había algo entre ellos que quería explorar y no iba a dejarlo pasar. Su relación había empezado mal desde el principio. La forma de conocerse no fue la más común y los acontecimientos que le habían seguido, no los había colocado en las circunstancias más adecuadas. Si a eso se añadía que ella era una de sus trabajadoras, le dejaban en una situación nada favorable.

Aunque lo tenían casi todo en contra, entre ellos había surgido una atracción inmediata a la que habían hecho frente sin ningún éxito. Ella se había esforzado con más ahínco, por eso había reaccionado de manera más radical.

A pesar de todos los contratiempos, echaba de menos sus formas bruscas cuando estaba con él y las suaves cuando se dirigía a los demás, sobre todo a sus pacientes. Con ellos su caparazón defensivo desaparecía y se mostraba cariñosa y asequible. Esa era la persona que él quería conocer mejor.

Diana empujó la puerta del Hospital de La Cruz Roja y entró al calor del vestíbulo. Era casi Navidad y el frío, mezclado con la humedad, calaba hasta los huesos. Una mujer bajita y rubia se le acercó con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Doctora Manetti, ¡qué alegría verla por aquí! —Su tono no era fingido ni aparentado. La señora estaba realmente contenta de encontrarse con ella.

Era la esposa de uno de sus pacientes, Pedro Santos, uno de los más afectados y con edad más avanzada y si su expresión era un indicador de cómo marchaban las cosas, debía pensar que iban bien.

—Rosario —contestó al saludo, veo que usted está mejor.

Era cierto. Cuando trataba a un paciente, no lo hacía solo a él, la familia y sobre todo la persona que estaba más cerca del enfermo, la que llevaba el peso de la responsabilidad, era una pieza clave en el tratamiento. Rosario, en concreto, llevaba largo tiempo sufriendo las consecuencias de las limitaciones de su marido. No soportaba solo las cargas físicas de ayudar a una persona con tantos impedimentos, el coste emocional era el más peligroso. El ver a una persona querida deteriorarse paso a paso podía muy duro. Si a eso se añadía que el tiempo libre para dedicárselo a ella misma había quedado reducido a la nada, el pago que se hacía era bastante alto.

Pero algo había cambiado de manera sutil. La expresión de su rostro era más distendida, incluso la forma de acercarse a ella había sido más ligera, como si hubiera liberado algo del peso que llevaba sobre sus hombros.

—Sí que estoy mejor. He hecho algo de gimnasia para tonificar los músculos.

Ante la mirada interrogante de Diana, continuó explicando.

—Mi médico de cabecera me aconsejó que hiciera algo de ejercicio adecuado y como Pedro no me necesita tanto, he decidido seguir su consejo —hizo un gesto que se abarcaba a sí misma— parece que funciona.

Diana sonrió con satisfacción. Esa era la parte de su trabajo que más le gustaba, cuando recogía un poquito de lo sembrado y veía mejorar a sus enfermos y a los que les rodeaban.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro. Estaba encantada con la primera parte de su visita. Ahora solo quedaba comprobar como estaba el señor Santos. Por lo menos, un poquito debía haber mejorado. Sintió como la esperanza iba esponjándose en su pecho y deseó de todo corazón que así fuera. Había trabajado desde que tenía uso de razón para lograr que la gente dejara de sufrir y tenía el cumplimiento de ese deseo en la punta de los dedos.

—¿Le parece que vayamos a verlo? —alentó a la mujer.

—Está en terapia ocupacional —informó mientras caminaba delante de ella hacia el ascensor— ahora le gusta más ir allí.

Aún sin llegar a ver al paciente, Diana vio otro signo de mejoría. Que le gustara ir a terapia era buena señal. Podía ser muy frustrante intentar hacer cosas tan simples como ensartar unas bolas en un hilo, tareas que antes de la enfermedad casi ni se planteaban y que con el desarrollo de la misma se volvían una misión imposible.

Cuando entraron a la sala, Pedro se encontraba delante de un caballete para pintura. Esta actividad solía ser de las más gratificantes. El hecho de ejercitar los músculos del brazo sin ningún apoyo era beneficioso para su cuerpo y los resultados estéticos, lo eran para su mente. Pedro deslizaba un pincel manchado de óleo sobre un lienzo a medio pintar y su rostro expresaba una máxima concentración. Cuando descubrió la presencia de Diana sonrió. ¿Había desaparecido parte de la inexpresividad que le caracterizaba en los últimos años? Por un momento recordó a Adam, le gustaría que viera al señor Santos ahora. Estaba segura de que había avanzado y pensar que ella había contribuido a su mejora, la llenaba de un orgullo y alegría. Eso era lo que perseguía en su trabajo. Durante unos segundos, también se planteó por qué le gustaría compartirlo con él. Quizá porque gracias a su dinero, ella había podido investigar. Sacudió de forma imperceptible la cabeza, aquello era una soberana tontería. Le gustaría compartirlo con él porque también conocía al paciente y estaba segura de que se alegraría tanto como ella. No le gustaban los derroteros que su pensamiento estaba tomando. Con un esfuerzo concentró la atención en su paciente.

—¡Pedro! ¿Qué tal está? —su voz era dulce y cariñosa.

El hombre intentó ponerse en pie. Rosario, su mujer, se apresuró a ayudarlo, y Diana observó que se movía con muchísima más seguridad y fluidez. Si tenía en cuenta que el avance

de la enfermedad era bastante serio, el nuevo medicamento estaba cumpliendo con su función. Tenía que examinar analíticas y comparar resultados, pero, a simple vista ya se observaban cambios importantes.

—¡Doctora! Cuanto tiempo sin verla —comentó el hombre contento de tenerla allí—  
¿Ha visto? —Señaló el cuadro a medio hacer— Creo que estoy mejorando.

En sus ojos brillaba la esperanza. Diana sintió que su corazón se encogía de emoción. Tenía delante la muestra de la felicidad que podía llevar a muchas personas.

—Pedro, aún es pronto —le advirtió. No quería crear falsas expectativas a pesar de que los signos de recuperación eran evidentes. Era como si un electricista hubiera puesto en marcha todas las conexiones y la electricidad fluyera transmitiendo una información muy valiosa—. Me gustaría hacerle algunas pruebas.

Dos horas después volvía a salir del hospital con una cara de plena felicidad. ¡Lo había conseguido! Ahora solo le quedaba visitar a los pacientes que vivían en sus domicilios. Si todo salía tan bien como en el hospital, podría decir que había logrado un éxito sin precedentes. Con solo pensarlo sentía la sangre chispear en sus venas. Le daban ganas de saltar, bailar y abrazar a alguien. Su pensamiento se detuvo en seco. Estaría bien celebrarlo con la persona que le había proporcionado los medios necesarios para lograrlo. ¿Por qué sus pensamientos siempre volvían a él?

Pasó la tarde con Alex comparando resultados. Con él sí que lo celebró y también con Armiñana. Fue inevitable que el inútil del jefe también estuviera cerca cuando habían abierto una botella de cava y brindado por el proyecto y por las personas que habían colaborado en él. No estaba todo cerrado, ni mucho menos, pero las noticias era buenas. Muy buenas.

Volvió a casa eufórica. Nada más entrar, un recuerdo la golpeó con crudeza. Adam en la cocina preparándole un chocolate a media noche, besándola, preguntándole enfadado que cómo salía a correr sola, haciéndole el amor... Cerró los ojos y volvió a abrirlos. No podía seguir dando bandazos emocionales. Siempre había tenido claro lo que quería en su vida y, desde que la habían atacado por primera vez, su cabeza no era lo único golpeado. Su sentido común también había sufrido un duro batacazo.

Dentro de la mochila de piel, empezó a sonar el móvil, haciendo que ésta vibrara, como si le metiera prisa para que contestara. La dejó sobre la mesa y buscó en su interior. ¿Dónde se había metido el dichoso teléfono? Siempre se decía que iba a buscar un sitio para poder localizarlo con rapidez pero el aparatito parecía tener vida propia y debía gustarle jugar al escondite. Cuando consiguió alcanzarlo, pensó que ya no llegaría a responder a la llamada, pero se equivocó. Cuando reconoció la voz que pronunciaba su nombre, deseó haber tardado más en encontrarlo.

## FRUSTRACIÓN

—¿Diana? —Aquella vez el tono era dulce y expectante. Hacía mucho tiempo que no hablaban y el suave acento extranjero le produjo un pequeño estremecimiento. Recordaba aquella voz susurrando cerca de su oído.

Decidió disimular para ganar tiempo. Era infantil, sí, pero lo necesitaba para tranquilizarse.

—Sí ¿Quién es?

¿Había oído un ligero suspiro?

—Soy Adam.

Bien. Soy Adam, ni una pregunta, ni una explicación. Solo un hecho y la pelota quedaba en su tejado.

—Hola, Adam ¿Qué tal?

¿Qué se le puede decir a un hombre con el que has tenido un sexo fantástico, al que has mandado literalmente a paseo y que además pagaba su nómina?

La voz de Adam dejó de ser dulce. No era una persona paciente y no estaba acostumbrado a que jugaran con él.

—¿No eres tú quien tiene que decirme cómo van las cosas? Creo que hoy habéis estado de celebración.

Diana se maldijo en silencio y maldijo a Armiñana. Había olvidado que el hombre mantenía al corriente de todo al gran jefe ángel. Podía imaginar sus ojos dorados echando chispas, porque era indudable que estaba enfadado.

—Veo que las noticias vuelan —dijo en tono incisivo, provocándolo—. Ya te has enterado ¿no?

—Y no ha sido gracias a ti —le reprochó.

Ella tomó aire y lo soltó despacio. En un caso normal, habría sido ella misma quien lo llamara, es más, lo habría llamado nada más salir del hospital por la mañana, pero quería evitar todo contacto con él, una idea bastante ilusa por su parte, primero porque era su empleada y segundo porque él le había advertido de que no la iba a dejar escapar con tanta facilidad. Aun así, tentó un poquito más a su suerte.

—Eso no me corresponde a mí, es el director quien tiene que hablarte de todos los progresos.

Un silencio al otro lado le indicó que el hombre estaba haciendo esfuerzos por mantener la calma. Ella buscaba pelea y él no.

—Estaría de acuerdo contigo si nuestra relación fuera como antes de conocernos. Ahora,

eso es imposible.

Ahí estaba. Había metido el dedo en la llaga. Ella quería negar esa relación mientras que él se metía de lleno en el tema. ¿De qué había servido huir si al final había llegado al sitio que había evitado? ¿Qué podía contestarle a eso?

—Adam... No tenemos ninguna relación. Quedamos en eso ¿Recuerdas?

—Quedaste tú. Si recuerdo bien, yo no estaba de acuerdo. No veo por qué no podemos vernos y conocernos —insistió con lógica.

—Porque trabajo para ti, porque mi trabajo es muy importante para mí y porque no estoy preparada para una relación. —Se defendió.

—Diana, no podemos estar así. Tenemos que hablar.

—Adam, por favor —casi suplicó— Ahora tengo muchas cosas en qué pensar. No quiero hablar de eso.

—Estás huyendo —la acusó.

—Es posible, pero necesito concentrarme.

Al otro lado hubo otro silencio. Entendía que era un hombre persistente, que había llegado donde estaba porque no se rendía con facilidad, pero no había dado nunca con alguien como ella.

—Puedes concentrarte lo que quieras pero, por lo menos, infórmame de tus avances —sonó como un mandato y ella llevaba muy mal las órdenes.

—Mañana tendrás un informe completo y detallado en tu correo.

—¡Maldita sea Diana! —su paciencia se había agotado. Ella tomaba sus palabras al pie de la letra y sabía que su intención no era mandar nada— No es eso lo que quiero y tú lo sabes.

Diana estaba cansada y no quería hablar con él. Así que decidió cortar la conversación.

—Adam, tengo que colgar. Ya hablaremos.

—¡Diana!

Ella no prestó atención a su llamada. Despacio y con cierta tristeza, colgó el teléfono, cortando la comunicación.

Adam golpeó la mesa con fuerza. Se sentía frustrado e impotente. ¿Qué le pasaba a aquella mujer? Se preguntó con irritación. Era escurridiza como una anguila y terca como una mula. No había manera de terminar con ella una conversación sin discutir. Se levantó y se asomó a la ventana. Desde allí se dominaba una amplia vista de Hyde park. Hacía unas horas que la noche había caído sobre la ciudad y los verdes brillantes de la vegetación del parque, se habían convertido en sombras oscuras, tanto como lo estaba su ánimo. No encontraba la manera de llegar hasta la mujer que lo estaba volviendo loco, pero la encontraría.

“Necesito unas vacaciones” se dijo Diana mientras subía la escalera. Todo le recordaba al hombre que estaba a miles de kilómetros. Su ausencia y lejanía no parecían mitigar los recuerdos, más bien, al contrario, su imagen se proyectaba en su cerebro una y otra vez, de manera que revivía cada uno de sus encuentros con mayor intensidad. ¿No lo habría idealizado? Pensó. A lo mejor, al no poder verlo a diario, su figura estaba algo distorsionada. “No digas tonterías. Sabes de sobra que eso no es así” se rió en voz alta. Cuando se dio cuenta de que estaba hablando sola, soltó una seca carcajada. Terminaría volviéndose loca y él seguiría tan eficiente y tan guapo en su casa, sin enterarse de nada. A esas alturas y a pesar de su insistencia, seguro que solo quería un lío pasajero con ella. Puede que hasta fuera el morbo de estar con una científica lo que le atraía porque no tenían nada en común. “Salvo el sexo” dijo una vocecilla quisquillosa e inoportuna.

El teléfono volvió a sonar pero optó por no contestar. Estaba harta. Había pasado de la euforia del éxito en su trabajo a la confusión emocional. A la porra todo. Iba a dedicarse unos días pesara a quien pesara.

Adam colgó el teléfono con impaciencia. Llevaba dos días intentando ponerse en contacto con Diana y todos sus intentos habían sido en vano.

Tenía el presentimiento de que algo iba mal. No podía concretar qué era pero se sentía inquieto. La mañana siguiente a la discusión había encontrado un informe exhaustivo en su correo. Lo que sintió al verlo fue indescriptible. Hacía mucho tiempo que las emociones no se le mezclaban con tal intensidad. Cuando vio el remitente, “Diana Manetti” se puso en guardia, su corazón se sobresaltó latiendo un par de veces seguidas para quedar después algo acelerado. Al leer el asunto “Informe sobre investigación” la furia se adueñó de su latido, que aumentó de velocidad. Le daban ganas de gritar, incluso, de retorcerle el cuello por aquella altivez. No solo se negaba a hablar con él sino que se regodeaba haciendo algo que él le había dicho que no era necesario. Resignado, presionó el botón del ratón para abrir el mensaje. Su mano ofrecía un ligero temblor, mezcla de la impaciencia y del enfado.

“Como quedamos ayer, te mando todo lo que tengo hasta ahora”

Una serie de datos seguían a aquellas escuetas e impersonales palabras. Era una lista detallada del proceso, muy ilustrativo, pero le importaba un comino. Que las cosas funcionaban, ya lo sabía. Él quería otra cosa. La imaginaba redactando todo aquello con su aire frío y eficaz de científica y le apetecía darse coscorriones contra la pared. Cómo conseguía alterarlo de aquella manera era para él un misterio pero lo cierto era que lo ponía a cien. En todos los sentidos.

Victoria lo encontró mascullando frente a la pantalla. Se detuvo en la puerta entreabierta del despacho y lo estudió. Juraría que había perdido peso, estaba algo desmejorado y su humor,

desde que habían vuelto de España era bastante volátil. Daba la sensación de estar sentado sobre un barril de pólvora. Por supuesto ella conocía el motivo de aquella agitación pero no sabía qué hacer para ayudarlo. Sabía por Alberto, con quien seguía manteniendo contacto, que Diana tampoco iba mejor. No decía nada, ni siquiera mencionaba a Adam. Entre ellos había estallado algún tipo de munición que había salpicado a ambos, dejándolos heridos.

Dio unos golpes en la puerta para llamar su atención y entró.

—¿Problemas?

Él la miró con el pensamiento puesto todavía en la misiva. Durante unos instantes no pareció reconocerla, después reaccionó como si saliera de un largo letargo.

—¿Eh? No. No pasa nada.

—A juzgar por tu aspecto y tu forma de actuar, no sé si te has dado cuenta de que estabas hablando solo, las cosas no van cómo quieres y no intentes negarlo porque lo haces desde que eras pequeño.

Un largo suspiro salió de entre sus labios, casi fue un silbido. Victoria aprovechó para asomarse a su ordenador. En la pantalla aparecía su cuenta de correo y entre la lista de llegados aparecía uno mandado por Diana.

—¿Te ha escrito? —preguntó con interés. Hubiera apostado porque no mantenían ningún tipo de relación— ¿Es eso lo que te tiene tan contrariado?

Los ojos ambarinos de Adam lanzaron chispas al mirarla.

—¿Contrariado? —respiró con profundidad. Había soltado la pregunta como si su hermana fuera la culpable de aquella misiva electrónica. Procuró controlarse y demostrarle hasta qué punto le había afectado pero su boca seguía soltando frases por su cuenta y sin el permiso de su cerebro— ¡Estoy furioso!

Victoria rodeó la mesa y fue a sentarse frente a él.

—¿Por qué? ¿Porque te ha escrito?

—¡No! Porque no me ha escrito.

Se pasó una mano por el pelo en señal de agitación. Victoria sonrió disimuladamente. No veía a su hermano mayor muchas veces en aquel estado de desconcierto. Siempre era el que sabía qué hacer y daba consejos y ahí estaba. Atrapado.

—Pues no entiendo nada. Yo creía que te gustaba y que estabas un poco enfadado porque no sabías nada de ella.

Al final él se levantó y se dirigió a la ventana. Aquellas vistas, que siempre le relajaban, ese día se habían vuelto invisibles. Ante su cristal solo veía un río frío y plateado. Hasta el puente parecía haberse evaporado dentro de la bruma.

—Un informe —dijo a la vez que se giraba hacia ella— un maldito informe es todo lo que se ha dignado mandarme después de casi dos meses.

—Bueno —aclaró ella de manera innecesaria— es empleada del laboratorio y tú eres el jefe. Tendrá que mandarte informes.

Adam la miró fijamente. No sabía si se hacía la tonta o se estaba limitando a provocarlo. Casi podía descubrir la sombra de una sonrisa en su boca.

—No me ha mandado uno en su vida ¿Por qué me los va a mandar ahora? Eso ya lo hace el director de la sucursal.

Victoria también se puso en pie y se situó a su lado.

—Adam, de verdad creo que tenéis que veros. Esto no tiene sentido —Aconsejó.

—Pues claro que no lo tiene, pero es que no quiere verme, no quiere hablar por teléfono, no quiere saber nada de mí —resumió.

Estaba frustrado y dolido. Nunca nadie le había hecho a un lado de su vida de esa manera. Era un claro “no me interesas” y no se resignaba a aceptarlo.

Su hermana le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo.

—Déjame a mí —dijo con total convicción en su voz.

Unos segundos después, Adam se dio cuenta de que había desaparecido y volvía a estar solo. Le daba miedo lo que fuera a hacer pero a aquellas alturas de la película, francamente, le importaba un bledo.



## MILÁN

—¿Piensas pasar todo el día ahí sentada?

Julia hizo la pregunta con algo de impaciencia. Hacía dos días que Diana había llegado y casi no la conocía. La mujer incansable y llena de energía había desaparecido y en su lugar había encontrado a una chica ojerosa, demacrada y con poco espíritu. Estaba cansada y deprimida. Intentaba mostrarse jovial pero sus ojos no sonreían. En ocasiones no parecía triste sino enfadada, sobre todo cuando sonaba su móvil y colgaba sin responder.

—¿No vas a contestar nunca?

Su prima la miró como si recordara de repente que no estaba sola. Hizo un gesto de negación con la cabeza y no dio más explicaciones. Su expresión de desaliento provocó en Julia la necesidad de enfrentarla a lo que la molestaba. Era de las que pensaba que los problemas se solucionaban haciéndoles frente.

—¿Quién te llama?

Diana sabía que no podría guardarse todo para ella. Su prima era insistente y cuando creía que debía hacer algo, no cejaba en el empeño.

—Mi jefe.

Julia se removió en su asiento.

—Vamos, Diana. No juegues conmigo. Tienes más jefes que un soldado raso y no creo que sea el que te roba las ideas. Si fuera él ya habrías respondido y le habrías dicho algunas lindezas. ¿Qué jefe?

—Adam Howard—Su nombre casi se le atragantó—. El dueño de la compañía.

Julia abrió mucho los ojos en señal de sorpresa.

—¿Y le cuelgas todas la veces? —Su incredulidad ponía de manifiesto que no imaginaba la historia que había detrás de esas llamadas— Tú te has vuelto loca.

—En eso tengo que darte la razón —Se movió en el sillón, incómoda con sus recuerdos. ¡Claro que se había vuelto loca! Si no ¿Cómo había llegado a liarse con él?

—Cariño, o empiezas a hablar, o llamo a mi padre para que te torture.

Diana sonrió. Su tío Mario era un experto en conseguir información. No sabía cómo, pero siempre terminaba sabiendo lo que quería. Cuando eran adolescentes, era una verdadera pesadilla para ellas no poder ocultarle nada.

Como sabía que no tenía escapatoria, comenzó a hablar. Contó la manera tan peculiar de conocerse, lo que sintió cuando descubrió esos ojos bruñidos mirarla con preocupación primero y con interés después. Habló de sus discusiones y de cómo el clima se enrarecía entre ellos cada vez que estaban juntos, de la persistencia de él por acercarse y de la resistencia de ella a

dejarse llevar por aquella atracción que solo podía traerle problemas como así había sido. Obvió los detalles pero le confesó que una noche había perdido la cabeza y se había acostado con él. A esas alturas del relato, cerró los ojos como si así pudiera hacer desaparecer todo el cúmulo de sensaciones y sentimientos que experimentó aquel día.

Julia escuchaba con atención, sin perder una palabra de aquella historia que, a ella, le parecía muy romántica. No veía el problema y así se lo dijo.

Diana defendió su postura, intentando de esa manera, convencerse a sí misma de que hacía lo correcto.

—Julia, no es bueno acostarte con el jefe —se defendió al final—. Lo mires por donde lo mires, acabas perdiendo, sobre todo el empleo. Tú sabes lo que eso significa para mí. Desde que diagnosticaron la enfermedad a mi padre, he trabajado para encontrar una solución —detuvo su discurso durante unos instantes, recreándose en las siguientes palabras— y parece que lo he conseguido.

Julia la miró y observó que la lucha que mantenía consigo misma, iba a acabar con ella.

—¿Es guapo? —preguntó para aligerar la carga que llevaba encima.

—Guapísimo.

Diana sonrió al recordar el rostro atractivo de Adam.

—¿Y me lo puedo quedar yo? —preguntó con picardía.

Diana le tiró el cojín que tenía en la mano.

—¡Eh! —gritó esquivándolo— No es mi jefe. Puedo hacer con él lo que quiera.

Aunque sabía que hablaba en broma. No le hizo ninguna gracia pensar en él con otra mujer. Se levantó y se acercó a su prima.

—¿Te apetece ir de compras?

Palabra mágica. En menos de media hora, las dos estaban preparadas para salir.

Milán, capital de la moda y del diseño, era el lugar apropiado para comprar. Diana no solía hacerlo muy a menudo, pero, cuando visitaba a Julia, ésta sacaba su lado loco.

La casa de su tío estaba situada en la calle Giuseppe Verdi, cerca de la zona comercial. Alrededor del palacio de la Scala, se concentraban un montón de tiendas dispuestas a atender cualquier demanda.

Después de unas cuantas horas dando vueltas y cargadas de bolsas, se dirigieron a la Galería Víctor Manuel. Su intención era atravesarla y llegar a la plaza del Duomo para sentarse en algún café acogedor y recuperar fuerzas y el calor que habían perdido.

En esa tarde de diciembre, el frío era intenso. El aire procedente de Los Alpes trasladaba las gruesas prendas de abrigo y propiciaba buscar refugios más caldeados. La Galería concedía un respiro. Sus calles, cubiertas con una cúpula de acero y vidrio, dejaban

fuera las inclemencias del tiempo. Cuando volvieron a salir a la calle, se toparon con la imagen de una de las catedrales más bellas de Europa. Julia, que vivía allí, parecía acostumbrada a la imponente presencia de sus esbeltas agujas, pero Diana se estremecía cada vez que la contemplaba. Lo que no sabía era, que ese estremecimiento iba a ser leve comparado con el que se le avecinaba.

Iluminado por los últimos rayos de la tarde, cruzaba la plaza, en su dirección, un hombre alto, envuelto en un recio abrigo negro. Diana se quedó clavada en el sitio con una expresión tan pasmada, que su prima, después de verla, siguió la dirección de su mirada. Solo descubrió un hombre imponente que parecía una estatua. No distinguía su rostro porque el sol le daba por detrás dejándolo en sombras, pero estaba tan sorprendido como Diana.

Adam caminaba hacia la Galería Víctor Manuel cuando descubrió la figura de una mujer con un abrigo rojo. Llevaba varias bolsas y reía por algo que su compañera había dicho. En ese momento lo distinguió y sus pasos se detuvieron bruscamente. Durante unos segundos, pensó que las bolsas caerían al suelo, después, el pánico lo invadió. ¿Y si daba la vuelta y lo ignoraba?

Sus ojos se deslizaron acariciadores por las facciones de la mujer. Había ido a buscarla. Volvía al hotel después de dar un paseo, dispuesto a localizarla, cuando había chocado, de manera literal, con ella.

—Diana ¿Qué pasa? —preguntó Julia al reconocer la inquietud en su prima.

—Es él —Las palabras salieron de su boca en un tono tembloroso. ¿Cómo la había encontrado?

—¿Él? —Julia volvió a preguntar a la vez que advertía que el gigante reanudaba su marcha hacia ellas—. ¡Diana!

—Adam. Mi jefe —aclaró antes de que las alcanzara.

Esa vez le tocó a ella abrir la boca por el asombro. Apenas tuvo tiempo para recomponerse. “El” ya estaba junto a ellas. La saludó con una inclinación de cabeza y dirigió toda su atención a Diana, a quien entendió de forma inmediata. Ese hombre poseía un magnetismo poco común y sus ojos, de lo que no la habían prevenido, brillaban como dos piezas de ámbar. No podría decir si eran fríos o cálidos porque estaban entrecerrados, como si midieran la reacción que su presencia podía provocar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Diana en castellano.

Sintió ganas de darle un sopapo. No entendía por qué le hablaba en ese tono tan cortante. El tal jefe era un monumento y estaba colado por ella si había llegado hasta allí, en plenas navidades para buscarla. Puso los ojos en blanco con expresión de paciencia. “Que mal repartido estaba el mundo”

Por unos ilusorios segundos, Adam pensó que iba a ser bien recibido. Al oír esa pregunta tan brusca, supo que no era así, que tendría que pelear.

—Te buscaba.

Habló en inglés sin darse cuenta de donde se encontraba. Estaba tan absorto en sus sentimientos que no se dio cuenta de que había contestado en su lengua materna.

—¿Para qué me buscabas? ¿Ha ocurrido algo?

La paciencia no era una de las virtudes del inglés. El Shock de verla de nuevo se iba disipando y empezó a aparecer la exasperación.

—Venga Diana. Tenemos que hablar. Lo sabes.

Ella lo miró. Los pensamientos se sucedían de forma vertiginosa al igual que los sentimientos. Se alegraba de verlo. Su primer impulso había sido arrojarle a sus brazos, pero una fuerza invisible la mantenía impassible.

—No tenemos nada de qué hablar.

—¿Por qué no tomamos un café ...?

Julia no pudo terminar de hacer su proposición. Un no y un de acuerdo brotaron simultáneamente de la boca de ambos.

—Me estoy quedando helada —se quejó— tú también has dicho que tenías frío y tu amigo, a quien por cierto aún no me has presentado, parece pedir a gritos algo caliente.

Diana le dirigió una mirada que habría podido barrerla de la calle como un tornado, sin embargo ella se limitó a encogerse de hombros con descaro.

—¿Vamos?

Se dio media vuelta y encabezó la comitiva hacia la cafetería sin mirar si la acompañaban. Ellos se miraron y, sin pronunciar una sola sílaba, la siguieron.

El cielo de Milán se había oscurecido por completo, dejando paso a la fría noche que los envolvía.

## SORPRESA

—¿Cómo se te ocurre?

Diana increpó a Julia mientras preparaban una ensalada. En el salón se oían las voces de Adam y Mario que conversaban de forma cordial. Habían congeniado de maravilla desde el instante en que los habían presentado.

Julia hizo un gesto cómico.

—¿Qué querías que hiciera? Es un encanto y tiene un acento tan seductor...—puso una mirada soñadora que no le hizo ninguna gracia a pesar de saber que estaba actuando. Mientras estaba fuera de su influjo, podía mantener la cabeza fría y las ideas claras. En cuanto le ponía los ojos encima, todos los buenos propósitos se desvanecían.

Durante el tiempo que habían estado en la cafetería, la conversación se había desarrollado entre Adam y Julia. Ella se había mantenido al margen. La euforia que había sentido durante las horas anteriores se había evaporado dejando paso a una mezcla de miedo y expectación. Asistió como una espectadora al simpático intercambio de sus dos conocidos.

Adam le dirigía miradas furtivas, buscando la manera de llegar a ella y Diana buscaba una excusa para salir de allí. Cuando escuchó a Julia invitarlo a cenar, la fulminó con la mirada. No le sirvió de mucho porque una hora después, ellas estaban en la cocina y su jefe charlaba tranquilamente con su tío.

A pesar de la actitud enfurruñada de Diana, la cena transcurrió en un ambiente agradable. Julia le hizo una mueca burlona, que compartían desde pequeñas y que la hizo consciente de que se estaba portando como una niña. Su cambio contribuyó a que pudieran disfrutar de una velada tranquila y cordial.

Cuando, por fin, Adam se levantó para despedirse, Diana respiró con alivio. No sabía que sus complicaciones aún no habían empezado.

—Diana, acompaña a nuestro invitado —la amabilidad innata de Mario la puso en el compromiso de quedarse a solas con él. Su expresión cándida, indicaba que no tenía ni idea de lo que acababa de pedirle ¿O sí?

Su tío tenía demasiadas tablas como para pasar algo por alto, pero allí sentado, con sus largas piernas cruzadas, su abundante pelo blanco y sus rasgos bonachones, era la viva imagen de la inocencia.

Resignada, Diana le mostró la dirección a la puerta. La tensión entre ellos casi se podía tocar. A Adam casi le dolían las manos por el esfuerzo que hacían para no tocarla. Desde que la había visto envuelta en su abrigo rojo, su necesidad de abrazarla se había vuelto insoportable. Quería sentir su piel bajo las yemas de sus dedos y daría cualquier cosa por borrar el rictus de

enfado de sus labios con su boca. Quería besarla hasta que se suavizaran y le devolvieran la caricia. Sus ojos la miraban ávido y sus pensamientos debían ser bastante transparentes porque cuando llegaron a la puerta de la calle, ella lo miró con el ceño fruncido.

Su mano ganó la batalla y con delicadeza, sus dedos frotaron la arruga de su frente.

—¿Puedo verte mañana? —preguntó con voz acariciadora.

¡Ay Dios! Estaba al límite de sus fuerzas. Quería resistirse pero la caricia de sus dedos y el tono de su voz se lo ponían muy difícil.

—¿Por qué has venido, Adam? —preguntó en un susurro.

Las manos de Adam acunaron el rostro de Diana y él se inclinó para quedar a su altura.

—Porque necesito verte. Y necesito tocarte —cuando ella intentó alejarse, él no la dejó. Sus ojos refulgían en la oscuridad del recibidor—. No. No huyas. No puedo seguir así. No podemos seguir así.

—¿Cómo me has encontrado? —Su voz salió temblorosa. Todo su cuerpo empezaba a temblar ante la evidente rendición que se avecinaba.

Adam sonrió, arrojando un halo de luz a su confusión.

—Victoria consiguió la información. Estaba harta de aguantar mi mal humor.

Diana comprendió al instante. Victoria seguía en contacto con Alberto y éste era el único que sabía dónde estaba. No quería preocuparlo y le dijo que iba a ir a visitar a su familia. Cuando volviera, tendría que recordarle algunas cosas sobre los secretos entre amigos, aunque estaba tan encaprichado con la rubia inglesa que le iba a dar lo mismo lo que ella dijera al respecto.

—Adam —sus manos se posaron sujetando las de él— esto es una locura. Ya te dije que no era buena idea.

—Solo te pido unos días juntos. Quiero que nos demos una oportunidad. No pido nada más.

Estaba a punto de claudicar, lo sabía.

—¿Por qué no vamos mañana a Venecia?

Ella rompió el contacto pero no se alejó mucho.

—¿En diciembre? Adam, tú has perdido el juicio. El agua puede subir en cualquier momento e inundar las calles.

La desilusión se reflejó en el rostro atractivo del hombre. Le gustaría compartir con ella la belleza y el misterio de la ciudad.

—No tiene que ocurrir mañana. Y si sube, estaremos preparados.

Fue incapaz de negarse. A ella también le apetecía pasear por las estrechas callejuelas en su compañía.

—De acuerdo —claudicó al fin.

Los ojos de Adam brillaron de entusiasmo. Lo había conseguido.

Después de barajar algunas posibilidades, decidieron ir en tren a sugerencia de Diana. A propuesta de Adam, se quedarían a pasar una noche. Él se encargaba de las reservas de hotel. Con todo hablado, se despidió con un rápido beso en los labios y salió casi bailando de alegría.

Una vez más, ella se quedaba viendo cómo se alejaba y con el cosquilleo producido por la caricia de su boca.

A la mañana siguiente, un taxi, con Adam en su interior, la esperaba para llevarlos a la Estación Central. El edificio, construido en los años veinte, era uno de los más grandes de Italia. Su interior estaba construido en mármol rosado y el centro estaba presidido por una gran cúpula. Una vez en los andenes, cubiertos por grandes cantidades de acero y cristal, se dirigieron a la vía de donde saldría el tren para Venecia.

Desde su encuentro, no habían hablado mucho. Un saludo, unas palabras, un roce accidental al ayudarla con la bolsa, cosas pequeñas que iban propiciando el ambiente tenso que iba a caracterizar su viaje.

—¿Por qué en tren? —preguntó él cuando estuvieron acomodados.

Diana se encogió de hombros. Se habían sentado uno frente a otro junto a la ventanilla. Su mirada absorbió todo lo que ocurría en el andén. Le gustaban las estaciones. Tenían un encanto romántico que no poseía ningún otro medio de transporte. Si añadía un entorno como la estación de Milán, el cuadro era completo. Casi esperaba el pitido de la máquina y una nube de vapor blanco flotando sobre las vías.

—Espera y verás —se limitó a contestar.

Acostumbrado a las prisas, Adam se encontraba fuera de lugar. Siempre que podía, conducía él. Era una manera de controlar y no dejar que nadie manejara su destino. Si no hubiera sido por la petición de Diana, habría alquilado un coche y habrían ido por carretera.

El tren comenzó a moverse. A los pocos segundos alcanzó una velocidad que le sorprendió. Los techos acristalados quedaron atrás y el sol del invierno se filtró por los cristales calentado, tímidos, el interior. Los viejos edificios grises de las afueras de la ciudad quedaron atrás con rapidez y de pronto se vio sumergido en una campiña verde salpicada de casitas blancas. Miró a su compañera de viaje, que estaba absorta en el paisaje. Empezaba a comprender las últimas palabras que había pronunciado. Apenas hablaban, solo algún pequeño comentario sobre la reserva del hotel, que Adam había realizado la noche anterior. El viaje duraría más de dos horas y media, tiempo más que suficiente para recapacitar sobre su nueva situación. ¿Qué implicaba aquel viaje a la ciudad de los canales? ¿A qué se había comprometido al aceptar? Y lo más importante ¿A dónde la conducía todo aquello?

—¡Mira! —habló por primera vez saliendo de su mutismo. Señaló los picos nevados que estaban lo suficientemente cerca para poderlos distinguir con claridad— Los Alpes.

Adam siguió la dirección de su mano y comprendió su entusiasmo. A lo lejos se erguían majestuosas, las escarpadas montañas cubiertas de nieve, la misma que provocaba el frío que había asolado Milán la tarde anterior.

—Ahora entiendo por qué has preferido venir en tren —confesó sin dejar de contemplar las niveas cumbres—. Tengo que agradecerte la idea.

Ella sonrió por primera vez en mucho tiempo y su rostro se iluminó, provocándole un cosquilleo en el estómago, olvidado desde la adolescencia.

—Deberías hacerme caso con más frecuencia.

A partir de ese momento, la relación volvió a cambiar. Hablaron de sus viajes, de las anécdotas más graciosas, las cuales arrancaron alguna carcajada en ambas gargantas y algún sobresalto en los latidos de sus corazones.

Al pasar por Verona, su tema se centró en Romeo y Julieta. Diana mantenía la teoría de que el amor no debería tener tanta influencia sobre la vida y la muerte y Adam se burló de ella acusándola de no tener ni un ápice de romanticismo en sus venas. Ella no se lo discutió.

—Puede que tengas razón —dijo con seriedad.

Él se incorporó un poco hacia ella y le comentó en voz baja para que no lo oyeran los pasajeros de atrás.

—No la tengo —su voz sonó ronca y su mirada la acarició seductora. Puedes ser muy romántica. Lo sé.

Por el calor que desprendía su piel, supuso que había enrojecido como una quinceañera y volvió a sentirse molesta.

En ese momento, el tren se detuvo en la estación de Padua. Bajaron algunos pasajeros jóvenes, cargados con sus mochilas. Un grupo de ellos hablaba español y Diana supuso que iban a la universidad.

—Nos queda media hora —anunció para retomar la conversación.

El resto del camino se hizo muy corto. A unos kilómetros de Venecia ya se veía el mar rodeando las vías. Habían entrado en el mundo del agua.

Nada más salir a las escalinatas de la estación de Santa Lucía, la brisa fría de la mañana golpeó sus rostros, calientes por el viaje. El Gran Canal se deslizaba a sus pies con un color azul grisáceo consecuencia de las bajas temperaturas. El puente que lo cruzaba, desembocaba en una estrecha callejuela y las casas de la orilla del frente se mostraban igual que 300 o 400 años antes, salvo por los carteles que contenían información sobre lo que había en su interior. Un hotel, una tienda de recuerdos... Era la primera vista que el viajero tenía de Venecia y, no solo no defraudaba sino que prometía mil y una maravillas. Diana respiró hondo, dejando que el frío y la humedad inundaran sus pulmones. Una de las ventajas de viajar en esa época era que el canal no olía mal y los mosquitos habían desaparecido. Se estremeció de manera visible y se



abrochó el abrigo hasta la barbilla. Adam la rodeó con uno de sus brazos para darle calor. Había echado un vistazo a su entorno pero a quien no había perdido de vista era a ella. Desde que habían subido a ese tren, la científica analítica y distante había sufrido una transformación muy ilustrativa. Ella diría que no era nada romántica pero cada gesto, cada palabra, se habían encargado de demostrar que estaba equivocada. Solo se resistía a serlo.

Ella lo miró y sus ojos se encontraron. Durante unos segundos, quedaron prendidos, llenos de preguntas sin respuesta los iris azules y de admiración y cariño los dorados.

—¿Nos vamos? —preguntó ella apartando la mirada, turbada por la intensidad de la de Adam. Le daba un poco de miedo. Aquel hombre era muy peligroso y se había propuesto demostrarle que entre ellos había algo más que una mera atracción química.

—Claro. ¿Buscamos lancha para nosotros? El hotel está bastante retirado.

—Prefiero el vaporetto.

—Que sea el vaporetto —concedió él con una sonrisa mientras la empujaba con suavidad hacia la parada.

Viajar por el centro del Gran Canal fue toda una experiencia. Era como retroceder unos siglos en el tiempo. A pesar de la inestabilidad que proporciona el agua y la amenaza de hundimiento, el sentido de permanencia de esos edificios, algunos sucios y deteriorados, mezclados con los que se muestran en todo su esplendor, estaba presente en sus dos orillas. El agua lamía paredes y cimientos, en algunos se veía la marca que sobre los escalones y fachadas había dejado la última subida. En cada puerta, como pequeños centinelas, aparecían unas estacas de madera listas para acoger el amarre de una góndola visitante. Diana había estado en la ciudad en incontables ocasiones pero siempre disfrutaba de ella. Era como reencontrarse con una antigua amiga.

Los viejos palacios escoltaban su paso para darles la bienvenida y las lanchas iban y venían rápidas, cargadas de provisiones para los hoteles, mezclándose con el fluir lento y elegante de las góndolas de los turistas.

El mercado de Rialto estaba en pleno apogeo. Los venecianos se apresuraban a comprar la fruta del día para volver a casa antes de que el frío calara sus huesos. El puente, del mismo nombre, los vio pasar como había hecho a lo largo de los siglos con infinidad de embarcaciones que habían transitado bajo su distinguida mirada. Pudo advertir que muchas de las tiendas estaban abiertas. Si Adam no tenía problema, sería su primera visita. Así se lo dijo, como si pidiera permiso y él, encantado de ver por fin alguna manifestación emocional por su parte, le habría prometido la luna.

—De acuerdo —dijo a la vez que depositaba un beso en su cabeza—. Es tu viaje. Tú decides.

Cuando llegaron a la parada del hotel, muy cercano al puente de Los Suspiros, un montón de planes bullían en su cabeza.

—Gracias —dijo a Adam antes de entrar.

Él la miró un poco sorprendido.

—¿Por qué?

—Por traerme.

—Ya me lo pagarás de la manera adecuada.

El hotel, como casi todas las casas en Venecia, estaba cerca del agua. Adam se había encargado de las reservas, así que también se ocupó de la inscripción. Mientras lo hacía, Diana se dedicó a curiosear por el vestíbulo, el cual parecía un auténtico museo. Varias piezas y objetos de arte estaban colocados de manera estratégica, al igual que la colección de abanicos y tarjeteros que lo decoraban.

Adam le mostró su llave y le permitió elegir habitación. Ella soltó el aire contenido en sus pulmones al descubrir que no había reservado solo una. Escogió una al azar y entró. Estaba decorada con muebles venecianos de época, los dueños habían recreado la atmósfera de un aposento del siglo XVII. Descorrió las cortinas y quedó frente a la isla de San Giorgio con su característica torre de la iglesia, albergante del campanario, sobresaliendo entre los demás edificios. Abandonó la ventana y colocó las escasas prendas que llevaba en su bolsa. Tenía prisa por recorrer la ciudad.

En la habitación contigua, Adam colocaba las suyas a la vez que pensaba en las contradicciones de Diana. Desde que la conocía, no se había ceñido a ningún patrón. Parecía que actuaba por impulsos, aunque sabía que no había nada más lejos de la realidad. Era una mujer que sopesaba pros y contras con la cabeza bien fría. La única vez que no lo había hecho, habían terminado haciendo el amor contra una puerta y esa espontaneidad la estaba pagando cara porque los había mantenido separados casi dos meses. Ahora tenía que andar con mucha cautela si no quería que el débil vínculo que habían creado durante el viaje, volviera a romperse.

Pasó a recogerla y bajaron a la calle. Un vaporetto se acercaba a atracar en el apeadero, Adam tomó a Diana de la mano y apresuró el paso.

—¿Sigues queriendo ir al puente de Rialto? —ella asintió—. Pues vamos en barco y después volveremos paseando.

A ella le pareció bien el plan. Sentía la calidez de la mano de él envolviendo la suya y se encontraba cómoda. Una vez dentro de la embarcación, no hizo nada por soltarse.

El ambiente relajado continuó hasta que Diana compró un recuerdo para Alberto. Había adquirido un pañuelo de encaje veneciano para Julia y un abrecartas de cristal de Murano para

Alex, pero fue la exquisita figura de cristal para Alberto lo que alteró a Adam, quien volvió a sentir el mordisco de los celos.

—¿Por qué algo tan especial para el policía? —preguntó en tono seco.

Durante unas horas, había olvidado lo brusco que podía ser cuando tocaba algún tema que no le gustaba. Enseguida se puso a la defensiva.

—Porque él es especial.

¿Por qué no podía aceptarlo? Se preguntó molesta.

—¿No dijiste que no hay nada entre vosotros?

Esa vez sí que soltó su mano y la metió en el bolsillo hecha un puño.

—Y no lo hay. Por lo menos lo que estás pensando. Siguió caminando en silencio mientras aceleraba el paso.

—¡Diana!

Ella no respondió y siguió su camino. Él la sujetó por el brazo.

—Diana, espera —ella se detuvo— lo siento.

Ver al hombre orgulloso pedir disculpas, con sus ojos color topacio, casi transparentes por el reflejo de la luz, produjo un entraño efecto en ella. ¿Era ternura? Eso no lo había sentido nunca hacia alguien que no fuera de su familia. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? ¿Por qué era tan paciente con ella cuando sabía que no era una de sus virtudes? Sintió unas enormes ganas de besarla y eso la sorprendió. Aceptó sus disculpas con un gesto y reanudó la marcha. No quería que notara su cambio de actitud y mucho menos qué lo había provocado.

Tras ese pequeño escollo, comieron en un pequeño restaurante y volvieron a la calle. En invierno las tardes eran muy cortas y querían aprovechar el tiempo.

Adam se dio cuenta de que cuando ella olvidaba que estaba con su patrón, se relajaba y dejaba salir a la mujer vital y espontánea que solo había visto en contadas ocasiones. Muchas veces tenía que recordarse que debía tener las manos quietas porque éstas sentían la necesidad constante de tocarla.

Pasaron por las calles angostas y casi oscuras, cruzaron los estrechos canales por diminutos puentes y vagaron por aquel laberinto que era Venecia. Anochecía cuando llegaron a la Plaza de San Marcos. Las pasarelas de hierro y madera estaban listas para ser utilizadas en caso de que el agua subiera. Hasta entonces habían tenido suerte. Decidieron cenar en el restaurante del hotel porque el cansancio empezaba a hacer mella y se dirigieron hacia allí bordeando el palacio ducal.

Durante el trayecto hablaron de la marcha del trabajo. Diana había decidido desconectar y dejar a Alex al frente de todo.

—¿Te fías de tu ayudante? —preguntó aún a riesgo de que se enfadara—. Es muy joven.

—Es el mejor. Te lo he dicho muchas veces. Fue alumno mío y, además de una

inteligencia privilegiada, es muy trabajador. Ya te gustaría que todos tus empleados fueran como él.

Adam sonrió.

—Te podías haber ganado la vida como abogada defendiendo a la gente. Eres una buena amiga y una buena jefa.

—Él lo merece —dijo en tono cariñoso.

El sintió envidia. No los celos que experimentaba cuando hablaba de Alberto, sino deseo de llegar a importarle de la misma manera, bueno, de distinta manera pero con la misma intensidad de entrega y confianza.

El móvil de Diana atrajo la atención de ésta, que, al ver la pantalla e identificar quien la llamaba, vaticinó problemas.

—Hola, Alberto ¿Qué pasa?

Al oír el nombre, Adam se tensó. Para no ser nada más que amigos, hablaban más que él y su hermano.

—Quería avisarte de que el inglés anda buscándote.

Ella soltó una risita.

—¿Cómo lo sabes?

—Victoria me llamó para preguntarme si sabía algo de ti.

—Y tú no dijiste nada —no sabía si reírse o sermonearle.

—Bueno...la verdad es que yo...

—Cantaste como un tenor —terminó por él—. No puedes resistirte a una mujer bonita.

Le gustaba bromear con su amigo.

—Tú ¿cómo estás? —esquivó el comentario para evitar que el tema llegara a su vida personal.

—En Venecia —Ahora había despertado su curiosidad, lo sabía

—¿Y qué haces ahí?

—Me encontré.

—¿Qué te encontró? ¿Quién? —Al decirlo, cayó en la cuenta— ¿Adam?

—Sí, majo. Gracias a lo bien que sabes guardar un secreto.

Habían seguido caminando y estaban en el hotel. Mientras que Diana terminaba la conversación, Adam había pedido la llave de las habitaciones y habían subido. Ella seguía hablando y bromeando con su amigo. En alguna ocasión, perdía el significado de las palabras, pero sabía que habían hablado de él y eso le molestaba. No le gustaba que los comparara ni que el otro hombre opinara sobre su persona.

Cuando Diana cortó la comunicación, los ojos de Adam lanzaban chispas.

—¿Os habéis desahogado bien tu amiguito y tú? Menos mal que no hay nada entre

vosotros —empleó un tono acusatorio que no gustó nada a su acompañante.

—Adam. Entre Alberto y yo siempre habrá algo —él sintió un pequeño brinco en el estómago, que volvió a asentarse cuando oyó la continuación—. Es mi amigo, siempre lo ha sido y siempre lo será. Si no puedes vivir con eso, creo que este viaje ha sido un tremendo error.

## VENECIA

Habían llegado a la puerta de la habitación de Adam y ella lo miraba desafiante. Él estaba cansado de andar de puntillas a su alrededor para no molestarla, estaba frustrado por llevar dos meses detrás de ella casi mendigando una palabra y estaba harto de jugar según sus reglas cuando estaba acostumbrado a ponerlas él. Si hubiese estado seguro de que le era indiferente, se habría dado media vuelta y se habría largado, pero, como creía que tenían mucho camino que andar, se limitó a bajar la cabeza y darle un beso duro y fuerte que la colocó fuera de juego. Después, antes de que dijera o hiciera algo, abrió la puerta, tiró de ella, la metió dentro y la apoyo contra la madera.

¡Oh Dios! Atinó a pensar. Otra vez no. Durante unos minutos, ya no pensó nada más. El ángel vengador había pasado al ataque. Sus ojos brillaban como ascuas y sus labios besaban como un demonio.

Poco a poco, los besos se fueron haciendo más lentos. Sus labios iban convenciendo a Diana con delicadeza y apremio, provocando una rendición ya cercana. Mareada por las sensaciones que la asaltaban, ella intentó luchar contra lo que sentía. Quería dejarse llevar pero no debía. No, no debía... pensó a la vez que un leve suspiro escapaba de su boca. Le devolvió el beso con la misma minuciosidad, arrancando de la garganta de él un gemido de placer y sorpresa. Esa respuesta la animó a seguir provocándolo hasta que se dio cuenta de que era ella la que besaba, mordía y acariciaba. La cabeza de Adam pareció explotar. ¡Jesús! La científica era pura dinamita. Menos mal que no quería complicaciones porque si las hubiera querido, a esas alturas sería hombre muerto. Empezó a quitarle ese abrigo rojo sangre que lo había estado volviendo loco desde que la vio la tarde anterior en Milán. Estaba a medio, cuando reparó en la situación, muy similar a la ocurrida en su casa unos meses antes. Se detuvo e intentó recuperar la respiración. Ella aprovechó su inmovilidad para quitarle el suyo.

—Un momento —pidió él con una voz que no parecía la suya.

Ella se detuvo de golpe y algo en sus ojos brilló como preludio de que, si empezaba a pensar, se echaría para atrás. No la dejó.

—No voy a hacer el amor otra vez contra una puerta.

Diana entendió y una risita se escapó de sus labios hinchados.

—No se dio tan mal.

Él la miró con incredulidad. Por fin lo había reconocido.

Una sonrisa ladina se extendió por su rostro a la vez que terminaba de quitarle la prenda escarlata. Después la levantó en brazos y la depositó en la cama.

Él se tumbó boca abajo a su lado, con los codos apoyados en el colchón y buscó sus

ojos. Ella le devolvió la mirada con intensidad y expectación.

La luz de la luna caía directamente sobre la almohada, bañando los cabellos casi plateados por el juego de luces y su rostro resplandecía con el mismo fulgor argentino. Con una lentitud exasperante, Adam acortó la distancia que los separaba y finalmente rozó sus labios con suavidad. Ella se lo devolvió con un poco más de agresividad, desafiándolo a continuar y él respondió de forma vehemente, devorándola, probando cada rincón de su boca. Diana no esperaba ese asalto a sus sentidos. Siempre había sido capaz de mantener el control, pero Adam conseguía desestabilizarla una y otra vez.

Sentía un nudo en el estómago y que la tensión la embargaba. Enroscó los brazos en su cuello y lo apretó contra sí. Su cuerpo parecía envuelto en llamas. Se movió buscando alguna forma de aplacar el calor que la consumía y que no hizo otra cosa que aumentar cuando las manos grandes y suaves de Adam se deslizaron por debajo del grueso jersey. ¿Cómo era posible que hubiera llegado a ese estado sin siquiera quitarse la ropa? ¡Señor! Si él conservaba aún el abrigo. Tironeó de la prenda con apremio.

Adam sentía una urgencia por tocarla y acariciarla que no había experimentado nunca. Era un hombre con un amplio bagaje, había salido con muchas mujeres en sus casi cuarenta años y jamás se había encontrado en un coyuntura parecida. Deseaba con todas sus fuerzas a una científica rubia, preciosa y arisca que se resistía a él con todas sus fuerzas, aunque en ese instante intentara desnudarlo por todos los medios. Abandonó la piel de su estómago y la ayudó a conseguirlo, después volvió a su interesante tarea, deslizar las yemas de los dedos por su cuerpo, absorbiendo cada pequeño detalle.

Diana había abandonado toda precaución, rasgo característico en ella desde que se conocieran y se estaba empleando con el mismo ahínco en su nueva misión, que no era otra que volverlo loco. Con movimientos expertos se deshizo de su camisa y recorrió casi con reverencia los músculos de su torso. Volvió a suspirar. Era un hombre magníficamente formado. Ocultaba su cuerpo bajo chaquetas de cuero y trajes oscuros pero ahora, que lo observaba sin trabas, podía disfrutar de unas hermosas vistas. Deslizó las palmas de las manos por el ancho pecho arrancando un gemido involuntario del objeto de sus caricias. Sintiéndose más poderosa, continuó la exploración mientras él hacía lo propio deslizando los labios abiertos por su largo cuello.

Diana sintió el cálido aliento sobre su oreja y un estremecimiento la recorrió por entero. Clavó los dedos con fuerza en su espalda, como si así pudiera lograr que su mundo no se tambalease. Protestó cuando él se separó, pero Adam solo pretendía deshacerse de sus ropas.

—Estoy en desventaja —comentó haciendo referencia a que ella seguía vestida.

Con movimientos rápidos le quitó las prendas que le estorbaban y durante unos segundos permaneció observándola.

Ella lo miró a los ojos intentando captar cualquier muestra de emoción o desagrado. Solo encontró un brillo leonado intenso.

—He deseado esto durante meses —dijo él en voz tan baja que casi no pudo oírlo. Después dejó un reguero de besos ligeros y húmedos a lo largo de su cuerpo, deteniéndose en los lugares que le apetecían.

Diana se retorció en busca de algo más pero él siguió con su ritmo lánguido y desesperante. Acarició los montículos de sus pechos arrancando otro jadeo de la garganta femenina. Por una vez, la había dejado sin palabras y sin objeciones.

—Ahora soy yo quien está en desventaja —pronunció ella con voz áspera— ¿Te importaría deshacerte de eso? —señaló los pantalones.

—Sí, señora —bromeó él mientras obedecía.

Los ojos de Diana se deslizaron con sensualidad sobre el cuerpo desnudo del hombre. No quería ni pensar en quien era él, solo se fijaría en sus músculos vigorosos, sus largas piernas y la muestra evidente de que la deseaba tanto como ella a él.

Enredó los dedos en su pelo y lo atrajo otra vez hacia sí. Él se dejó arrastrar y buscó su boca con exigencia. Sus lenguas se entrelazaron y rozaron, provocando regueros de calor por todo el cuerpo. La boca sedosa de Adam parecía arrancar nuevas sensaciones por todas partes y las manos de Diana acariciaban y excitaban cada terminación nerviosa de él.

La respiración agitada de Adam incendió un poco más a Diana si ello era posible porque, cuando sintió la mano masculina entre sus piernas, inspiró con tanta elocuencia que él estuvo a punto de perder el control.

Volviéron a fundirse en un beso voraz y frenético, que unido a sus caricias los condujo al borde del abismo. La tensión en el vientre de Diana producía dolor y su cuerpo pedía a gritos cualquier forma de liberación. Estaba a punto de rogarle que hiciera algo, cuando lo sintió entrar en su cuerpo. Encajaron de forma gloriosa. Lo acogió en su interior y sus músculos lo rodearon con avidez.

Adam se quedó muy quieto; no sabía si para recuperar el control o para torturarla un poco más. Ella levantó las caderas y oyó algo pareció a un quejido. Otro movimiento y él se rindió por completo. La lentitud dejó paso a movimientos más rápidos. Las oleadas de placer se sucedieron antes de que comenzaran las primeras convulsiones provocadas por el orgasmo.

Después de aquel gozo absoluto, solo pudo sentir un total abandono. Se dejó llevar por la espiral que los levantó como pequeñas casas en un tornado y que poco a poco los fue devolviendo, con suavidad, al sitio donde todo había comenzado.

Diana se arrebujó contra el cuerpo duro y cálido de Adam y éste la estrechó contra él. El ritmo loco de sus corazones se fue normalizando y las respiraciones se tornaron más regulares de lo que habían estado en los últimos minutos. Después de la tensión contenida, de ella



negando lo innegable y de él intentando encontrarla, habían conseguido un poco de paz.

La cabeza de Diana descansaba sobre el amplio pecho de Adam. En esa posición, podía oír los latidos del corazón, antes, acelerados y erráticos y ahora, pausados y regulares. Su respiración era rítmica, lo que le hizo pensar que se había dormido. Ya no había vuelta atrás. Se había quedado atrapada. Después de lo ocurrido, solo quedaba seguir hacia delante y rogar para que la decisión tomada no le costara su trabajo. Una vocecita le dijo desde el fondo de su cerebro, que eso era imposible. De una manera o de otra, aquella relación lo afectaría.

Se deslizó con sigilo de la cama y empezó a buscar su ropa.

Adam no se había dormido, estaba pendiente de cualquier movimiento que ella hacía. La sentía acurrucada contra su cuerpo y casi podía oír sus pensamientos. Cuando vio que empezaba a recoger sus cosas, el pánico hizo presa de él. No podían volver al principio.

—¿Vas a volver a huir?

Diana pegó un respingo al escuchar la pregunta.

—Creía que dormías —añadió mientras se ponía el jersey.

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios de él.

—Es evidente. ¿Vuelves a huir? —repitió la pregunta.

Ella se acercó a la cama. Casi se derretía al saber que aquel pedazo de hombre se mostrara tan vulnerable por su culpa. Le otorgaba un poder que no quería tener. Se agachó y le dio un beso que no dejó lugar a dudas.

Cuando sus brazos iban a rodearla, se escabulló con una risita.

—Necesito algunas cosas de mi habitación. Ahora vuelvo.

Salió antes de que él pudiera decir algo.

Adam respiró con algo más de tranquilidad. Nunca sabía cuál iba a ser el siguiente movimiento de ella. Siempre actuaba de manera imprevisible en lo que a ellos se refería. Si tan solo se permitiera dejarse llevar...

Diana volvió diez minutos después y lo encontró en la misma posición que lo había dejado.

—Has hecho poco en mi ausencia —comentó divertida— ¿No vas a cenar?

Ella se había arreglado un poco y parecía feliz. Por lo menos, pensó mientras la contemplaba, no se había arrepentido.

Adam se sentó en la cama. La sábana se deslizó peligrosamente por debajo de la cintura. Los ojos de Diana siguieron el recorrido de la prenda y se deleitaron en cada uno de los detalles de la atractiva imagen. Al ver que no era tan inmune a su cuerpo como ella pretendía dar a entender, él se sintió divertido y aliviado. No era cómodo ser el único que sentía esa atracción.

—¿Qué tenías pensado? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho y provocando

que sus músculos se marcaran aún más.

La pregunta llegó como una especie de eco al cerebro de Diana, quien estaba perdida en lo que veía.

—¿Qué? —De pronto comprendió que le preguntaba por la cena. “Diana, concéntrate” se riñó por su despiste. Ella nunca se quedaba embobada. Bueno, ahora sí— Algo rápido, por aquí cerca —consiguió decir.

No podía estarse quieta. Era como si le hubieran inyectado energía pura en vena. Él hubiera preferido algo en la habitación, pero en aquel viaje, ella marcaba las pautas.

Sin esperar más, apartó las sábanas del todo y se dirigió al baño. Diana casi se atragantó. Con el ardor y las prisas, no se había fijado mucho pero Adam era un metro noventa centímetros de puro músculo. Tenía un trasero bien formado y sus piernas, largas y rectas completaban el cuadro. Estaba totalmente perdida. Ya no distinguía al hombre del jefe. Ambos la habían cautivado y se encontraba en el punto de no retorno.

Cinco minutos después, el volvió a aparecer con una toalla rodeando su estrecha cintura. Se la quitó sin ningún pudor para deleite de su observadora y fue recogiendo las prendas amontonadas junto a la cama.

—¿Nos vamos? —preguntó ya vestido.

Ella no se había movido del sitio. Reaccionó y se puso en movimiento en busca de su abrigo.

—¿Buscas esto? —dijo él con diversión recuperando la prenda del suelo. Era la evidencia de cómo había empezado todo y ella le dejó que la ayudara a ponérselo con un ligero color sonrosado en sus mejillas.

Adam depositó un beso en una de ellas antes de mostrarle la salida. Su científica era más tímida de lo que mostraba con su actitud agresiva.

Cualquier observador habría notado que la pareja que había entrado unas horas antes, no era la misma que salía enlazada por la cintura.

—¿Cómo dices? —Por el tono de su prima, Diana podía imaginar su expresión de sorpresa.

—Lo has oído perfectamente —dijo con una sonrisa—. No me hagas repetirlo.

—Quiero oírlo otra vez —oyó la voz cantarina de Julia.

—Vamos a quedarnos un día más —repitió más despacio y con entonación paciente, las mismas palabras que ya le había dicho.

—¡Bien! El chico lo ha conseguido —Diana permaneció en silencio—. Lo ha conseguido ¿verdad?

—Digamos que hemos llegado a un entendimiento —No era cuestión de darle los

detalles. Tendría que conformarse con eso.

—Ay Diana, cuando te pones en plan misterioso me dan ganas de ahogarte —protestó.

—Eres una cotilla.

—¡Pues claro que soy una cotilla! Tú nunca haces nada emocionante y para una vez que, intuyo, que lo has hecho, quiero saberlo. ¿A qué entendimiento habéis llegado? —No había manera, se lamentó en silencio. No iba a soltar su presa sin tener algo más de información. Dudó antes de decir.

—Por el momento, voy a dejar de huir.

—¿Y cómo te ha convencido?

Diana levantó los ojos al techo. Aquella chica era insaciable.

—Julia... —su voz sonaba a advertencia aunque sabía que si no cortaba la comunicación, insistiría e insistiría sin dar la menor muestra de agotamiento.

—Está bien, me rindo. Ya mandaré a mi padre a interrogarte cuando vuelvas.

—Con una amenaza como esa es posible que me vaya a casa desde aquí.

Su prima soltó una carcajada.

—No lo harás. Tienes que recoger tus compras.

Al final, Diana tuvo que reír. Era imposible enfadarse con ella.

—Está bien. Mañana nos vemos.

—Diviértete —fue su alegre despedida.

Adam se acercó y la besó en el hombro. Tras una larga noche explorando nuevas posibilidades y disfrutando de sus, recién descubiertos, cuerpos, se levantaron tarde y decidieron alargar el viaje un día más. Ahora que se encontraban cómodos juntos, querían tiempo para conocerse mejor fuera del ambiente del trabajo. Adam tenía que volver a Londres y no sabían cuándo podrían encontrarse de nuevo.

Diana aún tenía muchas reservas. Una relación en la distancia era muy difícil de mantener, pero no era la ocasión adecuada para preocuparse por ello. Había decidido que iba a sacar partido de cada momento que pasara con él.

—¿De qué te ríes? —preguntó con curiosidad.

—Julia —Ese nombre debía explicarlo todo para ella pero él no entendió lo que quería decir—. Se sigue comportando como cuando teníamos dieciséis años —le aclaró todavía sonriendo.

—Es encantadora —No era una formalidad. Realmente se lo parecía. Su carácter era muy diferente al de Diana. No era tan seria, era más espontánea y pensaba menos las consecuencias de lo que decía, pero se complementaba muy bien con la prudencia y el equilibrio de su prima.

—Sí que lo es. Es como una hermana —le explicó—. Nuestros padres siempre que

podían se reunían y nosotras lo pasábamos en grande juntas.

—¿Y su madre? Nadie la ha mencionado —era algo que le había llamado la atención.

—Murió cuando éramos muy pequeñas. Mi tío no se volvió a casar —Mario había salido con algunas mujeres, pero nunca, ninguna, consiguió llenar el vacío que había dejado su esposa. Al final, el consuelo lo había encontrado en su hija y su sobrina por las que habría dado la vida.

—Parecen felices —comentó él después de sopesar lo que había observado cuando estuvo con ellos.

—Lo son. Somos una familia pequeña pero nos queremos. Nos tenemos los tres para apoyarnos y ayudarnos en los malos momentos y disfrutar de los buenos. Por eso Julia se mete en todo. Tengo que reconocer, que yo también me meto en la de ella.

Un velo de tristeza había cubierto sus ojos y Adam se dio cuenta enseguida.

—Vamos, no hay lugar para pensamientos tristes —Sabía que al hablar de su familia había recordado a sus padres— ¿Pedimos el desayuno?

Ella aceptó con la condición de salir más tarde, sin excusas. Le advirtió con la mirada llena de promesas.

Un ligero cosquilleo de anticipación se extendió por todo el cuerpo de Adam, primero le prohibía y después le prometía. Le encantaba aquella mujer.

El timbre del teléfono de Diana irrumpió con estridencia en la tranquilidad de la habitación. Aún dormían cuando el sonido se abrió paso hacia sus conciencias.

El brazo de Adam rodeaba la cintura de Diana impidiéndole el movimiento.

—Adam... —le movió para que la liberara.

—Ummm —fue la respuesta que obtuvo de su dormido compañero.

—Adam, el teléfono. Tengo que cogerlo.

Él la dejó ir y se puso boca arriba protestando.

—¿Quién llama a estas horas? Estamos de vacaciones.

Ella ignoró el comentario cuando vio que la llamada era de Alex.

## ALGO QUE SOLUCIONAR

–¿Alex! –Contestó de inmediato– ¿Estás bien?

–Hola Diana. Siento llamarte en tus días libres pero creo que debes saber lo que ocurrió anoche.

La voz preocupada de su ayudante hizo que se sentara en la cama con una expresión de alarma dibujada en el rostro.

–¿Qué pasó?

–Anoche, cuando hacía la ronda, el guarda de seguridad encontró a Laura en el aparcamiento. Le habían golpeado en la cabeza.

La exclamación que salió de la garganta femenina hizo que Adam también se incorporara y prestara atención a la conversación.

–¿Está bien? –preguntó con temor a conocer la respuesta.

–Tiene conmoción cerebral y no recuerda nada, pero se pondrá bien.

–¿Qué pasa? –preguntó Adam.

–Anoche atacaron a Laura, la secretaria de Armiñana –le informó.

–¿En la empresa? –volvió a preguntar ya despierto del todo.

–Diana –la voz de Alex interrumpió la conversación– ¿Estás acompañada? –Su voz mostraba extrañeza.

Ella contestó sin pensar.

–Adam está conmigo.

–¿Adam? ¿El jefe? ¿Estás segura?

Las preguntas del pasmado ayudante se sucedían sin respuesta mientras Adam esperaba impaciente algún dato más. No le gustaba ir a ciegas, así que sin pensar lo que hacía, arrancó el teléfono de la mano de Diana.

–Señor Torres, soy Mr. Howard ¿Qué ha sucedido? –Al identificarse así, dejaba bien claro quien mandaba. No habría hecho falta. Solo con su tono autoritario puso nervioso a Alex que lo último que esperaba era llamar a su amiga y encontrarse con el dueño de la empresa.

A la vez que el colaborador explicaba lo sucedido, Diana se cruzó de brazos con expresión enfadada.

–De acuerdo, Torres, avise a Armiñana de que mañana estaremos allí. ¿Quiere hablar con su jefa?

Ante la respuesta del joven, volvió a pasar el aparato a su compañera, que lo miraba con cara de pocos amigos.

–Diana, ¿estás bien?

El muchacho estaba preocupado. Podía suponer que no esperaba encontrarla en compañía de Adam a quien dirigió una mirada furiosa antes de responder.

–Oh, sí, Alex, estoy bien. Muy enfadada, pero bien.

–¿Puedo preguntar qué hace ese hombre contigo o sería meterme demasiado en tu vida?

–Ya te contaré cuando nos veamos. Ahora –volvió a mirar a Adam, que escuchaba la conversación recostado en la almohada– tengo algo que solucionar.

Alex debó captar la tensión porque se despidió con rapidez.

–Entonces te dejo. Hasta pronto.

–Hasta pronto –se despidió ella cerrando el teléfono muy despacio.

«Oh, oh» pensó Adam «Problemas» Y estaba en lo cierto. Había actuado precipitadamente, sin pensar y le iba a costar caro.

–Como vuelvas a quitarme el teléfono de la mano mientras hablo –sus ojos echaban chispas y se había inclinado hacia él– te voy a hacer tragar el aparato –movió éste ante sus ojos.

La expresión divertida de Adam la enfureció más.

–No se te ocurra reírte de mí. Serás el jefe, pero una conversación es privada –elevó la voz unos decibelios.

–¿Aunque esa conversación tenga que ver con mi empresa? –levantó una ceja con ironía. Le gustaba cuando dejaba de ser comedida para mostrar toda la pasión que escondía tras su fachada fría.

–Me importa un comino tu empresa.

–Pues trabajas en ella –aclaró con toda tranquilidad.

Aquello era el colmo. Se inclinó un poco más. Como consecuencia, la sábana se deslizó dejando el tórax de Adam a la vista. Por un momento olvidó el motivo de la discusión. Siguió la dirección de la pícaro mirada del hombre y vio que su trozo de sábana también había dejado mucho al descubierto, lo que hizo que su enfado creciera.

–Eres...,eres...–no le salían las palabras y él no quería hablar.

Con un movimiento rápido la tumbó sobre la cama y se puso encima.

–¿Qué soy?

Vale, sentía toda la piel caliente del cuerpo masculino en contacto con la suya ¿Qué era quién? Ah, sí. El jefe que no quería como amante pero que lo era.

–Eres un prepotente –consiguió decir.

–Bien –En respuesta él la besó. Un beso lento y suave cuya misión era hacerla olvidar unas cosas y recordar otras.

Se apartó unos centímetros y la miró.

–También eres un arrogante –volvió a hablar ella sin darse por vencida.

—Bien —Volvió a besarla. Esta vez mordisqueó sus labios e intentó que le devolviera el beso.

—Y un creído, y un presumido, y un mandón... —sus palabras salían cada vez más débiles.

—Todo lo que quieras —concedió él antes de volver a atacar todos sus sentidos. Sus manos se pusieron en movimiento, sus bocas se devoraron y sus lenguas establecieron una lucha de poder. Ambos buscaban una victoria y ambos la consiguieron. La necesidad de demostrar al otro quien podía más, aunque fuera en la cama, les llevó a olvidarse de todo lo que no fuera sus cuerpos, sus sentimientos y la manera de demostrar que su atracción no era solo una mera reacción química entre ellos.

La vuelta a España fue algo precipitada. Llegaron a Milán a medio día, recogieron sus cosas y Julia los llevó al aeropuerto en medio de mil preguntas y recomendaciones. ¿Por qué no podía Diana esperar a Navidad con ellos? Diana le dio la versión rápida de los acontecimientos y le prometió mantenerla informada.

A las siete de la tarde consiguieron salir para Madrid. Adam se había empeñado en ir con ella y conocer de primera mano los detalles. Tantos ataques a su personal lo estaban poniendo muy nervioso. Nunca había sucedido nada parecido en su empresa. ¿Por qué? Nada más formular la pregunta, tuvo la respuesta. Nunca antes habían hecho un descubrimiento tan importante. Si aquel medicamento era lo eficaz que parecía, Diana merecería el premio Nobel. La miró de reojo. La mujer que iba sentada a su lado con aspecto cansado y preocupado, había sido capaz de descubrir algo que mejoraría la vida a miles de pacientes. Casi le daba miedo pensarlo. Esa mente privilegiada, encerrada en un cuerpo casi perfecto, tenía un poder extraordinario.

Parecía que ella no era consciente del alcance de su logro. Seguía mostrándose cabezota e independiente y no hablaba de su trabajo si no le preguntaba. Lo que sí había notado era que, cuando hablaba sobre lo que hacía, su mirada azul se iluminaba y su entusiasmo se reflejaba en lo que decía y como lo decía. Y esa mujer, ahora, era suya. Por fin había claudicado ante su evidente atracción. Solo esperaba que no se arrepintiera.

—Tengo algo que contarte —la voz de Diana lo sacó de sus pensamientos. Por el tono, podía ser importante. Esperó a que siguiera hablando—. Alex y Laura salen juntos.

—¿Qué? —No entendía muy bien la palabra salir.

—Que están juntos —explicó— que tienen una relación.

Con esos nuevos datos, entendió por qué siempre encontraba a la muchacha en los sitios más raros y la bata blanca que un día había visto desaparecer por la esquina de un pasillo, debía pertenecer al ayudante de laboratorio.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? —No quería enfadarse, pero le molestaba

que lo hubieran dejado al margen con esa información.

—Pensé que no tenía nada que ver con el trabajo, pero ahora que está herida y que van a empezar a hacer preguntas otra vez, creo que debes saberlo.

—Vaya, gracias, por considerarme tan importante.

Ella posó su mano sobre la de él, que descansaba en el brazo del sillón.

—Venga, no te enfades. Tienes que reconocer que nosotros tampoco estábamos en muy buenos términos.

Él giró la cabeza y le dirigió una mirada acusadora.

—¿Y de quien era la culpa?

Ella no quería discutir. No ahora. Así que se inclinó y colocó un beso dulce y delicado sobre sus labios.

—¿Olvidamos eso?

Él disfrutó de la caricia, pensó que estaban mejor de lo que nunca habían estado y decidió que no iba a arriesgar su nueva posición por una tontería.

—Lo olvidaremos. Creo que es lo más conveniente.

Llegaron a Madrid alrededor de las nueve y allí esperaron para tomar el enlace a Vigo. Aprovecharon la hora de espera para cenar y hacer algunas llamadas.

Diana llamó a Alberto para que fuera a recogerlos. Iban a llegar demasiado tarde para alquilar un coche.

Adam aprovechó para llamar a su hermana y ponerla en antecedentes sobre lo ocurrido.

—Cuéntaselo tú a papá —terminó—. Mañana llamaré yo y hablaré con él.

Su hermana no dio por terminada la conversación, antes tenía que enterarse bien de su tema favorito. Diana.

—Así que la encontraste. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —fue su escueta respuesta.

—Hijo, qué serio. Recuerda que la encontré yo y me debes algo más.

—Todo está bien entre nosotros —era lo único que pensaba decir—. Puedes decírselo a mamá.

—¿Todo arreglado? —preguntó Diana cuando le vio cortar la comunicación.

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa torcida.

—Una versión más ligera que Julia pero sí, arreglado. Supongo que ya estará llamando a mi madre. ¿Y tú?

—También. Alberto nos recogerá.

Él gesto de Adam no dejó lugar a dudas. Ella le acarició la mejilla con suavidad.

—Adam ... acostúmbrate.



—Si es que me pone nervioso verlo a tu alrededor. Ese tío es como Súper Man.

Ella le dio un beso que lo dejó sin aliento. No estaba acostumbrado a esas muestras de cariño y menos en público.

—Con él, no hago esto —le espetó con expresión traviesa.

Nunca dejaba de sorprenderlo.

—¿Lo has hecho alguna vez? —Le rodeó los hombros con el brazo y se dirigieron a la cafetería.

—¿Besarle? —levantó la cabeza para mirarlo.

Él asintió. Parecía relajado, pero sabía que esperaba una respuesta.

—Sí. Una vez. Cuando teníamos dieciocho años.

—¿Y?

—Nos dimos cuenta de que nos iría mejor como amigos. Nos queremos, pero no fuimos capaces de enamorarnos.

—Me alegro.

A la una de la mañana, agotados, entraron en casa de Diana. Ella arrastraba la maleta por el camino como si pesara una tonelada. Solo quería llegar y acostarse.

Alberto les había interrogado a fondo durante el trayecto y se había marchado con la promesa de recabar toda la información posible.

Cuando abrió la puerta y desconectó la alarma, sintió como si nunca se hubiera ido, si no fuera porque ahora estaba acompañada por la persona de la que huía cuando se marchó.

—¿Tendré que dormir en esa habitación horrible en la que me desterraste cuando estuve aquí?

Usó un tono lastimero que le hizo gracia.

—En mi casa no hay habitaciones horribles.

—Está bien. No es horrible pero estaba muy solo —protestó.

—Te lo merecías. Por mandón.

Ya estaban en el rellano del primer piso.

—¿De verdad piensas que te he dejado alojarte en mi casa para mandarte a dormir a la habitación de invitados?

Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro.

—Eso me parecía —dijo a la vez que la dejaba entrar en su habitación. Después entro él y echó un vistazo a su alrededor. Como había supuesto, allí se reflejaba su personalidad, esa espontánea y divertida que se empeñaba en ocultar. En ella predominaban los tonos vainilla, pero rompía la neutralidad del color con toques en tonos frambuesa, que alegraban el conjunto. Era una habitación sencilla, elegante y alegre— Esta es mucho mejor que la que me dejaste.

Ella le dio un empujoncito juguetón.

—¡Oh! Basta ya con las quejas o volverás allí.

Él le rodeó la cintura con los brazos y la acercó a su cuerpo con aire provocador.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —Su voz insinuante prometía una larga noche.

—¿No estás cansado? —preguntó ella mientras bajaba la cremallera de su chaquetón de cuero.

—Ni un poco —contestó él mientras le abría el abrigo.

—Mañana hay que madrugar. Tenemos mucho trabajo —intentó poner un poquito de sensatez, aunque no estaba muy por la labor de hacer lo adecuado.

—Eso es —confirmó el—el trabajo lo dejamos para mañana.

La besó con ansiedad. Sin darle tregua. Llevaba todo el día sin hacerlo como quería y se dedicó a ello en exclusiva.

En la puerta, dos maletas quedaron olvidadas.

Cuando Alex había contado a Armiñana que había encontrado a Diana en compañía del señor Howard, casi le da un ataque, pero había sido mejor así porque cuando los vio, desde su ventana, llegar juntos en el coche de ella, estaba preparado para no reaccionar como un pasmarote. Su empleada y su jefe juntos, se dijo. Increíble. No había dos personas más dispares y, sin embargo había algo que mostraba cierta sintonía entre ellos, por lo menos en la distancia.

—Buenos días y bienvenido señor —saludó estrechando su mano cuando entraron—. Hola Diana, siento que hayas tenido que interrumpir tus vacaciones.

—¿Cómo está Laura? —le preguntó.

—En casa. Mañana volverá al trabajo.

—¿Se sabe algo más del ataque? —preguntó Adam—. Me estoy cansando de esto.

—Yo también —dijo el director—. Estoy harto de que agredan a mis trabajadores. Supongo que buscan la fórmula del fármaco.

—Eso pensamos —Adam intercambió una mirada significativa con Diana.

—Tenemos que hacer algo —dijo ella—, no podemos permitir que nos la roben.

—Y no lo permitiremos. Tranquila —le dio un pequeño apretón en el hombro.

—Adam, ese medicamento es fruto de mucho trabajo y esfuerzo.

—Lo sé —la sujetó por los brazos y se inclinó para poderla ver de cerca— Y yo he invertido mucho dinero en él.

Armiñana asistía a aquel intercambio pasmado. Por separado eran dos personalidades fuertes, juntos, desprendían una gran cantidad de energía y si alguien podía resolver algo, eran ellos.

—Esta mañana, el inspector Portillo va a venir a hablar con vosotros. Ayer le dije que estabais fuera —informó el director.

—Yo tengo cosas que hacer en el laboratorio —anunció ella— hasta que venga, voy a estar allí.

—Nosotros resolveremos algunos asuntos mientras.

Diana se dio la vuelta para salir y Adam la detuvo. Se acercó y le dio un beso a la vez que le guiñaba el ojo. Ella sonrió y salió.

—No puedo creerlo —Al final, Armiñana tuvo que hacer el comentario o habría explotado.

—¿El qué? —preguntó Howard con la mente aún en Diana.

—Usted —lo señaló— ella... —indicó la puerta por donde ella había desaparecido.

—¿Tan raro le parece? —le interesaba saber por qué le extrañaba tanto.

—Es que ella nunca deja que nadie se acerque. Y usted lo ha hecho. Mucho.

—Mi trabajo me ha costado —hizo una mueca— y le voy a confesar un secreto. Como dicen ustedes, no las tengo todas conmigo.

El hombre no supo qué contestar ante esa muestra de confianza por parte de su jefe.

—Y ahora, a trabajar —concluyó Adam dando por zanjado el tema.

A las doce de la mañana aparecieron el inspector Portillo y su compañero. Una vez todos reunidos en el despacho del director, comenzó la reunión.

—Señorita Manetti ¿Conoce mucho a Laura Garrido?

—Bastante —contestó desconcertada por la pregunta—. ¿Por qué?

—Dice que ayer, cuando la golpearon, llevaba una carpeta que no aparece por ningún sitio. ¿Es normal que una secretaria saque de aquí cosas del trabajo?

—No —contestó el director— nunca se llevaba nada.

—¿Sospechan de ella? —Diana no podía creer esa posibilidad.

—Sospechamos de todos —fue la seca respuesta del policía.

—Pero ¿para qué va a simular que la han golpeado?

—No fue un simulacro —aclaró—. La golpearon de verdad. Pudo ser alguien que conocía sus actividades y ayer vio la oportunidad de sacar partido.

—No puede ser. La conozco desde hace años. Ella no me golpearía, ni me robaría. Sabe lo importante que mi trabajo es para mí.

—Yo no apostaría por eso —dijo el inspector—. Manejaba mucho dinero para un sueldo de secretaria.

Adam le hizo un gesto de “te lo dije” y ella recordó la conversación que habían tenido sobre el vestuario de la secretaria.

—Sus padres le pasan algunos extras —aclaró.

—Lo estamos comprobando. De todas formas, ¿Qué hacía con esa carpeta?

—Ella ¿qué dice al respecto? —preguntó Adam.

—Que se había encontrado una carpeta en la mesa del señor Armiñana y se la llevaba para poner los documentos a salvo. Con todo lo que estaba ocurriendo, era mejor no dejarla fuera de la caja fuerte.

—Si no fuera como lo cuenta, no habría dicho que le faltaba la carpeta. Simplemente, lo habría dejado pasar —La observación de Diana era bastante lógica.

—Seguiremos investigándola —fue la afirmación de Portillo— pero no nos centramos solo en ella.

Diana recordó que había contado a Adam lo de la relación entre ella y Alex, pero no estaba segura de querer decírselo a la policía. Portillo se dio cuenta de que algo ocurría porque le preguntó.

—¿Ha recordado algo señorita Manetti? —Aquel hombre parecía un perro de presa y ella tenía que decir lo que sabía. Había mucho en juego.

—Ella y Alex salen juntos. No es una relación muy estable, pero la tienen.

—¿Es posible que haya sacado información de su ayudante?

Ella negó.

—No creo. En el laboratorio no entra nadie.

—¿Y él, puede haberla sacado?

La furia refulgió en los ojos azules.

—Alex no es un traidor sentenció.

—Tranquila, Diana— intervino Adam—. Nadie acusa a Alex. Simplemente Laura podía haberle robado —Sabía por experiencia que ella se enfrentaría a quien fuera para defender a su colaborador. Solo esperaba que tuviera razón porque si se demostraba algo en contra de él, se sentiría traicionada y dolida y no volvería a confiar en nadie.

—Verán. Creo que sé a qué carpeta se refiere la señorita Garrido —habló Armiñana.

Todas las miradas se quedaron fijas en él.

—Esta mañana he estado buscando un expediente que dejé sobre mi mesa. No lo encuentro por ninguna parte. No tenía nada que ver con el nuevo descubrimiento, pero es posible que ella lo cogiera para que nadie más lo hiciera. Puede que diga la verdad y que se la llevara. También puede ser que el topo viera una oportunidad al verla e improvisara.

Portillo admitió la posibilidad pero no estaba dispuesto a descartar a nadie.

—De todas formas, la seguridad de la empresa es cosa suya —dijo a Adam.

Éste asintió.

—Nunca ha habido una fuga en nuestro laboratorio, ni siquiera ahora, aunque lo intenten continuamente —dijo con orgullo.

—¿Y la limpiadora? —Fue la siguiente e incomprensible pregunta.

—¿Qué pasa con ella? —Preguntó a su vez el director—. Viene, limpia y se va.

—No es tan sencillo —dijo el policía—. Es una de las personas que se pasea por todo el edificio y la mayor parte del tiempo está sola. Su sueldo no es muy alto y puede tener la tentación de sacar algún dinero extra.

Todos guardaron silencio ante la nueva posibilidad.

—¿Pudo ella golpearme? —Preguntó Diana.

—Claro que pudo. Es una mujer bastante grande.

El teléfono del otro policía, que permanecía en silencio, sonó y el hombre abandonó la habitación.

Todo aquello era un monumental lío y sobre todo muy desagradable. Que todos los conocidos estuvieran en el punto de mira era, cuanto menos, penoso y lamentable.

—Por cierto, —habló de nuevo el inspector—, ¿Podría hablar con la persona que encontró a la señorita Garrido?

Armiñana se puso en contacto con el jefe de seguridad, habló con él unos minutos y colgó con cara de preocupación.

—Por lo visto, anoche no se presentó a trabajar. Llamó diciendo que estaba enfermo.

El otro policía entró de nuevo y dijo algo a su compañero.

—Tenemos que irnos —informó Portillo con precipitación— seguiremos en contacto.

Tras una breve despedida, volvieron a quedar los tres en el despacho, comentando todo el aluvión de información y sospechas que los agentes habían dejado sobre la mesa.

## LOS PACIENTES

Aunque estaba de vacaciones, Diana se metió de lleno en el trabajo. Si estaba en el laboratorio, era incapaz de no hacer nada. El único extra que había hecho era salir a comer con Adam ante la atónita mirada de sus compañeros, que no estaban acostumbrados a esa “pérdida de tiempo” como ella llamaba a comer. Así que tuvo que aguantar alguna broma y sonrisita pícaras. Por lo visto era del dominio público su amistad con el dueño de la empresa.

A media tarde, decidió que era un buen momento para ir a visitar al enfermo más joven de los que estaban participando en el experimento. A sus 40 años, era el que tenía la enfermedad menos desarrollada. Sus movimientos aún le permitían una vida casi normal, pero algunas de las secuelas ya le habían afectado, sobre todo psicológicamente. Él y su mujer estaban hundidos. Ambos eran abogados y les iba bastante bien. No podían asumir que aquella maldición hubiera caído sobre ellos.

Aunque Alex llevaba un registro exhaustivo, ella quería comprobar personalmente la evolución.

—¿Te importaría acompañarme a visitar a uno de los pacientes? —preguntó a Adam. Él llevaba casi una hora sentado en su pequeño despacho esperándola.

—Claro que no. Sabes que me gusta acompañarte en esas visitas —aludió a la que habían hecho al hospital unos meses atrás—. Aprendo mucho.

Estaban en una situación ya familiar. Ellos en el minúsculo despacho, preparándose para salir. Diana se quitó su eterna bata blanca, pero, en esa ocasión, él ya sabía qué había debajo. Esa misma mañana la había visto ponerse unos pantalones negros y otra de sus peculiares camisetas, a las que era tan aficionada. Estaba feliz con aquella situación y le encantaba acompañarla y observarla.

Ajena a la admiración y respeto que despertaba en él, Diana se puso su chaquetón, recogió su bolso con movimientos mecánicos y buscó la carpeta con la documentación necesaria.

—¿Nos vamos? —preguntó a su mudo observador.

Él se puso en marcha sin decir nada. Estaban en el terreno que ella dominaba y él se limitaba a dejarse llevar.

Luis Cazorla y su esposa María vivía en un chalet adosado a las afueras de la ciudad. Diana les había anunciado su visita y suponía que la estarían esperando.

Cuando pulsó el timbre, una luz se encendió en el pequeño porche y la puerta se abrió. Una mujer joven, delgada y morena, les sonreía con un rictus de tristeza en su bonito rostro.

—Bienvenidos —saludó— Adelante.

—Hola, María —la dulzura, casi siempre escondida de Diana, apareció en ese momento. No se podía negar que sabía tratar a sus pacientes con interés y cariño—. Te presento a Adam Howard, un compañero de la sucursal de Londres.

No quería apabullarles con la importancia de su visitante. Quería que se mostraran naturales y sinceros.

—Encantada, Señor Howard, adelante —volvió a repetir.

Pasaron a un vestíbulo bastante pequeño adornado con una consola de madera de pino y un paragüero de forja.

María les guió hasta el salón, donde encontraron a Luís, quien manejaba los mandos de una vídeo-consola.

Diana sonrió. En una ocasión le había comentado que esos cacharros eran muy recomendables para personas con su enfermedad porque ayudaban a la coordinación visomotora y mejoraba la rigidez de los movimientos. Por lo visto, se había empleado con ello.

Por lo poco que pudo ver, la movilidad del enfermo era bastante buena.

—Hola, Luís —saludó.

El aludido, un hombre rubio, bastante bien parecido, volvió la cabeza hacia ella. En cuanto la reconoció, dejó el mando en el sofá y se levantó.

A Diana casi le dieron ganas de llorar. La rigidez inicial era casi imperceptible y su forma de caminar hacia ella había perdido la inestabilidad. Incluso su sonrisa brillaba en el rostro moviendo músculos antes aletargados.

—Me alegro de verla —dijo él, alargando la mano derecha para estrechar la suya.

Un pequeño temblor persistía, pero si había evolucionado tanto, esperaba que, con un poco más de tiempo, éste desapareciera. Lo único que le preocupaba era saber si los daños ocasionados en el cerebro podrían recuperarse. Aunque no fuera así, ya era un logro conseguir una mejoría física y la posibilidad de detener el avance de las lesiones cerebrales.

—Yo también me alegro. Te veo muy bien comento.

María se adelantó a la respuesta de Luís. Se veía nerviosa y sobre protectora, cosa que comprendía perfectamente. Era ella quien sufría la depresión y las frustraciones de su marido.

—Ha avanzado mucho. Incluso se queda solo durante mi jornada laboral.

—Es evidente —Diana lo señaló con ambas manos—. Es fantástico verte así.

—Sí que lo es. Solo espero curarme del todo.

Detrás del optimismo, había una nota de desesperanza.

—¿Ha estado muy mal? —preguntó Adam, que había permanecido en silencio

El enfermo lo miró interrogante, como si se diera cuenta entonces de su presencia. Diana se lo presentó como un colega.

—Disculpa, he olvidado presentaros, pero es que me he emocionado al verte.

Luis asintió y contestó a la pregunta de Adam.

—Sí que lo estaba. Sobre todo por la depresión. No me dejaba luchar contra la enfermedad. Cuando tuve que dejar el trabajo, tuve que admitir lo que me sucedía, que ya nunca volvería a ser normal, que cada vez iría a peor. Simplemente, me derrumbé.

—No te preocupes por eso ahora —intervino Diana—. No te lo puedo asegurar, pero a este ritmo, quizás puedas recuperarte del todo.

Las manos de María se movían inquietas. Parecía que no podía permanecer quieta.

—María ¿Podría tomar un vaso de agua? —Pidió Diana—. Te acompaño a la cocina.

No sabía si había sido muy sutil, pero necesitaba hablar con la mujer.

—¿Estás bien? —preguntó cuándo estuvo segura de que no las oían.

—Tengo tanto miedo —aceptó ella al borde de las lágrimas— ¿Y si vuelve a estar como antes?

Diana sujetó sus manos.

—No lo creo. Está mucho mejor y tú no puedes vivir obsesionada con eso. Tienes que relajarte —le aconsejó— ¿Has ido a un psicólogo?

—Lo dejé. No tenía tiempo.

—Pues deberías volver. Ahora Luis puede valerse por sí mismo y todo va a ser más fácil —la animó—. ¿Y él, como lo lleva?

—Pues ahora está animado, pero otras se revela contra todo. A veces, pienso que me odia.

—No es así. Ya te lo habrán dicho. Lo que pasa es que no puede aceptar que esto le pase a él.

María se retiró el pelo de la cara.

—Es muy duro —dijo con sencillez.

—Lo sé —Se limitó a decir mientras le apretaba la mano—. No te preocupes. Creo que lo superaréis.

Cuando volvieron al salón, los hombres hablaban del trabajo de Luis. Aunque no iba al despacho, había algunas cosas que podía hacer y eso le animaba a continuar.

Conversaron un poco más de nada en concreto y se despidieron.

—Es increíble —dijo Adam cuando estuvieron dentro del coche—. No sé cómo lo soportan.

—No pueden hacer otra cosa. Están atrapados —sentenció ella—, pero es increíble su recuperación. Adam, es casi un milagro.

Él apoyó la palma de la mano en su mejilla y le dijo.

—Tú eres su milagro.



Esa madrugada, Diana se despertó sobresaltada por el olor a quemado. Prestó atención a los ruidos de la casa y comprobó que no se oía nada. Su mirada se dirigió a la ventana. No habían cerrado la persiana cuando se acostaron y la escasa luz de las farolas de la calle, iluminaba de forma tenue la habitación. Seguía oliendo raro, pero no era a quemado como había pensado en un principio, más bien era como cuando entraba a la iglesia en las grandes celebraciones. Eso era, olía a velas quemadas. Un olor fuerte y penetrante. Una fuerza invisible tiraba de ella hacia la ventana. Hacía frío ¿Por qué iba a levantarse a mirar la calle a esas horas? Era una pregunta razonable pero algo la empujaba hacia aquel rectángulo débilmente iluminado.

Descalza, se encaminó hacia allí. Aunque no llevaba nada encima, no parecía advertirlo. Solo miraba afuera, buscando no sabía qué.

Su dormitorio daba a la puerta de atrás. Desde allí podía ver la carretera que bordeaba el bosque y que entroncaba con la calle donde estaban su casa y la de sus vecinos. Su mirada siguió fija, hipnótica, en un punto lejano e indefinido. La noche era cerrada, la luna estaba tras las nubes y una densa niebla impedía que las farolas alumbraran más allá de unos metros. Solo las bombillas destacaban como pequeñas estrellas entre la bruma. El olor a cera se hizo más intenso y a lo lejos, entre los troncos de los árboles, distinguió una luz que se movía despacio. ¿Un farol? Podía ser. En los pueblos gallegos había muchos. No obstante, no podía explicar por qué alguien andaba a esas horas con un farol por el medio del bosque. ¡Oh, no! Cuando pensó en la posible explicación, el vello rubio de su cuerpo se erizó y un escalofrío de pánico la recorrió hasta los dedos de sus pies descalzos. Se rodeó con los brazos en un gesto protector, incapaz de apartarse de allí y buscar algo con lo que darse algo de calor. El farol avanzaba inexorablemente en dirección a su casa. Pudo distinguir el resplandor de una tela blanca que resaltaba en la negrura del follaje. Una figura humana se hizo visible y un murmullo monótono llegó hasta sus oídos. Parecía una letanía. Una voz fatigada de hombre hablaba y un coro, de otras voces más apagadas, le respondía. La persona que encabezaba aquella extraña comitiva se hizo visible. Había llegado casi al entronque de caminos. Ella sabía quién era ese hombre. Lo conocía desde que era pequeña, pero por aquellos años era alto y saludable. A lo largo del tiempo se había ido deteriorando y apagando como una llama sin oxígeno. Llevaba una túnica blanca que casi se mimetizaba con la palidez amarillenta de su rostro. Sus pómulos estaban hundidos y sin carne, sus labios, sin color, finos y rectos, apenas se movían en sus rezos. No podía ver sus ojos pero ella sabía que estaban enterrados en sus cuencas, oscuros y sin vida. Las manos, largas y huesudas sostenían el farol que alumbraba su lento deambular. ¡No podía ser! Aquello no era lo que creía que era. Sin embargo, sabía que se engañaba. Para confirmar sus sospechas aparecieron en su campo de visión dos hileras de encapuchados que seguían a su

vecino. No podía ver sus rostros ocultos dentro de sus caperuzas pero sus dedos cadavéricos, con los que sujetaban los gruesos cirios, hablaban por sí mismos.

Desde su más tierna infancia había oído hablar de ellos. Cuando era joven y anochecía, volvía corriendo a casa por temor a encontrarlos. Nunca se los había cruzado, ni siquiera cuando murieron sus padres y ahora, eran ellos quienes la habían llamado. Tenía que dejar de mirar. No podía cruzar su mirada con la del guía o quedaría atrapada para siempre en aquella pesadilla.

El olor a cera se hizo insoportable y tenía frío.

—¿Qué es eso?

La voz de Adam la sacó de su estado cataléptico. Estaba envuelta en su bata y él le decía algo. No sabía cuándo la había tapado ni cuanto había visto.

—¡No mires! —Lo apartó bruscamente.

Adam no entendía nada. Se había despertado y la había descubierto desnuda junto a la ventana. Miraba algo de forma letárgica. Se acercó a tajarla y advirtió que ni lo veía ni lo sentía. Parecía en trance. Su mirada desorbitada estaba fija en el entronque de caminos.

Él también miró y alcanzó a distinguir una especie de procesión con gente que llevaba unas túnicas blancas.

Al preguntar qué era aquello, ella reaccionó empujándolo al interior de la estancia.

—Diana ¿Qué pasa?

Estaba pálida y temblorosa.

—Acabas de ser testigo de una leyenda.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

—Porque quien la ve, morirá, o lo hará alguien cercano.

Él la abrazó y la llevó hasta la cama. Se sentó a su lado e intentó calmarla.

—Cuéntame por qué tienes tanto miedo.

—Ya sabes que Galicia es tierra de magia y de leyendas. Esta habla sobre la Santa Compañía. Lo que has visto no eran personas sino almas en pena, muertos que vagan por las noches guiados por un vivo, quien a fuerza de llevarlos noche tras noche, sin poder descansar, se va consumiendo hasta que puede dejar su puesto a otro. Por eso no puedes mirarlo. Quien se cruza con ellos tiene que hacer como que no los ve, si no, morirá o lo hará alguien próximo.

—Diana, eso no es más que una leyenda popular.

—Tú acabas de verla. Yo la he visto —Aún temblaba— ¿Y ahora qué va a pasar? Están ocurriendo cosas muy raras en la empresa y ahora esto.

Adam no sabía cómo abordar el tema. Que una mujer con una mente analítica como Diana creyera en aquellas cosas le desconcertaba, por otro lado, él había visto aquella extraña procesión.

–Mira, creo que deberíamos dormir un poco y mañana hablaremos ¿De acuerdo?

Ella asintió. Estaba extenuada y tenía mucho frío. En el ambiente todavía podía distinguir un ligero olor a las velas. Se acurrucó contra la calidez de su cuerpo y se quedó dormida.

## MALOS PRESAGIOS

La incertidumbre y la sensación de fatalidad seguían dominando a Diana a la mañana siguiente. Estaba absorta en sus pensamientos y daba vueltas a su café de forma automática. La mano grande y suave de Adam se posó sobre la suya deteniendo el movimiento. Ella levantó la mirada sorprendida.

—¿Qué? —preguntó con la vista fija en el rostro aun sin afeitarse del hombre. A pesar del miedo, tenía ojos en la cara y sabía apreciar el atractivo que tenía delante. Los ojos áureos la miraban preocupados.

—Eso digo yo. ¿Qué? —respondió él.

Desde que habían bajado a desayunar, había estado silenciosa y ausente. Podía aceptar que la visión de la noche anterior era inquietante, pero no debían dejar que una leyenda condicionara sus vidas.

—¿Y si eres tú? —preguntó ella a su vez con angustia—. Yo los vi. Puedes ser tú el que muera.

A pesar de su incredulidad, él sintió un escalofrío. El tema no le hacía ninguna gracia y si hacían caso de la superstición, el que veía esa procesión moría. Diana la había visto y ella sí había sido víctima de varios ataques. Por supuesto, no le iba a decir tal cosa pero pensaba pegarse a ella como si fuera un chicle en el pelo.

—No voy a ser yo. No me va a pasar nada —la tranquilizó—. ¿Quieres hacer el favor de usar tu mente científica y olvidarte de esas cosas?

Ella asintió pero no dijo nada. Él empezaba a conocerla y sabía que no iba a dejar el asunto de lado.

—Me gustaría hablar con el guarda que encontró a la secretaria —comentó para distraerla—. Podíamos llamar para ver si anoche fue a trabajar o si sigue enfermo —sugirió.

El cambio de planes y la posibilidad de aclarar un poco más aquel misterio puso en funcionamiento a Diana, quien aceptó la idea de inmediato. Si se entretenía, no se volvería loca pensando en que podía pasarle algo malo. Estaba cansada de perder a sus seres queridos.

Mientras ella se duchaba, Adam llamó a la empresa. El guarda seguía sin ir a trabajar pero le facilitaron su dirección, así que decidieron ir a visitarlo antes de acudir al trabajo.

La primera sorpresa fue descubrir el sitio en el que vivía, uno de los barrios residenciales de la ciudad.

Diana y Adam se miraron extrañados.

—Este sitio parece caro —fue el comentario de él.

—Sí —Ella se asomó por la ventanilla y miró hacia la casa de una planta con un

pequeño jardín delantero— Debes pagar muy bien a tu personal de seguridad.

—Yo no les pago —aclaró él—. Lo hace una empresa. Nosotros la contratamos y ellos traen a sus trabajadores.

—Pues como no sea que le tocó la lotería, no sé cómo pude permitirse esto —comentó ella señalando la vivienda.

Él abrió la puerta del coche.

—Será mejor que le preguntemos —propuso a la vez que salía.

Diana le imitó y pronto se encontraron ante una valla blanca, no muy alta. Era más decorativa que protectora.

Adam empujó el picaporte y la cancela se abrió. Con decisión, ambos avanzaron por el camino de piedra hasta la puerta de la casa, también lacada en blanco. En el centro, destacaba un llamador circular dorado. Él lo golpeó y la madera se abrió por el impulso.

—Está abierta —dijo a Diana.

—¿Y qué hacemos?

—Volveremos a llamar. Si no contesta nadie, entramos.

Ella estuvo de acuerdo. Repitieron la llamada pero tampoco esa vez obtuvieron respuesta.

—Entramos —dijo él con convicción.

Pasó primero. Gritó el nombre del guarda pero nadie contestó. Desde la habitación del fondo se oían voces, parecía un programa de televisión. Con una indicación de la cabeza, Adam señaló hacia allí. Diana asintió y se acercaron al lugar de donde provenía el ruido. En una pantalla enorme de plasma una pareja discutía a voz en grito. Frente a ella, había un sofá y unos pies sobresalían porque el mueble era demasiado corto.

—¿Paco? —Llamó Diana. Conocía al hombre desde hacía tiempo. Rodeó el sofá y se quedó muda. El guarda no dormía ni prestaba atención a la película, de hecho no hacía ni iba a volver a hacer nada. Un círculo perfecto, en el centro de la frente simulaba un tercer ojo y la sangre había salpicado, pintando todo el sofá de un rojo vivo.

Adam observó el cambio de asombro a horror en su rostro y se acercó a ella. Al llegar a su lado, descubrió lo que contemplaba sin poder despegar la mirada.

—¿Está muerto? —preguntó ella, a pesar de que sabía que lo estaba. Nadie sobrevivía a un agujero como ese.

—Voy a llamar a Portillo —anunció—. Ayer lo estaba buscando.

Diana no dijo nada. Él la rodeó con un brazo y la sacó de la habitación.

—¿Estás bien? —Le preguntó.

—Adam ¿Qué pasa? ¿Se ha vuelto loco todo el mundo? —Fue su respuesta. En su cabeza lógica y bien estructurada no había lugar para esa barbarie.

Él la abrazó durante unos instantes, al fin y al cabo el muerto no se iba a mover.

—Ahí tienes a tu difunto y seguro que no fue la Santa Compañía quien le disparó —manifestó.

Portillo llegó poco tiempo después.

—¿Qué hacían aquí? —Preguntó sin saludar.

—Queríamos hablar con él —dijo Diana.

—Ese es nuestro trabajo —replicó con solemnidad.

—Nadie pretende hacer su trabajo. Solo queríamos hablar. Llamamos y la puerta estaba abierta. Esta vez no hemos tocado nada – añadió ella aludiendo a cuando recogieron parte del destrozo del laboratorio.

El policía entro en el salón sin responderle, miró el cadáver y se agachó a recoger algo que había en el suelo. Un papel. “*Señorita Manetti ¿Cuánto quiere por su secreto?*”

Diana lo había leído por encima del hombro del policía y se había quedado abrumada por las posibles implicaciones.

—¿Quién es ese hombre? ¿Cómo sabía que lo iba a encontrar yo?

—No lo sabía, pero estaba seguro de que esta nota le llegaría de alguna manera.

—¿Y Paco? —Señaló al muerto— ¿Qué pasa con él?

—Era el topo —Anunció Adam con voz neutra.

Diana se volvió hacia él sorprendida.

—¿Paco? ¿Por qué? —Antes de seguir haciendo preguntas, cayó en la cuenta. Miró a su alrededor—. Sí. Ya sé. Por dinero.

—¿Quién estaba de guardia la noche que te golpearon? —preguntó Adam. Estaba muy serio. Todo vestigio de amabilidad había desaparecido de su rostro. Volvía a ser Don Jefe. No sabía si le gustaba esa faceta o no. Ahora que estaban juntos, le costaba mucho conjugar ambas imágenes. Le gustaba, eso era indiscutible, pero cuando aparecía como el gran hombre de negocios la intimidaba. Ella no estaba acostumbrada a ese mundo.

—¿Diana? —La llamó.

—Perdona me he distraído. Paco —contestó—. Estaba Paco. Y la noche siguiente, cuando me quedé sola y me diste el susto en el aparcamiento, también estaba él. Esa noche, alguien me estuvo observando.

Adam miro al inspector que había seguido el cruce de palabras y miradas de la pareja. Parecía que la situación entre ellos había cambiado desde que los conoció. Había notado cierta tensión entre ellos al principio, pero ahora, se trataban con más confianza. De todas formas, pensó que la relación de la científica y el empresario no cambiaba mucho las cosas con respecto al caso.

—Me parece que tenemos a la persona que vendía la información —concluyó. Da el

perfil y mi compañero descubrió el otro día que su cuenta corriente había aumentado en los últimos meses.

—Él era la marioneta —reflexionó Adam—, pero ¿Quién tira de los hilos?

—Te vienes conmigo a Londres.

Adam soltó la bomba cuando volvieron al coche. Si no fuera porque estaba sentada, se habría caído del golpe

—¿Qué? —Lo miró horrorizada—. ¿Te has vuelto loco?

—Solo quiero protegerte —declaró sin más argumentos.

Diana suspiró hondo, intentando no enfadarse.

—Vamos a ver —dijo hablando con una calma que no sentía— pretendes que deje todo y me vaya contigo.

—Eso es —aceptó él sin dejar de mirarla.

—¿Te llevarías contigo a cualquier empleado que necesite protección ¿A Laura, por ejemplo?

Él sabía que estaba enfadada y que andaba sobre la cuerda floja, pero después de esa nota, tenía el presentimiento de que aquello no había hecho más que comenzar.

—Tú eres diferente.

—Claro. Yo me acuesto contigo —murmuró en voz baja mirando al frente.

Él le sujetó la cara y la giró hacia sí.

—Diana, no hagas que lo nuestro parezca algo sórdido. No lo es y lo sabes —los ojos ambarinos estaban serios pero desprendía una emoción que provocó un pequeño aleteo en el estómago—. La nota que hemos encontrado te alude a ti directamente y no quiero ni pensar que puedan hacerte daño. ¿Recuerdas lo que sentías anoche cuando vimos esa cosa y pensaste que yo podría ser una víctima?

Ahora fue un escalofrío lo que la recorrió. La angustia que la dominó cuando pensó que podía pasarle algo, no la había dejado ni tomar un café, así que podía entender el porqué de la pregunta. Asintió sin despegar la mirada de su rostro. Él se inclinó y le dio un beso apacible y tibio, al fin y al cabo seguían frente a la casa del guarda y los policías iban y venían a su alrededor.

—Pues imagina cuales son mis sentimientos con respecto a esa amenaza velada y saber que voy a estar a miles de kilómetros.

—Pero no puedo abandonar todo —se quejó.

—Ni yo lo pretendo. En Londres también tenemos un laboratorio y prometo que te dejaré un despacho con ventana —hizo referencia al suyo, pequeño y sin ventilación—. Podrás seguir trabajando y arreglaremos este lío.

Lo que decía era razonable y un cambio de aires no le vendría mal.

—De acuerdo. Iré a Londres.

La tensión desapareció del rostro de Adam devolviéndole su atractiva sonrisa. La besó una vez más, no podía dejar de hacerlo y ahora que sabía que no tendría que separarse de ella estaba eufórico y con esperanza. A lo mejor hasta la convencía de que se quedara con él.

—Vamos a comunicarle el cambio de planes a Armiñana.

Diana conocía Londres casi a la perfección. En la ciudad había acudido a muchos cursos en su juventud y congresos en su etapa de trabajo. Era una ciudad en la que le encantaba vivir. Le gustaba su cosmopolitismo. Multitud de razas, culturas y religiones convivían sin el menos problema. Su gente era acogedora, amable y respetuosa. Disfrutaba de sus paseos por los inmensos jardines y sus tradicionales plazas y apreciaba la mezcla de lo antiguo con lo moderno. En Londres se podía encontrar la tradición más antigua con la vanguardia más progresista, la historia con la modernidad, se podía disfrutar de la majestuosidad del edificio del parlamento y de la arquitectura innovadora de algunos edificios de la City. Diana apreciaba cada uno de estos contrastes y se sumergía en ellos con evidente placer.

Uno de sus lugares favoritos era el museo de la ciencia. Podría pasarse entre la cuarta y quinta planta días enteros, observando y estudiando los avances de la ciencia y la medicina a través de los siglos.

El apartamento de Adam estaba en una de las zonas más ricas y elegantes de la ciudad, concretamente en la parte que daba a la esquina noreste de Hyde Park. Creía recordar que era allí donde alguna vez había asistido a algún discurso de los oradores improvisados que allí se daban cita para defender sus posturas y opiniones. Esta costumbre, se extendió a otros parques y jardines londinenses y para ella era una muestra de la tolerancia de sus habitantes. También había ido a conciertos y a pasear con sus amigos, ajena por completo a la cercanía del hombre que el destino le tenía preparado. A lo mejor, hasta se habían cruzado en alguna ocasión. Sí, pensó. Podría vivir allí sin ningún problema.

Cuando entró a la casa, pudo apreciar que era un lugar bonito y bien decorado pero que le faltaba espíritu. Allí no había nada de la fuerte personalidad de su dueño. La vivienda estaba situada en el centro y tenía unos amplios ventanales en el salón para aprovechar la escasa luz de la ciudad. Los tonos neutros de los tapizados proporcionaban claridad y sensación de espacio, pero, para su gusto, le faltaba calidez. Era evidente que no pasaba allí mucho tiempo.

El dormitorio era otra cosa. Una cama enorme dominaba el espacio. Quizá debido a su estatura, había optado por algo cómodo y grande donde poder descansar. Mejor no pensar en si alguna mujer había pasado allí la noche. En la habitación predominaban los negros y los grises mezclados con detalles de cristal y plata, lo que daba a la estancia un aspecto sofisticado y



relajado. Pensó que en aquel lugar, sí podría llegar a encontrarse cómoda.

A la mañana siguiente, Adam la llevó al laboratorio. Al deambular por las instalaciones tuvo la impresión de que no había salido del suyo y su entusiasmo aumentó cuando vio la nueva equipación.

—Aquí estáis mejor preparados —No sabía si era un reproche o una simple afirmación ante una evidencia.

Él sonrió. Parecía una niña con su muñeca nueva. Seguramente sería más feliz si le regalaba un cacharro de aquellos que con un diamante del tamaño de un garbanzo.

En unos instantes se corrió la voz de que estaban allí y empezaron a aparecer curiosos. Todos querían conocer a la persona que había hecho el descubrimiento más importante en un montón de años.

Al final, Adam la presentó y añadió que iba a trabajar con ellos durante algún tiempo. No sabía muy bien cómo, Diana se vio rodeada de colegas que hacían preguntas a las que ella respondía con mucho gusto. Adam quedó un poco excluido de aquel pequeño congreso improvisado. Y entonces se dio cuenta de que ella hablaba un perfecto inglés, no tenía casi acento y se explicaba estupendamente. Estaba en su elemento hablando de aquello que le gustaba y por lo que había luchado durante mucho tiempo.

—Ya tendrán tiempo de seguir —interrumpió— tenemos que irnos pero a partir de mañana, estará por aquí a su disposición. Espero que la traten bien.

Un coro de voces contestó que no se preocupara, que allí sería la reina.

Sonriendo y se alejaron en dirección a las oficinas.

—No sabía que hablabas mi idioma con tanta soltura —comentó él en castellano.

Ella se encogió de hombros quitándole importancia.

—No me lo has preguntado.

—¿Y me has tenido todo el tiempo hablando el tuyo?

Ella lo miró divertida.

—Lo haces muy bien y estabas en mi país.

—Si no fuera porque estoy en mi empresa y se supone que soy un hombre serio, no te ibas a escapar —la amenazó en broma.

—Entonces me aprovecharé y te provocaré todo el tiempo. No estaría bien pillar al dueño y a una de sus asalariadas metiéndose mano en el pasillo.

—No me tientes, que eso suena a desafío y no me resisto a ninguno.

Entraron en el despacho de Adam y éste tomándola por sorpresa la besó.

—Llevo queriendo hacer esto desde que llegamos —murmuró sobre sus labios.

Ella consiguió recobrar el aliento y se encontró apoyada contra la puerta que acababan de cerrar.

—Esto... —dudó y balbuceó un poco— Adam ¿Tienes fijación por las puertas? Siempre termino aplastada contra una.

El soltó una carcajada que traspasó la madera y llegó a oídos de su secretaria. Por lo visto la española ponía de buen humor al jefe porque él nunca se reía así.

—No es fijación —aclaró— es impaciencia y será mejor que lo dejemos aquí o tendremos que echar el cerrojo.

Era el día de Navidad. Con todo el trajín de viajes, ataques y asesinatos, no se habían dado cuenta de ello. Sin embargo, la madre de Adam estaba en todo y con la excusa de la fiesta y que no podían pasar ese día de otra manera que no fuera en familia, les invitó a comer. Se moría de curiosidad por conocer a su posible futura nuera. Con un poco de renuencia, Adam aceptó. Sabía que Diana se pondría nerviosa por el próximo examen, pero también sabía que era inevitable. Solo esperaba que todo saliera bien para todos.

El coche se detuvo ante una gran casa granate que hacía esquina. Era preciosa. Supuso que allí habían crecido Adam y sus hermanos. Él abrió con su propia llave y entró. Un vestíbulo con un mueble para abrigos, sombreros y paraguas llenaba el espacio. De allí mismo salía una escalera con una complicada y delicada barandilla de madera. El zócalo oscuro, tan típico de las antiguas casas victorianas, parecía el original y un exquisito papel de flores pequeñas cubría la pared. A la derecha había unas amplias y robustas puertas de madera y cristal y dentro se escuchaba el murmullo de una conversación.

Adam se dirigió hacia allí, empujándola con suavidad por la espalda a la vez que le proporcionaba cierta seguridad. Él era su escolta y sabía que podía contar con su protección.

El salón era enorme, decorado con pesados muebles oscuros y cortinas gruesas de terciopelo.

—Buenos días —saludó el recién llegado.

Las voces se detuvieron atraídas por los visitantes. La primera en reaccionar fue Paula, una versión femenina y en rubio del hombre que la había llevado hasta allí.

—¡Hijo! Ya habéis llegado —lo besó y esperó a que presentara a Diana.

—Mamá, esta es Diana.

Paula la besó también en ambas mejillas sorprendiéndola con esa actitud cariñosa.

—Así que por fin conozco a la científica guapa —exclamó sin ningún pudor—. Espero que mi hijo sea un buen anfitrión.

Aquel apelativo seguro que era cosa de Victoria, se dijo sin saber qué responder.

Richard Howard aprovechó ese momento para acercarse a darle la bienvenida. Era un hombre alto y de expresión amable que le dio un cálido apretón de manos como saludo.

Cuando se retiraron quedaron a la vista Victoria, un hombre, parecido también a Adam y

una mujer pelirroja que los miraba con expresión sombría. El hombre se acercó a ellos con una encantadora sonrisa.

—Hola, hermanito.

—Ryan —los hermanos se abrazaron— ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde ayer —miró a Diana—. Me enteré de que había problemas y vine a ver si puedo ayudar.

Mientras hablaba, no había apartado la mirada de Diana, quien lo observaba con curiosidad. Conocer a su hermano le producía cierta fascinación. Eran parecidos y diferentes a la vez. Uno rubio, otro moreno, el primero tenía los ojos azules como su hermana, Adam había heredado los dorados de su padre.

—¿Vas a presentarme a tu acompañante o has perdido las buenas costumbres?

Él pasó un brazo por los hombros en un gesto de posesión que no había empleado con sus padres.

—Diana, este es mi hermano pequeño, Ryan.

Ella alargó el brazo y él se inclinó para besar su mano.

—He oído hablar ti —le dirigió una larga y apreciativa mirada— encantado de conocerte.

—Lo mismo digo —contestó ella con una amplia sonrisa.

A Adam le dieron ganas de estrangularlo. Él había tardado días en conseguir que le sonriera.

La pelirroja escogió ese instante para arrojarse en brazos de Adam y estamparle un beso en los labios.

—¡Adam! Su voz sonó como un ronroneo Ya estás de vuelta. Te he echado de menos.

## LONDRES

Los presentes debían estar acostumbrados a aquellos saludos porque no se inmutaron, pero ella experimentó la necesidad de que la tierra se la tragara. ¿Qué pintaba en aquella casa y con aquella gente?

Adam se desprendió de los brazos que le aprisionaban el cuello y se volvió hacia su invitada.

—Esta es Helena —Las presentó presintiendo problemas—. Conocía a esta última y por su pequeña y dramática actuación estaba dispuesta a pelear por algo a lo que nunca había tenido derecho— Una amiga de la familia.

La mujer le dirigió una mirada calculadora.

—Mucho gusto —dijo sin intención de estrechar su mano y sin disimular la hostilidad que sentía por la recién llegada.

—Encantada —contestó Diana en castellano. No pensaba ceder ni un ápice ante aquella maleducada.

Adam observó la aversión nacida entre las dos. Y no pudo hacer nada más que pedir ayuda a su hermana con la mirada.

Victoria captó la situación y se dirigió hacia Diana en actitud cariñosa.

—Diana me alegro de que hayas venido —La besó en ambas mejillas— Ya verás como aquí también puedes trabajar bien.

—Gracias. Alberto te manda recuerdos.

Victoria puso los ojos en blanco y sonrió con picardía.

—Ummm, ese hombre vale mucho —comentó casi en el oído de su amiga.

—Lo sé. Tiene la cabeza totalmente perdida por ti. Es un secreto —habló en tono confidencial.

—Pienso comprobarlo de cerca. En cuanto tenga un respiro, me voy para España.

Diana sabía que hablaba en serio. Victoria era impulsiva y cuando quería algo, no se quedaba sentada.

—Ya sabes que puedes quedarte en mi casa —ofreció.

—¡Eh! —Interrumpió Ryan—. Basta de cuchicheos. Veo que os conocéis muy bien.

—Victoria fue a la sucursal de Vigo hace unos meses —explicó Paula. A partir de ese momento, la conversación se hizo general.

Diana notaba la mirada de Helena clavada en ella como un puñal. Sus ojos rebosaban adoración cuando miraban a Adam y una antipatía manifiesta cuando se dirigían a ella. Tendría que tener mucho cuidado con aquella pequeña víbora que parecía tener en el bolsillo a toda la

familia.

—Así que tú eres esa científica —mordió las palabras con desdén.

—¿Perdón? —Sabía lo que había dicho pero no iba a ponerle las cosas fáciles.

—Ya sabes —dijo la otra— ¿Quién te ha permitido que firmes el invento? Es una suerte para ti que seas guapa.

Diana hizo un esfuerzo por morderse la lengua y dirigió una mirada de advertencia a su jefe. No iba a permitir que aquella arpía la insultara. Él entendió a la perfección el mensaje porque salió en su defensa.

—Helena. Creo que estás mal informada. La doctora Manetti es la persona que ha hecho el descubrimiento. Ella no es la ayudante de nadie, es más, tiene varios a su cargo y en la empresa estamos muy orgullosos de ella. Sin ir más lejos, esta mañana la han recibido en el laboratorio como a una heroína.

—Que bien —se limitó a decir con fastidio.

El tema del trabajo fue la tabla de salvación para aquella tensa velada, sirvió para aligerar la tensión pero ella siguió teniendo la sensación de estar sentada sobre un montón de clavos en punta.

Cuando la comida terminó, suspiró con alivio. Estaba deseando tener un cambio de impresiones con él.

—¿Quién es Helena?

Diana explotó en cuanto llegaron a las escaleras.

Él se detuvo sorprendido ante la directa y brusca pregunta.

—¿Qué?

—Helena. Esa menuda pelirroja que te mira como si fueras un regalo de los dioses y que, si pudiera, me haría pedacitos.

—Ya te lo he dicho, es una amiga de la familia —explicó sin mucho entusiasmo. Reanudó la marcha hacia el coche sin darle más importancia.

—¿Cómo de amiga? —Insistió siguiéndole.

Él llegó junto al coche y se volvió hacia ella.

—¿Qué te pasa? —La increpó— La conozco desde que era pequeña. Es mi vecina, ha entrado y salido de mi casa durante años —se quedó pensativo— juraría que hasta tiene llave. Es como mi hermana.

—Puedo asegurarte que no te mira como si fuera tu hermanita pequeña.

—¿Celosa? —Preguntó con gesto burlón.

Ella le lanzó una mirada incendiaria a la vez que le golpeaba el pecho con el dedo.

—Escucha amiguito, no juegues conmigo. Tú empezaste esto. Yo estaba muy bien,

tranquila y sin complicaciones en mi casa. Me seguiste por medio mundo y me trajiste aquí. No voy a permitir que tu pequeña amiga me humille.

Sin añadir nada más dio la vuelta y se acomodó en el asiento del acompañante dejando a un hombre pasmado ante aquel alarde de genio. ¿Qué diablos había pasado?

Desde la ventana del salón, una figura inmóvil observaba con una sonrisa ladina la pelea de la pareja.

—Hola

El sencillo saludo hizo levantar a Diana la cabeza del ordenador. Al reconocer al hermano de Adam sonrió.

—Hola ¿Qué haces aquí?

Él entró en la habitación.

—Quería ver cómo trabaja un genio.

Un leve color rosado coloreó su rostro.

—Oh, vamos. No soy ningún genio.

—No es eso lo que he oído —se asomó por encima de su hombro y señaló la pantalla y los papeles—. Si entiendes ese galimatías, lo eres.

Ella le quitó importancia con un gesto.

—Mucha gente lo entiende. Solo hay que estudiar un poco.

—¿Y cuanta gente es capaz de inventar lo que otros estudian? —Le preguntó con gravedad. No era tan superficial como se mostraba. No lo era si tenía su propia compañía y la dirigía con éxito.

—No mucha —aceptó.

Ryan se inclinó sobre ella hasta dejar su boca a la altura de la oreja.

—¿Lo ves? —Dijo con satisfacción— Eres un genio.

Ella lo miró y volvió a sonreír.

En esa postura los encontró Adam. Su estómago se encogió como si le hubieran golpeado y la sangre le burbujeó en las venas.

—¿Interrumpo? —En tono hosco y malhumorado dio a entender que hacerlo no le preocupaba lo más mínimo.

Su hermano se irguió y apoyó las manos sobre los hombros de la científica.

—Bueno, interrumpes una discusión sobre si la doctora es o no un genio. Ella opina que no.

Adam mantenía los ojos fijos en las manos de su hermano. Solo le faltó decir que las quitara de ahí pero eso solo habría servido como motivo de diversión para él, que le encantaba provocarlo desde que eran niños.

—¿No tienes una empresa que dirigir? —preguntó con acidez.

—Pueden sobrevivir sin mí. He venido a invitaros a comer. No creo que tengas esclavizada a tu novia.

Ella fue a decir que no era su novia, pero algo en la mirada de Adam la hizo detenerse.

—Yo no tengo esclavos —se defendió el hermano mayor desabrido—. Soy yo quien está muy liado. No puedo salir.

—No importa —la ayudó a ponerse en pie—. Diana me acompañará. No nos haces falta para comer —dijo con decisión.

Pasaron por delante de él y salieron sin que ella hubiera pronunciado una sola palabra, solo un cruce de miradas.

La trifulca de la noche anterior había seguido presente durante el resto de la noche y la mañana siguiente. El comportamiento de ambos parecía normal pero el malestar entre ellos subyacía. Para rematar la incomodidad, la vecinita había llamado a la hora del desayuno. No sabía muy bien para qué porque les había oído hablar sin prestar atención. La voz de él sonaba paciente y en un par de ocasiones le había dicho que no podía ser.

Al llegar al trabajo, Diana se había ido al laboratorio y él a su despacho. No se habían vuelto a ver en toda la jornada y cuando había ido a pedirle que comiera con él la había encontrado con su hermano y encantada con su compañía. ¿Tendría razón ella y su relación estaba condenada al fracaso? Él tenía muy claro lo que quería, pero era posible que la hubiera presionado demasiado y ella, simplemente, se hubiera dejado llevar.

Dio media vuelta y volvió a su oficina abatido. No quería creer que se había equivocado. Solo recordar como actuaba y reaccionaba ella cuando estaban juntos, sin intromisiones, le daba esperanzas y fuerzas por continuar luchando por ellos. Lo malo era que no vivían solos en el mundo y las interferencias eran continuas.

Diana pasó junto a Adam y caminó literalmente arrastrada por Ryan, quien parecía tener mucha prisa. No le apetecía salir pero tampoco tenía gana de discutir con su amante. Durante los segundos que sus miradas se habían cruzado, había detectado algo indescifrable en sus ojos. ¿Había pensado que coqueteaba con su hermano? ¡Por Dios! No tenía tiempo para esas tonterías y jamás se le ocurriría hacerle algo así. ¿Por qué era todo tan complicado entre ellos? Era como si no terminaran de fiarse el uno del otro. Tenía que reconocer que su enfado era consecuencia de los celos y creía que a él le pasaba lo mismo. ¿Estaba celoso de su hermano? Esa misma noche hablarían y aclararían las cosas. Si de algo se enorgullecía era de que atacaba los problemas de frente. Nunca dejaba que un malentendido arruinara su vida.

Pensaba hablar durante la cena, cuando estuvieran solos, pero otra vez se rompieron sus planes. Helena llamó de nuevo y él, al final, accedió a su petición, al fin y al cabo era un acto

benéfico planificado hacía meses y no podía dejarla en la estacada.

La desilusión hizo mella en Diana, quien asintió sin hacer ningún comentario. Se limitó a sentarse en el bonito sofá color arena y encender la televisión. Al cabo de medio hora, él volvió a aparecer vestido con un esmoquin. Estaba impresionante. Advirtió un dolor agudo en el corazón. Lo estaba perdiendo y empezaba a odiarlo por ello. Había sido él quien casi la había obligado a aceptarlo y ahora la apartaba.

Adam contempló como se replegaba en sí misma. Ojalá no tuviera que ir a aquella dichosa cena. Le apetecía sentarse a su lado y abrazarla. Se veía tan desdichada... y él era el culpable. La había arrancado de su casa y de su país, le había cambiado la vida sin apenas consultarle y aunque al principio parecía feliz, no estaba seguro de que en realidad lo fuera.

Se acercó a ella y se inclinó para besarla. Sus labios eran suaves y temblaron un poco bajo el contacto de los suyos. Un ligero sabor salado los alcanzó y supo que era una lágrima.

—Diana —¿Qué podía decirle?

—No pasa nada —ella se secó los ojos con las palmas de las manos— solo estoy cansada.

—Puedo llamar y decir que no voy —ofreció.

Aceptar sería lo más fácil. Arrancarle la pajarita y el resto de la ropa y seguir como si no hubiera nada más en el mundo era lo más deseaba. Pero sabía que no podía.

—Tienes que ir. Estaré bien.

Contra toda razón, él tenía la esperanza de que le pidiera que se quedara, pero no lo hizo. Los ojos azules estaban apagados y los dorados se quedaron sin el brillo acostumbrado, que aparecía cuando la miraban.

—Volveré pronto —prometió.

Ella asintió, pero cuando oyó la llave en la cerradura, anunciando su regreso a casa, fingió que dormía profundamente.

Durante los días siguientes continuaron esquivando los temas que podían suponer un punto de fricción. La cortesía, que nunca había estado presente en su relación, puesto que siempre se andaban pinchando el uno al otro, había acampado entre ellos. La pasión seguía viva, no obstante, la mantenían oculta y dominada y la susceptibilidad aumentaba a medida que pasaba el tiempo. Su existencia se había convertido en un polvorín a punto de saltar por los aires.

Aquella mañana, Ryan volvió a aparecer por el laboratorio donde Diana trabajaba. Una espontánea y amplia sonrisa se dibujó en su rostro cuando lo vio entrar. A veces pensaba que era una pena que Adam no tuviera el carácter agradable y extrovertido de su hermano. Cuando



lo conoció, pensó que era así debido a la responsabilidad que conllevaba su puesto, sin embargo, aunque Ryan desempeñaba un trabajo similar, era menos reservado. Su actitud alegre despertaba simpatía y afinidad hacia él.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó complacida por la visita.

Él paseó sus expresivos ojos azules por la estancia.

—Este sitio me gusta. Hay tranquilidad —reflexionó en voz alta— en mi oficina todo son prisas y presiones.

—Pues has elegido mal tu oficio —apuntó—. Imagino que ser el que manda no es fácil.

—En el fondo está bien. Solo me apetecía desconectar y disfrutar durante la comida de una buena compañía—declaró— ¿Estás libre?

Ella pensó que no estaría mal escaparse un rato. Ya que no lo hacía con Adam, quien parecía estar muy ocupado, aceptó la invitación. Necesitaba despejarse.

Durante la comida, Ryan preguntó qué le había parecido el artículo que, sobre ellos, aparecía en una conocida revista científica.

—No lo he visto —comentó ella— ¿Qué dice?

Él sacó una hoja de su cartera.

—Toma, he hecho una fotocopia.

Ella la tomó con curiosidad y la ojeó mientras esperaba que les sirvieran. Conforme leía, la indignación iba en aumento. ¿Qué se creía aquel cretino?

El artículo hablaba de un gran descubrimiento que se había hecho en los laboratorios de Pharmaceutical Industries. No mencionaba para nada el nombre de los descubridores ni el lugar. Al leerlo, daba la impresión de que el trabajo se había realizado en Londres por científicos ingleses. Al final, agradecían al dueño del laboratorio Adam Howard su colaboración.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó ocultando con dificultad su frustración. No quería demostrar el daño que le causaba lo que ella consideraba una traición. Era algo personal que tenía que resolver con su “jefe” en privado, porque estaba claro que se había comportado única y exclusivamente como jefe. En ningún momento le había comentado ni consultado lo que iba a hacer. ¿Cómo podía haberle hecho aquello?

—Puedes estar orgullosa —comentó él sin tener idea del tumulto que había desencadenado.

—Lo estoy —respondió ella con satisfacción.

No tenía ninguna intención de demostrar a un miembro de la familia lo que esa deslealtad suponía para ella tanto en el campo profesional como personal.

Diana pasó por delante de la secretaria de Adam como una tromba y entró en el despacho hecha una furia. Cerró la puerta y se acercó al escritorio.

—¡Tú! —Lo señaló con el dedo enhiesto, conteniéndose a duras penas— ¿Quién te crees que eres?

Adam la miró sorprendido por la interrupción y la cólera que destilaban sus palabras. Se reclinó en el sillón y apoyó las manos en su vientre plano. Esperaba una explicación porque no tenía ni idea de a qué se refería.

—Ya sabes quién soy —se limitó a responder con calma.

—¡Claro que lo sé! —apoyó las palmas de las manos en la mesa y se echó hacia delante—. Eres el jefe “El gran jefe” y como tal te portas. Eres un arrogante, mandón, prepotente.

—Oye, oye —su actitud calmada desapareció. Se sentó muy derecho— Ya vale. ¿A qué viene todo esto?

—¿Que a qué viene? —Se incorporó y paseó nerviosa hacia el ventanal—. Sabía que esto llegaría —habló entre dientes— sabía que era una mala idea. Nunca se debe mezclar el trabajo con asuntos personales.

Adam se levantó y la obligó a mirarlo.

—¿De qué vas? ¿Por qué sales ahora con eso? Diana. No entiendo nada.

—¿Y yo? ¿Crees que entiendo algo? —habló a la vez que le mostraba la fotocopia que le había dado Ryan.

Él estudió el papel con atención. Seguía sin entender nada y no sabía quién había contado todas esas medias verdades a la revista. Desde luego, él no había sido.

Ella interpretó el silencio como la aceptación de los hechos.

—Eres peor que Gálvez —casi escupió— ¿Qué trabajo te habría costado reconocer en público a las personas que hemos trabajado en ese proyecto para que tú te hagas más rico?

Él la miró como si no la conociera. La decepción oscureció sus ojos, lo mismo que otras veces se había oscurecido por el deseo.

—¿De verdad me crees capaz de hacer esto? —Señaló el artículo. La voz salió helada de su garganta, tan fría como frío se había quedado su corazón.

Diana dudó. Durante unos segundos pensó que todo era un error. El hombre que ella conocía nunca habría hecho algo así, pero ¿de verdad lo conocía? Tenía que haber escuchado a su cerebro y no a su corazón y a sus hormonas. Si lo hubiera hecho, ahora no se sentiría tan triste y traicionada.

—¿Y ese artículo? —Solo quería que le diera una explicación, que dijera que alguien de la empresa había hablado en su nombre. No obstante, él no se defendió, se limitó a devolverle el papel y volver a su sillón.

—Creo que no tenemos más que hablar.

Ella no pensaba así. Había mucho sobre lo que hablar, así que lo intentó de nuevo.

—¿Así? ¿Sin ninguna aclaración? Adam, algo tendrás que decir. —inquirió.

—No es necesario. Tú ya has decidido quién es el culpable.

Su entonación dura y cortante, junto con el hecho de haber puesto el gran escritorio entre los dos, le indicó que todo había terminado. Dio media vuelta y abandonó la estancia sin despedirse. ¿Por qué creía que no había hecho lo correcto? ¿Por qué tenía la impresión de que había sido tremendamente injusta a pesar de tener la prueba de la traición en su mano?

Iba cabizbaja y no vio a Victoria en la puerta hasta que chocó con ella. Levantó la cabeza sobresaltada.

—Lo siento —se disculpó— no te había visto.

—La secretaria me ha dicho que ha oído gritos. ¿Pasa algo?

Diana necesitaba hablar con alguien que la comprendiera. No sabía si su jefa era la persona indicada pero tenía que desahogarse.

—¿Podemos hablar?

Victoria la acompañó hasta su despacho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto cerró la puerta.

Diana le tendió el fatídico artículo a la vez que decía.

—Tengo que irme de su casa. No puedo seguir allí.

—Pero...—dijo confundida— esto no es cierto. Mi hermano no puede haber hecho estas declaraciones.

—Pues ahí está la prueba.

—Diana, no sé qué puede haber pasado pero él no es así.

La actitud derrotada de su amiga la apenaba, aun así, no podía condenar a Adam, simplemente tenía que haber una explicación lógica. Lo que le extrañaba era que él no hubiera dicho nada y la hubiera dejado creer lo peor de él.

—¿Me puedes llevar a su casa para que recoja mis cosas? —pidió.

Victoria decidió que lo más sensato era no inmiscuirse entre ellos y si Diana quería irse, lo menos que podía hacer era ayudarla.

—No te preocupes. Podemos ir ahora mismo.

Por una vez, Diana no protestó por tener que irse del trabajo antes de tiempo.

Victoria condujo hasta casa de su hermano en silencio. Observaba de reojo a Diana, quien parecía totalmente derrumbada. No tenía ni idea de cómo podía ayudarles porque los dos tenían un carácter fuerte y estaban acostumbrados a dirigir sus vidas. Se parecían demasiado.

Diana usó la llave que Adam le había dado el día que llegaron, se dirigió al dormitorio con paso decidido y empezó a vaciar el armario. Nunca debió cometer la imprudencia de quedarse a vivir con él. Tendría que haber hecho caso a su cerebro en vez de a su corazón y debería haberse buscado un lugar propio donde vivir.

—Te vendrás a mi casa —dijo mientras la veía echar cosas en la maleta de cualquier manera.

—¿A tu casa? ¿Con tus padres? —La otra asintió— No puedo.

—Sí puedes —insistió— te subes en el coche y nos vamos. Así de fácil.

—Pero ¿Qué va a decir tu madre cuando sepa que me he peleado con Adam?

—Probablemente no diga nada. Conoce a su hijo y sabe que puede ser muy irritante. Se enfadaría si supiera que te has ido a un hotel.

Eso la convenció más. De ninguna manera quería ofender a los Howard, se habían portado muy bien con ella.

Una hora después ambas llegaban a la casa granate. Era una casa preciosa, se dijo Diana mientras seguía a su anfitriona, la cual estaría acostumbrada a esa elegante belleza, pero a ella le seguía pareciendo un lugar de cuento de hadas. Sus torreones, techados con pizarra negra, le recordaban a los castillos de las princesas encantadas y las columnas blancas, que escoltaban la puerta de entrada, contrastaban con el color oscuro de la fachada dándole un porte clásico. Era una típica casa victoriana con alma en su interior. La había percibido la primera vez que había entrado y había descubierto los pequeños detalles que la hacían diferente a todas las que había visto. La barandilla trabajada como si de un encaje se tratara, los zócalos de madera, las pequeñas flores del papel de las paredes, todo contribuía a hacer de aquel edificio un verdadero hogar.

—Victoria, Diana. ¡Que sorpresa! —saludó Paula al verlas aparecer tan temprano con la maleta.

—Mamá, Diana necesita alojamiento durante unos días, ha discutido con Adam —explicó— Después te explicamos —añadió a la vez que se llevaba a su invitada escaleras arriba.

Un poco más tarde apareció Ryan, quien parecía vivir allí más que en su casa.

—Me han dicho que has discutido con el serío de mi hermano —comentó.

—No quiero hablar de ello. Si no te importa.

—De acuerdo. No hablaremos —aceptó sin insistir.

Eso era lo que le gustaba de él, aceptaba un no o un prohibido el paso sin discusión. Respetaba el espacio de los demás. En vez de enfadarse, propuso irse de fiesta, aduciendo que lo más seguro era que ella no habría salido a divertirse desde que había llegado.

Era cierto. No habían tenido necesidad. Ellos solos podían pasarlo bien. Recordó con nostalgia. Había sido poco tiempo juntos, pero intenso. El haber tenido que separarse le producía un gran vacío, no obstante, ya no había marcha atrás.

—Buena idea —Victoria aprobó la sugerencia de inmediato— Vamos a divertirnos.

Sin saber muy bien cómo, Diana se vio vestida con un corto vestido negro, unos tacones

de aguja y agarrada al brazo de Ryan, preparada para pasar una noche de fiesta.

En la puerta tuvo un desagradable encuentro.

Adam estaba al pie de la escalera taladrándola con los ojos. Enfundado en su cazadora de cuero, le recordó al ángel de su primer encuentro. ¡Oh Dios! ¿En qué lío se había metido?

## DESCONFIANZA

Nada más entrar en su apartamento, Adam supo que ella había estado allí. Su perfume de flores frescas impregnaba el ambiente. También supo, que si había ido, era para recoger sus cosas. Comprobó el armario del dormitorio y el cuarto de baño. No quedaba ningún rastro de su presencia. La casa estaba más vacía que nunca. Aún no podía comprender cómo todo se había ido de las manos en unos minutos. Que no confiara en él le había afectado tanto, que su objetividad había desaparecido por completo. No obstante y a pesar del resultado, no habría podido hacer otra cosa. Si ella dudaba de él, si realmente pensaba que la había traicionado, su relación no tenía ningún sentido. Era una decisión dolorosa pero acertada.

Decidió ir a casa de sus padres, aquel sitio parecía demasiado grande y solitario tras la marcha de la única mujer que se había instalado allí alguna vez.

Iba a subir la escalera cuando se abrió la puerta. En ella aparecieron sus hermanos acompañados por Diana. La sorpresa fue mayúscula. Nunca la había visto vestida de aquella manera. Su corazón se aceleró tanto que podía haber sufrido un infarto. Estaba radiante y bellísima y lo que más le molestó: parecía feliz. Su mano descansaba en el brazo de Ryan confiada. Celos, rabia, envidia, fueron algunos de los sentimientos que se apoderaron de él. La miró con intensidad sin decir nada.

—Adam ¿Vienes con nosotros? —Lo invitó Ryan.

Antes de responder se preguntó si estaría bien golpear a un miembro de su familia. Seguramente no. Aun así, quería borrar la sonrisa de satisfacción de la boca de su hermano.

—No, gracias —contestó con aparente indiferencia— Que os divirtáis.

Una vez más miró a Diana, terminó de subir y entró en la casa.

Iba a volver. Las amenazas no le importaban lo más mínimo y se sentía mucho más cómoda trabajando en su propio laboratorio con Alex y sus amigos cerca.

Esa mañana, tras una noche en vela y sin haberlo pasado tan bien en su escapada como sus anfitriones pretendieron, se fue con Victoria a la empresa. Durante el trayecto, se lo comunicó a su jefa y ella estuvo de acuerdo con la decisión de abandonar Londres. También se comprometió a ser el enlace con la compañía en todo lo referente a los avances de la investigación. Sería ella la encargada de mantener a Adam informado.

Diana recogió con rapidez y se despidió de sus recientes compañeros, evitando en todo momento cruzarse con el hombre que tanta amargura y tristeza le había causado. También había vivido con él las mejores experiencias de su vida, pero no había podido continuar, quizá nunca debió empezar.

Volvió en taxi a casa de los padres de Adam y allí terminó de guardar sus pertenencias.

Paula fue amable y considerada, le dijo que no se preocupara, que todo se arreglaría e intentó convencerla de que Adam, nunca la traicionaría.

La mujer dedujo que algo grave pasaba cuando vio entrar a su hijo con el rostro desenchajado, así que le presionó hasta que le había contado todo. Nunca lo había visto tan afectado pero no podía hacer mucho por ayudarlos. Él tenía sus razones, que ella comprendía y la chica parecía buena persona. Era posible que las relaciones sociales no fueran su fuerte, pero era inteligente y trabajadora. Si su intuición no le fallaba, estaba enamorada, aunque todavía no se hubiera dado cuenta. Lo mismo le ocurría a él. Hablaba de relación, de compromiso, de confianza, sin embargo no había pronunciado la palabra amor. A lo mejor, si lo hubiera hecho, ella se habría mostrado más dispuesta a pensar bien de él, en lugar de estar convencida de que se había aprovechado de su esfuerzo.

Ryan fue el encargado de acercarla al aeropuerto. Se habían portado todos tan bien con ella que estaba a punto de llorar como una niña.

Al despedirse, le dio un beso y pensó que habría sido mucho más fácil para ella, enamorarse del hermano pequeño.

Llegó a casa cansada y de mal humor. Llevaba tantos kilómetros hechos en las últimas semanas que solo quería tumbarse en su cama y dormir. Con lo que no había contado era con los recuerdos, que la golpearían sin piedad al entrar al dormitorio. Besos, suspiros, palabras de consuelo para tranquilizarla durante sus miedos, todo desfiló ante sus ojos como en una película.

¿Había sido todo una farsa? No lo creía. Por lo menos ella se había implicado tanto que ahora le costaba mucho tomar distancia con esas sensaciones.

Agotada, se dejó caer sobre la cama que habían compartido. Tenía que dejar de pensar y descansar. Al día siguiente tenía que hablar con Armiñana y empezar a reorganizar su vida.

Victoria fue en busca de su hermano. Desde que Diana se había alojado en casa de sus padres se mostraba esquivo. Respetaba que estuviera enfadado, incluso huraño, pero tendría que enfrentarse a la noticia que tenía que darle. Pasó por delante de su secretaria, quien le comentó que el señor Howard no estaba de muy buen humor. Como eso no era ninguna novedad en los últimos días, le dio las gracias por el aviso y llamó a la puerta del despacho.

—¿Qué pasa ahora? —Fue la respuesta arisca que obtuvo.

Ella se asomó con cuidado y dijo:

—Si entro ¿podré conservar mi cabeza en su sitio?

Él sonrió con desgana. Victoria siempre conseguía arrancarle una sonrisa. Le hizo un gesto para que pasara. Ella obedeció y cerró detrás de sí.

—¿Tienes unos minutos?

Él la miró con aire suspicaz. Presagiaba más malas noticias.

—Claro. Siempre tengo tiempo para ti.

Era verdad. Por muy liado que estuviera, cuando lo necesitaba, estaba disponible. Era una pena que lo estuviera pasando tan mal porque no lo merecía. Era un buen hombre y un buen hermano.

—Verás... —comenzó sin saber muy bien como decírselo.

Adam vio que dudaba y la ayudó a terminar. Ella no tenía que pagar su carácter quisquilloso de los últimos tiempos.

—Al grano Victoria.

—Es Diana. Ha vuelto a España —soltó de golpe.

—¿Cómo que ha vuelto? ¿A quién ha pedido permiso? —Disimuló su angustia con aire de prepotencia— Aún soy su jefe.

—Adam, no te pongas borde —le riñó su hermana—. Sabes que no quiere saber nada de ti. Ha hablado conmigo, te recuerdo que yo soy su jefa.

—Pero, ¡no puede irse! La amenaza sigue sobre ella.

Se sentía desesperado. Una cosa era que se pelearan o no fueran capaces de entenderse a nivel personal y otra, muy distinta, poner en juego su vida.

—No deberías haberla dejado marchar —la reprendió.

Victoria lo miró con atención. Su hermano mayor era una persona justa, que nunca se alteraba. Ella lo admiraba por eso. Sin embargo, desde que Diana se había cruzado en su camino, parecía otro. Después de conocer su partida, hasta podría decir que estaba desquiciado.

—Por Dios Adam, mírate. ¿Qué te ha pasado?

Él deslizo los dedos por el cabello y la miró desolado.

—Creo que me he enamorado —Su respuesta pareció sorprenderle. Al decir las palabras en voz alta, había descubierto la realidad. Amaba a Diana y ella, no solo se había marchado, sino que estaba en peligro.

—Pues la has hecho buena —Victoria le dio una palmadita en la espalda— porque ella está cabreada de verdad contigo. Piensa que la has vendido, que la has utilizado y te has aprovechado de su trabajo. Te comparó con ese jefe odioso que tiene.

—Lo sé —fue el comentario derrotado.

Ella se volvió y se puso frente a él.

—No deberías haberla dejado pensar eso de ti. Tenían que haberte defendido.

Él hizo un gesto resignado de indiferencia.

—No puedo pasarme todo el tiempo demostrándole que no soy un cerdo egoísta. Si no confía en mí, si me cree capaz de hacer cualquier cosa, prefiero estar solo.

Victoria se quedó pensativa y después comentó.



—No imagino el motivo por el que es tan desconfiada. Es como si alguien le hubiera hecho una mala jugada en el pasado. No termina de mostrarse como es, no se entrega.

—Dímelo a mí —se quejó él.

—¿Contigo también es así? —se extrañó.

Él asintió con tristeza recordando algunas anécdotas.

—A veces baja la guardia —explicó—. Puede ser espontánea y divertida. A sus pacientes los trata con una ternura que te sorprendería. Con ellos no se pone a la defensiva.

—Igual que con Alberto —reflexionó Victoria—. Cuando les vi juntos se entendían muy bien, se comunicaban con la mirada. Puede que a él no lo considere peligroso para su tranquilidad emocional.

Adam recordó que su hermana y el policía habían congeniado muy bien. Se sentó sobre el pico de la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y tú? ¿No te sientes amenazada por su relación? ¿No tienes celos de ella?

—No —respondió sin dudar—. ¿Por qué iba a tenerlos? Ellos son amigos, es indudable que tienen un vínculo muy especial. Pero a ella no la mira como a mí, ni la besa como a mí.

Él levantó las manos para detener el torrente de palabras.

—No sigas. No quiero conocer los detalles de tus líos.

Ella le guiñó un ojo.

—Puede que sea algo más que un lío. Me gusta ese hombre.

Adam esbozó una sonrisa torcida.

—Anda, que vaya pareja hacemos.

Alex soltó un grito de júbilo cuando la vio entrar en el laboratorio. Dejó lo que tenía en las manos y le dio un fuerte abrazo.

—No te esperaba tan pronto. Al final te has deshecho del jefazo —comentó con jocosidad.

La expresión triste de Diana le hizo pensar que había metido la pata.

—Lo siento —se apresuró a disculparse, a la vez que la estudiaba con detenimiento—. Intuyo que ha pasado algo, porque estás horrorosa.

—Gracias, guapo —le dio unos cachetes en la mejilla— con amigos como tú, que levanten el ánimo, no es necesario nada más.

—Supongo que hay problemas —volvió a la carga.

Ella le explicó todo el asunto del artículo. A Alex le resultó un poco raro que el presidente del laboratorio hiciera ese tipo de declaraciones. No le cuadraba la integridad de su carácter con los hechos. Así se lo dijo.

—Yo lo vi Alex —su expresión herida causó cierta pena en el joven ayudante, quien al

tener más distancia sobre lo sucedido mantenía su imparcialidad.

—El señor Howard parece una buena persona. Le gusta mandar y organizar, pero escucha a los empleados y tiene en cuenta sus opiniones. ¿No has pensado que la misma persona que está extorsionando a la compañía haya dado esa información?

Los ojos de Diana se abrieron como platos. Victoria había intentado advertirla, Paula también, Ryan le había comentado en el coche que su hermano era muchas cosas pero no un traidor y el mismo Adam le había preguntado si de verdad creía que él había conspirado en su contra.

Se dejó caer en una silla y se tapó la cara con las manos. Estaba tan ofuscada y predispuesta a que todo saliera mal que no se había parado a pensar. Lo había condenado, con alguna duda, sí, pero su sentencia final había sido culpable de traición.

—¿Qué has hecho Diana? —Puso una mano sobre su hombro. Sabía que, aunque lo dominaba la mayor parte del tiempo, tenía un genio de mil demonios.

—Le dije que era peor que Gálvez.

Él se enderezó y soltó el aire.

—Tú sí que discutes a lo grande. Le has dicho al jefazo, al que te contrató, al que te paga, que es un ladrón y un mentiroso.

Ella asintió.

—Y después lo dejé plantado sin que pudiera explicarse.

Alex se dejó caer a su lado.

—No tienes precio en cuanto a saber tratar a la gente —la miró de reojo.

—Como tú —alegó ella con la mirada perdida al frente.

## SECUESTRO

—Adam ¿Puedes ayudarme con unas cajas que tengo en el sótano? —Pidió Ryan.

Estaban en casa de sus padres. Últimamente pasaban más tiempo allí que en las suyas respectivas. Adam huía de la soledad que había dejado la marcha de Diana y Ryan siempre había estado a caballo entre la seguridad del hogar familiar y la independencia que le proporcionaba el suyo.

—¿Qué lío traes ahora Ryan? —Le increpó— ¿No te puedes estar quieto una temporada? —Tengo cosas abajo que necesito —aclaró.

El sótano de la antigua casa era tan grande que se podían haber metido dos apartamentos. En las viviendas de aquella época, los semisótanos se usaban para instalar cocinas y habitaciones para plancha, limpieza, despensas, incluso algún dormitorio para el servicio. El de la casa de los Howard tenía varias habitaciones, que se usaban como trastero y donde los niños se escondían cuando jugaban al escondite. Las ventanas alargadas y estrechas, quedaban a la altura del techo, desde la calle se veían pequeños rectángulos en la parte inferior de la fachada, como si descansaran sobre la acera.

Adam apartó el periódico con desgana y siguió a su hermano.

—Está bien —rezongó empezando a bajar— espero que, por lo menos, no sean pesadas. Deberíamos hacer limpieza —añadió al ver la suciedad y el desorden— esto está cada vez peor.

—Sí —oyó la voz de su hermano a su espalda— Una limpieza por aquí no vendría mal —Después sintió una pequeña descarga eléctrica en el cuello y ya no pudo oír nada más.

—Lo siento, hermanito —masculló mientras lo arrastraba a una de las habitaciones— tienes muchas cosas que quiero. Que siempre he querido —añadió.

Al preparar la improvisada cárcel, Ryan había metido en la estancia una vieja cama. Debido a la envergadura de Adam, no le fue fácil subirlo a ella. Una vez allí, lo amordazó y lo ató a los barrotes de hierro. Se aseguró de que no podía soltarse y abandonó el cuarto silbando suavemente.

Ya estaba en marcha la última parte del proyecto.

Convencer a Diana de que su jefe-novio la había vendido había sido cosa de niños. Un ordenador, una cabecera de revista escaneada y una impresora. Era todo lo que había necesitado. Bueno, y su inventiva. Había disfrutado redactando el artículo. A lo mejor debería haberse dedicado al periodismo, se dijo muy satisfecho consigo mismo. Separarlos no era imprescindible para obtener lo que quería pero había disfrutado de cada mala cara de Adam, de su sufrimiento, de ver como perdía lo que más quería. En el pasado le había espantado algunos

ligues, pero le importaban tan poco que no se había dado ni cuenta. Con Diana era diferente. Esa vez, estaba enamorado de verdad, por eso se había divertido tanto distanciándolos. Lo sentía por la chica, que le caía bien, aunque fuera bastante menos lista de lo que los demás creían. Si lo hubiera sido, no habría caído en la trampa con tanta facilidad.

Salió de la casa y se subió en el coche de Adam para llevárselo de la puerta. Nadie debía saber que esa tarde habían estado allí. Sus padres estaban de viaje con unos amigos en un pueblo cercano y pasarían la noche fuera. Victoria aún no había llegado. Él volvería como otras muchas veces, para que no se quedara sola en esa gran mansión y, de paso, vigilaría a su prisionero. Tendría que administrarle algún sedante para que no armara jaleo y lo descubrieran.

Cuando apareció de nuevo. Su hermana ya había llegado. La oyó trajinar en la cocina y entró.

—Hola —saludó ella— ¿Has visto a Adam?

Él le robó un trozo de carne de la fuente.

—No. He estado trabajando todo el día ¿Por qué?

—Esta mañana me dijo que vendría a cenar. Me extraña que no esté aquí.

—Tú termina esto y yo lo llamaré —se ofreció saliendo de la cocina.

Al cabo de unos minutos volvió junto a ella.

—Vamos a tener que cenar solos. Le ha surgido un viaje y va a estar unos días fuera —explicó.

—¿Te ha dicho dónde iba? —Era raro que se fuera sin decírselo, pero últimamente hacías cosas raras—. A lo mejor ha ido en busca de Diana.

—No creo. Me ha dicho que necesitaba pensar. Ya sabes como es.

Ella aceptó la explicación sin cuestionarse nada. No era nada extraño que quisiera estar solo.

—Vamos a cenar. Es una suerte que estés aquí porque si no me tendría que comer todo esto yo sola.

Conversaron durante la cena y comentaron la extraña pelea de los tortolitos. Ryan le comunicó que al día siguiente también salía de viaje y que se quedaría sola.

A las once, ambos se retiraron. Victoria con una sensación de intranquilidad inexplicable y Ryan, dos pisos más abajo con una jeringuilla para administrar un sedante a su hermano.

Diana había vuelto a su rutina de siempre. En ella encontraba algo de alivio, aunque éste, fuera poco. En cada rincón, calle o recuerdo, estaba la sonrisa seductora de Adam y sus ojos penetrantes mirándola con reproche. Después de dar muchas vueltas al tema, había aceptado que estaba equivocada y que había actuado con precipitación. Tenía que tragarse su orgullo y llamarle para pedirle disculpas. No esperaba volver al punto donde lo habían dejado,

pero quería que supiera que no pensaba mal de él, que solo había sido un ataque de pánico. Estaba tan convencida de que la iba a dejar antes o después, que pensó que ya había sucedido. No obstante, en su fuero interno, siempre había sabido que no haría nada parecido, ni a ella, ni a nadie. Era un hombre demasiado íntegro. Por eso se había enamorado de él, aunque también hubiera contribuido que fuera guapo, inteligente, tierno y, sobre todo, paciente. Lo quería por todas esas cosas y más. La forma en que la trataba, el respeto y la admiración, que a veces descubría en su mirada, la forma loca y apasionada en que la besaba... Cerró los ojos y aspiró profundamente. Tenía que dejar de hacer eso. Ella solita con su ineptitud para las relaciones humanas, había destruido lo que tenían. Ahora, lo único que podía hacer era pedirle perdón y dejarle ir. Estaría mucho mejor sin ella.

Cuando Diana vio la figura masculina sentada en las sombras de los escalones de su casa, el estómago se le encogió y el corazón disparó el ritmo de sus latidos.

Ralentizó sus pasos y observó al hombre. La luz de una de las farolas arrancó un destello a su pelo y la desilusión la invadió. El cabello de su visitante era rubio. Durante unos locos instantes, había creído que Adam había vuelto otra vez a buscarla. ¡Qué ilusa! Aquellos tiempos ya habían pasado. Él nunca más iría en su busca. El desconocido se levantó y se dejó ver.

## EL JUEGO ACABA DE EMPEZAR

—¡Ryan! —gritó encantada al reconocerlo. Dio unos pasos en su dirección y volvió a detenerse con brusquedad. Era él pero no lo parecía. Sus ojos, siempre alegres, parecían dos bloques de hielo.

—Hola, Diana —pronunció con voz impasible.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Ahora llegó el turno de la parada cardíaca. Si le había pasado algo a Adam, su corazón no volvería a funcionar.

—Bueno —esa vez el tono fue sarcástico—, tengo algo que contarte y proponerte.

Ella no sabía muy bien qué pensar. Ryan estaba muy raro. Nunca lo había visto tan enigmático. Él era más directo.

—Si quieres pasar —señaló la puerta con una mano titubeante.

—Será lo mejor —contestó siguiéndola. Una vez dentro comentó— Bonita casa. Parece que la investigación es muy productiva. Esto es muy caro.

Más que una felicitación sonaba a acusación, así que ella contestó a la defensiva

—Me ayudaron mis padres —aclaró sin dar más detalles— Dame tu abrigo.

—No hará falta —dijo él con las manos en los bolsillos— tengo que irme enseguida.

—Ryan ¿A qué has venido? —La curiosidad dominaba cualquier otra sensación.

—Adam ha desaparecido —soltó con brusquedad.

—¿Cómo que ha desaparecido? —Estaba confusa, no entendía lo que quería decir con “desaparecido”

—No ha ido al trabajo, no contesta al teléfono, ese tipo de cosas.

Hablaba con total indiferencia, pero ella aún no se dio cuenta.

—¿Me estás diciendo que no está en ningún sitio?

—Ajá —contestó con cierta satisfacción.

—¿Habéis llamado a la policía? ¿Y si es la persona que nos ha estado amenazando?

—Oh sí. Seguro que lo es. Lo sé de muy buena tinta —contestó con calma.

Ella lo miró enfadada.

—Tu hermano ha desaparecido y tú estás ahí, tan tranquilo.

—En realidad, yo sé dónde está.

Ella se enfrentó a él.

—Ryan, me estoy cansando de este juego.

Él se inclinó hacia ella y la sujetó por los brazos.

—Querida, el juego no ha hecho más que empezar y tú eres mi próxima jugada.

Un rayo de clarividencia atravesó la mente de Diana. No era posible. Ryan no.

—¿Y cuál es el próximo movimiento? Si puedo saberlo.

—Voy a dar jaque al rey con la reina —sonrió con maldad.

Diana experimentó un miedo irracional. Esa mirada vacía, sin sentimiento alguno, mostraba a alguien decidido a conseguir su objetivo a cualquier precio y ella creía saber cuál era el primero y quien era la moneda de cambio.

—Habla —ordenó sin mostrar el menor temor. Cruzó los brazos sobre el pecho y separó un poco las piernas. Se afianzó sobre el suelo y esperó el golpe.

—Tengo a Adam. Nadie lo sabe. Mis padres piensan que está de viaje porque necesitaba reponerse del golpe que sufrió cuando lo abandonaste.

—Fuiste tú quien mandó ese artículo a la revista ¿verdad?

Ahora lo veía todo claro, sus visitas, sus invitaciones a comer, todo tenía un fin y era que ella se confiara y se tragara cualquier anzuelo que quisiera echarle, como así había hecho. Al final era verdad lo que Alex y ella habían hablado. La persona que estaba tras los incidentes era la misma que había enviado el artículo.

—En realidad, nunca se publicó —explicó con aire petulante— fue un montaje.

Ella lo contempló con una mezcla de enfado y asombro. Nunca habría imaginado que tras una persona tan encantadora, hubiera una mente tan cruel.

—Lo tenías todo bien pensado —lo acusó.

—Por supuesto. Estas cosas no se improvisan. Llevo años esperando.

—Esperando ¿el qué?

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa y ella quería conocer sus motivos. La dominaba un malsano interés por conocer los engranajes de aquel cerebro perverso, que había dedicado años de su vida a preparar algo, aún desconocido para ella.

Él echó una ojeada a la cocina, inspeccionando cada detalle de forma que la hizo sentir incómoda.

—Pues esperaba demostrar a mi familia que puedo ser más hábil que mi perfecto hermano mayor, que puedo tener más éxito en mi empresa, que las mujeres que él quiere me prefieren a mí...

Diana empezaba a ver la causa de aquel comportamiento enfermizo.

—Por eso vendiste tu parte y montaste tu propio negocio —aseguró.

Él la miró con una chispa de admiración.

—Tú sí me entiendes. Es una pena que prefieras a mi hermano. Podríamos haber formado un buen equipo —soltó una risita taimada— de hecho, lo vamos a formar.

“Malo” pensó ella. Ese tono, junto con la seguridad con que hablaba, no presagiaba nada bueno. Esperó en silencio a que él continuara. Tendría que mostrar las cartas de la partida si

quería jugar.

Al ver que no había ningún comentario por parte de ella, el hombre se impacientó. Confiaba en que se asustara y se plegara a su actitud jactanciosa, no que se quedara mirándolo como si fuera un bicho raro bajo su microscopio. Él no lo era. Solo quería presentar al mundo lo que era capaz de conseguir sin la ayuda de la todopoderosa familia Howard. Él era mejor que todos ellos juntos. Allí estaba la prueba que descubriría su genialidad.

—Está bien —cedió al silencio— vamos a hacer lo siguiente. Tú me das la fórmula del medicamento, firmas un contrato con mi laboratorio y yo no le hago daño a Adam.

Diana estuvo a punto de desmayarse. Toda la sangre huyó de su cabeza, por no decir del cuerpo entero. ¿Eso era lo que pretendía aquel necio?

Para tenerse por una persona brillante, era bastante estúpido. Debía pensar que la iba a mantener como rehén para siempre y, que una vez que soltara a Adam, éste iba a olvidar todo. Claro que también podía ser que una vez que tuviera lo que quería, los matara a los dos. Ya lo había hecho antes con total impunidad y podría sentirse tentado a repetir la experiencia.

Todas esas posibilidades pasaron por su pensamiento sin que se inmutara. Si él sabía lo que pensaba, podría perjudicar tanto a Adam como a ella misma. Necesitaba ganar tiempo.

—¿Puedo pensarlo?

Una mueca de triunfo apareció en sus atractivas facciones.

—¡Por supuesto que puedes! —Se sentía generoso— Pero, cuanto más tiempo tardes, más estará él desaparecido —manifestó con sadismo—. Y no se te ocurra decirlo a nadie; podría sufrir un accidente.

—Te llamaré o iré a verte —consintió con semblante serio.

—Vuelvo a casa —explicó él— tengo que vigilar a mi prisionero.

—Perdona si no te acompaño —dijo ella mordaz.

Para su desesperación, una carcajada espeluznante, quedó flotando en la cocina.

Adam despertó con un tremendo dolor de cabeza, sin recordar lo sucedido. Intentó tocarse el punto doloroso pero no pudo mover las manos. Probó a mover los pies y obtuvo el mismo resultado; estaban atados por los tobillos. No obstante, comprobó que podía doblar las rodillas. Un gusto amargo permanecía en su boca, la cual estaba sellada con una cinta o un esparadrapo. ¿Cómo había llegado a esa situación? Una luz se encendió en su adormilado cerebro. ¡Ryan!

¿Qué demonios había hecho y por qué? Estaba loco. Ciertamente había perdido sus facultades mentales si es que alguna vez las había tenido, porque uno no se volvía chalado de la noche a la mañana ¿O sí?

Lo único que sabía era que sus acciones estaban premeditadas. Le había atraído hasta el



sótano y lo había dejado fuera de combate. ¡Jesús! Estaba prisionero en su propia casa. No quería ni imaginar lo que sucedía en la planta de arriba. Probablemente seguirían haciendo vida normal sin saber que él estaba allí atado como un fardo.

No tenía ni idea de la hora que era, solo sabía que la noche había caído porque por la estrecha ventana, apenas entraba un pequeño resplandor. La claridad proveniente de la calle le permitió ver el lugar en que se encontraba. Solo podía percibir las formas de los muebles sumergidos en las sombras. Estaba atado a los barrotes de una cama pegada a la pared. Una mesa en un rincón y un gran taquillón al fondo eran todo lo que había en la estancia.

No sabía el tiempo que llevaba allí, podían ser horas o días. El sabor amargo apuntaba a que le había suministrado algún tipo de droga. Siendo dueño de un laboratorio farmacéutico debía haber sido fácil hacerse con alguna.

Buscó una postura más cómoda y al hacerlo sus dedos rozaron la pared. Escuchó un crujido sordo. Daba la impresión de haber tocado algo de plástico, podía ser un interruptor. Presionó con los nudillos y se obró el milagro; la bombilla que colgaba del techo se encendió. No podía creerlo. Pensó que si era capaz de conseguir la secuencia del código Morse para pedir ayuda, tendría alguna esperanza. Solo esperaba que alguien lo viera y lo entendiera. Él lo había aprendido en las acampadas cuando era pequeño, ahí fuera seguro que había alguien que también lo conocía. Repitió la operación varias veces y decidió descansar. Tenía que evitar que Ryan descubriera que podía encender la luz.

Helena volvió a casa más tarde de lo previsto. La de sus vecinos estaba oscura y silenciosa. Durante todo el día no había visto entrar ni salir a nadie. Pensó enfurruñada que Adam estaría con la científica que había llevado a comer el otro día, Ryan debía estar, por una vez en su casa, seguramente le había salido algún ligue y los demás estarían de viaje. Cruzaba la calle cuando una de las ventanas del sótano atrajo su atención. Estaba iluminada. Era extraño porque le constaba que no iban mucho por allí. Al momento la luz empezó a parpadear. Se encogió de hombros y se volvió hacia su puerta. Por la mañana tendría que avisar a Paula para que la arreglaran.

Adam repitió otra vez las señales hasta caer agotado. Amanecía cuando la puerta se abrió.

—Vaya —dijo Ryan— veo que estás despierto. Siento que estés un poco incómodo pero no puedo dejar que te escapes.

Adam intentó hablar pero la mordaza se lo impidió.

Su hermano soltó una risa teñida de locura al apreciar sus intentos por comunicarse.

—No es muy agradable sentirse atrapado ¿verdad? —preguntó con sadismo.

El prisionero le miró con ojos interrogantes.

—Voy a quitarte la cinta de la boca. Si gritas, Diana sufrirá las consecuencias.

—Maldito seas —fue lo primero que pronunció en horas— ¿Qué le has hecho?

—Nada. Todavía. Tiene que hacer un trabajito para mí —La perversidad se reflejaba en su voz.

—Ryan, no le hagas daño.

—¡Oh! El gran hombre suplica al ser inferior. Eso sí que lo he esperado durante toda mi vida.

Le divertía aquel juego de poder. Él lo tenía, los demás bailaban al son que marcaba. Estaba en una posición en la que podía manejar el destino de las personas. Le encantaba, pensó con deleite.

—No entiendo qué te ha pasado —expresó con pesar, sin reconocer a su hermano en aquel desconocido.

—No te preocupes por mí. A pesar de lo que todos creéis, me arreglo bastante bien —Se volvió hacia la puerta, donde había dejado unas botellas de agua— Supongo que te apetecerá beber un poco.

Adam asintió. Sentía la garganta seca y estaba preocupado por Diana. Odiaba sentirse tan vulnerable.

—¿Dónde está Diana? —quiso saber.

—Está bien. Solo necesitas saber eso —Le hizo beber agua— Espero que cumpla su parte, por tu bien. Ahora —sacó una jeringuilla del bolsillo y le pinchó en el brazo— no puedo arriesgarme a que hagas alguna tontería.

—¿Qué has dicho a papá y a mamá?

—Piensan que estás de viaje recuperándote del abandono de la doctora. Apagó la luz y salió.

Diana consiguió reaccionar unos minutos después de la marcha de Ryan. Si cuando salió de Londres pensó que las cosas no podían empeorar, se había equivocado. Estaba metida en una verdadera pesadilla.

Aún estaba conmocionada por la conversación que acababa de mantener con el encantador Ryan. ¿Cómo era posible que la hubiera engañado tanto? Claro que, si se paraba a reflexionar un poco, ella no era la única engañada. Su familia iba a sufrir un golpe muy duro cuando todo se destapara. Hablando de destapar, tenía que ponerse en marcha.

Lo primero que tenía que hacer era comprobar que, de verdad, Adam estaba desaparecido, así que lo llamó a su móvil. La señal de llamada se oía una y otra vez sin que nadie respondiera. Después llamó a Victoria y le contó que andaba buscando a Adam y no

conseguía contactar con él. A pesar de la extrañeza que mostró por el repentino cambio de actitud y quisiera hablar con su hermano, le confirmó lo que Ryan le había dicho. Adam estaba de viaje y no contestaba al teléfono. Cuando supo lo que quería conocer, cortó rápido la comunicación para que la mujer no notara su preocupación.

Pensó su siguiente paso durante unos segundos. Alberto. Él era la solución. Volvió a coger el teléfono y marcó su número. Su amigo apareció en su puerta media hora después. Ella seguía sentada en el mismo sitio en que la había dejado Ryan Howard.

—¿Estás bien? —Fue su primera pregunta—. Conocía sus sentimientos y sabía que, a pesar de su apariencia tranquila, sufría. Diana era así. No manifestaba dolor, pero eso no significaba que no lo sintiera con mayor intensidad.

Ella no podía estar quieta. Andaba de acá para allá sin poder controlar su nerviosismo.

—Estoy nerviosa, también estoy muy, muy enfadada. No puedo creer que me haya engañado tanto.

Alberto detuvo su paseo.

—Diana, no des más vueltas y déjame pensar.

Por supuesto no le hizo caso y siguió moviéndose

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Nadie sabe que Adam ha desaparecido?

Ella hizo un gesto de desesperación.

—Solo yo. Si digo algo, le hará daño. Quien sabe que pueda hacerle. Está loco, Alberto. Tenías que haber visto sus ojos, sin ninguna expresión. Es como si no sintiera absolutamente nada y mucho menos culpa por lo que está haciendo. Es más, está muy orgulloso de haber manipulado a su familia durante años.

—Vamos a ir y necesitamos que alguien más lo sepa. Victoria, pero será mejor que se lo digamos personalmente. Si queremos llegar a tiempo, tenemos que irnos cuanto antes. Se puso en movimiento. Voy a recoger unas cosas y llamarla para decirle que vamos y que ya hablaremos allí. Encárgate tú del avión.

## VUELTA A LONDRES

Tuvieron suerte. A la mañana siguiente, a primera hora, salieron directamente para Londres y cinco horas después estaban sentados en el despacho de Victoria. La alegría de ver de nuevo a Alberto se mezcló con la preocupación. Había pasado toda la noche haciendo conjeturas sobre qué podía ser lo que les había llevado allí con tanta urgencia. Primero la extraña llamada de Diana buscando a Adam cuando había jurado no verlo ni hablarle más, después Alberto diciendo que iban. Supuso que al final habían encontrado la identidad del extorsionador.

Para lo que no estaba preparada era para lo que realmente le iban a contar. Su hermano pequeño había secuestrado al mayor y amenazado con matarlo si Diana no le daba la fórmula y se iba a trabajar con él. Aquello era demencial. Si no hubiera sido porque el policía estaba cerca y la abrazó, se habría derrumbado. Había pensado mucho en un reencuentro pero uno como aquel, no lo habría imaginado jamás.

—Tranquila —susurró él con suavidad mientras la estrechaba entre sus brazos. Por encima de su cabeza, la mirada de él se cruzó con la de Diana.

Ella también era víctima de la ansiedad y la zozobra pero, al menos, había tenido unas horas para hacerse a la idea.

—No puedo tranquilizarme. Es un monstruo —temblaba sin control—. Ha hecho barbaridades, ha matado a una persona.

Toda aquella información la superaba. No concebía que alguien de su familia, el pequeño y simpático Ryan, fuera capaz de matar al guardia de seguridad y secuestrar a su propio hermano.

—Victoria —la voz de Alberto era serena pero firme— No puedes derrumbarte. Tu actuación es imprescindible y tus padres no pueden saber nada ¿comprendes?

Ella asintió, se enderezó y adoptó el aire de vicepresidenta de una gran compañía.

—Bien ¿Qué vamos a hacer?

Él le dio un fugaz beso en la frente.

—Tenemos que averiguar donde lo tiene. Para eso estás tú. Obsérvale, no lo pierdas de vista.

Ella recordó algo.

—Esta mañana no he podido localizarlo.

—Es probable que estuviera con Adam pero antes o después tiene que aparecer para simular normalidad.

Victoria se dejó caer en una de las sillas. Una cosa era querer ser fuerte y otra que las

piernas la sujetaran. Miró a Diana, quien no había dicho nada más después de contarle su conversación con Ryan. A pesar de disimular muy bien, estaba afectada. Si ella quería a su hermano, la doctora estaba enamorada de él y además la estaba usando como moneda de cambio. Debía sentirse asustada por la seguridad del hombre que amaba y por lo que pudiera hacerle quien la presionaba sin piedad. Y si la conocía tan bien como creía, también debía sentirse culpable. Ahora sabía que nunca la había traicionado y que había cometido con él una tremenda injusticia. Volvió a centrarse en Ryan.

—Suele ir a casa de mis padres a cenar —informó.

Alberto se acercó al ventanal y contempló la ciudad. Un bonito panorama para recrearse si no fuera por el problema que tenían encima.

—Asegúrate de que va. Invítale —miró a las dos mujeres que lo observaban como si fuera la única persona capaz de resolver aquel embrollo y devolverles a su ser querido. Demasiada responsabilidad, pensó—. Puedes decirle que hemos venido. Es posible que piense que Diana está aquí porque acepta las condiciones. Es lo que le haremos creer.

Al final quedaron en que Victoria se iría a casa un poco antes y ellos acudirían a la hora de la cena, como invitados. Tampoco convenía que Ryan los viera antes.

Más difícil sería explicar a Paula y a Richard la presencia de los invitados. Acordaron decirle que Diana había reflexionado y que quería hablar con Adam y que Alberto había aprovechado para visitar a Victoria.

Atardecía cuando Adam volvió a despertar. Se encontraba más débil. El cabrón de su hermano era capaz de matarlo de hambre y sed. No quería ni pensar en lo que aquel sádico podría hacer a Diana. El saberse atado y sin posibilidad de poder ayudarla le desesperaba. Tenía que salir de allí. Tiró de las manos, pero lo único que consiguió fue que las cuerdas se clavaran más en sus muñecas. Respiró hondo e intentó tranquilizarse. Ofuscado, no serviría para nada. Tenía que esperar a que anocheciera para volver a pedir auxilio. Solo esperaba que alguien fuera capaz de descifrar el juego de luces. ¿Es que solo él había estado en los Scouts?

Esa tarde Helena volvió a ver las luces del sótano parpadeantes. Como siguieran así, terminarían provocando un cortocircuito. Decidió no dejarlo para más tarde y avisar antes de entrar en su casa. A lo mejor Adam había vuelto, pensó esperanzada. Presionó el timbre varias veces. No había nadie, así que dio media vuelta prometiéndose volver más tarde.

Adam escuchó el timbre sonar varias veces, pero nadie acudió a abrir. Estaba solo. ¿Qué había hecho Ryan para alejar a la gente de la vivienda?

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando oyó la puerta de la casa. Por el

portazo, supo que era Victoria quien había entrado. Al rato entraron sus padres, juntos. ¿Dónde diablos se había metido Ryan? Otro portazo. Ahí estaba. Se preparaban para la cena.

Volvió a marcar el S.O.S.

Otro timbrazo le alertó. No faltaba nadie. Prestó atención. En su última visita, su hermano no había cerrado bien la puerta porque podía captar voces y sonidos. ¡Señor! Era la de Diana y un hombre, le pareció reconocer a Alberto. Si el policía, o Guardia, como ella siempre le rectificaba, estaba allí, tenía la esperanza de que estuvieran buscándolo. También podrían haber ido simplemente para visitar a Victoria. Se removió con desasosiego.

Otro timbrazo. Esa tarde la casa parecía una posada. Todo el mundo aparecía en su entrada. En esta ocasión era Helena. Pensó que ella y Diana otra vez juntas podían levantar una pequeña tormenta con sus rayos correspondientes.

Fue Victoria quien la atendió. Nada más ver a su vecina vaticinó problemas, pero la mujer se quedó en el vestíbulo, le comentó algo sobre una luz parpadeante en el sótano y que tenía mucha prisa. Después salió corriendo.

A Victoria le extrañó tanto su comportamiento como el comentario apresurado. Hacía siglos que nadie bajaba al sótano y no se explicaba qué iba a hacer una luz encendida allí. Lo mejor sería que fuera a comprobar si todo estaba en orden.

En ese momento Ryan apareció en la puerta del salón, estaba pendiente, vigilando cualquier movimiento de alguien que, por equivocación, pudiera acabar donde no debía.

—Victoria, nuestros invitados te reclaman.

Ella hizo un gesto hacia la puerta situada bajo la escalera.

—Pero...voy a ir un momento a... —no la dejó terminar. La agarró del brazo con suavidad y tiró de ella hacia la sala donde estaban todos reunidos. No quería perder a nadie de vista y para eso debía tenerlos juntos en el mismo lugar.

Adam escuchaba la conversación y vio como sus esperanzas se esfumaban. Si Ryan sospechaba algo, no dejaría a nadie pulular por la casa con libertad y algo debía presentir cuando estaba empeñado en alejarla del vestíbulo.

Victoria se dejó llevar pero se dijo que, en cuanto tuviera un segundo, bajaría a cerciorarse de que todo estaba bien allá abajo.

La velada parecía desarrollarse con normalidad. Alberto y Victoria simulaban con total éxito una relación prometedora. Sus padres recibieron al español con toda cordialidad e hicieron bromas sobre como su hija parecía que iba a sentar la cabeza.

Las miradas de Ryan y Diana se cruzaron con disimulo. Ella hizo un gesto de aceptación que él tomó como un sí a sus exigencias. Ahora solo restaba esperar el siguiente movimiento del hombre.

—Mañana hablaremos—le dijo en un descuido.

Era tarde. Alberto y Diana se despidieron de sus anfitriones sin haber conseguido nada. El secuestrador se mostró encantador, como siempre, los padres no notaron nada extraño, Victoria consiguió, con la ayuda de Alberto, no delatarse. Todo según lo previsto. Ahora quedaba lo peor, Victoria observaría y seguiría a su hermano dentro de la casa, los españoles, lo harían fuera.

Diana mantenía la opinión de que si tenía todo preparado, no cometería ningún error. Alberto defendía lo contrario. Decía que ese tipo de personajes, que creían controlarlo todo y que pensaban ser muy superiores al resto de los mortales, caían en las cosas más tontas. Muchas veces actuaban de forma impulsiva y no pensaban en lo más elemental. Ella esperaba que su teoría fuera la cierta porque las horas que acababa de vivir habían sido las más horribles de su existencia. Sentir sobre ella la mirada de aquel psicópata, le ponía los pelos de punta.

Antes de que abandonaran la casa, Ryan se acercó a ella para despedirse. Aprovechó que su boca estaba cerca del oído para susurrarle.

—Mañana. Llámame —ordenó.

Ella se alejó casi de un salto. La repugnancia que le produjo su cercanía contrastaba con el agradable beso de la despedida cuando lo llevó al aeropuerto. ¡Qué tonta había sido!

Caminaron en silencio hasta el coche, que habían alquilado y se metieron en él.

Adam estaba desesperado. Sabía que estaban todos reunidos arriba, oía sus voces, incluso oyó a Helena advertir a Victoria de un fallo en las luces del sótano.

Ahora volvía a oír voces, esa vez en la escalinata. La ventana debía estar mal encajada porque oía con bastante claridad. Si al menos pudiera gritar... Oyó a Alberto y a Diana despedirse, después las puertas de un coche al cerrarse. Era su última oportunidad. Volvió a emitir su S.O.S. rezando para que la bombilla no se fundiera.

## SEÑALES

Diana contemplaba la casa desde el vehículo.

—¿No arrancas? —Preguntó su amigo—. Tenemos que mover el coche para que Ryan piense que nos hemos ido.

Iba a dar al contacto cuando algo llamó su atención. La ventana más cercana a la escalera, la que pegaba al suelo de la acera, se iluminó. Supuso que era el sótano. Aquellas antiguas mansiones eran enormes. Imaginó que alguien de la familia había bajado. Giró la llave y el coche arrancó. Miró para cerciorarse de que no venía ningún coche y la luz volvió a atraer su interés. Se apagaba y se encendía. Sería una tontería pero un sexto sentido le decía que aquello no era normal.

—¿Diana? —Alberto la miraba extrañado— ¿Por qué no sales?

—Mira —señaló la ventana— La forma en que se encienden esas luces me parece muy extraña.

Alberto siguió la dirección que le marcaba. La luz que parpadeaba, no lo hacía por azar, alguien lo provocaba. Primero se encendía tres veces seguidas, las otras tres se espaciaron para dar paso a otras tres seguidas. Su cerebro tardó unos segundos en identificar lo que significaba.

—¡Dios mío! —dijo sin darse cuenta de que había hablado.

—¿Qué pasa? Alberto ¿Qué pasa? —preguntó con urgencia.

Él seguía con la mirada fija en la ventana.

—Esas luces. Alguien está enviando una llamada de socorro. Está usando el código Morse.

El estómago de Diana dio un doble salto mortal y un escalofrío la recorrió entera.

—¿Adam? ¿Puede ser él? —La emoción la embargó y la impaciencia se apoderó de ella. Volvió a apagar el coche. Tenemos que hacer algo. Hay que sacarlo de ahí.

Su compañero le puso una mano sobre el brazo para detener el torrente de palabras y a ella misma que iba a salir corriendo sin pensar en las consecuencias.

—Tranquila. No podemos entrar como un grupo de asalto.

Sacó su teléfono y llamó a Victoria.

—Victoria, escucha con atención —habló con precipitación—. Contesta sí o no. ¿Estás con Ryan? —Ella contestó que sí—. Tienes que entretenerlo. Creemos que Adam está en el sótano —Una exclamación ahogada llegó hasta él—. Que no note nada. Ábrenos la puerta. Nosotros nos encargamos de la policía.

Volviéron a bajar del coche y se dirigieron con rapidez a la casa. Empujaron la puerta con cuidado y ésta se abrió. Se oían voces en el salón.



Alberto buscó la puerta que Victoria le había indicado que estaba debajo de la escalera. Cuando la encontró, hizo una señal a Diana. Ambos se colaron con rapidez y volvieron a dejarla cerrada. El primer escollo estaba salvado. Ahora había que encontrar la manera de ver algo. Tentaron la pared hasta que dieron con un interruptor. Una bombilla amarillenta y cubierta de polvo, se encendió mostrándoles un tramo de escalera. Él encabezó la marcha. El montón de cajas apiladas, que había servido de cebo, bloqueaba el espacio. Junto a ellas había una puerta entornada por la que se apreciaba con claridad la luz que se apagaba y se volvía a encender. Miró a Diana. Allí era.

Adam vio que la puerta se abría y cerró los ojos. Ryan le había descubierto. Pero en vez de oír alguna palabra sarcástica, sintió que unas manos suaves tiraban de la mordaza con un golpe seco. Sus párpados se abrieron sin poder evitarlo. Unos iris azules lo miraban con ansiedad e inquietud. Los reconoció de inmediato. En otras ocasiones le habían mirado con alegría, miedo, enfado, pero nunca así. Su científica cabezota lo había encontrado a pesar de no querer saber nada de él. Un poco retirado y sin perder de vista la entrada, Alberto hablaba por teléfono.

—Habla con la policía —explicó ella en un susurro, sin apartar la mirada acariciadora de su rostro. Absorbía cada detalle y lo que vio le dieron ganas de llorar. Sus preciosos ojos dorados estaban opacos, tal vez afectados por alguna droga. La piel, en la zona en que la barba no había crecido, se veía cenicienta, parecía deshidratado. Consiguieron soltarle las ligaduras y le ayudaron a incorporarse.

—Despacio —aconsejó Alberto.

Diana descubrió algunos botellines de agua, de los que el secuestrador había llevado y le ofreció uno después de comprobar que estuviera precintada para que no contuviera ninguna narcótico.

—Es fiable —dijo en tono de broma— no podemos permitir que te duermas ahora.

Él le dirigió una extraña mirada, como si no entendiera su comportamiento y bebió. Esa sequedad horrible desapareció, incluso pudo pronunciar la palabra gracias, la cual salió como un graznido. Después pronunció el nombre de su hermano.

—Lo sabemos —explicó Alberto— no hables.

A pesar de la debilidad, Adam consiguió bromear.

—Tenías que ser tú quien me encontrara.

El otro hombre sonrió abiertamente.

—Diana puede ser muy persuasiva cuando quiere algo.

Ella se había arrodillado junto a la cama, frente a él, que se había sentado y apoyado los pies en el suelo. El mareo iba remitiendo. Tomó su cara con ambas manos y lo miró con ternura.

—¿Estás bien?

—Sobreviviré. ¿Y tú? —preguntó algo tembloroso a la vez que absorbía cada detalle de su rostro— ¿Te ha hecho algo?

Ella recordó todo el miedo y el sufrimiento que había tenido desde que supo que lo había secuestrado.

—Me amenazó con matarte —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Dejé tu vida en mis manos.

Él extendió los brazos y la estrechó contra su pecho. Había pensado que no volvería a verla y mucho menos, tenerla tan cerca.

—¡Eh, tortolitos! —Interrumpió Alberto— Tenemos que salir de aquí. Voy a llamar a Victoria para decirle que subimos.

Habló unos segundos con ella y ayudó a Adam a ponerse en pie.

Al primer intento, sus piernas cedieron. Odiaba sentirse tan débil y dependiente. Volvió a intentarlo. Se apoyó en sus salvadores y lo consiguió.

Arriba, las cosas se habían puesto tensas. Cuando Victoria supo que habían encontrado a su hermano, se derrumbó. Se sentó en un sofá y dejó de prestar atención a la conversación. Ryan sospechó que algo no andaba bien y salió como una bala al vestíbulo.

Allí se dio de bruces con Adam, Alberto y Diana, los cuales salían del sótano. Se detuvo desconcertado. No podía ser. Eso no estaba previsto.

Alberto y Diana se habían ido ¿Qué hacían allí? ¿Cómo sabían dónde encontrar a su prisionero?

La cabeza le giraba como si la tuviera metida en una centrifugadora, los pensamientos, sin sentido, se sucedían a gran velocidad y necesitaba tiempo para recomponer todo aquel embrollo.

—Hola, Ryan —dijo Adam sacándolo del pozo por el que se precipitaba. Su voz fue la cuerda que lo volvió a unir a la realidad.

Victoria, que solo necesitaba una pequeña excusa para reunirse con sus amigos, salió corriendo para lanzarse en brazos de su hermano desaparecido. El pobre tenía un aspecto horroroso pero estaba a salvo. Sin soltarlo, se giró hacia el pequeño.

—Eres un monstruo —lo acusó— ¿Cómo has podido?

El aludido empezaba a tomar conciencia de la nueva situación y ya estaba maquinando como enderezar lo, que de manera tan tonta, se había torcido.

—Vaya —consiguió centrarse en lo que le decía— habló la niña buena. La que consigue todo de papá y mamá. A la que todo va bien.

Atraídos por la salida precipitada de sus hijos y las voces. Paula y Richard también acudieron al recibidor. La sorpresa de ver a sus invitados de nuevo dentro de la casa duró unos segundos al descubrir que Adam estaba con ellos.

—¡Adam! Has vuelto —dijo Paula dirigiéndose hacia él. Sus pasos se detuvieron bruscamente cuando se dio cuenta del aspecto demacrado y desaliñado que presentaba.

—¿Qué te ha pasado?

—Pregunta a tu hijo —respondió el aludido a su madre

Todo se desencadenó demasiado rápido. Diana se había separado para dejar que Paula y Victoria se acercaran a Adam y Ryan aprovechó esa ventaja para atraparla. Una pequeña Derringer, que debía de llevar en el bolsillo para casos de emergencia, y aquel lo era, apareció en su mano. Con un único movimiento apuntó a Diana a la cabeza.

Victoria decía algo de llamar a un médico para que examinara a su hermano cuando él intervino. Como siempre, se habían olvidado de su presencia y la atención se centraba en el mayor. Aquello le dio fuerzas y un excelente motivo para seguir con su proyecto.

—Tú no vas a llamar a nadie.

Ahora sí. Había conseguido la atención de todos centrada en él.

—¡Ryan! ¿Qué demonios haces?

La pregunta surgió de los labios de Richard, quien había permanecido en silencio parado en la puerta observando los acontecimientos.

—Ato algunos cabos sueltos —contestó su hijo pequeño con una voz tan helada que no habría reconocido ni en mil años.

¿Qué le pasaba? El niño alegre y encantador, el hijo más cariñoso y simpático hablaba con una crueldad impensable en él, claro que también era impensable que fuera capaz de apuntar a otro ser humano con una pistola y lo estaba haciendo. Todo aquello era una locura.

—¿Y qué cabos son esos? —Quiso saber.

—Necesito a la doctora para mi empresa. Ella ha accedido a colaborar conmigo, incluso va a trabajar para mí ¿Verdad querida?

Ella asintió con cuidado de no alterarlo más.

Todos parecían haberse paralizado.

Alberto aún sujetaba a Adam pero no perdía detalle y esperaba la oportunidad para poder desarmar a aquel demente que amenazaba la vida de su mejor amiga. Sabía que la pistola que llevaba el agresor solo tenía dos disparos, pero solo era necesario uno para hacer un daño irreparable.

—¿Ves? —le oyó decir— Se viene conmigo.

—Me parece que no vas a ir a ningún sitio —intervino Adam con la voz aún rasposa.

Ryan soltó una carcajada desalmada y cargada de burla.

—¿Lo vas a impedir tú? ¿Te has visto? —Aprovechó la oportunidad para recordarle que no podría ni dar un paso solo.

—¿Alguien me puede explicar que ocurre aquí?

Paula asistía a todo aquella representación sin comprender nada. Era como si unos extraños hubieran invadido su hogar y estuviera asistiendo, de espectadora, al rodaje de una película.

—Lo que pasa es que Ryan secuestró a Adam, lo encerró en el sótano y dijo a Diana que si no hacía lo que él quería, lo mataría —explicó Victoria.

Una madre nunca debería tener que enfrentarse a algo como eso. Paula abrió mucho los ojos, presa del terror. Se tambaleó hasta que su marido la agarró evitando que se desplomara.

—¿Por qué? —Consiguió preguntar a Ryan con la mirada cargada de angustia e incomprensión.

—Siempre es Adam —respondió con esas tres palabras. Como si eso lo explicara todo—. El gran Adam. El mejor estudiante, el mejor hermano, el mejor hijo. Siempre el mejor.

—Eso es una tontería —apuntó su madre— ¿De dónde has sacado eso?

Miró al objeto de su odio.

—Él siempre ha sido lo primero para vosotros y después, la princesita. Nunca quedaba nada para mí. ¿Creéis que no soy capaz de llevar una empresa? ¿Qué no puedo hacer que triunfe? Os voy a demostrar de lo que soy capaz.

Alberto necesitaba que siguieran haciéndole hablar para que se distrajese y bajara la guardia, pero el hombre permanecía alerta, con los ojos, como una vez le había explicado Diana, sin expresión, vacíos, como si apuntar a alguien con un arma fuera algo que hacía con asiduidad. Quizá así fuera, porque en Vigo había un cadáver por el que tenía que dar algunas explicaciones.

Adam sentía que la sangre le hervía. Ver a la mujer que quería con una pistola apuntando a su sien le causaba terror y lo peor era que solo tenía la fuerza necesaria para mantenerse en pie. La situación le producía una intensa desesperación porque se consideraba incapaz de ayudarla. Se la iba a llevar delante de sus narices y no podía hacer nada. El sentimiento de impotencia era uno con el que no estaba acostumbrado a lidiar. Miró a sus padres, que, estupefactos no entendían nada y Victoria estaba horrorizada. No podía permitir que la sacara de la casa. Si lo conseguía, las posibilidades de volver a verla con vida se reducían tanto, que se ponía más enfermo.

Diana se sintió arrastrada hacia la puerta. Él presionaba la Derringer sobre su cuello. Tenía el pulso firme y seguro, lo que la llevó a pensar que no dudaría en disparar. Sintió la mirada de Adam fija en ella y le pareció percibir que le hacía un gesto para que se apartase en cuanto pudiera. Era la persona más cercana a ellos y por lo tanto la que más posibilidades tenía de detener la huida de Ryan. Éste seguía mirando a su madre y ella aprovechó el despiste. Se dejó caer al suelo.

Adam captó el movimiento y utilizó ese momento para caer sobre su hermano. Golpeó la mano que sujetaba el arma varias veces hasta que ésta al final cayó al suelo. Ryan no intentó recuperarla. Las ganas de pelear y humillar a su hermano prevalecieron sobre la prudencia y en unos segundos se vieron enzarzados en una lucha sin cuartel. La debilidad de Adam le proporcionaba ventaja, pero no estaban solos.

Alberto se hizo con la pequeña pistola, que, prácticamente desaparecida en la palma de su mano, era igual de mortífera y apuntó hacia donde peleaban.

—Se acabó —gritó— Ryan, déjalo ya.

El hombre supo que todo estaba perdido. Levantó las manos y dejó que Adam se incorporara con dificultad.

No había terminado de ponerse en pie, cuando apareció la policía.

A partir de ese momento todo fue una locura. La casa se llenó de agentes, Victoria se agarró a Alberto como si fuera su tabla de salvación a la vez que él hablaba con sus colegas ingleses. Paula y Richard se procuraban apoyo el uno al otro. Diana se sentía terriblemente sola. Adam parecía aliviado de verla bien pero sus ojos no demostraban ninguna emoción. Ella había matado su amor con su desconfianza y ya no podía hacer nada por remediarlo.

—¿Crees ahora que yo no te traicioné? —fue lo único que le dijo con profunda tristeza.

Ella le devolvió la mirada. No tenía sentido explicarle que, antes de descubrir que Ryan era el culpable, ella ya sabía que él era inocente.

—Siempre lo supe —le contestó en un murmullo. Le dio un beso en la mejilla a modo de despedida y salió de la habitación dejándolo en manos de los sanitarios.

## VUELTA A CASA Y ... MARIE CURIE

Diana volvió a España al día siguiente. Después de todo el alboroto de la noche anterior, lo único que quería era volver a la normalidad. La rutina la tranquilizaba. Tenía que completar el estudio y dejar cerrado todo lo que tenía que ver con el descubrimiento, después, presentaría su renuncia y buscaría otro laboratorio en el que trabajar. Con su currículum, no tendría problemas.

Alberto se quedó unos días con Victoria. Les deseaba lo mejor. Aquella pareja, que había empezado tonteando, tenía un buen futuro. Lo presentía.

En cuanto a Adam, después de oír su reproche y ver su mirada, lo mejor que podía hacer era aceptar que todo había terminado.

Empezó a trabajar más, si eso era posible. Alex, incluso Laura, intentaban con todo tipo de triquiñuelas, que saliera, pero ella se negaba. Solo le apetecía estar en casa y pasear por la playa.

Aquel día, se sentía deprimida y desanimada, veía que el trabajo llegaba a su fin y que sus días en aquel lugar se habían terminado. Debió hacer algún comentario en voz alta, sin darse cuenta, porque Alex saltó como si le hubieran pellizcado.

—¿Cómo que te vas?

Ella lo miró desconcertada.

—Acabas de decir que dejas el laboratorio —le explicó— bueno, más o menos.

Así que no tuvo más remedio que contarle sus planes.

—No puedes hacerlo —dijo él con convicción. Eres el alma del laboratorio.

Ella sonrió con tristeza.

—No es eso lo que dice Gálvez.

—Ese tiene los días contados aquí, te lo digo yo —su seguridad le hacía gracia.

—Eso lo dice el experto —se burló.

Alex estudió a su jefa y amiga. Estaba desmejorada, parecía que iba por la vida con el piloto automático conectado.

—No hay que ser un experto en nada para darse cuenta de que estás mal. Aun así, no deberías abandonarnos, aquí hay gente que te quiere y te respeta.

—No puedo seguir trabajando para él.

Él. Ya sabía a quién se refería. Ni siquiera mencionaba su nombre. No sabía qué había ocurrido en Londres pero debía haber sido muy serio. Conocía lo del secuestro, eso sí. Se había comentado en la prensa y por consiguiente había sido el tema de conversación en la empresa durante muchos días, pero creía que todo había vuelto a la normalidad.

—No trabajas para él. Estás aquí. Muy lejos. Te has pasado años sin verlo, puedes seguir así.

Era probable que fuera eso lo que ocurriera pero ya no estaba cómoda.

—No te preocupes. En cuanto encuentre un nuevo trabajo, te reclamaré. Quiero seguir teniéndote de ayudante. Espero que tú quieras seguir conmigo.

—No digas tonterías. Te seguiría al fin del mundo —Era cierto. Le gustaba trabajar con ella, le proporcionaba la oportunidad de aprender mucho— Pero tu lugar está aquí.

—Eres muy amable y confío en que hables en serio porque hay muchas posibilidades de que me vaya a Estados Unidos.

—Ay Diana, qué cabezota eres —comentó moviendo la cabeza con pesar—. Espero que recapacites y si no lo haces, cuenta conmigo.

Tras esa conversación tan pesimista, Alex se fue directo al teléfono, habló con Armiñana durante unos minutos y anotó unas cifras en un papel. Le dio las gracias y le dijo que lo mantendría informado. Colgó y marcó otra vez.

—¿Señor Howard? —Preguntó cuándo le respondieron— Soy Alejandro Torres.

Al otro lado de la línea se produjo un silencio que él achacó a la sorpresa.

—¿El asistente de Diana Manetti? —inquirió, al fin, su jefe en castellano.

Le había recordad, no estaba mal.

—Sí, señor.

Adam no entendía muy bien el motivo de la llamada de aquel joven, pero, teniendo en cuenta lo cercano que estaba a la mujer que había puesto su vida patas arriba, su estómago acabó de revolverse. Cada vez que tropezaba con ella, significaba dolor, aunque hubiera sido la persona que había estado dispuesta a todo por conseguir su liberación.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

Alex se permitió soltar una risita divertida.

—Será mejor que pregunte qué puedo hacer yo por usted

Esa actitud no gustó nada al empresario. No obstante, si Torres, se saltaba toda esa timidez que lo rodeaba y se había puesto en contacto con él, pensó que iba a oír algo que alteraría su ya trastornada existencia.

—¿Qué pasa? —preguntó con un montón de reservas.

—Es Diana —Eso ya lo había supuesto— Se ha empeñado en dejar el laboratorio.

La sangre se detuvo durante unos segundos en sus venas. Por lo visto, pretendía cortar el único lazo que los unía.

—¿Cuándo?

—En cuanto cierre el tema del descubrimiento. Señor, no podemos permitir que lo haga.

Adam se pasó la mano por el rostro con desesperación y cansancio.

—Torres, no puedo hacer nada. Ella no confía en mí.

—Sí que lo hace —la defendió— ¿Por qué piensa lo contrario?

—Es una larga historia —que no quería recordar.

—La conozco —aclaró el otro sorprendiéndolo otra vez. Por lo visto Diana se fiaba más de su ayudante que de su novio, o lo que hubiera sido— Estuvimos hablando cuando volvió de Londres antes de que le secuestraran. Ella me confesó que se había enfadado tanto con usted, que no se paró a pensar. De lo que más se arrepentía era de haberle comparado con nuestro odiado jefe. ¡Diablos! Si dejó todo y salió corriendo para ir a rescatarlo.

Si era posible sentir una liberación inmediata, a él le ocurrió. Era como si la mano de hierro que le aplastaba el corazón, hubiera desaparecido. Ya no le pesaba y el aire entraba mejor en sus pulmones. Ella había seguido confiando, incluso había ido a rescatarlo y él la había vuelto a echar con aquel comentario odioso, que sabía le haría daño. Aún se preguntaba por qué habría dicho eso en aquel momento tan delicado en el que ella había expuesto su vida por él. Nada más preguntarle que si ahora creía en él supo que la había alcanzado de pleno. Al día siguiente, Alberto volvió a casa de sus padres en busca de Victoria y anunció que Diana había vuelto a España.

De pronto recordó que le muchacho seguía en el teléfono.

—¿Torres?

—Aquí sigo —Sabía que su confesión le había dado mucho en qué pensar.

—Estamos en contacto. Gracias por llamar.

Tenía que hacer algo. El rencor y el orgullo no le servirían para nada, mucho menos para hacerle sentir mejor, así que, aunque Diana no quisiera tener nada que ver con él a nivel personal, se merecía un reconocimiento profesional. Si de paso, lo que tenía en mente le proporcionaba una excusa para volver a verla, aún le quedaba alguna probabilidad de arreglar las cosas entre ellos.

—De nada, señor —Colgó con toda la tranquilidad del mundo. Misión cumplida. Si ella se enteraba de lo que había hecho, probablemente lo mataría, pero tenía que hacer algo y lo había hecho. Estaba cada vez más asustado de verla vagar como un alma en pena. Su alegría y su entusiasmo habían desaparecido e incluso tenía un mal humor, que, antes, nunca había mostrado. Había hecho lo correcto, se dijo con satisfacción.

Dos meses después, llegó el bombazo a la sede de Vigo.

*“La Comisión Europea ha premiado a la joven investigadora española Diana Manetti con el Premio Marie Curie a la excelencia por su trabajo en el campo de la investigación sobre la enfermedad de Parkinson.”*

La noticia fue motivo de fiesta y alegría para todos los empleados. Ella no sabía cómo asimilar todo aquello. Llevaba una vida tan tranquila y, de pronto, se había desatado la locura a



su alrededor.

Felicitaciones, llamadas de teléfono, entrevistas... Hasta Victoria, Paula y Richard habían hablado con ella. Habían sido encantadores, haciéndole sentir cierta nostalgia de su estancia allí. No se atrevió a preguntar por Adam, él no había llamado para felicitarla.

Sabía por Alberto que se había recuperado con rapidez. A partir de una ligera deshidratación y magulladuras en las muñecas, no tenía nada de importancia. Peor había sido para toda la familia aceptar que uno de sus miembros era el artífice de un asesinato, espionaje industrial y el secuestro de su propio hermano. Les llevaría tiempo superar que el hijo pequeño tenía la maldad metida hasta en sus huesos. Probablemente se preguntarían toda la vida qué habían hecho mal con él y buscarían el porqué de sus actos sin aceptar que, simplemente, era malo.

Diana se arregló por enésima vez la chaqueta que se había puesto para la ocasión. Un precioso traje en blanco y negro de Chanel. Era una extravagancia gastar tanto dinero en un atuendo pero no todos los días le entregaban un premio como aquel.

—Estás bien. Te lo he dicho cien veces —Julia tranquilizó a su prima.

La entrega de premios se celebraba en Dublín y hasta allí se habían desplazado todas las personas que, de una forma u otra, habían contribuido a que Diana lo recibiera. Laura se había encargado de las reservas de hotel y de que cada uno tuviera un billete de avión. Casualmente, el único que no disponía de ninguna de las dos cosas, por recomendación de las altas esferas, era su superior inmediato, Antonio Gálvez, que, con cara de pocos amigos había visto como todo pasaba delante de sus codiciosos ojos sin tener el más mínimo protagonismo.

Faltaba menos de una hora para la ceremonia de entrega y estaba más nerviosa que nunca. Los actos sociales no le gustaban, prefería ir al dentista que exponerse a un montón de personas que la observarían como si fuera un microbio bajo la lupa del microscopio. Imaginaba comentarios tipo: «*Es muy joven*» «*Ese vestido no es el apropiado*» «*¿Y qué dices que ha descubierto?*» ¡Basta! Se iba a volver loca y cuando saliera, haría el ridículo más espantoso.

Julia la miraba con expresión divertida. La conocía tanto, que sabía lo que pensaba.

—Miedo escénico —dijo.

Su prima la miró interrogante.

—¿Cómo?

—Lo que te pasa. Es miedo escénico. Así que respira hondo y disfruta del momento. Recomendó. Recuerda que estarás rodeada por todas las personas que te quieren, si hasta Alex ha consentido en ponerse un traje. El pobre no para de tirarse de la corbata. Recuerda decirle que está muy guapo.

Ella tomó nota de todo.

Los premios a la Excelencia Marie Curie eran un reconocimiento público a la labor que los investigadores habían realizado durante años y lo que pretendían no era otra cosa que potenciar la investigación, fuera en la disciplina que fuera. Junto con Diana, se había premiado a otras cuatro personas que habían investigado también en el campo de la química y la medicina.

Cuando Diana entró en la sala, una azafata la condujo hasta la primera fila, donde ya estaban sentados el resto de los premiados. En las butacas de las siguientes hileras, se encontraban los familiares y amigos. Allí encontró a Victoria, Richard y Paula. Aunque eran los dueños del laboratorio que había hecho posible el trabajo y podían haber disfrutado de una situación preferente, habían decidido ocupar los lugares reservados a las amistades. De esa manera le demostraban su apoyo personal. Le hicieron una señal de ánimo a la que ella respondió con una sonrisa. Todas las personas que significaban algo para ella, se habían desplazado hasta la capital irlandesa para estar presentes y acompañarla. Hasta la dirección había tenido el detalle de no invitar a Gálvez. Por lo visto, estaba cantada su marcha de la empresa. Todo habría sido perfecto si hubiera estado presente la persona que más le importaba en el mundo y la única a la que parecía no interesar.

Cuando oyó su nombre, se levantó, avanzó con piernas temblorosas hacia las escaleras del escenario, recogió su galardón, un diploma y cincuenta mil euros, y se dirigió al atril para agradecer el reconocimiento.

Adam la observó desde la oscuridad de la última fila. Estaba radiante. Solo con saber que era feliz, él también lo era. Sabía todo lo que había invertido en aquel trabajo y no solo a nivel laboral, el precio personal y emocional había sido muy alto. Diana Manetti había entregado a su empresa mucho más que horas de trabajo y prestigio. Por eso había hecho todo lo que tenía en su mano para que la comunidad científica reconociera, al menos una mínima parte de su dedicación. Para ello había contado con la ayuda inestimable de Alex y Victoria. Al final lo había conseguido. Nadie, ni ella misma, sabría nunca lo orgulloso que se sentía.

No prestaba mucha atención a sus palabras, se contentaba con verla, pero algo atrajo su atención.

Diana decía en ese momento

*«Todos saben la cantidad de tiempo que se invierte en un proyecto como este. También saben que yo sola no lo habría conseguido. En nuestro laboratorio hay un equipo maravilloso, lo que me lleva a una de las cosas más importantes para la investigación: la financiación. Esa nos la ha dado Pharmaceutical Industries, a cuyo frente está Adam Howard.»* Él tembló cuando la oyó pronunciar su nombre. Eso sí que no lo esperaba. Pensaba que lo odiaba. Ella continuó con su pequeño discurso *«Gracias a él y a su familia, he podido*

*hacer mi trabajo con total libertad. Lo que ustedes no saben es que él ha seguido directamente a algunos de los enfermos. Podía haberse limitado a pagar los cheques, pero se implicó de forma personal. Adam, miró al frente, como si pudiera verlo, donde quiera que estés, gracias.»*

No pudo decir nada más. En el patio de butacas Pedro Santos y Luís Cazorla con sus esposas aplaudían felices y Paula Howard se enjugó las lágrimas con discreción.

Adam la vio bajar las escaleras con paso titubeante y tomó una decisión.

—Hola Diana.

La copa de champan se deslizó peligrosamente de su mano.

Aquella voz suave con acento extranjero le acarició la columna, produciéndole un pequeño escalofrío. Se giró para quedar frente a su dueño.

—Hola, Adam. Creía que no habías venido —La sorpresa que experimentó ante su presencia, apenas la dejó pronunciar esas palabras de saludo. No esperaba encontrarlo en la ceremonia aunque, en el fondo de su corazón, quería que estuviera a su lado. Era con él con quien quería celebrar su premio. Verlo otra vez le emocionaba profundamente. Por unos segundos, olvidó todas las diferencias y reproches y su cabeza voló a los momentos vividos cuando eran felices. Quería volver a sentirse así, querida y mimada. Quería recuperar el derecho a besarlo y acariciarlo. Esa necesidad le produjo una intensa tristeza al pensar que aquello no volvería a ocurrir.

Él deslizó una mirada hambrienta por su rostro. Estaba perfecta, por lo menos para él, desde el pelo rubio, recogido en un sencillo moño hasta la punta de sus zapatos altos de color negro. La había visto vestida de gala, de forma deportiva, provocativa, mostrando multitud de facetas de su complicada personalidad y había llegado a la conclusión de que quería a todas aquellas mujeres para él. La amaba. No era una simple relación. Había aprendido a quererla con cada dificultad que habían vencido, aunque aún le quedara por superar la más complicada de todas.

—¿De verdad crees que no iba a estar presente el día más importante de tu vida?

Ella se encogió de hombros. No parecía enfadado, era más, le recordaba al hombre con quien había estado en Venecia. Sus ojos desprendían calidez, no la hostilidad de su último encuentro.

—Señor Howard, me alegro de verle—Alex apareció en ese momento tirando de su corbata. Adam estrechó la mano del chico. Ahora que lo había tratado con asiduidad, le había tomado afecto y lo veía como lo que era, un joven prometedor en el campo de la investigación y una buena persona.

—Buenos días, Torres. Lo veo un poco incómodo —señaló su atuendo.

—Ya sabe que lo mío son las batas blancas. En estos sitios me ahogo.

Su jefe sonrió con cordialidad.

—Eso es por la gente, no por el atuendo —comentó.

Diana los observaba confundida. Aquellos dos se trataban como si se conocieran muy bien, incluso con cierta confianza. Esa no era una conversación aislada.

Alguien llamó a Adam y este tuvo que disculparse. Tenía que hablar con ella pero la recepción que les habían ofrecido tras la entrega de premios no era ni el sitio ni el momento adecuado.

—Os lleváis muy bien —comentó ella cuando se quedaron solos.

—Es un buen tipo y ha trabajado mucho.

Ella le dirigió una mirada interrogante, sin entender el origen de ese comentario.

—¿Podrías ampliar eso de “ha trabajado mucho”?

Alex la miró con condescendencia.

—Ay Diana, siempre estás en las nubes. Adam ha sido quien ha movido la nominación para tu premio y quien ha dado la información sobre el descubrimiento. Él ha sido quien te propuso.

El pasmo le impidió pronunciar una sola palabra. Adam. El Adam que la odiaba, el que no quería saber nada de ella, el que no la había llamado ni una sola vez, estaba detrás de su reconocimiento. El sentimiento de culpa volvió a aparecer. Últimamente, era su compañero inseparable. Había dudado de sus actos y sobre todo, de sus sentimientos, y a pesar de todo, el hombre del que se había empeñado en huir desde que había descubierto esa atracción innegable, había peleado por conseguirle algo que, sabía, era muy importante para ella. El reconocimiento a su trabajo.

Miró a Alex, quien sonreía contento por haberle podido decir que el jefe no era una mala persona.

—Supongo que habrá tenido ayuda.

Él puso cara de avergonzado, pero, probablemente había estado encantado con su contribución.

—Creo que te lo mereces, por eso colaboré con él.

Durante el resto de la celebración no volvieron a hablar. Sus miradas se cruzaron en multitud de ocasiones, hablando en silencio, lanzándose mudos mensajes, pero nada más.

Habían empezado las despedidas cuando él se volvió a acercar.

—Diana, tenemos que hablar.

Unos discretos golpes en la puerta anunciaron la llegada de Adam. Desde que se habían despedido en la recepción, quedando para verse unas horas después, había estado distraída y

nerviosa, temiendo y deseando a la vez el momento en que se quedaran solos frente a frente. Julia había notado el cambio de humor y actitud por lo que, antes de despedirla, le había tenido que confesar que iba a reunirse con Adam y, por lo menos, intentar quedar como amigos. Ojalá pudiera conseguirlo. Los golpes se repitieron un poco más fuertes, anunciando que su visitante se impacientaba. Respiró hondo y acudió a afrontar su destino.

Cuando lo tuvo delante, perdió la capacidad de pronunciar ningún sonido. No podía haber olvidado lo que sentía su cuerpo, independientemente de su alma, cuando lo veía. Era la eterna atracción química, que había entre ellos, lo que la sacudía.

Había sustituido el traje negro por unos vaqueros desgastados y su inseparable chaquetón de cuero le confería el aire de ángel oscuro que detectó en él la primera vez que le puso encima sus ojos desenfocados. Después de lo que habían compartido, no terminaba de acostumbrarse a su magnetismo.

Él accedió a la habitación y observó que se había quitado el elegante atuendo que había llevado en la ceremonia. Estaba casi seguro de que, si no hubiera estado esperándolo, se habría puesto su inseparable bata fina, sin embargo se habían protegido con unos pantalones oscuros y un jersey holgado que disimulaba todas sus formas. Estuvo a punto de proponerle que salieran a dar un paseo, pero luego pensó que era mejor conversar en un sitio tranquilo y sin espectadores. Los recuerdos de la última vez que habían compartido una habitación de hotel no ayudaban mucho a mantener la objetividad. Tenía que centrarse. Había mucho en juego.

—No te he dado las gracias —ella fue la primera en hablar.

—¿Por qué tienes que hacerlo?

—Por todo lo que has hecho para que me concedieran el premio.

Él la miró con formalidad.

—Ya veo que Alex ha estado hablando.

Ella sonrió. Estaba nerviosa. Había pensado llamarlo para pedirle disculpas cuando se enteró del secuestro, ahora, lo tenía delante. Era el momento, se dijo tomando aire para insuflarse un valor que le era esquivo.

Los dos permanecían inmóviles en el centro de la habitación y la tensión era palpable. Ambos eran muy conscientes de la presencia y el estado de ánimo del otro, quizá porque era el propio.

Tenía curiosidad por saber qué tenía que decirle pero su mayor preocupación era excusarse por su comportamiento. Una vez consiguiera su perdón, podría mirarlo a la cara.

Adam la veía mover las manos con nerviosismo. Si pudiera seguir su primer impulso, si ella sintiera lo mismo que él, la abrazaría y todo aquel sufrimiento inútil cesaría. En contra de todas sus fantasías y deseos, tuvo que controlar sus manos, incluso sus pensamientos, que tomaban derroteros peligrosos. ¿Por qué narices era todo tan difícil?

Allí hacía mucho calor o, por lo menos él lo tenía. Se quitó el chaquetón y lo arrojó sobre uno de los sillones.

—Adam ...

—Diana...

Los dos hablaron a la vez. Ella se distrajo de lo que quería decirle. Ver el jersey negro ajustado a su amplio pecho, le recordó las veces que se había recostado sobre él.

—Tú primero —propuso él.

Ella volvió a mirarlo, una mezcla de deseo y timidez. ¿Y si no la perdonaba?

—Verás —No sabía cómo empezar. “Cuéntale cómo te sientes, ayudaría bastante”, se animó—. El día que Ryan vino a decirme que te había secuestrado, yo había decidido llamarte. Quería pedirte disculpas y decirte que sabía que no tenías nada que ver con el artículo.

Él recordaba el dolor de aquel día, cómo todo se desmoronó a su alrededor.

—Dudabas de mí, por lo menos cuando hablaste conmigo.

—Nunca dudé de ti. Bueno, lo hice unos segundos, pero, cuando vi tus ojos, supe que eras inocente.

—Entonces ¿Por qué seguiste adelante?

—Sentí pánico. Yo confiaba en ti, pero pensaba que, cuando te cansaras de mí, sufriría mucho más.

—¿Y qué te hace pensar que me iba a cansar de ti?

Ella clavó sus ojos azules en los suyos con emoción. No tenía respuesta a esa pregunta, simplemente lo sentía.

—¿Podrías perdonarme? —Sus palabras y su entonación desprendían la angustia que la embargaba.

En ese momento deseó que todo estuviera bien entre ellos, que no existiera esa duda y ese desasosiego. La estudió con expresión calmada.

—No creo que sepas nunca el daño que me causaste con tu desconfianza —contestó con serenidad.

Ella tomó esas palabras como señal de que no la perdonaría. Aceptó con gesto de derrota y se dirigió a la ventana. Había oscurecido y no se veía gran cosa pero abajo, en la pequeña plaza, la gente iba y venía ajena a su desolación.

—Yo misma me lo hice —consiguió decir— créeme. —Se volvió para mirarlo directamente.

Él se acercó y puso una mano sobre su hombro. Parecía más delgada. Sin ninguna duda, había pasado malos tiempos.

—Me parece que lo mejor para los dos sería que olvidáramos ese día y ese artículo — Le pareció que se liberaba de un gran peso—. De hecho, hace tiempo que lo hice a un lado. El

día justo que comencé a luchar por tu premio.

—Parte es tuyo. Sin tu dinero, no habría sido posible.

—Sin tu talento y esfuerzo, tampoco.

Volviéron a quedar en silencio, observándose. Y ¿Ahora qué? ¿Se saludaban y adiós? ¿Se besaban hasta caer desvanecidos por la falta de oxígeno? Porque, en resumidas cuentas, era lo que los dos deseaban.

—Por lo menos —se atrevió a decir ella— con todo aclarado, podremos ser amigos.

La doctora no tenía arreglo, pensó él, no sabía si irritado o divertido. Sería una eminencia, pero, en cuanto a intuición con los sentimientos, era una completa inútil.

—No quiero ser tu amigo.

Tal vez su voz sonó un poco brusca porque ella levantó los ojos abrumada por lo que consideraba un rechazo. Estaban llenos de lágrimas. No podía ser que llorara por él. Ella era fuerte, o al menos lo parecía. Aunque, por lo que veía quizá no lo era tanto.

—No me has entendido.

Se acercó un poco más y la incitó a mirarlo para que viera todos los sentimientos, que había estado guardando durante un montón de tiempo, reflejados en su rostro. Después tomó sus labios hambriento, sin darle opción a protestar. La deseaba desde que la había visto esa mañana agradeciendo su premio y necesitaba liberar todo la frustración contenida a lo largo del día. La paciencia se había agotado

Ella se dejó besar. Paralizada por la sorpresa del impacto de volver a tener sus labios sobre los de ella, no fue capaz de responder, pero cuando él empezaba a apartarse, retuvo su cabeza y lo obligó a besarla de nuevo.

Un gemido de triunfo salió de la boca entreabierta de Adam, quien obedeció el mudo mandato con gusto. La apretó contra su cuerpo hasta hacerla pensar que le iba a licuar los huesos, pero no le importó. Estaban juntos y le había perdonado.

Él se separó y la miró con una ternura infinita.

—Te amo —confesó en un susurro—. Desde siempre. Por eso me afectaron tanto tus palabras.

Por segunda vez en unos minutos, se quedó paralizada por la sorpresa.

—Nunca lo dijiste. Siempre hablabas de una relación, nunca de amor.

Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

—Cariño, apenas consentías acercarte a mí. Si te hubiera dicho que te quería, habrías salido corriendo como alma que lleva el diablo.

—No tenía que haberme ido —reflexionó ella recordando todo el dolor inútil.

Él acarició sus brazos con suavidad.

—Tenías que irte y reflexionar. Si no lo hubieras hecho, te habrías sentido presionada.

—Tal vez no había llegado el momento —comentó—. Te voy a confesar una cosa. Fue recapacitando sobre todo lo ocurrido, cuando descubrí que te amaba. Hasta ese momento no había sido consciente.

—¿Me amas?

Había cogido su cara con las dos manos, acunándola con adoración.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento sin dejar de mirar sus añorados ojos dorados. En ese momento, sí la miraban como ella había anhelado.

—¿Podrías decirlo? —preguntó con una sonrisa emocionada. Mira que le costaba demostrar sus afectos.

—Te quiero —le dijo en inglés— Creo que así lo entenderás mejor.

Él volvió a abrazarla colmado de alegría. Aquella mujer no tenía arreglo y él la quería. Puso sus labios sobre los de ella. En esa ocasión había algo distinto, más precioso. El saber que la amaba, la hacía percibir las cosas de otra manera, con más intensidad. Y él también podía captarlo.

Diana nunca se había entregado por completo. Aunque alguna vez lo había creído, ahora podía apreciar la diferencia con un simple beso, que no tenía nada de simple.

Cuando sus pulmones empezaron a protestar, se separaron.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella albergando aún algunas dudas.

—Diana. Relájate. Todo va a salir bien —La miró de forma indescifrable y dijo algo que volvió a dejarla pasmada. —Podemos casarnos. Cásate conmigo.

—¿¡Qué?! —Se agarró a sus brazos por temor a acabar sentada en el suelo por la impresión. Estaba mareada. Aquello iba muy deprisa—. No podemos casarnos.

—¿Por qué? No empieces con que yo soy el jefe y todo ese rollo de las relaciones en el trabajo. No voy a despedirte, ni me voy a despedir yo —Manifestó a modo de advertencia—. No voy a tolerar más tonterías.

A ella no se le ocurría ningún argumento en contra, solo que ¿casarse?

—Tú vives en Londres, yo en España ...

Él soltó una carcajada.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? He dicho que nada de tonterías —Volvió a besarla. Esta vez despacio, persuasivo. Tenía todo el tiempo del mundo para convencerla de que su sitio estaba junto a él, sin importar el punto del planeta que eligieran.

Solo con el contacto de aquella cálida boca, Diana se relajó. Olvidó por completo de que hablaban y se dedicó a recuperar el tiempo perdido. Le maravillaba la suavidad de sus labios y le encantaba la delicadeza de sus manos sobre su piel. También le fascinaba sentir el tacto sedoso de su vientre y su pecho bajos las suyas.

Estaba inmersa en un mar de sensaciones, disfrutando del contacto de sus caricias sobre



su cuerpo, cuando él volvió a separarse. Ella protestó pero todavía había un punto que aclarar.

—Si queremos estar juntos nos debe importar muy poco el sitio. ¿Quieres que estemos juntos?

—Sí

—Bien —le dio un beso rápido y continuó—. Entonces, yo me iré a Vigo. Tienes una casa muy bonita.

La oferta la conmovió tanto que tomó su propia decisión. Él estaba dispuesto a dejarlo todo por ella, pero no sería necesario.

—Mejor me voy yo a Londres —ofreció—. Tu casa no es tan bonita pero tienes un laboratorio magnífico.

Y luego decía que no era romántica.

—¿Nos casamos? —preguntó con los labios a escasos milímetros de los de ella.

—Nos casamos.

Solo le faltó gritar “¡Eureka!”. Volvió a besarla, presagiando que, dado el carácter peculiar de su, ya prometida, su vida no iba a ser aburrida. Quizá fuera el marido de la siguiente premio Nobel.

## *LA AUTORA*



Me llamo Carmen, pero todo el mundo me llama Menchu. El apellido Garcerán me lo puse por mi padre.

Comencé a escribir muy joven y la llegada de Internet a mi vida me abrió un montón de puertas hasta entonces inaccesibles.

Publiqué mis primeros relatos en foros, casi como novelas por entregas y fueron las lectoras quienes me animaron a publicar.

Mi primera novela, “El viaje del presidente” salió publicada en noviembre de 2010. Ese mismo año, unos días más tarde me comunicaron que era la ganadora del premio internacional TERCIOPELO con la novela "La fórmula Deseada".

A partir de ahí siguieron más novelas, con las editoriales, El Maquinista, Roca, Versátil, Planeta HarperCollins. En el 2016 mi novela “Alma” obtuvo una mención especial en el Premio Harlequín.

También he autopublicado en Amazon “Territorio Prohibido” y he vuelto a publicar “Infiltrada” y “El último Carnaval.

Estudié Magisterio. Mi especialidad, Lengua y literatura española y francesa. He trabajado como maestra y como educadora. Actualmente trabajo en el desarrollo de programas culturales.

## ***SUS OTROS LIBROS***

### **El último Carnaval.**

Nominada al premio Dama como mejor novela de suspense en el año 2013. Reeditada en Amazon en formato ebook y papel en 2018.

–¿Crees en fantasmas?

–No.

–Yo tampoco.

–No sé qué hacer.

–Pues está claro, hacer lo que te ha pedido.

–¿Hacer caso a un fantasma en el que no creemos?

Y de esta manera tan ilógica, Gabriela decide viajar a Venecia para descubrir qué pasó a su antepasada durante los carnavales de 1796

Allí se encontrará con Mario, un conde tan atractivo como irritante que, para colmo, es el descendiente de Angelo, el novio de su antecesora. A pesar del choque de caracteres, trabajarán juntos para descubrir el misterio que los rodea.

Una historia con misterio, fantasmas, amor y mucha magia.



### [Territorio Prohibido.](#)

Publicada en Amazon formato ebook y papel en 2017

Alexandra y Matt trabajan en el mismo despacho de abogados. Además del trabajo, comparten aficiones y amigos. Su relación roza la delgada línea que separa el amor de la amistad. Ella está empeñada en ocultar sus sentimientos además de algunos secretos que saldrán a la luz cuando alguien de su pasado irrumpa en sus vidas. Desde ese momento, el miedo, la desconfianza, los celos y la búsqueda de un código desaparecido años atrás desbaratarán su cómoda existencia y les llevará al límite.



## Infiltrada

Reeditada en Amazon en marzo de 2016. Nominada a los premios Dama en 2011 como mejor novela de suspense romántico y una de las novelas más vendidas durante el último trimestre del año en la misma categoría.

Situada en los top 100 de Amazon en los meses de marzo y abril 2016 en su versión kindle tanto en Amazon.com como en Amazon.es

¿Quién ha matado a Hanna, la jefa de estudios? Bárbara, agente del FBI, experta en perfiles psicológicos, se infiltrará en la universidad como sustituta de Hanna para investigar su muerte.

Malcom, agente especial del FBI le ayudará desde fuera y entre ellos surgirán encontronazos laborales y personales que nos tendrán en vilo hasta el final



**Emboscada.** Bajo el pseudónimo de Karen Simon. Novela corta publicada en formato ebook en Amazon.

¿Qué puede pasar cuando alguien se pasa con la cantidad de cervezas que toma?

Pues que se cree un gran malentendido que le cambie la vida.

Emboscada es la historia de Rakel y Victor, dos médicos compañeros de trabajo.

Rakel, cansada de esperar a que Victor se decida a hablar claramente de lo que siente por ella, entra en acción. A partir de ese momento, todo se enreda hasta desembocar en una situación insostenible.



**Dos viejos desconocidos.** Planeta de libros. Sello Zafiro. Novela corta.

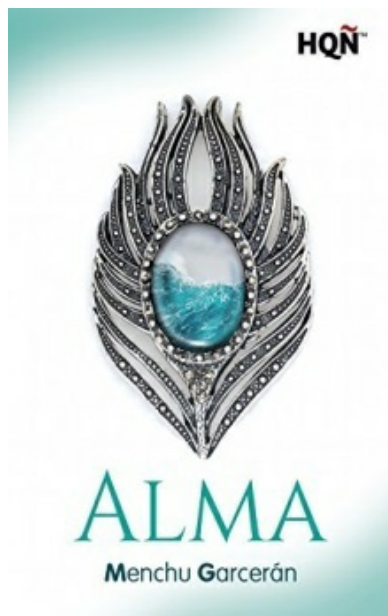
Cuando Patricia Millán acepta el caso del secuestro de un niño sin contar con Nick, su jefe, todo se pone patas arriba. La mujer discreta y tranquila que hasta entonces había sido se convierte en una detective privada dispuesta a demostrar que es mucho más que una simple secretaria. Esta actitud comienza a volver loco a Nick, quien durante el transcurso de la investigación conocerá de verdad a esa desconocida que ha trabajado para él durante tres años. Por su parte, Patricia también irá descubriendo que su pacífico y controlado jefe no lo es tanto, y que tienen razón quienes afirman que nunca es tarde para amar.



**Alma. 2016.** Editado por Harlequin Ibérica, una división de HaperCollins Ibérica S.A.

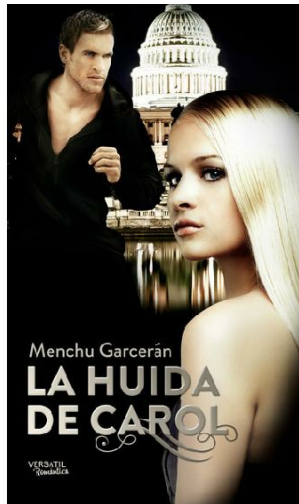
Alma, una joven aristócrata francesa, se ve obligada a abandonar su acomodada existencia y huir de París durante los primeros meses de la Revolución Francesa. El encargado de guiarla en su camino al exilio es Armand Bandon, un hombre que la desconcierta. Considerado pero brusco en el trato, Bandon no está dispuesto a que su pasajera lo retrase: debe cumplir una misión aun a riesgo de su propia vida.

Para sorpresa de Bandon, Alma Ledoux no resulta ser una carga. Inteligente y sincera, Alma afronta la aventura con valentía y resolución. Sin embargo, a pesar de que se sienten fuertemente atraídos, Armand no puede comprometerse. Todavía deberá saldar cuentas con su tortuoso pasado.



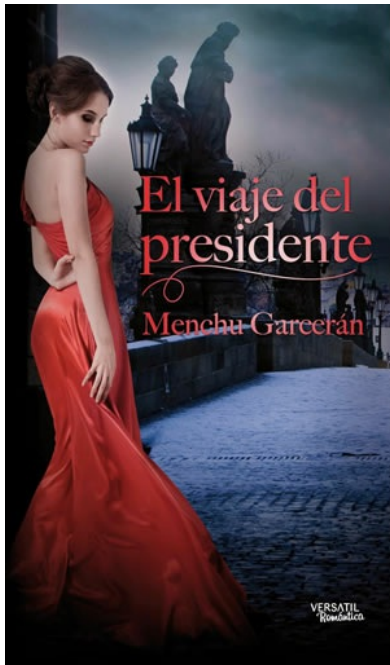


**El palacio de invierno.** Nominada a los premios Dama como mejor novela de suspense de novela romántica 2015. Editorial Versátil



**La huida de Carol.** Nominada a los premios RNR como mejor novela de suspense romántico nacional de 2014. Nominada como mejor libro thriller, policial y/o suspense n 2015. Editorial Versátil.

**El viaje del presidente.** Editorial Versátil, formato ebook



**Todas las noticias sobre la autora en su blog**

[Blog de Menchu Garcerán](#)